el imperio otomano (1451-1807)

Miguel Ángel de Bunes Ibarra

ACCESO ABIERTO

EDITORIAL SINTESIS

EL IMPERIO OTOMANO (1451-1807)

Temas de Historia Moderna

Coordinador: Enrique Martínez Ruiz

EL IMPERIO OTOMANO (1451-1807)

Miguel Ángel de Bunes Ibarra

EDITORIAL SINTESIS

CREATIVE COMMONS

2015

© Miguel Ángel de Bunes Ibarra

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
http://www.sintesis.com

ISBN: 978-84-907777-0-1

Impreso en España - Printed in Spain

CONTENIDO

Introducción 9

Parte I
Origen y consolidación del Imperio

1. DEL ORIGEN DE LOS OTOMANOS A LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA 17

1.1. *La llegada de los turcos a Asia Menor* 17
1.2. *El nacimiento del Estado otomano en 1302* 21
1.3. *La consolidación del Estado otomano* 27

1.3.1. Murat I (1362-1389) 27
1.3.2. Bayaceto I (Bayecit I, Yildirim-el Rayo) (1389-1402) 31
1.3.3. Mehmet I (1413-1421) 35
1.3.4. Murat II (1421-1451) 37

2. EL APOGEO DEL IMPERIO 45

2.1. *La conquista y consolidación de un Imperio: Mehmet II y Bayecit II (1451-1512)* 45

2.1.1. La trasformación de Constantinopla en Estambul 45
2.1.2. La expansión de Mehmet por Anatolia y Rumelia 53

2.1.3. Bayecit II: las instituciones otomanas de la época clásica 61
2.1.4. El Imperio otomano en los siglos XIV y XV 68

Parte II
El Imperio en su esplendor

3. SELIM Y SOLIMÁN EL MAGNÍFICO 79

3.1. *Selim I (1512-1520): La expansión hacia el sur y el oeste* 79
3.2. *Solimán el Magnífico (1520-1566)* 85
3.2.1. El cenit del poder e influencia de Estambul . . . 85
3.2.2. El primer sitio de Viena (1529). 87
3.2.3. Guerras contra Persia: el enfrentamiento con Carlos V. 93

4. EL FINAL DEL APOGEO DE ESTAMBUL 105

4.1. *De Selim II a Mehmet III (1566-1603)* 105
4.2. *El inicio del sultanato de las mujeres: Murat III (1574-1595)* 111
4.3. *Mehmet III (1595-1603)*. 119

5. EL ESTADO OTOMANO EN EL SIGLO XVI 127

5.1. *Organización del poder y de la sociedad*. 127
5.2. *El Diván de la Sublime Puerta* 139
5.3. *El ejército y la armada otomana en el siglo XVI* 143
5.4. *Estambul, cabeza y centro del Imperio*. 154

Parte III
Decadencia del Imperio

6. EL LARGO SIGLO XVII. 161

6.1. *¿Decadencia o agotamiento del Imperio?* 161
6.2. *Los procesos de descentralización de las provincias*. 165
6.3. *Desde el inicio de las reformas de Murat IV hasta 1656*. 169

6.4. *El gobierno de los Köprülü* 174
6.5. *El duro final del siglo XVII (Solimán II, 1687-1691; Ahmet II, 1691-1695; Mustafá II, 1695-1703)* 181

7. EL SIGLO XVIII 193

7.1. *Del enfrentamiento con Europa al inicio de la Cuestión de Oriente* 193

7.1.1. La guerra con las nuevas potencias (Rusia, Austria y Persia) 194
7.1.2. Del periodo de paz al tratado de Küçük Kaynarca (Osmán III, 1754-1757, Mustafá III, 1757-1773, Abdül-Hamid I, 1773-1789). 203
7.1.3. La guerra contra Rusia y Austria (1787-1792) y Selim III. 213

Parte IV
La evolución de las provincias otomanas en los siglos XVII y XVIII

8. LA EVOLUCIÓN INTERIOR DEL IMPERIO OTOMANO 229

8.1. *Rumelia. La evolución de los Balcanes* 231

9. LAS PROVINCIAS ÁRABES. 247

9.1. *El inicio del largo proceso para alcanzar la independencia*. 247
9.2. *Las provincias árabes del Oriente* 259
9.3. *Evolución de las provincias árabes del Occidente* 275

Lista de sultanes otomanos 291

Bibliografía 293

INTRODUCCIÓN

El conocimiento del Imperio otomano es una de las grandes asignaturas pendientes que aún quedan por saldar en el pensamiento histórico español de los últimos siglos. Curiosamente, un país que ha hecho del Gran Turco la encarnación más evidente de su enemigo en la época de los Habsburgo, en especial durante los reinados de Carlos V, Felipe II y Felipe III, cuenta con una escasa bibliografía para conocer las vicisitudes del otro gran imperio del Mediterráneo de los siglos modernos y contemporáneos. Hasta hace muy pocos años no existían manuales en español que aclararan los sucesos que surgen en torno a las aguas del Bósforo, y tampoco se pueden referir grandes obras de eruditos del siglo XIX para explicar los acontecimientos que se relacionan con la cuestión de Oriente o las independencias balcánicas del control de Estambul. En los últimos años se han editado algunas obras generalistas, y traducciones de libros de turcólogos franceses y anglosajones que han solventado en parte estas carencias.

El olvido de la historia de Turquía por los españoles se puede explicar por muchas razones, la principal de ellas es el aislamiento de los intereses cognoscitivos hispanos por zonas geográficas específicas y concretas. Sin embargo, en el siglo XVI, y como consecuencia del papel predominante de la monarquía hispánica en el devenir del mundo, se cuenta con una enorme oferta de libros y manuscritos que describen el nacimiento del Imperio otomano. La imperiosa necesidad de conocer la realidad política, humana, religiosa y social de la Sublime Puerta se traduce en que se publiquen un gran número de traducciones de obras europeas y compilaciones que analizan y describen la génesis y evolución de los dominios de los sucesores de Osmán Gazi. De las prensas europeas de estas décadas salen más impresos sobre la evolución histórica de los Dardanelos y Anatolia que sobre los que narran y describen las tierras recién descubiertas en el otro lado del Atlántico, y la mayor parte de ellos se encargaba a embajadores y viajeros que los compra-

ban fuera de España para tener las últimas noticias de los "sucesos de Levante". La lejana Asia Menor, el Oriente del Mediterráneo, era casi mucho más próxima en esas décadas que en las actuales. Reseñando un único ejemplo para justificar esta extraña afirmación, el prestigio de los ejércitos de los Reyes Católicos capitaneados por el Gran Capitán se adquiere tanto luchando contra los franceses por someter el reino de Nápoles como colaborando con los venecianos para derrotar a la flota otomana en la Cefalonia, lo que permite a Gonzalo Fernández de Córdoba poner en uno de los escudos del monasterio de san Jerónimo de Granada el lema "*Turcarum Terror*".

Los turcos ocupan buena parte de la producción literaria e histórica de la España de los Austrias. Sin conocer los acontecimientos que protagonizan las huestes jenízaras o los corsarios de las regencias berberiscas en estas décadas, resulta muy difícil comprender en todo su significado las obras de Miguel de Cervantes, o los textos poéticos de Lope de Vega y Pedro Calderón de la Barca, por citar exclusivamente los referentes literarios más conocidos de la literatura del Siglo de Oro. A lo largo del reinado de Carlos V un autor anónimo, dado el carácter erasmista del relato al que nos vamos a referir, redacta el texto más emblemático de la Europa del momento sobre el Imperio otomano, como es el *Viaje de Turquía*, lo que pone en evidencia el nivel de información que se tiene en la península sobre los acontecimientos y los sucesos que acaecen en la ciudad de Estambul.

El pensamiento español se fue despreocupando del Oriente del Mediterráneo a medida que la monarquía entraba en su fase de recesión, y se olvidaba de Asia Menor y sus gobernantes. Este proceso resulta evidente en la segunda mitad del siglo XVII, y se mantiene a lo largo del siglo XVIII y buena parte del XIX. El orientalismo español no llega a las lejanas tierras del mar de Mármara, ya que la preocupación peninsular por el mundo musulmán queda circunscrita a los límites de los intereses políticos y coloniales de los gobiernos liberales, que comienzan y culminan en el Magreb. El otro extremo del Mediterráneo es el gran desconocido para el pensamiento español, y exclusivamente es narrado por algunos periodistas en relación con la "cuestión de Oriente" o para explicar los bandos de la Primera Guerra Mundial.

Esa situación se mantiene casi hasta la actualidad, lo que explica la necesidad de monografías que expliquen la evolución del último gran Imperio musulmán que se expansionó hacia el Oriente y el Occidente. Reseñar a los

otomanos supone describir un mundo que desapareció con la revolución que protagonizó Mustafá Kemal (Atatürk) en la segunda década del siglo XX. Los restos de sus posesiones fueron arrebatadas por los nuevos Estados del siglo XVIII y por las potencias coloniales del XIX, algunas de las tierras anatólicas sufrieron la injerencia europea en estas mismas décadas. Por lo tanto, describir el Imperio otomano supone referir un mundo extinguido, ya que el concepto "otomano" exclusivamente se emplea en la actualidad para referirse a la literatura escrita con grafía árabe que contiene palabras turcas, árabes y persas, en una lengua que ya no habla nadie, o a una arquitectura que genera un modelo de mezquita completamente nuevo tras la conquista de la ciudad de Constantinopla.

Su idioma, tanto escrito como, en parte, hablado, desapareció por los procesos de modernización de la nueva República de Turquía, y cambiaron la grafía y las formas tradicionales de vestir y tocarse la cabeza sus habitantes. Un imperio islámico que intentó unificar todos los territorios habitados por los musulmanes desde su capital, la antigua Bizancio, ciudad que se convirtió en una urbe más del mapa político cuando la nueva Turquía traslada el poder político al centro de Asia Menor, a Ankara, nuestra antigua Angora. Sin embargo, y aunque estamos definiendo un ente político islámico, la mayor parte de sus súbditos no practicaban las predicaciones del profeta Muhammad, y eran, además de musulmanes de diferentes confesiones, ortodoxos, armenios, coptos, judíos y un largo etcétera de credos y confesiones religiosas, donde el sultán aceptaba su condición si reconocían la supremacía de los descendientes de Osmán. Tampoco el concepto turco-otomano se traducía en un elemento racial específico, ya que los súbditos del sultán procedían desde de Bosnia hasta de las lejanas tierras de Omán o de la Kabilia argelina. Un imperio que se asentaba sobre uno de los lugares donde circulaban buena parte de las rutas comerciales de la Antigüedad, aunque nunca mostró una especial predilección por la práctica del gran comercio. Los europeos conocían a sus pobladores como "los turcos", y denominaban a su soberano con el sobrenombre de "Gran Turco", aunque buena parte de sus ejércitos y sus altos dignatarios procedían de esclavos balcánicos o de renegados de la mayor parte de los actuales países de Europa. La organización de sus territorios se asemejaba al antiguo orden romano, mantenía buena parte del ceremonial bizantino, pervivían las maneras de organización de las mesnadas militares de la

época de los timures, la literatura y la pintura de miniaturas introdujo las maneras y formas persas y árabes o acomodaba sus leyes a las formas sociales y económicas de los territorios que conquistó y dominó. Es decir, estamos definiendo un mundo que crea una mistura en su cultura, su política y su organización, lo que explica, de alguna manera, su larga pervivencia a lo largo de los siglos.

Lo que no se puede obviar es que los otomanos no han dejado indiferentes a las personas que se han acercado a ellos. El pensamiento ilustrado francés los presentó como la mejor demostración del "despotismo oriental", aunque Voltaire exilió a su Cándido en Anatolia para poder vivir en libertad al final de sus días. Los españoles los dibujaron como unos musulmanes arquetípicos, y reseñaron la condición del Gran Turco, al ser el sultán la cabeza del islam, aunque dentro de su territorio se gozaba de una libertad religiosa mayor que en las posesiones del monarca hispano. Desde principios del XVII se pronosticaba su extinción, dada la decadencia interna y las fuertes presiones que debía soportar por las nuevas potencias, aunque duró hasta el final de la primera contienda mundial. Sus elegantes ropajes y el concepto del lujo y el refinamiento calaron en el imaginario colectivo europeo, contagiaron a las altas damas de la aristocracia y la burguesía del continente para que se vistieran a la turca o que se fabulara con las delicias del Oriente, y su capital fue mitificada hasta transformarse en un imaginario donde arrancaba una de las líneas férreas más afamadas de los siglos XIX y XX.

Por desgracia, la complejidad de los procesos que se enunciarán a continuación supone que algunos apartados, como es el caso de los orígenes de los otomanos, estén extractados de una manera muy concisa, lo que conlleva que se pierdan matices en las descripciones de algunos de los acontecimientos. Hay que entender que estamos refiriendo un ente político que se expansionó por unos territorios habitados por un gran número de grupos humanos y regímenes políticos que tampoco están demasiado descritos en la historiografía española actual. Para intentar solventar este problema, el lector puede consultar una amplia bibliografía en www.sintesis.com (y una más concisa al final de este texto) para paliar algunas de las deficiencias que las limitaciones de espacio suponen en un trabajo que tiene la vocación de explicar el mundo turco-otomano, sin realizar una semihistoria universal de la Edad Moderna de Europa, África y Asia.

Este es el mundo que se extiende a lo largo de las páginas que siguen, en el que además de narrar los acontecimientos militares, políticos y económicos, como se suele hacer en un texto sintético que pretende dar una visión amplia de un ente político, intentaremos explicar las maneras de organización política y social de un imperio que llegó a incluir en sus posesiones a tres continentes diferentes unidos por cinco mares de nombre diverso. Desde su constitución, el Imperio otomano influyó decisivamente en cada uno de los procesos que se genera por las tierras donde se asienta, y es imposible entender la historia de Europa o de Asia sin reparar en los acontecimientos que se dictan entre los muros del Topkapi, tema que se suele olvidar con demasiada frecuencia en textos que narran la historia de Europa o de Oriente Medio. A la postre, un imperio que perduró durante siglos y que influyó decisivamente en la creación de la idea de Europa, tanto en positivo como en negativo, que tenemos en la actualidad. Un ente político que representó la segunda expansión del mundo islámico por el Mediterráneo, aunque menos peligroso que la primera, y que fue uno de los protagonistas de la historia moderna del Viejo Continente, África y Asia, aunque haya sido silenciado y olvidado con demasiada frecuencia.

Parte I

Origen y consolidación del Imperio

1

DEL ORIGEN DE LOS OTOMANOS A LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA

1.1. *La llegada de los turcos a Asia Menor*

Los otomanos, como el resto de los pueblos que englobamos dentro de la denominación de los "turcos", proceden de grupos nómadas y seminómadas originarios de las montañas Altai, al oeste de las estepas euroasiáticas en torno al lago Baikal. En el siglo segundo antes de Cristo una serie de cambios políticos, militares y climáticos en la región del Altai provocó que este grupo humano se desplazara geográficamente. Elementos de origen turco se dirigen hacia el este de Europa, Oriente Medio, Asia Central, y llegan hasta las regiones de la India y China. Todas estas migraciones, que no podemos especificar en estas páginas, representan cambios drásticos en los sistemas políticos y económicos de las poblaciones originarias de las comarcas en las que se asientan los nuevos pobladores. Los hunos en el siglo V, seguidos después por los avaros en el VI, los magiares, búlgaros, los hazars en el Cáucaso y Crimea, los oguz en Rusia, los

pechenegos en Hungría, Bulgaria y Ucrania, por referir solo los nombres más conocidos de estos pueblos, fueron transformando la historia de Europa del Este hasta el siglo XI. Todos estos grupos, nómadas y seminómadas, introducen técnicas militares distintas a las de los pueblos que acometen y, todos ellos hablan lenguas aglutinantes de raíz ural-altaica, lo que nos indica un tronco común.

El primer gran imperio turco es el Göktürk, que se extiende desde el mar Negro hasta las fronteras de Mongolia y China, entre los siglos VI al IX, que controla el gran comercio caravanero de la ruta de la seda y que recibe la visita de misioneros zoroastrianos, maniqueos, budistas y musulmanes que lograrán la conversión de sus habitantes a estas religiones. Varias de las dinastías turcas islamizadas entrarán al servicio del califato Abasí, en muchas ocasiones siendo contratados como simples mercenarios, y se instalarán definitivamente en Oriente Medio, por lo que serán el freno de la llegada de nuevas invasiones asiáticas en el Occidente. Hasta ese momento, estos grupos nómadas generaban conquistas territoriales enormes, pero no eran capaces de establecer estructuras políticas estables que a duras penas sobreviven a su fundador o a las personas que les comandan, por lo que extendían la anarquía política en la mayor parte de los lugares donde se asientan. Los chinos levantaron la Gran Muralla para intentar parar a estos pueblos del interior de Asia, y los musulmanes lograron convertirlos a su credo religioso para terminar con la enorme inestabilidad que generan estos feroces y veloces guerreros a caballo.

El grupo turco que tendrá mayor influencia en los otomanos, de los que son sus antecedentes, son los selyuquíes (o Seljük). Son originariamente uno de los colectivos que se integran en los oguz, guerreros que habían entrado en Asia Menor y el Oriente Medio en el siglo X, y que habían servido como soldados mercenarios de los karahanidas. El fundador de la dinastía es Tugrul Bey, hombre que logra extender sus dominios por la antigua Mesopotamia, Siria, el norte de la India, etc. Serán conocidos por el Occidente al ser mencionados por los cronistas bizantinos al integrarse en los ejércitos de Constantinopla como mercenarios, aunque también amenazan directamente a los griegos a los que sirven ocasionalmente al conquistar la ciudad de Nicea (la actual Iznit). Con anterioridad, tribus turcas procedentes de Transoxiana habían conquistado parte de las tierras que en la actualidad

componen Irán, y en 1055 los selyuquíes (también es posible transcribir el nombre de la dinastía como seljúcidas) instalan su capital en Bagdad. Los grupos turcos, turcomanos y kurdos siguen asentándose en los territorios que habían pertenecido al califato y comienzan a poblar Anatolia. Este proceso coincide con uno de los periodos de decadencia del Estado bizantino, por lo que las sucesivas emigraciones turcas alteran el balance de la población de este espacio, al convertirse los elementos de origen turco en el grupo humano mayoritario en el este de Asia Menor y en el entorno del monte Ararat, el Egeo y la cordillera de los Taurus. El establecimiento de una dinastía musulmana de origen turco también fue otro elemento que facilitó esta emigración. La llegada de grandes masas de turcos, en su mayor parte islamizados, supone que un territorio habitado anteriormente por armenios, georgianos y griegos de religión cristiana sea ahora de musulmanes de origen turco. También se ha explicado este trasvase de población por las buenas condiciones geográficas de Anatolia para la práctica de la ganadería trashumante, por lo que estos grupos pastoriles ven en esta alta meseta rodeada de montes y con abundante cursos fluviales un territorio ideal para asentar sus ganados y llevar la tradicional forma de vivir de su solar originario.

Los grupos turcos y turcomanos se integraban, por lo tanto, dentro del Estado gobernado por los selyuquíes, grupo dirigente que habitaba mayoritariamente en los centros urbanos de la región y que empleaba el persa como lengua de cultura y en sus tratos administrativos. Los turcos anatólicos se fueron asentando paulatinamente en los núcleos rurales de la zona, y siguieron practicando la ganadería como medio de vida, alejados de las élites que mantenían otro idioma y actividades económicas divergentes. La situación para este colectivo comenzará a cambiar en los primeros años del siglo XIII. Dos elementos externos al mundo de Asia Menor, los venecianos que capitanean la Cuarta Cruzada en 1204 y los mogoles que derrotan a los selyuquíes en 1243 en la batalla de Kösedag, trastocarán el reparto de poder en la gran península de allende el Mediterráneo. El primero de los acontecimientos referidos, el asalto de los soldados cruzados a la antigua capital del Imperio romano de Oriente, representa que los basileus sean expulsados de Constantinopla, que tengan que refugiarse en Nicea, y que en sus dominios, tanto anatólicos como balcánicos, se genere una cierta anarquía que permite que aparezcan un gran número de principados que facili-

tarán su futura conquista. Aunque reconquistaron parte de los territorios perdidos, nunca lograron restablecer la fuerza de la época anterior, por lo que el traslado de la cuadriga del hipódromo bizantino a la plaza de San Marcos de Venecia es un elemento que nos infiere que estamos ante el final de un periodo histórico, con independencia de que la extinción definitiva se produzca dos siglos más tarde.

Esta situación resulta especialmente evidente en el caso del Peloponeso, Grecia continental y los territorios balcánicos, donde nacen nuevos Estados cristianos, y en el Egeo, donde Venecia logra controlar la mayor parte de las islas de los diferentes archipiélagos para fundar un imperio comercial que durará hasta mediados del siglo XVII. Los selyuquíes también se aprovecharon del terremoto que representa para esta parte del Viejo Mundo la intromisión de los latinos, al extender sus dominios a Antalya, y convertirla en su gran puerto en el Mediterráneo, y a Sinope, en la costa del mar Negro. Los primeros cincuenta años del siglo XIII son la época dorada del sultanato del Rum, que es un Estado reconocido por las dos ramas bizantinas, la de Nicea y la de Trebisonda, y su ortodoxia religiosa logró la islamización de amplios sectores de los grupos turcos asentados dentro de sus fronteras. El sultanato del Rum mantiene los caracteres de las dinastías orientales turcas, como muestra que el poder político recaiga siempre en los miembros de la familia reinante, y se elija entre sus integrantes al más capaz por sus cualidades militares y administrativas. Las funciones de gobierno y administración son ejercidas por persas y árabes, y corresponde a los elementos turcos el control del ejército y los asuntos militares.

La situación en Anatolia se mantuvo relativamente estable hasta la llegada de la Horda de Oro. El emperador bizantino, exiliado en la actual Iznik, continuó con las buenas relaciones con los selyuquíes de Rum, cuya capital estaba en Konya, pero la victoria mongola supuso que esta dinastía se convirtiera en un simple vasallo del conquistador, al que pagaba un tributo anual, además de ganado, caballos, perros de caza y joyas. El emperador bizantino Manuel I de Trebisonda, al darse cuenta de que el dueño de esta parte de Asia Menor era el invasor, rápidamente llegó a acuerdos de paz con él, lo que le permitió mantener su independencia ante la nueva situación política y militar de la región. Sin embargo, la llegada de los guerreros de Gengis Kan supuso que en Anatolia se produjera un nuevo cambio de la

distribución de la población. Los nómadas turcos se trasladan hacia las posesiones bizantinas, al ser expulsados por los mogoles, que necesitan los pastos para alimentar a sus caballos y ganados, y los griegos se mueven a las tierras controladas por Miguel VIII Paleólogo.

En 1261 el basileus expulsa a los latinos de Constantinopla y pretende recuperar tierras en Grecia y los Balcanes, con lo que se olvida de Asia Menor, donde el movimiento de población turca se consolida plenamente. Este traslado de grupos humanos será lo que dibuje el mapa político de Anatolia a la muerte del último sultán selyuquí, Masud II. La península está mayoritariamente habitada por musulmanes de origen turco, gobernados por jefes militares locales, también de la misma procedencia. Estos jefes se declararán independientes cuando desparezca el sultán de Rum y los restos de la horda mongola, que tiene su epicentro en Irán, entren en una relativa decadencia, lo que conlleva que los príncipes mogoles no controlen directamente este territorio al estar muy lejos de esta región.

La fecha de 1302 es la más remota de origen de la historia del grupo que debe sintetizar el presente libro, como también lo es de la Karamania, con capital en Konya, Teke, Hamid, Germiyan, Menteshe, Aydin, Surahan y Karesi. El emirato de Osmán, asentado en la antigua provincia de Bitinia bizantina, es el germen, personaje que cuenta con una serie de descripciones casi míticas de la dinastía otomana (los descendientes de Osmán). Para que los sucesores de este primer jefe político y militar logren crear un imperio tendrán que ir sometiendo a todos estos principados turcos asentados en Asia Menor, además de extenderse por las tierras controladas por los bizantinos y pasar a los Balcanes, lo que es una labor realmente compleja que logran realizar en un tiempo récord, lo que muestra la calidad de sus primeros gobernantes. De las bases humanas y políticas que se forman en este momento se creará un imperio que perdurará durante siglos y que marcará la historia de todos los lugares donde se asienta.

1.2. *El nacimiento del Estado otomano en 1302*

Los textos oficiales otomanos del siglo XV admiten que existen diferentes maneras de explicar el inicio del imperio. La más aceptada de todas ellas

será la redactada por el cronista Açik Pacházade, copiada y reproducida por los escritores e historiadores posteriores. Con independencia de la versión que queramos elegir, nos encontramos ante un periodo casi mítico, donde los datos que se pueden dar están más cercanos a la leyenda que a la realidad, aunque lo que queda claro es que una serie de hombres con gran capacidad intelectual y una demostrada habilidad aprovechan el estado de anarquía en el que se encuentra Asia Menor por las invasiones mogolas. En estas primeras fases del futuro Imperio otomano la cronología hay que aceptarla con muchas precauciones, dada la escasa fiabilidad de las fuentes, y hay que recurrir continuamente a crónicas griegas para verificar los datos dados por los cronistas oficiales otomanos.

El primer sultán, Osmán, que tiene el sobrenombre de Gazi (guerrero de la fe), era hijo de Ertugrul, un posible turcomano recientemente islamizado originario de la tribu öguz de los Kayi. Este hombre fue el encargado, por el sultán selyuquí, de combatir en los límites de sus antiguos dominios, en la frontera con los infieles griegos y latinos. Osmán se instala en este territorio de frontera, con una pequeña mesnada de 500 hombres, y comienza a tener relaciones con las autoridades cristianas cercanas. Su primera gran victoria es la conquista de Karahisar, en el valle de Sakarya, lugar donde se autoproclama soberano del territorio, e instala su primera capital en la ciudad de Yenisehir (Dorylaion). Desde este momento comienza a extender sus dominios en las localidades cercanas de la provincia bizantina de Bitinia. Los griegos habían asentado una serie de fortalezas en los alrededores del río Sakarya para intentar parar el avance musulmán del interior de Anatolia, aunque unas fuertes precipitaciones en 1302 cambian el curso del río, y reducen la efectividad de este sistema de contención. Osmán forma un *beylik* (un principado de frontera) que no se diferencia de otros semejantes que nacen en Asia Menor en estas décadas.

El espacio geográfico del dominio asignado a Osmán es el primer elemento que posibilita que pueda constituir un Estado poderoso al estar cerca de un mundo bastante urbanizado, donde existen redes comerciales muy desarrolladas para abastecer a la cercana Constantinopla. También se encuentra muy cerca del Mar de Mármara y de los Dardanelos, por lo que el paso de los turcos a Europa es relativamente sencillo si extienden sus dominios hacia el continente vecino. Las fuentes bizantinas contemporáneas no

hacen demasiadas referencias a este personaje, que comienza a adquirir fuerza en esta parte de Asia Menor, ya que están más preocupados por los ataques de otros jefes turcos por las regiones del Egeo y por las acciones de las compañías catalanas en sus posesiones europeas y anatólicas. La lucha entre catalanes y Miguel IX asolan la región de Pérgamo y Galípoli, lo que facilita la instalación de turcos en estas arruinadas urbes. Osmán inicia una política de relación con los gobernadores cristianos cercanos, y acepta soldados y aventureros de origen cristiano y musulmán dentro de sus ejércitos. Sus éxitos convierten a su pequeño territorio en un lugar atractivo para buscadores de fortuna de la zona, por lo que se van incrementando sus ejércitos con gente de todas las religiones y orígenes. Según realiza nuevas conquistas, va creando gobernaciones que da a sus principales oficiales y a sus hijos, siguiendo el modelo selyuquí, y ordena sus ejércitos de la forma tradicional por múltiplos de diez.

A la muerte de Osmán, que debe situarse en torno a 1324, su hijo Orján hereda un territorio relativamente extenso, pero no es dueño de ninguno de los núcleos urbanos cercanos al no poseer la técnica militar necesaria para conquistar recintos amurallados o defendidos por poderosos alcázares. Uno de sus hermanos, Aladin, renuncia a sus derechos sucesorios y se convierte en el primer gran visir de los otomanos, hombre que, junto a Orján, creará un verdadero Estado. En 1326 la ciudad de Brusa (la actual Bursa, lugar afamado al estar erigido a los pies del monte Olimpo, Uludag –montaña sagrada– en turco) se rinde después de haber soportado un prolongado asedio que ha condenado a sus habitantes al agotamiento y al hambre. Orján la convierte en la capital de su territorio y, desde ella, emprende la conquista del resto de los núcleos urbanos de la región. En 1328 el basileus Andrónico III marcha personalmente a enfrentarse con el hijo de Osmán, combate a los dos ejércitos en Pelekanon, y los cristianos son derrotados por los musulmanes; los vencidos bizantinos tienen que regresar a pie hasta Üsküdar. En los años siguientes se conquista Nicea (Iznik) y Nicomedia (Izmit). En 1333 se firma la paz entre Andrónico III y Orján, y se reconoce a los bizantinos las victorias logradas por los turcos a cambio de que no conquisten más fortalezas.

Los textos occidentales suelen describir a los otomanos como unos guerreros especialmente crueles con los cristianos, lo que comienza a generar la leyenda de los otomanos como soldados sanguinarios y crueles con sus ene-

migos. Sin embargo, la mayor parte de las acciones militares que se realizan en estos años tienen que ver con la expansión de un Estado pequeño rodeado de enemigos por todas las partes, ya sean cristianos o musulmanes, por lo que luchan contra cualquiera de los grupos humanos asentados en sus fronteras.

La siguiente fase de expansión se produce cuando Orján domina el territorio gobernado desde la actual ciudad de Geyve, lugar habitado por tártaros o turcomanos cristianizados, aliados de los bizantinos, aunque resulta muy difícil definir completamente muchas de las informaciones de estos años por las deficiencias de la documentación del momento. Orján, como otros sultanes de la dinastía otomana, se sabrá aprovechar de las disensiones de sus enemigos para ampliar sus posesiones. La sucesión del cercano emirato de Karesi, que se asienta en las orillas de los Dardanelos, sobre las ciudades que habían sufrido los enfrentamientos entre bizantinos y catalanes a principios del siglo XIV, es una gran oportunidad de poder alcanzar las orillas del mar. En Pérgamo gobernaba Yakcï, y en Balikhesir lo hacía Demir Han. Ambos contendientes son ayudados por otomanos y bizantinos, en un complicado juego diplomático que se desarrolla entre 1334 a 1349, que culmina con la ocupación total del emirato por Orján.

Estas conquistas suponen que el paso de los otomanos al continente europeo sea completamente lógico e inevitable. Elementos turcos ya habían combatido en Europa como soldados mercenarios de las compañías catalanas, por lo que ir al otro lado de los Dardanelos era una simple cuestión de tiempo. La oportunidad llega por una disputa entre los diferentes pretendientes bizantinos al trono, situación que se repite a lo largo de estos siglos y que siempre fue aprovechada por los otomanos para consolidar su posición. En esta ocasión es por la guerra civil entre los partidarios de Juan VI Cantacuceno y Juan V Paleólogo, menor de edad, para lograr hacerse con el trono vacante a la muerte de Andriónico III en 1341. Juan V pide ayuda al sultán de Aydin, un emirato marítimo que cuenta con una flota de relativa importancia, pero se abandona esta alianza cuando muere Omur luchando contra los latinos que han ocupado la ciudad de Esmirna en 1344. El único aliado que puede facilitar la ayuda necesaria al bizantino es Orján, firmando un acuerdo con él en 1345 que posibilita la recuperación de la mayor parte de las ciudades del mar Negro. En agradecimiento, el basileus le entrega por esposa a su hija Teodora, y se inicia así la entrada de sangre cristiana en la casa

de Osmán, lo que les justificará legalmente para en el futuro emprender nuevas conquistas, así como utilizar este matrimonio para legitimar las tierras que ocupan, lo que da un gran valor a su origen griego, aunque en el Islam otomano este ascendiente femenino no tiene demasiado valor. La ayuda de los otomanos resulta imprescindible para que Juan VI ocupe Constantinopla como emperador (*basileus*), y nombra a Juan V corregente.

Orján también entra en las tensiones entre los latinos, y apoya a los genoveses contra los venecianos, los aliados tradicionales de los bizantinos, por lo que huestes otomanas son desembarcadas en Europa por navíos italianos de la república de Génova. El hijo de Orján, Solimán (Süleyman en turco), comanda estas tropas, y ayuda a los bizantinos a enfrentarse con los búlgaros y los serbios, a los que derrota. Estas primeras acciones militares en Europa están fijando las futuras vías de expansión de la casa de Osmán. Una nueva guerra civil entre bizantinos, esta vez entre Juan V y Mateo Cantacuceno, hijo del anterior, les posibilita el paso al continente, y exigen en esta ocasión una ciudad en la península de Galípoli. En 1354 un fuerte terremoto destruye muchas de las murallas de las fortalezas y ciudades en torno a Galípoli, lugares que serán poblados por elementos turcos por mandato de Solimán, por lo que los otomanos a mediados del siglo XIV han logrado tener sus primeras posesiones europeas.

A la muerte de Orján, en 1362, el emirato fundado por Osmán ha crecido hasta extenderse a lo largo de tres mares (Mármara, Negro y Mediterráneo) y dos continentes, lo que será una constante en la historia del imperio hasta su desaparición en el siglo XX. Su descendiente más capaz, el reseñado Solimán, muere al caer de su caballo en 1357, por lo que le sucederá su hijo Murat I. En realidad, en esta época no se puede decir que la cabeza del Estado sea su jefe absoluto, ya que el poder reside en toda la familia. A Solimán, jefe de los ejércitos otomanos en Europa, le sustituirá Murat en vida de su padre, lo que muestra que está ejerciendo las funciones asignadas por el resto de la familia. Como se ha referido, Osmán y Orján van cediendo a sus familiares sus diferentes posesiones para que las gobiernen y engrandezcan. Siempre intentan elegir al miembro más capaz de sus descendientes y deudos, la persona que puede mantener en pie lo conquistado, sin importar demasiado que sea un descendiente por línea directa del anterior gobernante. Aunque estas reglas solo se practican en la época de los primeros

sultanes. Sus rápidas conquistas y que no se reconozca ningún tipo de vasallaje a los distintos señores de la zona, ni a selyuquíes ni mogoles, ponen de manifiesto que nos encontramos ante un Estado libre y sin ataduras, con independencia de que los cronistas posteriores les quieran hacer los sucesores directos del sultanato del Rum. Este tipo de organización genera que un gran número de personas se integren en los ejércitos de estos príncipes y busquen su ascenso social o, simplemente, la fortuna que se les ha sido negada en otros lugares. A Osmán y a Orján la historiografía otomana los conoce con el sobrenombre de Gazi, título que en la actualidad figura en sus tumbas en el barrio de Osmancik de Bursa, levantadas en un antiguo monasterio bizantino, y reedificadas a mediados del siglo XIX. Este título los describe como hombres que consagran su vida en extender el islam en Asia Menor y los Balcanes, aunque hemos referido que luchan tanto contra cristianos como contra musulmanes y que en muchas ocasiones sirven como simples mercenarios en las guerras civiles bizantinas, como también lo hacen las compañías catalanas.

La mitificación del momento, como encontramos en las crónicas históricas escritas en turco que relatan este periodo histórico, nos puede hacer pensar que los primeros otomanos representan una sociedad urbana, dada la importancia que tiene para ellos el dominio de las ciudades. El mundo otomano que estamos reseñando sigue siendo un universo de grupos nómadas o seminómadas que prefieren la vida en tierra abierta que entre murallas. Es verdad que dotan a las ciudades de mezquitas, medersas, baños (*hamman*), mercados (*han*) o cocinas para dar de comer a la población, y los grandes personajes de la familia, en especial las mujeres y los hijos que no gobiernan, donan parte de sus riquezas para realizar edificios que tengan usos para la comunidad (el caso del oratoria de Nilüfer, mujer de Orján, es el más conocido de todos los que conservamos en la actualidad). Todos estos datos no nos pueden hacer pensar que estamos ante una sociedad plenamente urbana.

Los otomanos dotan a las ciudades de un aire musulmán, sobre todo por sus edificaciones, y favorecen el desarrollo de las cofradías (*aki*, la mayor parte de ellas muy cercanas al sufismo) y la fundación de conventos derviches. El árabe, como nos informan Ibn Battuta y otros viajeros que recorren esta región, no se emplea entre los otomanos, que hablan turco y persa, esta última

lengua es empleada en especial por los grupos más cultos de procedencia selyuquí. Las urbes están repletas de elementos griegos que no son expulsados después de la conquista, y los turcomanos acampan cerca de las murallas organizados por grupos tribales. Tanto en Anatolia como en Europa, el mundo turco se muestra muy tolerante con los cristianos y judíos (*zimmi*), lo que permite que vivan dentro de su territorio si aceptan la soberanía de los descendientes de Osmán. Estamos ante un mundo en formación que se tendrá que ir perfeccionando, pero que desde los primeros años imprime su carácter a los lugares conquistados. En contra de lo que afirman las crónicas cristianas, no estamos ante musulmanes fanáticos o fanatizados, como podría presuponer el título de Gazi, y si repasamos la nómina de los súbditos gobernados por Osmán y Orján, podemos encontrar musulmanes de diferentes confesiones y credos, desde los que practican una religión popular hasta gente que tiene una amplia formación religiosa. Además, podemos referir grupos de diferentes confesiones y cofradías heterodoxas, además de turcos que profesan las confesiones cristianas orientales. También se pueden anotar en sus ejércitos soldados de origen griego, armenio y de otras iglesias cristianas orientales. En realidad, estamos reseñando un emirato que ha crecido enormemente en muy pocos años pero que no está plenamente consolidado, además de que despierta el miedo y los recelos de los cristianos y los musulmanes cercanos.

1.3. *La consolidación del Estado otomano*

1.3.1. Murat I (1362-1389)

La falta de primogenitura en la sucesión de un emir o de un sultán puede deparar conflictos civiles en las sociedades islámicas, lo que explica que a la muerte de Orján nos encontremos con la primera de las disputas dinásticas entre los sucesores de Osmán. Murat, que había sustituido a Solimán en Europa, era el candidato natural para suceder a su padre, ya que había demostrado sus dotes militares y administrativas en el campo de batalla. Es reconocido como emir por los ulemas y los altos dignatarios cercanos al antiguo sultán residentes en Bursa, elección que no es aceptada por sus hermanos (Halil e Ibrahim), que buscan el apoyo de bizantinos o de otros

emires turcos para impedir su ascenso al poder. Después de una corta guerra civil, y ya como único gobernante, continúa la expansión por los Balcanes y por Anatolia. En la zona cercana a Bitinia no existía ningún poder político que pudiera poner coto al avance turco, por lo que el basileus Juan V pide ayuda a los católicos para detener a estos musulmanes, lo que supone que el mundo del Occidente vuelva a condicionar la vida del Oriente cristiano. El gobernante bizantino acepta la sumisión a la Iglesia romana si se le facilita ayuda militar, y así vuelve a recurrir a la idea de la "unión de Iglesias" para que sobreviva Bizancio, recurso utilizado durante los siglos medievales por Paleólogo y con menos cuando eran amenazados por las primeras invasiones musulmanas. El único logro de este agónico esfuerzo fue la promulgación de una cruzada que protagonizó Amadeo de Saboya, primo de Juan V, que supuso la recuperación de Galípoli, además de la defensa de los intereses de genoveses y venecianos en Levante y la consolidación en Constantinopla de los basileus. Su petición de ayuda a Luis el Grande de Hungría para detener a Murat en los Balcanes no tuvo éxito, por lo que los otomanos siguieron fuertemente instalados en el sureste europeo. Aunque los cruzados lograron dar un momento de respiro a la Constantinopla bizantina, fortaleciendo las maltrechas estructuras militares de los griegos, esta situación no tuvo ningún rédito palpable ya que las continuas disensiones internas de los ortodoxos orientales y el complicado juego político de los últimos basileus hacían imposible sacar partido de la mejorada situación militar de los griegos. En 1377 el emperador Andrónico IV cederá definitivamente la ciudad de Galípoli a Murat I, a cambio de su apoyo en una nueva guerra civil para mantenerse en el poder contra sus hermanastros y su padre, por lo que lo ganado en combate se pierde ante una nueva disputa dinástica.

El reinado de Murat I es el de la primera gran consolidación otomana en los Balcanes. En este momento los turcos no han sido capaces de darse cuenta de la importancia de contar con una flota de guerra desarrollada. Siguen siendo un grupo de soldados de caballería e infantería que no pueden enfrentarse a las naves venecianas y genovesas que controlan la mayor parte de las islas del Egeo y las ciudades costeras del mar Negro. Sin embargo, por tierra se van a ver favorecidos por las disensiones entre los diferentes gobernantes de las tierras que desean conquistar. La debilidad política de Bizancio es aprovechada por los diferentes señores locales, que crean enti-

dades políticas nuevas en sus posesiones, incapaces la mayor parte de ellos de oponerse al avance musulmán. La primera gran victoria de Murat en Europa fue la conquista de Adrianópolis (la actual Edirne), lo que abría al emir otomano las puertas de Bulgaria central y oriental, Serbia y Tracia. Además de victorias militares sobre sus adversarios, el sultán logra la sumisión de muchos de los príncipes balcánicos, lo que le garantiza la extensión de sus dominios sobre estos territorios. A la muerte de Murat I en 1389, en la batalla de Kosovo, donde también fallece el rey de Bosnia Turtko, los otomanos han logrado consolidar su dominio en buena parte de Anatolia, después de haberse enfrentado con el gobernante de Karamania y casarse con la hija del emir de Germiyan. Han logrado someter, bien por la fuerza de las armas o al presionar para que se hagan vasallos y paguen un tributo, a buena parte de los gobernantes locales, incluido el emperador bizantino, de Tracia, Serbia, Bulgaria y Bosnia, y se han hecho con el control de núcleos urbanos tan importantes como Tesalónica o Sofía.

La importancia histórica del emir Murat I no reside solo en sus victorias, sobrenombre con que se le conoce popularmente, sino que descansa en la forma de una primitiva organización del Estado que gobierna. Se establecen diferentes maneras de ocupación del espacio, estudiadas por H. Inalcik, que nos muestran la ductilidad del nuevo Estado que se está formando en el sureste europeo. Las tierras conquistadas militarmente, al seguir promoviendo Murat la guerra santa, se integran dentro de sus dominios, y se respetan los castillos y las ciudades que se entregan voluntariamente. Se asientan destacamentos militares en los lugares de frontera, desde donde se promueven nuevas conquistas y continuas expediciones punitivas contra los territorios vecinos ocupados por los cristianos.

El emir comienza a trasladar contingentes de población de Anatolia a Rumelia, nombre que reciben sus posesiones en los Balcanes, movidos por los idearios religiosos de realizar la *gaza* (guerra santa) y las ventajas económicas que se prometen a estos combatientes. Estos grupos humanos fundan núcleos urbanos o se instalan en las localidades de frontera, donde levantan barrios nuevos sin mezclarse con los oriundos, a los que permiten mantener su religión y sus maneras tradicionales de vida. Se dan lotes de tierra, que reciben el nombre de timar, a los musulmanes, tanto a militares como a funcionarios civiles y religiosos, que a su vez contribuyen a la guerra reclutando una caba-

llería regular (sipahis), y el número de lanzas depende del tamaño de la concesión. Este timar logró someter fielmente a estos hombres de frontera a la obediencia del emir. El gran visir Kara Halil Hayreddîn da los primeros pasos para crear una administración centralizada, por lo que se generaliza la creación de registros de población y de recaudación de impuestos (*defter*), que es el germen inicial para lograr una administración profesionalizada y que cuenta con amplios datos de todas las posesiones y súbditos de la casa de Osmán. Junto a los *kadis*, autoridad en la ley coránica, se gobiernan estos principados de frontera (*beylik* o *sancak bey*). Los botines logrados en las guerras de conquista se integran dentro del tesoro del Estado, se muestra así nuevamente la voluntad de unificación y centralización de un gobernante que comienza a tener posesiones muy alejadas geográficamente unas de otras. Esta dispersión de sus posesiones conlleva que se nombre a un *beyberbey* en Rumelia, cuya traducción al castellano sería "señor de señores", cuya función era controlar a los kadis, *bey*, representantes locales y todas las personas que administran las diferentes provincias balcánicas. En 1393, ya con Bayaceto I (Beyazîd I), se creará otro para administrar los territorios de Anatolia.

Al emir y a su gran visir se debe la creación más importante de este periodo: el germen de un ejército permanente dentro del futuro Imperio otomano. Además de los botines que se queda el comandante en jefe de los ejércitos, como se había realizado desde la época de Osmán, aunque ahora el quinto se integra dentro del tesoro del Estado, Murat I incorpora como parte de su patrimonio el quinto de los prisioneros conseguidos en las empresas de la guerra santa (*pencik*). Con estos hombres crea un cuerpo de infantería, que luego sería artillado con arcabuces y otras armas de fuego que reciben el nombre de jenízaros (*yeni-* nueva, *seri-* tropa). Entre los contingentes que luchan en los ejércitos otomanos era frecuente encontrarse destacamentos serbios, búlgaros, bizantinos y de otros grupos humanos sometidos por el emir, por lo que no resulta extraño que se cree un cuerpo de esclavos que combata junto a los musulmanes. Este grupo se irá perfeccionando con el tiempo cuando se incorpore un impuesto de sangre (*devsirme*) que deben satisfacer los súbditos no musulmanes al entregar a uno de sus hijos para servir al sultán. Con Murat I se dan los primeros pasos para fundar las estructuras políticas para crear un imperio, y se deja atrás la fase épica de la historia de los descendientes de Osmán.

1.3.2. Bayaceto I (Bayecit I, Yildirim-el Rayo) (1389-1402)

La derrota de Bayaceto ante Tamerlán y su muerte en cautiverio han generado que en Occidente se tenga una visión bastante distorsionada sobre este personaje. Asciende al trono inmediatamente después de la muerte de su padre, al encontrarse luchando junto a él en la batalla de Kosovo. Es el primer gobernante turco que adquiere una de las señas distintivas de la dinastía, como es la consideración de que es un soberano universal que gobierna un imperio multicultural. No es un simple guerrero de la fe (*gazi*), sino un soberano que desciende de un emir otomano y una princesa bizantina, que pide al califa abasí de El Cairo que le nombre califa del Rum, al intentar reconstruir las posesiones del Imperio romano de Oriente.

Sus primeras acciones militares, siempre impetuosas y muy rápidas, se producen en Asia Menor. Al conocerse el asesinato del antiguo emir, la mayor parte de los príncipes turcos anatólicos se confederan entre sí para acabar con el dominio de los otomanos, a los que se considera que están exclusivamente preocupados por asuntos balcánicos. Aladino de Karamania encabeza la revuelta, a la que se suman los señores de Sivas, Sarukhan, Germiyân y otros principados. Bayaceto regresa rápidamente a Bursa con un ejército compuesto por turcos, bizantinos súbditos de Manuel II y serbios de Esteban Lazarevic, además de destacamentos conformados por búlgaros y albaneses. Para complicar aún más su situación, uno de sus vasallos, Solimán Bajá de Kastamonu, también se rebela. A lo largo del invierno de 1389-1390 logra el control de los principados de Sarukhan, Ahamideli, Menteche y Germiyân, y se anexiona todos los dominios del sublevado Solimán cuando le decapita en 1391. Abandona la campaña en Anatolia para encaminarse hacia Europa e intentar unificar sus dominios ante la amenaza exterior. Realiza una compleja política de alianzas para lograr que varios de los príncipes de la región se declaren vasallos del sultán, e incluso se casa con la hermana de los sucesos de Esteban Lazarevic para asegurar su control sobre Serbia. Una vez pacificado este frente, quiere acabar con los restos que quedan de Bulgaria para unificar todos sus dominios en Rumelia, por lo que ataca Valaquia, conquista la capital búlgara de Tarnovo y ejecuta al zar Shisman. Una vez consolidada su posición en esta región, lleva a sus ejércitos delante de las murallas de Constantinopla para ocupar la capital

bizantina. Los primeros asaltos de los otomanos se estrellan contra las aún poderosas murallas terrestres de la ciudad, aunque retira al grueso de su ejército del asedio, deja a un destacamento que seguirá atacando la urbe hasta su muerte.

Las rápidas conquistas de Bayaceto despiertan el temor entre los cristianos, que logran que el papa publique una cruzada para detener a los musulmanes que se expansionan por Europa. El rey Segismundo de Hungría, amenazado directamente después de la caída de Serbia, es la cabeza de este movimiento, al que se suma Manuel II Paleólogo, Francia y, en menor medida, Venecia, que ve cómo sus posesiones en el Egeo y Albania son atacadas por tierra y por mar por las huestes del emir. El ejército cruzado se reúne en la ciudad de Buda, se desplaza hasta Vidin y conquista la ciudad. En 1396 se encamina a Nicópolis y entra en batalla con Bayaceto en septiembre de 1396. La caballería pesada francesa es casi aniquilada por los soldados turcos, los valacos de Mircea y los transilvanos abandonan la batalla al ver la suerte adversa de los franceses, y resisten exclusivamente los húngaros y los alemanes a los repetidos ataques turcos apoyados por los serbios de Esteban Lazarevic. Esta victoria logra que los otomanos se asienten aún más sólidamente en los Balcanes, por lo que el emir vuelve al sitio de Constantinopla para intentar hacerse con la antigua capital de Bizancio. El rey de Francia manda al sitiado 1200 caballeros para que resistan el asedio, y Manuel II emprende un viaje a Roma para pedir la ayuda militar y económica de Occidente en un agónico esfuerzo para salvar sus dominios, y deja como regente a su enemigo Juan VIII. En 1402 la ciudad está cerca de rendirse a los enemigos, se negocia su entrega en esta fecha. La llegada de un nuevo conquistador oriental, Tamerlán, liberará a la urbe de su pérdida por los griegos a lo largo de medio siglo, con lo que cambia la suerte de los últimos bizantinos durante estos años.

Los principados turcos anatólicos volverán a sublevarse al conocer la noticia de que el emir vuelve a combatir contra los cristianos en el sureste europeo. Solimán de Karamania se levanta nuevamente en armas, por lo que Bayaceto vuelve a Asia en 1397 para enfrentarse con él. En otoño de 1397 el sublevado se tiene que refugiar en la ciudad de Konia, después de varias derrotas, y es entregado el príncipe al emir otomano por sus ciudadanos. Bayaceto se anexiona Karamania, su principal rival en Asia Menor,

por lo que tiene vía libre para ir conquistando el resto de los principados turcos de la región, como muestra la ocupación de Sivas.

Esta expansión de los otomanos hacia el este genera que se entre en contacto con los príncipes vasallos del nuevo mogol, que comienza a expandirse en estos mismos años. Desde Samarcanda ha llevado sus ejércitos desde Asia central hasta Rusia meridional, Azerbaiyán, Irán, la India y la antigua Mesopotamia. Solimán, el hijo del emir otomano, combate las tierras de Armenia y el alto Éufrates, por lo que es cuestión de tiempo que otomanos y mogoles entren en disputa. Las exitosas y rápidas conquistas de Bayaceto, que había duplicado los dominios de su padre, tanto en Asia como en Europa, durante sus años de gobierno, le llevaron a cometer el error de no ser capaz de calibrar la peligrosidad de su nuevo enemigo. Sus conquistas habían generado grandes enemistades entre musulmanes y cristianos, por lo que los miembros de ambas religiones veían en Tamerlán un aliado que podría poner coto a la excesiva ambición y ansias de dominio del emir. Manuel II y Carlos VI de Francia, que ejercía como protector de Génova, amenazada en su imperio comercial oriental en el mar Negro por las conquistas turcas, además de Venecia, se ponen en contacto con Tamerlán. También recibe las quejas de los príncipes turcos desposeídos por Bayaceto, por lo que el conflicto está perfectamente preparado para cambiar la situación de Anatolia. Tamerlán realiza una exitosa campaña entre 1399 a 1402 que le lleva a conquistar varias ciudades de Siria (Alepo, Homs, Baalbek y Damasco), episodios descritos por Ibn Jaldún, al estar presente en la región cuando se produce esta expansión de los mogoles, en la que se hacen con el control de algunas ciudades fronterizas otomanas, como es el caso de Sivas, donde manda aniquilar toda la guarnición que defiende la posesión del otomano, conformada por soldados de origen armenio.

Las disensiones entre los dos príncipes, especialmente violentas por parte del otomano, y las peticiones de ayuda que recibe Tamerlán por los desposeídos por el emir son excusas perfectas para invadir Anatolia central en 1402, y llega en julio de ese año a las cercanías de Ankara. Antes había pedido al emir que devolviera las tierras conquistadas en Anatolia a sus legítimos dueños, petición que no fue atendida por el otomano. Durante la batalla la mayor parte de los contingentes anatólicos que combatían con los otomanos desertaron al ver a sus antiguos soberanos en las filas mogolas, y Bayaceto se

quedó solo con los jenízaros y sus aliados serbios. Varios de los hijos lograron huir con vida antes del asalto definitivo sobre la hueste otomana, que padecía enorme sed al no dominar ningún cauce de agua. Tamerlán cautivó vivo a Bayaceto, y le trató con gran cortesía, aunque murió un año después de su apresamiento. Sobre el final de la vida del emir existe un gran número de versiones, desde que vivió en una jaula en la que no se podía incorporar de pie hasta que fue usado como escabel para subir a caballo y que su mujer atendía la mesa del mogol desnuda. Ambas dos figuras se convierten en mitos de la cultura occidental, y sus personajes servirán de inspiración a artistas y músicos que les inmortalizarán en cuadros y óperas, encarnando el buen salvaje y otros mitos de este tipo. Tamerlán siguió su avance en Anatolia, y llegó a atacar la ciudad de Bursa en 1403, aunque murió en 1404 cuando estaba organizando su campaña para dominar China.

El emirato de Bayaceto fue uno de los más importantes de toda la historia otomana, con independencia de su trágico final. En Europa logra hacerse con el control efectivo de Tracia, Macedonia, Tesalia, Bulgaria y una buena parte de Albania, además de que logra que Valaquia y Serbia sean protectorados gobernados por príncipes cristianos leales al sucesor de Osmán. Reduce considerablemente los dominios bizantinos, que al final de su emirato exclusivamente controlan la ciudad de Constantinopla, asediada desde 1394, y Morea, defendida por los caballeros de Rodas, pertenecientes a la Orden Hospitalaria del Santo Sepulcro de Jerusalén, además de la lejana Trebisonda. En Asia somete a sus principales rivales de origen turco y sus ejércitos dominan hasta la ciudad de Sivas y la región del Éufrates. Perfecciona el cuerpo de jenízaros, aumenta su número, y enrola a los hijos mayores de sus súbditos ortodoxos, que entregan a sus primogénitos para que sean islamizados y educados en un riguroso sistema de obediencia. De estos esclavos de la puerta (*kapi kullari*), se elegirán a los más inteligentes para dirigir las huestes otomanas y para llevar la administración central del Estado, lo que supone que se perfeccionen los sistemas de recaudación de impuestos y control de las poblaciones gobernadas por el emir. Las conquistas en Anatolia serán realizadas mayoritariamente por los súbditos cristianos de Bayaceto, dada la reticencia de los musulmanes a practicar la guerra santa (*gaza*) contra sus correligionarios. Aunque militarmente parece que Bayaceto comanda a un ejército que ha logrado enormes victorias contra sus enemigos, los otomanos tenían carencias evidentes que

justifican algunos de sus fracasos. Aunque han creado algunas unidades navales, asentadas en la ciudad de Galípoli, la marina otomana no puede impedir las navegaciones de los venecianos y los genoveses, así como tampoco la llegada de contingentes militares y suministros a la sitiada ciudad de Constantinopla. La victoria de Tamerlán en la batalla de Ankara se puede explicar por errores tácticos evidentes de los otomanos, achacables a las órdenes dadas por el *beylerbey* de Anatolia, Firuz Bey, en contra del parecer del gran visir Candarli Ali, por las deserciones de los soldados musulmanes de Asia Menor o por entrar en batalla a campo abierto ante un enemigo que cuenta con un mayor número de efectivos de infantería y caballería. Pero, y dejando a un lado estos errores, el mayor defecto otomano fue minusvalorar a su adversario, tendencia que se aprecia en las formas de gobierno de los emires en relación con los tratos con los príncipes adversarios, lo cual demuestra una enorme soberbia y displicencia ante ellos o sus emisarios.

Los enemigos de los otomanos, después de la derrota de Bayaceto, perdieron una gran oportunidad para acabar con este poderoso enemigo que había nacido en las cercanías de Bursa. Aunque los dominios anatólicos fueron ocupados mayoritariamente por sus antiguos dueños, las posesiones en los Balcanes estaban intactas. Los hijos que habían sobrevivido a la batalla (Solimán, Mehmet, Isa y Musa) inician una cruenta guerra civil, alentada por los bizantinos, los sectores religiosos, las clases dirigentes de las ciudades controladas por los emires y las potencias europeas con intereses en esta parte del mundo (Venecia y Génova), que alejará el peligro que representaban los turcos para sus antiguos enemigos durante unos años. Hasta 1413 los diferentes hijos entran en un largo y prolongado combate favorecido por todos sus enemigos para desgastarlos y reducir su peligro. Solimán, el que parecía que sería el próximo emir, recupera los dominios otomanos desde sus posesiones en Rumelia, mientras que Mehmet lo hace en Anatolia, desde la ciudad de Amasia. Es un momento de interregno que no fue aprovechado por los enemigos de la dinastía para acabar con sus dominios sobre Asia Menor y los Balcanes.

1.3.3. Mehmet I (1413-1421)

Mehmet es el único hijo que queda de Bayaceto después de que matara a su hermano Musa en las cercanías de Sofía. La ayuda de los serbios de Es-

taban Lazarevic había vuelto a ser determinante en la historia de los otomanos. La primera tarea que tiene que realizar el nuevo Sultán, título con el que se proclama cabeza de los otomanos, es intentar reconstruir los dominios de su padre, amenazado ahora por enemigos renovados y peligrosos. Respetará los acuerdos firmados entre Manuel II y su hermano Solimán en 1403, en los que se aumentaban los territorios bajo dominio bizantino en Grecia y el mar Negro, y confirma a valacos, serbios, búlgaros, al duque de Janina y al déspota Teodoro de Mistra sus pacíficas intenciones. Después de una pequeña guerra con Venecia, a la que ataca sus posesiones en Hungría, firma un acuerdo con la señoría para apaciguar este frente bélico e ir a solucionar sus problemas en Asia Menor. En 1415 pasa a Anatolia para someter al emir de Karamania, que acababa de poner sitio a la ciudad de Bursa. Atraviesa el Bósforo, lo que pone en fuga a su enemigo, al que persigue hasta Konia, aunque no llega a tomar la ciudad, y obliga al karamán a que devuelva todos los territorios otomanos anexionados después de la batalla de Ankara. En 1416 entra en guerra con Venecia, ya que los señores fronterizos atacan continuamente las posesiones de la república en las costas del Adriático y el Egeo. La pequeña flota mandada construir por el sultán, en la que se enrolan marineros de origen griego, catalán, genovés, cretense o siciliano, será destruida en abril de 1416 delante de los Dardanelos. Aunque el resultado del enfrentamiento con Venecia es claramente favorable al bando cristiano, este suceso tiene la importancia de mostrar a la cabeza del poder otomano la importancia de contar con escuadras marítimas para combatir a los europeos y armonizar sus dilatadas posesiones por medio de sistemas de comunicación más rápidos que los utilizados hasta ese momento. En ese mismo año Valaquia se subleva apoyando a un supuesto impostor que dice ser hermano del sultán, de nombre Mustafá y que estaba desaparecido desde los sucesos de 1402, que termina refugiándose en la ciudad bizantina de Tesalónica, a la que pone sitio Mehmet. De este suceso el gran vencedor será Manuel II, que firma un acuerdo con el soberano otomano para vigilar al pretendiente, por lo que recibe una cantidad de dinero todos los años y el compromiso de no ser atacadas sus posesiones. Al año siguiente tiene que hacer frente a dos revueltas interiores, promovidas por individuos imbuidos de fuertes convicciones religiosas que ponen en duda la legitimidad del sultán. La de los Balcanes es realizada por Bedreddin, personaje que

había tenido cargos en la época de Musa, que fue apoyado por los antiguos partidarios de este hijo de Bayaceto y por el gobernante de Valaquia. La revuelta anatólica la encabezó Börklüje Mustafá, un derviche al que se le había otorgado el título de "hombre santo", que predica un credo religioso de fuertes raíces milenaristas, como los bogomilos y patarenos búlgaros y bosniacos, y que intenta amalgamar el islam con el cristianismo. Sus ideas son muy bien aceptadas por amplios sectores de los grupos populares de la región y apoyadas por alguno de los principados turcos del sur de Asia Menor. Ambas sublevaciones son reprimidas y sus líderes y muchos de sus seguidores exterminados, por lo que los últimos años del sultanato resultan bastante tranquilos.

En las fronteras con Hungría y el imperio mercantil de Venecia se siguen realizando incursiones y ataques, dinámica propia de la vida de fronteras en estas décadas, que no revisten más importancia. En 1419 se firma la paz con Venecia, que acepta las conquistas otomanas realizadas en Albania, y a cambio se le reconoce a la señoría el control de 39 enclaves y fortalezas en las costas del Adriático por las que tiene que pagar un tributo anual al soberano otomano, el más conocido de ellos es la ciudad de Lepanto. Las últimas empresas del gobernante turco se dirigen contra Valaquia en Europa y contra el emir de Karamania en Anatolia, aunque esta última termina con la conquista de Samsun, en el mar Negro, ciudad que estaba bajo dominio genovés. A su muerte ha logrado recuperar la mayor parte de los territorios perdidos por la llegada de Tamerlán y reorganizar el imperio nuevamente.

1.3.4. Murat II (1421-1451)

Su sultanato comienza teniendo que desbancar a dos pretendientes al trono. Por un lado, su supuesto tío Mustafá, custodiado por el basileus bizantino en Tesalónica, y, por otro, su hermano pequeño, también de nombre Mustafá, apoyado por alguno de los principados turcos de Anatolia. El primero fue liberado por Manuel II para provocar la inestabilidad entre los otomanos, y apoyado por los señores fronterizos que gobiernan los beylik cercanos a las posesiones venecianas y húngaras, mientras que al sultán le respalda el aparato central del Estado, representado por las *kapi kullari* ("esclavos de la puerta"). Para vengarse del emperador de Bizancio, Murat pone sitio a Cons-

tantinopla en 1421, aunque tiene que abandonar su represalia por la sublevación asiática del otro Mustafá. El desconcierto es aprovechado por los enemigos tradicionales de los sultanes, Valaquia y algunos principados del norte de Anatolia, para atacar las fronteras del imperio (Kastamonu y Sinop) encabezados por Isfendyaroglu. El nuevo vaivoda valaco, Dracul, atraviesa el Danubio, y ataca varias guarniciones otomanas. Estos dos rebeldes fueron derrotados por los servidores del sultán y pasarán a reconocerle como soberano. Murat en persona pasa a Anatolia, y deja el sitio de la capital imperial, para acabar con la sedición de su hermano pequeño, al que matará en febrero de 1423. El sultán, que aún no cuenta con una flota estable, se alía con Génova para proseguir la guerra contra los principados turcos de Anatolia, y logra conquistar Aydin y Germiyan, por lo que casi ha logrado llegar a los límites controlados por su abuelo.

En 1422 se inicia el asedio de la ciudad de Tesalónica, que los bizantinos ceden a los venecianos al darse cuenta de que son incapaces de defenderla. En el mismo año, el bey Turakhán realiza incursiones por el Peleponeso, ataca territorios bizantinos y latinos, y muestra al mundo cristiano que se han acabado las ventajas que habían logrado en 1403. Desde 1423 hasta 1430, el nuevo sultán entra en continuos enfrentamientos con sus enemigos en Europa, en especial con Venecia. Los avances turcos en Albania volvían a poner en una difícil situación a sus plazas comerciales situadas en la costa (Durazzo, Scütari, Alessio, Lepanto, Codón, Modón, etc.), y la decisión de aceptar la defensa de Tesalónica ponía a la señoría en una posición muy difícil. El sultán comienza realizar una activa política naval y atrae a muchos de los navegantes del Egeo a su bando, por lo que comienza a atacar las posesiones venecianas en las islas del archipiélago. Venecia intentó buscar la ayuda del rey de Hungría, Segismundo, enemigo de Murat al estar litigando por el dominio de Serbia después de la muerte de Esteban Lazarevic. Esta petición de ayuda no se concretó en nada evidente por la falta de lealtad de muchos de los vaivodas y príncipes locales de estos territorios, lo que impide realizar al rey magiar una política exterior de mayor calado. La suerte de Tesalónica se decidió completamente cuando el mismo sultán acampa delante de sus murallas, y renueva el ardor de los sitiadores, en 1430. En unos pocos días la ciudad fue conquistada y Venecia aceptó un tratado de paz por el que pagaba una considerable suma por mantener sus fortalezas en las costas

de Albania, y a cambio logra grandes ventajas mercantiles al conseguir una gran libertad de comerciar y navegar por las aguas que controla el sultán. Murat II, además del dinero, consigue que los venecianos sean neutrales en los próximos conflictos que está ideando la Corte otomana, lo que supone que se libere de un enemigo que domina un arma que los turcos aún no controlan convenientemente, como es la marina.

En los meses siguientes al control de Tesalónica comenzó la conquista del Épiro, un protectorado de la dinastía angevina de Nápoles, y las incursiones al montañoso territorio de Albania central y meridional. Hacia 1433 logra la mayor parte de sus objetivos, y vence a Juan Castriota, aunque le mantiene como gobernante después de que reconozca la soberanía del sultán en Kruje; se asegura su reconocimiento al llevarse en calidad de rehén a su hijo Jorge, el famoso Escanderberg, hombre que terminaría sus días luchando contra Mehmet II. En Serbia logra hacerse con la mayor parte del territorio al casarse con Mara, la hija del sucesor de Esteban Lazarevic, Jorge Brankovic, y se declara vasallo del otomano. En el resto de los Balcanes se inicia una compleja guerra de influencia entre Murat II y Segismundo de Hungría, que ponen y deponen gobernantes en el territorio, como es el caso del ascenso de Vlar I Drakul en Valaquia en 1435, lo que llevará a los señores fronterizos otomanos a realizar continuas razias en Transilvania. En los años siguientes los otomanos abandonarán el escenario europeo para trasladarse a Asia, donde entran nuevamente en conflicto contra Karamania, que cuenta con el apoyo de los mamelucos egipcios, empresa que culminará con la toma de la ciudad de Kayseri.

Aunque hasta ahora lo único que se ha referido son empresas militares, el sultanato de Murat II es uno de los menos agresivos de los años de conformación del Imperio otomano. Intenta realizar una política muy prudente, tendiendo a soluciones diplomáticas, antes de iniciar grandes campañas militares a lo largo de sus amplias posesiones. En Europa, Rumelia para los turcos, la tensión armada la mantienen los principados de frontera, sin implicar directamente a los ejércitos al mando directo del sultán. Dentro de la sociedad otomana se tiene muy presente el desastre de Ankara, por lo que se intenta limitar en la medida de lo posible las grandes campañas militares muy agresivas. De otro lado, Murat II está completamente rodeado de enemigos muy poderosos, Venecia, Hungría o Karamania, Estados que

buscan aliados en las fronteras y en el interior de los dominios de la Puerta para debilitar en todo lo posible a los otomanos. Esta situación cambia radicalmente en 1427 por la muerte de varios de los personajes que han puesto en práctica la política del gobernante, como es el caso del gran visir Candarli Ibrahim Pachá, por referir exclusivamente un ejemplo. En este momento también se logra la neutralidad del gran rival marítimo de los turcos, como es Venecia, así como se produce la desaparición de varios de sus antiguos enemigos, Segismundo de Hungría o el emir de Karamania. La pérdida de prestigio del nuevo visir, Saruca Pasa, abre la puerta a que varios miembros del Diván se muestren mucho más agresivos. En 1438 el propio Murat II encabeza una expedición contra Transilvania y Hungría para defender a sus vasallos y feudatarios de las presiones magiares. Los diferentes señores de frontera y gobernadores de las provincias de Rumelia inician expediciones que logran que el rey de Bosnia acepte la soberanía del sultán, y se hacen con la importante región minera de Novo Brdo. A finales de 1439 los dominios turcos se han ampliado hasta Sebrenica, en Bosnia y en el norte de Serbia. En 1440 muere el sucesor de Segismundo, Alberto II, y deja en el trono a un recién nacido, momento que aprovechará Murat para poner sitio a la ciudad bajo control húngaro más cercana a los dominios turcos, Belgrado. En este proceso de cambio de situación, cambio que favorece al sector más agresivo de los consejeros del sultán, también se aprecia en Bizancio. Juan VIII regresa en esas fechas a su capital, después de 18 meses de ausencia, habiendo aceptado la "unión de Iglesias" propuesta en el Concilio de Florencia del 6 de julio de 1439, aunque el acuerdo con Roma no es bien recibido por los bizantinos, que siguen sin fiarse de la ayuda latina a los griegos.

La defensa de la ciudad de Belgrado la capitanea Juan Hünyadi, vaivoda de Transilvania, que refuerza sus murallas y realiza salidas al exterior para debilitar a los sitiadores. Aunque el sultán manda a sus principales visires a varias campañas de conquista en tierras magiares, la resistencia de los habitantes de la región logra clamorosas victorias sobre los jenízaros de Mezid Pasa. Los éxitos de Hünyadi sobre los otomanos despiertan en Europa nuevamente el espíritu de cruzada, propiciado por el pontífice Eugenio IV, y es bien acogida la idea por los reyes de la zona, sobre todo cuando Ladislao III de Polonia es elegido soberano de Hungría con el nombre de Ladislao I,

que inicia la "larga campaña" de 1443-1444. En Grecia, Constantino Paleólogo, déspota de Morea, reconstruye las murallas del Hexamilion y logra cambiar la fidelidad de algunos gobernantes de la región. El Albania, Jorge Castrioto, conocido como Escanderbeg, hombre formado dentro de la Corte otomana, reúne las fuerzas de varios clanes familiares en torno a él para liberar el norte del país del dominio de Estambul, con lo que inicia una guerra que durará varias décadas. En Anatolia la guerra con Karamania sigue, por lo que el sultán se plantea llegar a un acuerdo de paz con sus adversarios, al tener que mantener dos frentes bélicos abiertos al unísono, idea en la que también pesa que Aladino, el hijo primogénito de Murat, muera en el campo de batalla. El acuerdo se firma en Edirne en 1444, por el que se reconoce el dominio otomano de Bulgaria y Valaquia, una parte de Serbia es devuelta a Brankovic, y se comprometen los contendientes a no atravesar el Danubio. Una vez ratificado el tratado por el rey húngaro, Murat II decide retirarse y dejar en el poder a su hijo Mehmet, un niño de 12 años. Las razones últimas de esta decisión siguen siendo desconocidas, pero se especula que pueda ser motivada por la tristeza que padece por la muerte de su hijo en el campo de batalla. Las crónicas otomanas tampoco nos aclaran este extremo, además de que resultan muy confusas al referir muchos de los acontecimientos descritos en estas páginas.

El cambio de sultán dentro del imperio aviva un gran número de problemas que estaban latentes, tanto en el exterior como en el interior. El gran visir elegido por Murat, Halil Candarli, tiene poderosos enemigos en su entorno cercano, además de que es partidario de volver a la prudencia en las empresas de conquista. Los enemigos de los otomanos, tanto en Europa como en Anatolia, no dejan pasar la ocasión para fortalecer sus posesiones. El emperador bizantino libera al príncipe Orjan, hijo de Bayaceto, pretende así que reclame el sultanato y se inicie una nueva contienda civil por el poder. Roma pone en pie la prometida cruzada y se inician las hostilidades. Ladislado y Hunyadi desean recuperar la costa del mar Negro, en el entorno de la ciudad búlgara de Varna. Murat regresa de su retiro de Manisa y logra que los genoveses trasladen su ejército a Europa, cruzando el Bósforo, dado que los Dardanelos están siendo vigilados por las naves venecianas. Socorre la ciudad de Varna, sin ser capaz de vencer a la poderosa artillería húngara, arma que aún no dominan los jenízaros, pero la suerte se alía con el bando

otomano al matar un jenízaro al rey Ladislao, por lo que la batalla cayó del bando del sultán. Después de la victoria, regresa a su retiro inmediatamente, abdica nuevamente en su hijo y se retira al interior de Anatolia para huir de las preocupaciones de la Corte.

El primer gobierno de Mehmet II dura escasamente un año, y lo único destacado que se produce en él es la paz con Venecia, parecida a la firmada en 1430, por lo que se aplaca el peligro latino por mar. Los movimientos sediciosos en Albania y Grecia se mantienen, y los turcos sufren pérdidas territoriales. El regreso al sultanato de Murat II no se produce por estos acontecimientos, sino para controlar una revuelta de varios de los destacamentos jenízaros, descontentos con el nuevo sultán, que incendian Edirne, la capital otomana, y desestabilizan el Estado. El gran visir pide a Murat II que regrese de su retiro, cosa que hace a fines de 1446. A su regreso ataca a Escanderbeg y al déspota de Morea, con lo que logra someter la región y el reconocimiento de su soberanía sobre el territorio; se enfrenta a Hunyadi en 1448 en Kosovo, y derrota las armas húngaras. El propio Murat II encabeza el ejército que desea terminar con la revuelta albanesa de Escanderberg, aunque la dificultad del terreno en el que se combate y la ayuda que recibe de venecianos y raguseos le salvan de una derrota segura. El mitificado por los europeos Escanderberg, en especial por varios literatos españoles, mantendrá su lucha contra los otomanos, aunque desde 1451 como un súbdito del rey Alfonso de Nápoles.

En ese año muere Murat II, y se cierra con él la fase de la ascensión de los otomanos. En ella se pasa de la creación de un simple principado turco de Anatolia a un imperio que entra dentro del juego de la gran política europea en los últimos siglos de la Edad Media. El balance de su gobierno es completamente positivo ya que ha logrado superar casi íntegramente las consecuencias de la gran derrota de Ankara de 1402. Ha seguido una política de prudencia con sus numerosos enemigos, salvo un periodo de tiempo de cierta agresividad, que le ha permitido conjurar la predicación de una cruzada por los latinos, una guerra marítima con Venecia y las continuas disputas con el emir de Karamania. Todo ello se ha producido en un momento en que los adversarios se han concordado para realizar una guerra total contra la Sublime Puerta para debilitar al sultán y a sus ejércitos. Durante sus dos mandatos ha seguido perfeccionando el sistema de los Kapi

Kullari, incrementando el número de jenízaros como germen de un ejército permanente altamente profesionalizado. Incorpora a sus huestes las nuevas armas de fuego y la artillería con la que cuentan sus adversarios, por lo que sus ordenados batallones de soldados de infantería comienzan a ser conocidos como un referente militar en Europa y Anatolia. Reinicia una política de construcción naval para tener una flota poderosa, aunque aún muy inferior a la genovesa y la veneciana. Los señores de frontera y los soldados timariotas (caballería que debe armar cada poseedor de un feudo, timar) le son leales, aunque se reduce su importancia según va adquiriendo más poder y preeminencia el ejército profesional pagado directamente por la Puerta, cuestión a la que no es ajena el fortalecimiento de los jenízaros. Perfecciona, por consiguiente, un Estado centralizado que controla la mayor parte de sus territorios y que logra una cierta estabilidad social, lo que supone que las posesiones del sultán prosperen en todos los sectores.

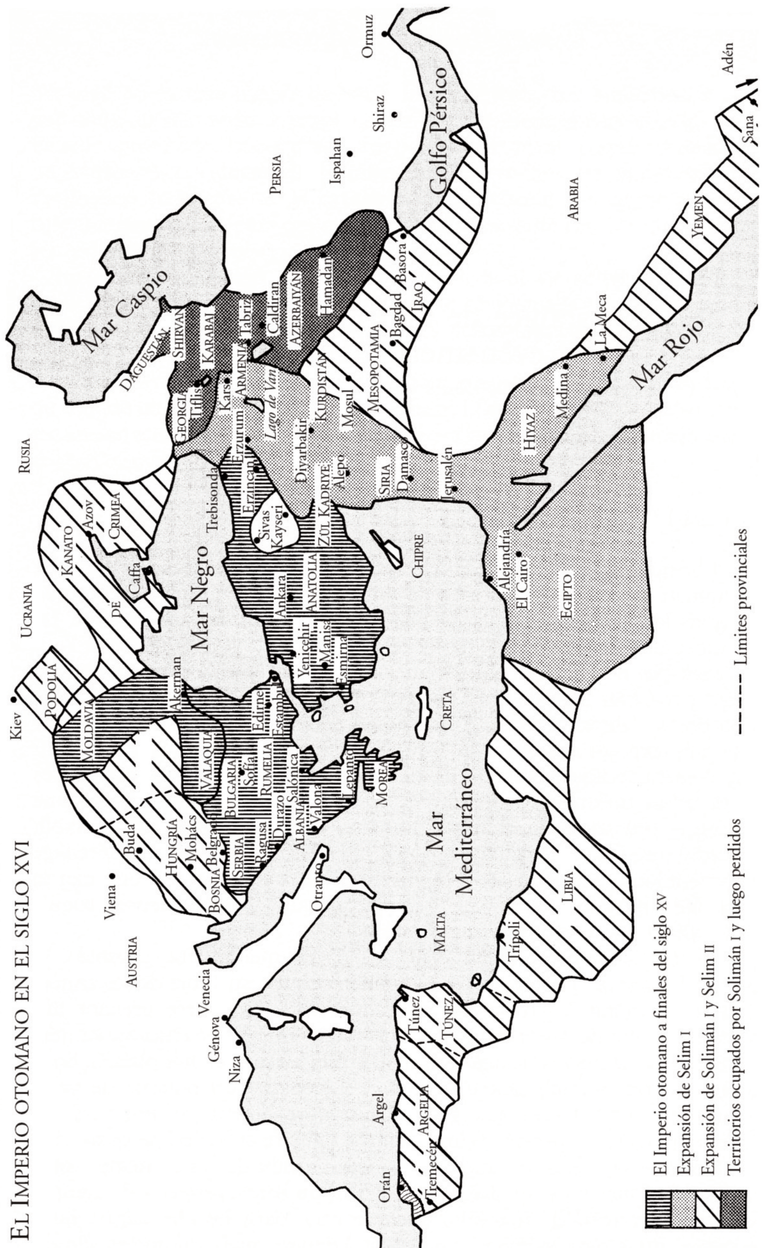
2

El apogeo del Imperio

2.1. *La conquista y consolidación de un Imperio: Mehmet II y Bayecit II (1451-1512)*

2.1.1. La transformación de Constantinopla en Estambul

El segundo mandato del sultán Mehmet no auguraba demasiados éxitos para el gobernante. El estamento militar, los jenízaros, no confiaba demasiado en un hombre que había mostrado bastante impericia en los pocos meses que gobernó, aunque prefería que se ocupara rápidamente la cabeza del gobierno para no sufrir un periodo de interregno que pudiera deparar nuevas guerras civiles y el aumento del poder de los enemigos. Aunque las tierras controladas por los otomanos habían crecido en los últimos años, seguían rodeados de enemigos poderosos que podían hacer colapsar las ansias expansionistas del nuevo sucesor de Osmán. Mehmet tiene la suerte de volver a coger el poder en un momento en el que la mayor parte de sus enemigos están inmersos en otros asuntos, por lo que puede emprender una acción política exterior autónoma, no condicionada por las amenazas reales y ficticias de sus rivales. Los bizantinos, por referir el ejemplo más significativo,


El Imperio otomano en el siglo XVI
Mar Caspio
Mar Negro
Mar Mediterráneo
Mar Rojo
Golfo Pérsico
Lago de Van
Rusia
Ucrania
Kanato de Crimea
Podolia
Moldavia
Valaquia
Bulgaria
Rumelia
Serbia
Bosnia
Hungría
Albania
Morea
Anatolia
Zül Kadriye
Georgia
Shirván
Daguestán
Karabai
Armenia
Azerbaiyán
Kurdistán
Mesopotamia
Iraq
Siria
Hiyaz
Yemen
Arabia
Persia
Egipto
Libia
Túnez
Argelia
Austria
Malta
Creta
Chipre
Kiev
Viena
Buda
Mohács
Belgrado
Ragusa
Durazo
Valona
Salónica
Sofía
Edirne
Estambul
Lepanto
Akerman
Caffa
Azov
Trebisonda
Yenicehir
Manisa
Esmirna
Ankara
Sivas
Kayseri
Erzincan
Erzurum
Kars
Tiflis
Tabriz
Caldirán
Hamadán
Diyarbakir
Mosul
Alepo
Damasco
Jerusalén
Bagdad
Basora
Ispahan
Shiraz
Ormuz
Medina
La Meca
Saná
Adén
Alejandría
El Cairo
Trípoli
Túnez
Argel
Orán
Tremecén
Niza
Génova
Venecia
Otranto
El Imperio otomano a finales del siglo XV
Expansión de Selim I
Expansión de Solimán I y Selim II
Territorios ocupados por Solimán I y luego perdidos
Límites provinciales

acababan de cambiar de basileus, han ascendido al trono Constantino XI a la muerte de Juan VIII en 1448. En teoría, seguía vigente la colaboración entre griegos y latinos para luchar contra los turcos, aunque en ningún momento han desaparecido los recelos entre las dos confesiones cristianas. Venecia manda una embajada al conocer la noticia de la ascensión del nuevo sultán con el fin de renovar todos los acuerdos establecidos con su padre, petición que es atendida por Mehmet en un intento de mostrar a sus adversarios que es un hombre pacífico. Realiza una política parecida con Génova, los caballeros de Rodas, Valaquia y Ragusa, república mercantil que aumenta voluntariamente la contribución que entrega al sultán. Para impedir que los bizantinos utilicen a Orján para generar una guerra civil, acepta los tratados firmados en época anterior y sigue pagando la renta anual de 300.000 ásperos para asegurar la neutralidad bizantina. Está reconociendo a Constantinopla, la cabeza de la antigua Bizancio, supone reconocer una capacidad de negociación y de poder que en ningún momento se corresponde con la situación real del imperio de los griegos en esos años.

Mehmet está intentando esconder a sus enemigos que es un soberano profundamente autoritario, amante de la guerra y de una inteligencia muy sagaz. Siempre se le ha comparado con un príncipe renacentista al modo toscano, personas con las que comparte el gusto por el arte, el patronazgo cultural, la curiosidad por la geografía y la acumulación de libros y saberes del pasado y de sus contemporáneos. Pide a Venecia que le manden orfebres y pintores afamados (Bellini) para que se extiendan los gustos del Occidente por Oriente, y financia las traducciones de textos griegos y latinos para ampliar las referencias de la Corte otomana, así como tratados para entender mejor la religión de los cristianos. Al mismo tiempo, es un hombre imbuido por la idea de que es un soberano universal que debe incorporar a su sultanato la herencia de todas las tierras conquistadas, por lo que se considera un descendiente de Alejandro Magno, lo que le justifica sus intentos de conquista de Constantinopla o Roma al ser el heredero legítimo de la Antigüedad, al mismo tiempo que reivindica su origen turco y la práctica de la religión musulmana, lo que justifica sus empresas en Asia Menor y contra los mamelucos. Para asegurarse en el poder no duda en comprar las voluntades de los jenízaros, es el primer sultán que entrega un rico regalo de dinero y joyas para atraer las voluntades de los *ocak* de infantería, para después

destituir a todos los mandos que se han mostrado adversos a su persona y reorganizar las unidades.

Su gobierno se inicia con una campaña contra el emir de Karamania, Ibrahim, que pretende generar el caos en Anatolia aprovechándose del cambio de sultán. Además de atacar directamente a los otomanos en Antalia, provoca rebeliones en Menteche, Aydin y Germiyan, lo que supone poner en pie de guerra buena parte de Anatolia. El propio sultán comanda los ejércitos que se enfrentan a sus enemigos, y logra que su adversario se refugie en Taçeli, donde se firma la paz por la que se recupera Aksehir, Beysehir y Seydisehir, ciudades cercanas a Konya que se habían perdido en la época de Murat II. Con esta victoria se apacigua la situación en Asia Menor y Mehmet II puede iniciar su empresa más deseada: la conquista de Constantinopla.

Las posesiones bizantinas en 1452 se circunscribían a las ciudades de Constantinopla y Trebisonda, además del control de buena parte de Morea. La conquista de su capital no era de especial importancia para los otomanos, desde un punto de vista territorial, aunque sí lo era desde el ideológico y de presentarse ante sus contemporáneos como un Estado que tenía carácter universal. Dentro de las élites dirigentes otomanas de Adrianópolis (Edirne) la empresa no era bien recibida por los recelos que reportaba el nuevo sultán y por los repetidos fracasos que se habían producido ante sus aún poderosas murallas terrestres en los últimos cien años de historia compartida. El mayor enemigo de la empresa era el gran visir Cardarli Halil, apodado como el "griego", que recordaba reiteradamente en el Diván la tradicional buena relación entre los dos príncipes en las últimas décadas. Curiosamente, serán los bizantinos los causantes del inicio de la empresa al mandar una embajada a Mehmet, cuando acaba de firmar la paz con el emir de Karamania, mediante la que reclaman de forma amenazante el dinero por seguir reteniendo al príncipe Orján. Nada más regresar a Edirne, Mehmet inicia una meticulosa preparación del asedio de la ciudad, expulsa a todos los griegos de su capital e informa de que no pagará la indemnización por mantener al príncipe retenido de la dinastía otomana. La primera medida real que se toma es la construcción de la fortaleza de Rumeli Hisar en el punto donde el estrecho del Bósforo es menos ancho, justo enfrente del castillo de Anadolu Hisar, en la orilla asiática, levantada en la época de Bayecit I. Desde estas dos fortalezas se controla todo el tráfico mercantil por esta vía marítima, y se cobra impuesto a todos los na-

vegantes que atraviesan desde el mar Negro al Blanco, como llaman los turcos al Mediterráneo. A fines de agosto de 1452 Mehmet II se empieza a preocupar, después de haber aislado por uno de sus extremos a su presa, por las dos cuestiones que le reportarán la victoria definitiva sobre sus enemigos: la construcción de una flota y la fundición de piezas de artillería. Un especialista húngaro logra fundir varias piezas de artillería de gran tamaño que pueden lanzar gruesos proyectiles para derribar las murallas terrestres, delante de las que se instalará el ejército otomano. Con respecto a la flota, encarga al gobernador (*sancak bey*) de Galípoli que construya todos los barcos posibles para impedir el auxilio exterior a los sitiados y atacar las murallas marítimas de la ciudad. A finales de 1452 encargará Turakhan que ataque a los déspotas de Morea, Tomás y Demetrios, y que el *beylerbey* de Rumelia, Dayi Karaca Bey, acose a las ciudades bizantinas de Tracia. En los meses anteriores se asegura, por medios diplomáticos, de que las potencias latinas no acudan en ayuda de los sitiados. Venecia y Génova tienen miedo de perder sus posesiones en Oriente, además de que dependen del comercio que realizan con los otomanos. Ragusa no desea hacer nada para mantener su independencia, y solo el rey de Nápoles manda a alguna de sus naves al Egeo para ayudar a los bizantinos, aunque no entran en combate y regresan meses después sin haber sufrido daños. El 2 de abril de 1453 un enorme ejército compuesto por 300.000 soldados de todos los dominios del sultán, con sus enormes cañones y armas de asedio, se asienta ante las murallas, enorme hueste comandada por el propio Mehmet II.

Las peticiones de clemencia de Constantino IX son desatendidas por el musulmán, que inicia el sitio con una salva de su formidable artillería. En los meses siguientes algunos contingentes de voluntarios genoveses y catalanes llegan a Constantinopla para auxiliar a los ortodoxos; el más afamado de todos es el de los 700 combatientes, que, con el genovés Giustiniani al frente, defienden las murallas. La suerte del combate estaba decantada desde que se inicia el sitio, ya que la ciudad estaba escasamente defendida por 7.000 combatientes. Los barrios cristianos de la ciudad, en especial el genovés de Gálata, muestran una ambigua neutralidad para que no se acaben los intereses comerciales de las repúblicas italianas y lo único que salva a la urbe en los primeros meses de asedio es la grandiosidad de sus murallas. Los sitiados logran cerrar las brechas abiertas en los lienzos de las defensas terrestres por la arti-

llería enemiga y rechazar los ataques del 18 de abril, 7 de mayo y 12 de mayo. A finales de abril el sultán decide trasladar parte de su flota desde el Bósforo hasta el final del Cuerno de Oro, defendida Constantinopla en su extremo más cercano al Mármara por una cadena de hierro que se extendía desde las murallas de la ciudad hasta las de Gálata. Este intento, de gran importancia, no tuvo todas las consecuencias deseadas por la fortaleza de las murallas marítimas, aunque aisló aún más a los defensores y posibilitó la construcción de un puente por los ingenieros turcos que salvaba este pequeño brazo de mar, lo que permitía una mayor movilidad a la infantería turca en el asedio.

Después de siete semanas de asedio a Constantinopla los ánimos de los otomanos empezaban a decaer y los sectores contrarios a iniciar esta empresa adquirían fuerza entre los círculos de poder cercanos al Mehmet II. El gran visir es partidario de levantar el sitio, mientras que los consejeros más jóvenes, encabezados por Zaganos Pachá, eran los que abogaban por realizar una última tentativa de ataque. Mehmet ofrece a Constantino XI levantar el sitio si paga una fuerte tributo anual (100.000 besantes) o el abandono voluntario de la ciudad, pretensiones que no son aceptadas por los bizantinos por una carencia absoluta de dinero y por la importancia que dan a la posesión de la ciudad, que es más un icono que una realidad tangible. Los días anteriores al 28 de mayo de 1453 se intenta rellenar el foso de la ciudad para facilitar el paso de la infantería. Aunque los turcos, y sus diversos aliados balcánicos, realizan un ataque general por todos los sitios, tanto por mar como por tierra; la parte más importante de los cuerpos de los jenízaros se concentra en las proximidades del lugar más débil de las murallas terrestres, el pequeño valle formado por el río Lycus. En uno de los tres asaltos generales que se suceden en ese día, es herido en la muralla el comandante genovés Giustiniani, por lo que sus soldados abandonan la defensa con destino a sus navíos. A los turcos en este momento exclusivamente se oponen los cerca de 4.000 griegos y unos cientos de venecianos, además de los voluntarios catalanes que luchan en el puerto bizantino que da al Mármara, contingentes que son incapaces de resistir las acometidas jenízaras por tierra y las de las naves otomanas por todo el perímetro marítimo de la ciudad. La muralla cae en Topkapi (la puerta del cañón), además de por otras partes que han sufrido los impactos de los enormes proyectiles que dispara el gran cañón de Mehmet, entran los asaltantes y realizan un pillaje sistemático, sin respetar vidas ni bienes. Los

pocos defensores, incluido el emperador, que muere combatiendo junto a un caballero-aventurero castellano, son derrotados. Algunos barrios resisten un poco más, la población civil se refugia en Santa Sofía y en otras iglesias, y espera clemencia, virtud que escasea durante este largo asedio repleto de comportamientos crueles, en especial por los asaltantes, pero que dio lugar a algunos de los nuevos nombres con los que serán conocidos estos templos cuando sean reconvertidos en mezquitas y la ciudad pasa a llamarse Estambul. Una resistencia épica realizada por muy pocos defensores, historiada de forma casi novelada por Steven Runciman (*La caída de Constantinopla 1453*), que culmina con una enorme devastación al conceder a los soldados de la Sublime Puerta tres días de pillaje, como establece la ley en caso de conquista de una ciudad de infieles, que aumenta la sensación de decadencia y abandona que ya flotaba en la urbe en los últimos dos siglos de su historia. El 29 de mayo se acaba con los últimos focos de resistencia y, al día siguiente, Mehmet II, montado en un caballo blanco, recorre la urbe desde su campamento hasta Santa Sofía, y convierte el templo cristiano en la mezquita principal de la ciudad.

La decadencia de la ciudad, fruto tanto de la desidia bizantina como de los repetidos asedios a la que ha sido sometida por varios sultanes otomanos desde 1400, además de arrastrar su decadencia material desde la ocupación del territorio por los latinos en 1204, no es del agrado de Mehmet. Después del primer pillaje, salvaje y generalizado, se ordena que se respete la vida a la población griega, que no así a los latinos combatientes, y se empiezan a dictar medidas que muestran a las claras que el gobernante musulmán quiere devolver el esplendor perdido a la que será su futura capital. Se respetan la mayor parte de las iglesias ortodoxas, se protege de posibles injurias y vejaciones a buena parte de la nobleza bizantina y se reconoce a Jorge Scholarios Gennadios como patriarca de los ortodoxos, que mantiene su sede en el mismo barrio donde estaba antes de 1453. Las iglesias y la religión de estos nuevos súbditos serán protegidas por el sultán, y se crea el *millet* (nación) de los griegos, representados por el patriarca, que mantiene sus tribunales eclesiásticos y se compromete a la libertad de culto. Se podrán mantener los edificios eclesiásticos, aunque no levantar nuevos, lo que permite al otomano presentarse ante los occidentales como un verdadero musulmán que cumple los preceptos islámicos, y defiende a los practicantes de la religión de "el Libro". Mehmet da órdenes muy rápidas

para intentar devolver la belleza a su nueva conquista. Se reconstruyen las murallas, se erige una ciudadela en uno de sus extremos (Yedikule, Siete Torres) y se construye un palacio en la mitad de la urbe, que unos años después se denominará el "palacio viejo" cuando se levante el de Topkapi. Imitando al gobernante, los altos dignatarios otomanos comenzarán a edificar residencias, oratorios, hospitales, lugares de comercio y otras dependencias cerca de las nuevas mezquitas que se empiezan a proyectar, lo que devuelve la pujanza económica y cultural a la urbe. El siguiente paso que se emprende es aumentar su población, esquilmada en las últimas décadas de dominio bizantino, con lo que se prometen lugares para edificar en el interior de sus murallas; se concentra a los griegos en torno al barrio de Fener, zona donde se levanta el patriarcado, y se asienta a la población de manera forzosa en algunos lugares de la urbe y sus alrededores, facilitando el avecindamiento de comerciantes y mercaderes en *han*, que se levanta cerca del puerto o de los nuevos mercados que se construyen.

La conquista de la ciudad supone la victoria de las ideas del sultán sobre la mayor parte de sus consejeros, lo que le permite hacer remodelaciones drásticas en su propio gobierno. Rápidamente se le da el título de *Fatih* (el Conquistador), el primer musulmán que ha logrado entrar en una urbe ansiada desde la época de las predicaciones del profeta Muhammad. En 1453 manda ejecutar, acusado de traición y prevaricación, al gran visir Candarli, y nombra a Zanganos como su hombre de confianza. Envía embajadas a todas las autoridades islámicas del momento, para mostrar el éxito logrado por los guerreros otomanos, y replantea sus relaciones con los príncipes occidentales. Su primera medida consiste en expulsar a los bizantinos de todas sus posesiones (Morea, 1460, y Trebisonda, 1461), aunque justo después de la entrada del gobernante en la ciudad se declaran vasallos de los otomanos y les pagan un tributo anual, ya que Mehmet se considera el heredero legítimo del antiguo Imperio romano de Oriente.

A los genoveses de Pera les mantiene en su ciudad, a pesar del confuso papel desempeñado durante el asedio, aunque deben derribar sus murallas y entregar sus cañones, y a cambio se les permite mantener sus iglesias, comerciar libremente entre sus calles y que no moren en el barrio súbditos musulmanes. Venecia, que había participado activamente en la defensa, logra que se respete el tratado de 1451, por el que se protegen sus navíos, se establece

el pago de una tasa de un 2 % sobre los productos con los que comercian, siempre que paguen lo mismo los comerciantes turcos en las posesiones de la Serenísima, y se permite que asista en la ciudad un embajador permanente ante la Sublime Puerta, conocido como *bailo*. Este modelo de acuerdo comercial, realmente ventajoso para los latinos, intentará ser logrado por otras repúblicas comerciales italianas en los años siguientes, así como por los aliados de la Puerta.

La conquista de la ciudad tiene una enorme importancia para el planteamiento militar del Imperio. El esfuerzo realizado para arrebatar la gran urbe murada, y el éxito conseguido, suponen que se perfeccionen los cuerpos artilleros y que las naves de guerra se utilicen para conquistar islas y tierras mucho más alejadas. Las flotas turcas navegan por el mar Negro y desembarcan en Sebastopol, expulsan a los genoveses de Caffa y logran cobrar tributo a los habitantes de Crimea. Los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, asentados en la isla de Rodas, dejan de ser la única potencia militar en la zona, y son atacadas algunas de las ciudades que controlan en Anatolia. Entre 1455 y 1456 los marinos de la Sublime Puerta se hacen con el control de Lemos, Imbros, Samotracia, Enos y otras islas que estaban en posesión de potentados genoveses, por lo que casi se acaba en esta campaña con parte del imperio comercial de la República italiana en Oriente.

2.1.2. La expansión de Mehmet por Anatolia y Rumelia

Mehmet en 1454 quiere encarar a su otro gran enemigo, como es el rey de Hungría, para consolidar su posición en los Balcanes. Además de cuestiones militares y de fidelidad de sus aliados serbios después de la muerte de Lazarevic, lo que pretende es conquistar las ricas minas de la región de Novo Brdo. El nuevo déspota serbio, Georges Brankovic, se alía con los húngaros para detener el avance otomano, alianza que tiene buenos resultados en la campaña de 1454. La nueva expedición de Mehmet II al año siguiente concluye con los resultados apetecidos, y logra nuevamente la sumisión del déspota al reconocerle como sucesor de Lazarevic; entrega a cambio la ansiada región minera y se compromete a ser neutral en futuras expediciones otomanas. Este éxito impulsa al sultán a poner sitio a la ciudad de Belgrado, la puerta de Hungría. En 1456, en julio, los jenízaros

desbordan las murallas y comienzan a combatir en sus calles, aunque la llegada de los ejércitos de János Hunyadi logra levantar el sitio y expulsar al propio Mehmet de la ciudad asediada. La muerte del caudillo húngaro una semana después de la liberación de la ciudad representa que los cristianos no saquen ningún partido de la empresa y, por el contrario, una época de inestabilidad que será aprovechada por Estambul. La derrota supone que el gran visir Zaganos Pachá y el visir Çehâbeddin sean depuestos de sus cargos, se nombre a Mahmut Pachá, y se les acuse de ser los responsables de la derrota en Belgrado y de las muertes de Candarli Halil y del noble griego proturco Notaras, asesinado junto a su familia en los días posteriores a la conquista de Constantinopla. A lo largo de 1547, Mehmet tiene que hacer frente a los conflictos en Albania, protagonizados por Scanderberg, ayudado por el rey Alfonso de Nápoles, y las acciones de una flota financiada por Calixto III. Logra someter al albanés en la región del monte Tomor, aunque la flota mandada por Isa Bey recibe un enorme quebranto cuando los montañeses de la comarca atacan sin previo aviso. Las naves pontificias logran recuperar Lemos, Samotracia y Thasos, aunque no consiguen convencer al gobernador genovés de Lesbos que deje de pagar su tributo a Estambul.

En 1458 el sultán encabeza una empresa contra los déspotas de Morea, ya referida anteriormente, y su gran visir Mahmut Pachá se encamina hacia Serbia para entrar en el litigio a la muerte por el sucesor, en ese mismo año, de Georges Brankovic. En estos años se está dirimiendo el control de Serbia y Bosnia entre otomanos y húngaros, dominio que afecta a población de religión cristiano-ortodoxa, que ve con mejores ojos la sumisión a los musulmanes que a los católicos. Aprovechando que el nuevo rey húngaro, Matías Corvino, está luchando contra los alemanes, los ejércitos del sultán lograrán el control de la ciudad de Smederevo, se crea así un principado de frontera que amenaza directamente a Hungría. En los años siguientes concluye sus empresas en Morea y Trebisonda, además de hacer frente a una revuelta en Valaquia, encabezada por Vlad III Drakul el Empalador, personaje fabulado por la novelística romántica europea con el nombre de Drácula, que se alía con los húngaros para oponerse a los otomanos. Su ejército es derrotado en 1462, aunque la guerra resulta muy dificultosa por la complejidad geográfica del territorio, por lo que se propone

como vaivoda a Radu, hermano de Vlad III, que acepta pagar su tributo a Estambul, y dejar de combatir en esta región.

Ese mismo año se expulsa de la isla de Lesbos a Nicolo Gattilusio, se le acusa de cobijar en su puerto a los piratas catalanes, y se perfeccionan los sistemas de desembarco para realizar empresas mixtas de infantería y marina. Se manda construir un nuevo puerto en Estambul, y se levantan atarazanas en él para ampliar la construcción naval del Imperio. La guerra con Venecia, otro de los enemigos tradicionales de Mehmet, la inicia el sultán al atacar posesiones de la República en los Balcanes, como es el caso de Lepanto y Argos en 1463, mismo año en que el gran visir Mahmûd Pachá conquista Bosnia, territorio que somete con cierta facilidad por el miedo a la injerencia de los católicos y el relativo apoyo de los cismáticos bogomilos. Esta expansión hacia la costa dálmata supone que Venecia considere que se está amenazando su dominio sobre los principales puertos del Adriático, por lo que busca una alianza con el rey Matías Corvino para atacar conjuntamente a Estambul. En los primeros meses los éxitos favorecen a los aliados, que recuperan Argos, sitian Corinto, reconstruyen el muro del Hexamilion, y Matías Convino recupera Bosnia al estar su gobernador combatiendo contra los venecianos. La reacción otomana paraliza completamente la iniciativa véneta, que tiene que abandonar todo lo conquistado, aunque ahora busca el apoyo de Scanderberg para combatir a los soldados de la Sublime Puerta. En 1465 el propio Mehmet encabeza sus huestes para recuperar Bosnia, aunque no logra todos sus objetivos al no ser capaz de someter su capital, y se retira a Estambul, junto a sus cansadas tropas.

En 1465 inicia la construcción de su nuevo palacio, el Topkapi, que se erige en un promontorio sobre los restos de la primera Bizancio, justo encima de donde se juntan las aguas del Bósforo con las del Cuerno de Oro y el Mármara. La guerra contra Venecia y los albaneses sigue durante el año siguiente, y se realizan continuos enfrentamientos y razias entre los dos contendientes, sin lograr demasiados avances en sus respectivas posesiones. La muerte de Scanderberg en 1468 equilibra la balanza hacia el bando turco al atomizarse el país en pequeños territorios feudales que son menos peligrosos y más fácilmente controlables que un país unificado por un solo caudillo. En el mar, ambos contendientes realizan corso sistemático para hacer el mayor daño posible al adversario. En 1470 Mehmet prepara una poderosa armada que

se dirige hacia Negroponte, una de las posesiones venecianas más importantes de su imperio comercial, que es conquistada y saqueada en los primeros días de julio, lo que representa uno de los mayores fracasos de la señoría a lo largo de toda su historia por la inacción de sus barcos ante la ciudad sitiada. En los meses siguientes los cristianos pierden la mayor parte de las fortalezas y puertos que dominan en el Peloponeso, y desaparece todo lo alcanzado en los primeros meses de lucha.

Las ansias expansionistas del sultán no terminan en Europa, ya que desde 1463 hasta 1474 también mantiene un cruento conflicto en Anatolia. Detrás de este frente se encuentra también Venecia, que intenta, como realizaran los occidentales a lo largo de los siglos XVI y XVII, buscar una aliado en Oriente para que los ejércitos otomanos tengan que luchar en dos frentes muy separados geográficamente a la vez y reducir su peligrosidad. Los otomanos, por el contrario, muestran en esta época la necesidad de dotarse con armas y pertrechos de guerra nuevos, y buscan la nueva tecnología armamentística más desarrollada que manejan los europeos. Es decir, que los dos frentes de lucha están directamente relacionados y condicionan la política de sus adversarios a lo largo de estos años, lo que explica que Venecia rechace sistemáticamente las peticiones de paz del sultán, en espera de que sus alianzas con Karamania y los Akkoyunlu den resultado. El Senado de la República manda emisarios a Karamania y al jefe de los Akkoyunlu (Huzun Hasan) para intentar su sublevación, tema sencillo al estar en disputa muchas ciudades fronterizas, que cambian de manos según el poder de los diferentes contendientes. Los Akkonyulu eran un principado que se extendía por el este de Anatolia y el norte de Irán e Irak, que miraba con buenos ojos el control de las tierras de los karamán. La negativa del emir karamán, su primo Pir Ahmet, en facilitar ayuda a Mehmet para combatir a los mamelucos es la escusa utilizada para entrar en su territorio, después de que este intentara recuperar algunas de las ciudades conquistadas por el otomano al principio de su reinado. La incursión del hermano del emir, Kasim, hasta la ciudad de Ankara, aprovechando que el ejército del sultán estaba asediando Negroponte, hace que Estambul se decida a dar una solución definitiva al conflicto de Asia Menor. Dos expediciones parten hacia la zona de enfrentamiento, una de ellas comandada por el hijo del sultán, Mustafá, que ocupan y se anexionan el principado Karamán; su gobernante huye a refugiarse bajo la pro-

tección de los Akkoyunlu. En 1473 el propio Mehmet II encabeza el ejército que pasa a Asia para combatir al enemigo más poderoso de esta zona, Uzun Hasan, y entra en combate en el alto Éufrates. Los venecianos habían propuesto a su aliado que le llevarían hasta las costas mediterráneas artillería y arcabuces para luchar contra los turcos, pero en la batalla de Baayburt el ejército de Uzun Hasan huye al contemplar y escuchar la cañonería otomana, sin haberse acercado a la costa a recoger lo que transportaban en las galeras de la Serenísima. En 1474, año en el que muere el príncipe Mustafá por enfermedad, y es sustituido por el también príncipe Cem, Karamania es un territorio perteneciente a Mehmet II, que se integrará plenamente dentro del Imperio.

Estas victorias en Asia Menor le liberan para reiniciar la nunca acabada guerra en el frente de Rumelia e intentar desactivar el peligro que representa Venecia. Los dogos pretenden aglutinar a la cristiandad occidental para presentar un frente común ante la amenaza que viene de Oriente y que, después de la conquista de Constantinopla, es un peligro real y cada día más amenazante. En los años posteriores a 1453 comienza a extenderse por Europa la idea de que se ha dejado caer a los bizantinos, por lo que la nueva amenaza es un peligro político, militar y teológico cada vez más latente para todo el continente. La fuerza que ha adquirido el sucesor de Osmán supone que una sola república cristiana, como es el caso de Venecia, no pueda luchar aislada para detener al adversario, por lo que es necesaria la unión de los príncipes cristianos para alcanzar este fin. En 1462 el papa Pío II había pedido a Mehmet II que se convirtiera al cristianismo, así como todos sus súbditos, y que a cambio de este gesto le reconocería como poseedor legítimo del legado de los bizantinos, lo que muestra el nivel de preocupación que representan las rápidas conquistas del sultán. El papa pretendió unir a Matías Corvino con los venecianos para detener su avance por Europa, además de nombrar cardenal al bizantino Bassilius Bessarion. El pontífice difunde por todo el continente la negativa de Mehmet a sus propuestas, se considera ofendido por el desprecio con que son recibidas las mismas, a la vez que muestra que Roma está haciendo todo lo posible para conjurar el peligro que viene de la antigua Constantinopla. La muerte de Pío II acaba con esta primera gran reacción del Occidente contra el Oriente encabezada por la cabeza de la Iglesia.

El sultán y el dogo acuerdan una tregua de seis meses, que fue respetada por ambos contendientes, para poder reorganizar sus fuerzas y hacer frente a otros problemas, lo que permite al sultán emplear sus armadas en acabar con las posesiones genovesas en el mar Negro. En estas acciones, y tras la conquista de la ciudad de Azov, logra restituir a la cabeza del Kanato a Mengli Girey como vasallo de la Sublime Puerta, y paga desde 1475 su tributo anual. Matías Corvino, para evitar las continuas razias y campañas de devastación que se organizan desde territorio otomano, levanta tres fortalezas de madera entre el Danubio y el Morava, con lo que aísla la ciudad de Smederevo, a la que pone sitio en pleno invierno. A este lugar se dirige el fatigado Mehmet a su regreso de sus campañas en el mar Negro. Matías Corvino también alienta la sublevación del vaivoda de Moldavia, Esteban el Grande, que logra una gran victoria sobre el *beylerbey* de Rumelia, Hadân Süleyman Pachá, en la batalla de Vaslui, victoria que fue reconocida por el papa Sixto IV al nombrarle: *verus christianae fidei athleta*. Este fracaso de las armas otomanas mueve al sultán a organizar un nuevo ejército para enfrentarse al moldavo, al que derrota en la batalla de Valea Alba, en julio de 1476, pero la avanzada edad y el cansancio del gobernante otomano impiden obtener réditos de su victoria sobre el territorio en litigio.

En 1477 reemprende la guerra contra Venecia, ataca en varias regiones albanesas, y conquista Kroja, Divrasto y Alessio; solo resiste a los ejércitos turcos la ciudad Scutari. La muerte de Uzun Hasan en 1478 supone que se pacifique definitivamente el frente asiático otomano al ser cada día más difícil una confederación de príncipes anatólicos que sea capaz de aliarse de manera efectiva contra Estambul. Los éxitos jenízaros en Albania recomiendan a los gobernantes venecianos pedir la paz para acabar con una guerra, que dura ya dieciséis años y que está arruinando a la señoría. El tratado se firma en enero de 1479, por el que la República cede a la Sublime Puerta Scutari, Kroja, Lemos, Negroponte y todo el sur del Peloponeso, aunque logra que le devuelvan algunas de las ciudades perdidas. Se compromete a pagar 100.000 ducados de compensación por los daños de guerra y 10.000 cada año como tributo por mantener la libertad de comercio y navegación por las tierras y las aguas de Estambul en condiciones ventajosas. Es una buena paz para la República comercial, aunque es el principio del fin de su importancia en el Oriente. El daño económico de la larga contienda y las posesiones perdidas sitúan a sus comer-

ciantes en una posición bastante incómoda, además de que ha sufrido consecuencias económicas enormes al tener que mantener un ejército en combate durante una década y media. La paz, aunque costosa en dinero y en posesiones, sin embargo, les garantiza seguir con sus actividades comerciales y conservar alguna de sus importantísimas escalas en el Adriático y el Egeo. Estambul, por el contrario, ha logrado su neutralidad en el mar, lo que permite al sultán seguir realizando una activa política marítima sin tener que preocuparse por la República, que tiene la flota más grande de su época.

En los dos últimos años de su vida intentará ampliar las conquistas en sus dos frentes. Encarga a su hijo Bayecit, gobernador de Amasia, la conquista del pequeño principado griego de Torul, cerca de Trebisonda, y Gedik Ahmed Pachá, *bey* del *sancak* de Valona, arrebata al déspota de Arta las islas de Santa Maura, Cefalonia y Zante. En 1480 pone sitio a la isla de Rodas, el centro de las actividades corsarias de los caballeros del Santo Sepulcro, asedio que dirige Mesîh Pachá, un miembro de la dinastía de los Paleólogos convertido al islam. El gran maestre, Pierre d Aubusson, ha reparado a lo largo de los últimos meses las murallas, ha llamado a muchos caballeros para que cumplan con sus votos, además de haber provisto a la fortaleza de todo lo necesario para un largo asedio. Todas estas precauciones explican que la empresa otomana termine en un enorme fracaso, y que la Orden de San Juan mantenga el dominio de la isla, así como Cos y Bodrum (Halicarnaso) en Anatolia. Además de buscar la seguridad de la navegación en los dominios del sultán, y acabar con este nido de piratas cristianos, la conquista de Rodas era una escala importante para un futuro ataque al Imperio mameluco, por lo que este asedio llena de inquietud a los gobernantes de Siria y Egipto.

La última de las empresas que se protagoniza en vida de Mehmet II es el primer intento de conquista de Italia. Gedik Ahmet Pachá cuenta en Valona con una fuerte escuadra y un gran número de soldados con los que atraviesa el Adriático para desembarcar en Otranto el 28 de julio de 1480. La población cristiana es masacrada, y desde la ciudad se organizan razias que atacan Lecce, Brindisi y Tarento. En la conquista de la Cefalonia el sultán había entrado en litigio contra Ferrante de Aragón, el rey de Nápoles, hombre al que se odia en la Sublime Puerta por estar presentes sus navíos y sus soldados en todas las empresas promovidas por los latinos a lo largo de los años de gobierno de Mehmet, por lo que las ansias de venganza estaban detrás de esta

empresa. También se puede explicar el episodio de Otranto por el intento de conquistar la ciudad de Roma, por la ilusión de un príncipe que se considera heredero de la grandeza de la antigüedad. El 10 de septiembre de 1481, una vez fallecido Mehmet II, los soldados turcos abandonan Otranto para regresar a Valona, y recuperan la ciudad los monarcas napolitanos. El sultán muere en mayo de 1481 a poca distancia de Estambul cuando sale al frente de su ejército para emprender un ataque contra los mamelucos, y se inicia con su desaparición una guerra civil por la sucesión.

El conquistador deja a su muerte un imperio que ha ampliado y consolidado ampliamente sus dominios en Europa y en Anatolia, donde logra que desaparezca el emirato de Karamán, y que se lleven las fronteras de los otomanos hasta las de los mamelucos. Además de por sus numerosas victorias, en especial por la conquista de Constantinopla, Mehmet ha pasado a la historia de los otomanos como el primer organizador del Estado. Desde su reinado los grandes visires y sus consejeros directos serán en la mayor parte de las ocasiones esclavos (*kul*), se relega a las grandes familias de estos cargos, como era el caso de Candarli. Esta medida supone el control absoluto sobre este grupo humano, que se irá diluyendo dentro de la organización del Imperio otomano, y, por el contrario, el aumento del poder político del ejército profesional, de los jenízaros, que adquirirán cada vez un mayor protagonismo en la vida de la Sublime Puerta, especialmente evidente cuando se produce la sustitución en el sultanato. La elección de Estambul como capital y cabeza de la dinastía de los sucesores de Osmán también reportará cambios en la organización interior del Estado. El establecer la sede de un Estado muy centralizado y jerarquizado en una ciudad cosmopolita y rica conlleva que se deba permitir el asentamiento de grandes masas de población no musulmana, como es el caso de los griegos y los judíos, lo que también reportará problemas entre las diferentes comunidades. El sultán quiere hacer de su capital el reflejo de su Imperio, por lo que desea conformar un crisol humano y cultural en sus calles, barrios y los pueblos que se asientan en el Bósforo. Para acabar con los problemas de esta disparidad de población realizará un esfuerzo de centralización de estos grupos humanos al crear un único interlocutor entre el sultán y sus súbditos no musulmanes reunidos en naciones (*millet*). Tienen un único representante ante el poder, el patriarca para el caso de los griegos y el gran rabino para los judíos.

El último gran visir de Mehmet II, Karamani Mehmet Pachá, dedica buena parte de su mandato a establecer reglamentos (*kanunname*) para intentar armonizar los diferentes cuerpos legislativos de las distintas tierras conquistadas, ordenar el derecho penal, las obligaciones de los señores con respecto a la Sublime Puerta (timariotas) y acabar con las propiedades privadas y los bienes de las fundaciones piadosas (*vakf*), expropiando todas estas propiedades. Este gran visir también intenta poner orden en algunas de las confesiones religiosas islámicas, en especial en las cofradías derviches, lo que le reporta el odio de estos grupos religiosos, que estaban muy implantados en el ejército, y que contaban con amplias simpatías populares. Una política económica excesivamente inflacionista, mediante la que se emite continuamente moneda de menor valor metálico para poder hacer frente a los enormes gastos de mantener grandes ejércitos en continuo estado de alarma, genera una situación de descontento que explica que la muerte del sultán no sea demasiado sentida por la población y los militares. Este sultanato también culmina con la muerte violenta del gran visir; corrió el rumor por la ciudad de que Mehmet pudo ser envenenado por alguno de sus consejeros. Para intentar evitar lo que ocurrió a la muerte de Mehmet, aunque en su caso no surtió ningún efecto, y para evitar las guerras civiles por el cambio de poder en la Sublime Puerta, se autoriza a que el nuevo sultán pueda acabar con la vida de todos los ascendientes del anterior príncipe cuando alcance el poder, lo que supone aceptar una ley de fratricidio para evitar desórdenes y situaciones de crisis internas y externas por el relevo en el trono. La falta de una ley de primogenitura y la igualdad de derechos de todos los descendientes de un sultán a su muerte implican que el relevo en el sultanato es un momento propicio para conjuras y sediciones. El permiso de acabar con la vida de los hermanos y deudos directos suponía que se producirían transiciones tranquilas, proceso que no siempre se cumplirá por la dispersión geográfica de los diversos príncipes en estos años, tema que se solventará cuando en el siglo siguiente sean confinados en el recinto del palacio.

2.1.3. Bayecit II: las instituciones otomanas de la época clásica

Entre 1481 y 1482 se produce una guerra civil entre los dos descendientes de Mehmet III. Bayecit, gobernador de Amasia, era un hombre pacífico,

muy cercano a las cofradías religiosas, en especial a los derviches Halvetî, y era apoyado por los jenízaros y por varios de los visires opuestos al gran visir, como es el caso de Gedek Ahmed Pachá, Ishak Pachá o Davud Pachá. En gran medida, en torno a su persona se concentraba la oposición política y la disidencia a la acción de gobierno de su padre, hombre demasiado aficionado a la guerra. Conociendo estas circunstancias, y sabiendo que Amasia era un núcleo opuesto a la línea oficial de la Sublime Puerta, el gran visir Karmani Mehmet Pachá apoyó decididamente la candidatura de Cem, que gobernaba Konya, y que contaba con el apoyo de algunas milicias provinciales y de los grupos turcomanos que recelaban de la existencia de un poder centralizado demasiado fuerte en Estambul. El hijo de Bayecit, Korkut Çelebi, accede al trono en nombre de su padre mientras que llega a Estambul, mientras que Cem se traslada con su ejército a Bursa. En una batalla cerca de la ciudad de Yenisehir se enfrentan los dos contendientes; el ejército de Bayaceto es mandado por el conquistador de Otranto, Gedik Ahmed Pachá. El general de Bayaceto vence fácilmente a los hombres de Cem, príncipe que huye apresuradamente para refugiarse bajo la protección del sultán mameluco de El Cairo. La inestabilidad es aprovechada por el antiguo emir de Karamania, Kasim Bey, que estaba refugiado en territorio de los Akkoyunlu, para intentar recuperar sus dominios, aunque es derrotado por el general del sultán. Kasim Bey reclama a Cem que vuelva a Anatolia, y le promete su ayuda y la de bastantes grupos otomanos descontentos con la nueva política de Estambul, acciones a las que no es ajeno el sultán mameluco. Nada más acceder al poder, Bayecit inicia una política muy moderada que renueva la paz con Venecia, quita su obligación de pagar su tributo anual si satisface el 4 % por las mercancías que introduce en sus dominios, establece una tregua con los Caballeros de San Juan de Jerusalén de Rodas, devuelve las tierras expropiadas a sus antiguos dueños, restablece el poder a las cofradías derviches y vende en pública almoneda todas las pinturas y objetos occidentales que había coleccionado su padre.

La nueva derrota de Cem le lleva a exiliarse entre los hospitalarios de Rodas, a los que pide ayuda y les ofrece una buena suma de dinero si colaboran en sus pretensiones de ser el nuevo sultán. Este intento del pretendiente es solventado por la negociación de Bayaceto con los hospitalarios, que logran un mayor estipendio que el ofrecido por Cem si se comprometen

a retener a su hermano como prisionero en la isla, como antaño habían realizado los basileus en Constantinopla con otros príncipes herederos de la casa de Osmán. Ello supone a los caballeros la pervivencia en sus posesiones, tanto continentales como isleñas, si retienen a Cem como su rehén, cuestión que cumplirán fielmente. Para asegurar la vida del refugiado de los intentos de asesinato que se prevén, se decide su traslado a Francia para garantizar su seguridad.

El exilio de Cem en Rodas, y luego en Francia y Roma, condicionará toda la política exterior del nuevo sultán durante la primera parte de su mandato. Fue un instrumento en manos de los latinos para impedir la expansión de Estambul, lo que permitió que dentro del círculo de poder del Diván triunfara la línea más moderada, lo que explica el cambio de Ishak Pachá por Mesih Pachá. También se puede referir el descontento de Gedik Ahmed Pachá, ya que se negará en varias ocasiones su pretensión de volver a pasar a invadir Italia. La victoria del sector pacifista con los cristianos se ampliará en la firma de una tregua con Matías Corvino, y el respeto a los tratados con Venecia, Roma y Rodas hasta que muera su hermano en Nápoles, según algunos autores a causa del veneno que le da César Borgia. Hasta ese momento, pagará un elevado tributo para alejar a su hermano de Anatolia, que también dará a Roma cuando sea acogido por el papa, además de enviar una gran cantidad de reliquias que le piden los príncipes occidentales. Ello supone que la diplomacia otomana adquiera una gran importancia y que emisarios de Estambul recorran Europa en estos años. Como consecuencia de las disputas internas de las repúblicas cristianas, Estambul se convertirá en una potencia a la que se pueda acudir para solventar diferencias con los enemigos, como muestra que tanto el papa Alejandro VI como el rey de Nápoles le piden ayuda para intentar detener la invasión de Italia por el francés Carlos VIII. En el fondo, el exilio de Cem conlleva que Estambul se tenga que abrir al exterior y que empiece a entrar en liza en los complicados juegos de alianzas entre los Estados y potencias occidentales. El miedo a su hermano condiciona su política exterior, a la vez que introduce a la Sublime Puerta en la alta diplomacia y política del momento.

Bayecit era un hombre pacífico, amante de las piedras preciosas y la plata labrada, aficionado a la astrología, astronomía y teología, más propenso al estudio que al ejercicio militar, poco dado al consumo de alcohol, por lo que

recibe el sobrenombre de *Velî* (el Santo). Aunque se puede considerar un soberano pacífico, ello no significa que su gobierno no estuviera presidido por la guerra. Los principados de frontera (*beylik*) siguen realizando incursiones en territorio enemigo, al igual que en épocas anteriores, y la piratería realizada por navegantes bajo la soberanía del sultán se generaliza a lo largo de todo su reinado. Es cierto que firma una tregua de cinco años con Matías Corvino, el soberano húngaro, con la cual se pone un relativo coto a los frecuentes asaltos fronterizos entre los dos estados. El primer conflicto serio se produce en Valaquia, donde Esteban de Bulgaria intentaba deslindar estas tierras de la obediencia a Estambul. Esta empresa acaece dos años después de que el *beylerbey* de Rumelia ocupe Herzegovina en 1483. Bayecit ocupa Kilia y Akkerman, dos ciudades a orillas del mar Negro, con lo que consolida su dominio sobre este mar, ya que, además, son dos núcleos comerciales muy importantes. Estos dos enclaves se encontraban en tierras moldavas, región que estaba excluida del tratado con Matías Corvino, por lo que estas empresas no comprometen la tregua recién firmada.

Desde los últimos años del sultanato de Mehmet II el enfrentamiento con los mamelucos era casi inevitable, sobre todo después de la desaparición del emirato de Karamán, territorio que separaba a los dos imperios musulmanes. La rivalidad nace, además de por el apoyo que los mamelucos prestan a los enemigos anatólicos de los otomanos y al príncipe Cem, por el control de las tribus turcomanas que habitaban en la frontera entre ellos. Karagöz Pachá, *beylerbey* otomano de Karamán, ataca a las tribus Turgut y Varsak, y conquista las ciudades de Adana y Tarso en 1485. Al año siguiente se produce un contraataque que recupera la ciudad de Adana, y en la batalla subsiguiente los mamelucos derrotan al ejército otomano mandado por el *beylerbey* de Anatolia, Hersekzado Ahmet Pachá, al que capturan junto a otros notables hombres de su séquito, el resto del ejército otomano huye y abandona Tarso. Esta victoria supone que la mayor parte de las tribus turcomanas se alíen con los mamelucos, lo que promueve un movimiento antiotomano en la región. La nueva reacción de Estambul se salda con otro fracaso, y en 1490 los egipcios ponen sitio a la ciudad de Kayseri. Bayecit en 1490 sale de su capital al frente de sus ejércitos, noticia que provoca que se levante el asedio de la ciudad y que se inicien los acuerdos de paz, que se concluyen en 1491. Los otomanos aceptan que el control de la antigua Cilicia, donde están las ciudades

de Tarso y Adana, sea mameluco, acabando de esta manera con una guerra muy costosa económicamente y en la que ninguno de los dos contendientes ha logrado ninguna ventaja significativa.

En 1492 intenta aumentar sus territorios en Rumelia aprovechando la crisis que trae consigo la muerte del rey húngaro Matías Corvino. Reactiva las razias de los *beylik* fronterizos en Hungría y Transilvania, aunque no emprende su deseada campaña al pacificarse la situación con la elección de un nuevo rey. Albania, territorio montañoso y de difícil control, se vuelve a rebelar, esta vez al mando de Juan Castrioto, al considerar que los pactos que se habían firmado con los otomanos cesan con la muerte de Mehmet II. Aunque se mandan ejércitos para sofocar la revuelta, los jenízaros lograron muy escasos éxitos a lo largo de una contienda. En 1495, la invasión de Italia por Carlos VIII genera el momento más complejo del sultanato de Bayecit, cuando el rey galo proclama la realización de una cruzada, con el príncipe Cem en sus manos, aunque no se realizó por la huida de Italia del francés y por la muerte de su hermano en febrero de ese mismo año. Por primera vez en su mandato tiene la posibilidad de realizar una política exterior sin tener miedo a una sublevación interna, por lo que cambiará completamente su relación con los cristianos.

Aunque ante el temor de una cruzada había firmado una tregua de tres meses con Hungría, las noticias que vienen de Nápoles le hacen desistir de cumplir el compromiso recién rubricado. Los ejércitos otomanos conquistan diferentes fuertes y castillos en Bosnia en 1496. Un porcentaje relativamente alto de las conquistas otomanas en Europa se producen en momentos de crisis dinásticas o de enfrentamientos entre los diferentes príncipes que gobiernan un territorio. Esto ocurrirá en 1496 cuando Esteban el Grande pide ayuda ante las pretensiones polacas de quedarse con Moldavia, territorio bajo soberanía de la Sublime, por lo que soldados otomanos y tártaros entran en Polonia, conquistan fortalezas y saquean el país. Ante el peligro que representan estas incursiones, el rey polaco, Juan Alberto, pide la paz al sultán.

La muerte de Cem también supone que se reinicie la guerra contra otro de sus enemigos tradicionales: Venecia. Las posesiones de la señoría eran asaltadas desde Albania y en las razias de Hungría, aunque nunca se había abierto nuevamente una guerra declarada. La llegada del cuerpo de Cem a Estambul, aunque es trasladado a Bursa para ser enterrado con la mayor

pompa posible, mandado por los gobernantes napolitanos, confirma al sultán que nada le puede impedir sus planes. Venecia no está preparada para afrontar esta guerra, mientras que Estambul lleva años botando barcos y firmando acuerdos con los piratas y corsarios del Egeo para que se integren en la armada del sultán. La guerra se inicia cuando los ejércitos terrestres de Estambul sitian Lepanto en 1499, y logran vencer a una armada véneta en el golfo de Corinto ese mismo año. Se atacan las posesiones italianas en Dalmacia y Friuli, se pone sitio y se conquista Modón, y se entregan Corón y Navarino en el año 1500. Este avance turco logra que se cree el clima apropiado para firmar un acuerdo entre príncipes cristianos para detener los progresos de la Sublime Puerta, y se crea una alianza entre el papa, Hungría y Venecia para enfrentarse con el enemigo común. Esta inestabilidad es aprovechada por Florencia para intentar que se reconozca un embajador ante la Sublime, con el deseo de desbancar a Venecia de su privilegiada situación comercial en Oriente. La guerra sigue siendo favorable a las armas turcas, y los éxitos venecianos en el mar se deben más a la colaboración de otras flotas, como es el caso de la que manda el Gran Capitán (Gonzalo Fernández de Córdoba) en la recuperación de la Cefalonia el 24 de diciembre de 1500 o la pontificia en la victoria de Santa Maura en 1502, que a los efectos de la unión con el rey de Hungría. Estas victorias no compensarán la pérdida del importante puerto de Durazzo en 1502. La República estaba completamente arruinada, por lo que pide la paz a Estambul. Bayaceto ha logrado expulsar a su enemigo de la mayor parte de sus territorios en Albania y en las islas Jónicas, conquistas que son reconocidas por el Senado si se mantienen los privilegios comerciales en Oriente y la permanencia de un embajador (*bailo*) permanente ente la Sublime. En 1503 también acepta firmar una tregua de 7 años con Hungría, por lo que pacifica casi completamente Rumelia hasta su muerte. Esta nueva guerra con Venecia lo que muestra a las potencias cristianas es que el Imperio otomano se ha convertido en una gran enemigo naval, además de que ha modernizado su artillería, tanto por mar como por tierra, lo que le hace un adversario cada día más peligroso.

En los últimos años de gobierno, Bayaceto dedicó todas sus energías a solucionar los problemas de Anatolia. Esta región era la posesión más inestable de todos los dominios otomanos por la disparidad de grupos humanos que residen en la zona, muchos de ellos descontentos, ya que no aceptan de

buen grado un poder centralizado que intenta imponer un sistema de impuestos y de control que nunca había existido entre los grupos turcomanos y en los antiguos emiratos. Aún sigue pesando negativamente alguna de las reformas que introdujo Mehmet II, en concreto la persecución a los derviches y la expropiación de tierras, lo que generaliza el descontento. A esta compleja situación hay que sumar a finales del siglo XV la aparición de una nueva dinastía en Persia, fundada por el vencedor de una guerra civil que se inicia a la muerte del emir akkoyunlu Ya kub en 1490. La nueva dinastía está presidida por el Safawí (los descendientes de Safi al-Din) Sha Ismail, que establece su capital en la ciudad de Tabriz en 1501, y conquista la ciudad de Bagdad en 1508. El nuevo Estado adopta, por referirlo de una manera bastante genérica, la doctrina chii, aunque también está cargada su ideología de un fuerte mesianismo, propio de los movimientos religiosos y culturales de esta región. Ello explica que en muy pocos años realicen una enorme ampliación territorial y que se conviertan en uno de los grandes poderes de la zona. En el nacimiento de la Persia Safawí influirá decididamente la inacción de Bayaceto, que acepta las graves provocaciones del sha, e incluso le permite que atraviese su territorio para luchar contra alguno de sus enemigos, por no iniciar una costosa guerra en la frontera asiática de su territorio. Desde el punto de vista persa, los contactos con los ejércitos otomanos, aunque no entran en combate directo en los primeros años, les muestra que necesitan modernizar sus contingentes militares, que hasta ese momento eran soldados de caballería ligera, incorporando armas de fuego y cañonería. Desde el mismo nacimiento de la dinastía buscarán aliados en Occidente para que les suministren este tipo de armas, lo que inaugura las continuas embajadas de persas a las principales capitales europeas en los siglos XVI y XVII.

El último de los conflictos que padece Bayecit se saldará con su propia abdicación por incapacidad manifiesta de hacer frente a los problemas del Imperio. La sublevación de Teke la encabeza un personaje llamado Sha Kulu (el sirviente-esclavo del »;), lo que muestra su proximidad religiosa a la idea de los Safawíes y el apoyo de Sha Ismail a esta revuelta, y se proclama un personaje semidivino. El gobernador de la región, el príncipe Korkud, se retira a Manisa antes de oponerse al sublevado, apoyado por los descontentos anatólicos por algunas medidas políticas y económicas que dañan el sistema tradicional del timar. Logra una serie de victorias que le permiten conquistar varias

ciudades, e incluso pretende poner sitio a la ciudad de Bursa. El príncipe Ahmet y el gran visir Hadim Alí salen en su persecución, este último va tras él con un pequeño destacamento de jenízaros que alcanzan a los rebeldes cerca de Sivas, aunque mueren los dos jefes en la batalla. Los dos príncipes que se han enfrentado al rebelde han quedado desprestigiados para amplios sectores del grupo de poder cercano al sultán, y en Estambul también se tiene claro que la avanzada edad y el carácter de Bayecit tampoco eran deseables para gobernar la Puerta. El tercero de sus descendientes, Selim, había sido designado para ocupar una gobernación en Rumelia, y en su desplazamiento entra en la ciudad de Edirne y se hace con el tesoro real. Bayecit sale de Estambul, por indicación de sus visires, que apoyan las pretensiones del príncipe Ahmet, con un ejército para enfrentarse contra el sedicioso. Selim es vencido y se tiene que refugiar en Crimea. Ahmet intenta proclamarse heredero legítimo, pero los jenízaros se oponen a sus pretensiones por no haber perseguido a Sha Kulu en su huida de Bursa y por considerar que es una persona demasiado codiciosa. Aun así, se proclama sultán y huye a Karamán, lo que le descarta completamente de la sucesión. Los jenízaros, cansados de derrotas en Asia Menor, ante las sublevaciones apoyadas por Sha Ismail que vencen a los ejércitos otomanos, piden a Selim que regrese a Estambul para ser nombrado heredero al sultanato. El viejo sultán no está dispuesto a ceder su puesto, pero, ante la presión del estamento militar y el enorme problema que representan mamelucos y safawíes, abdica el 24 de abril de 1512, y toma el camino del exilio, en el que fallecerá unas semanas más tarde.

2.1.4. El Imperio otomano en los siglos XIV y XV

Aunque el Imperio otomano es un Estado eminentemente islámico, las rápidas conquistas que realiza por la Europa balcánica y Asia Menor le obligan a aceptar muchas de las leyes, costumbres y reglamentos de los territorios sometidos. Además de la *sharía* (ley islámica), los sistemas jurídicos otomanos también se nutren de legislaciones seljúcidas, bizantinas, mamelucas, persas, serbias, búlgaras, etc. El pragmatismo de estos gobernantes, que recurren a los cuerpos legislativos preexistentes cuando no encuentran los argumentos necesarios en los sistemas jurídicos islámicos, es un elemento que explica el éxito que obtienen en la anexión de nuevos espacios. Ello obligará a que los

sultanes tengan que sistematizar este derecho consuetudinario, como realizarán varios sultanes a lo largo de la historia, y que nos muestra que estamos ante un imperio de una gran complejidad legislativa al tener que hacer frente a situaciones económicas, geográficas, religiosas y étnicas muy divergentes y variadas. Los gobernantes otomanos reconocerán el derecho en vigor en los territorios conquistados cuando consideren que su mantenimiento representa un beneficio para el Estado, como es el caso de las explotaciones mineras de Bosnia o Serbia. La base jurídica reposa, citando a N. Beldiceanu, sobre dos pilares básicos: el derecho musulmán (*sharía*) y las costumbres jurídicas de los pueblos sometidos y anexionados por los otomanos como consecuencia de sus conquistas. Esta aceptación de las situaciones que se encuentra supondrá una enorme ductilidad a la hora de asentarse sobre los territorios, lo que explica que se prefiera esta adaptación a los localismos por parte de muchos cristianos bosniacos y valacos que el rigorismo que representan los latinos cuando se instalan en sus territorios. Ello también supone una limitación en el ejercicio del poder en estas zonas, que en ningún caso existe en las provincias eminentemente islámicas por la condición de califa del gobernante del Topkapi, que, por medio de las *fetua* que dictan los *çeykh ül-islam* (ulemas, mütfi, etc.), se le permite interpretar como más le convenga la ley religiosa musulmana.

Después de la conquista de Constantinopla, la ciudad de Estambul se convierte en el centro y representación del Imperio otomano y de sus gobernantes. Y dentro de la urbe, que sigue provocando la admiración de los visitantes, el palacio es la propia encarnación de un Estado. Es un palacio diferente al imperante en el resto de Europa, ya que no tiene una función de representación de cara al exterior. El Topkapi se levanta, ya que el primer palacio que manda edificar Mehmet en torno a la mezquita de Bayecit se queda como el lugar donde se instala el harén del anterior sultán, en un lugar emblemático de la ciudad, dominando el punto de unión entre el Bósforo, el Mármara y el Cuerno de Oro, y como un lugar simbólico y ceremonial. Se divide en tres patios que van estableciendo los diferentes círculos del poder que rodea al descendiente de Osmán Gazi, hasta llegar al último de ellos, al que se accede por la Puerta de la Felicidad, el mundo privado del sultán, constituido por el único recinto que tiene estructura de palacio a la occidental, como es el harén. El sultán se ayuda para gobernar sus Estados por un

alto dignatario de su entorno, el gran visir. Desde mediados del siglo XV hasta fines del XVI, la mayor parte de los grandes visires se eligen entre los esclavos de la puerta (*kul*) que proceden del *devsirme*, impuesto que pagan los súbditos cristianos de los musulmanes al entregar a un hijo por familia, menos en Bosnia donde se reclutan jóvenes musulmanes. Según el Imperio se va ampliando, el gran visir se ayuda de diferentes visires, que pueden llegar hasta tres. Todos ellos, junto al jefe militar (*kadiasker*), el jefe de la administración económica de Rumelia, y después de Bayaceto II, también uno de Anatolia, (*defterdar*), el canciller (*niçanci*), y los *beylerbey* de Anatolia y Rumelia, componen el consejo que decide en los asuntos del Imperio (Diván). Como consecuencia de la importancia de Barbarroja, el corsario que entrega Argel a las posesiones del sultán, el almirante en jefe de la flota (*kapudan Pachá*) se incorpora a esta institución, como también hará el jefe de los jenízaros (*aga*). Cada una de estas personas se encargaba de funciones específicas, por ejemplo el gran visir es el comandante en jefe del ejército si no está presente el sultán en las batallas.

El Imperio se organiza en provincias (*sancak*) regidas por un gobernador (*sancak bey*), que luego se denominará *beylerbey*, que, a imitación de la organización central, se encarga también de la actividad económica y la administración del territorio. En estas zonas se tiene un cuidadoso registro de los ciudadanos que viven en estos territorios, tanto cristianos como musulmanes, con fines evidentemente fiscales. Un Estado en continuo estado de guerra necesita contar con previsiones estables de ingresos, al mismo tiempo que con información sobre el número de súbditos de los que dispone. Todos estos sistemas generan una administración muy evolucionada, donde la creación de archivos y registros sobre todas las posesiones y sus habitantes supera los sistemas que existen en el resto del continente. El sultán, desde la época de Mehmet II, controla todas las transacciones de los mercados, por medio de agentes y corredores que vigilan las transacciones, lo que permite conocer las necesidades de los lugares donde se asientan. Estambul se convierte en una de las ciudades del Viejo Mundo con un mayor número de habitantes, a los que hay que alimentar, proveer y abastecer para que mantengan la tranquilidad y la estabilidad del centro de poder del Imperio.

El Imperio otomano, aunque conformado originariamente por turcos y turcomanos de Anatolia, se convierte en una sociedad eminentemente ur-

bana. El reparto de población en los primeros siglos se dibuja como un mundo urbano habitado por musulmanes, mientras que los cristianos viven en el campo, en especial en los Balcanes. El mayor problema es lograr que las grandes ciudades otomanas (Estambul, Edirne, Salónica, Bursa, Esmirna, etc.) sean autosuficientes, por lo que es necesario recurrir al comercio interior y exterior para asegurar la tranquilidad en estas urbes. En las ciudades se instala cada día mayor número de pequeñas manufacturas que generan todo lo necesario para crear un sistema económico completo; algunas de ellas se especializan en la fabricación de armas o en la construcción naval, o la de Bursa, que es conocida por el tejido de seda y otros productos de lujo. Además de la agricultura y algunas manufacturas, el Imperio otomano se convierte en uno de los mayores productores de materias primas de Europa al dominar las ricas minas de Serbia y Bosnia (oro, plata, plomo, cobre). El desarrollo de un fuerte artesanado local tiene el problema de que no es capaz de atender a las necesidades de la cada día más abundante población de las ciudades y los dominios del Topkapi, por lo que tendrá que recurrir a frecuentes importaciones de textiles de toda la cuenca mediterránea, así como armas y productos manufacturados europeos. Es por ello que se entiende la importancia que adquiere para Venecia contar con gobernadores permanentes en Estambul y lograr que no se cierren sus vías comerciales, ya que representa un mercado enormemente importante y bien dotado de metales preciosos.

El artesanado urbano suele ser dueño de sus establecimientos, aunque, por contra, la enorme masa de campesinos otomanos es simplemente la usufructuaria de sus campos. El sultán es el propietario de la tierra y el subsuelo, según la ley coránica. Cede el uso del suelo al campesinado, aunque nunca renuncia a la propiedad del mismo, por lo que puede revertir sus concesiones para crear feudos (timar) para recompensar a sus militares o a cortesanos. El campesinado otomano tiene una estructura mucho más compleja que el mundo urbano, donde se reparte el usufructo de pequeñas propiedades (*çift*) que solo se puede transmitir por vía masculina. Los campesinos (*raya*), tanto cristianos como musulmanes, reciben en usufructo la tierra, ya sean agricultores o los propietarios de un timar, y deben satisfacer una serie de impuestos sobre la posesión de ovejas, cerdos, molinos, etc. Estos son mayores para los súbditos cristianos que para los musulmanes, aunque son menores que los que tienen que entregar a sus antiguos señores de los Balcanes. Por lo general

los campesinos no están adscritos a la tierra, por lo que pueden cambiar de residencia si reúnen las condiciones requeridas por las autoridades. También existe servidumbre agraria, están obligados los dueños de la misma a dar a estos campesinos (*ortakçi*) las simientes y los medios necesarios para el cultivo, y están eximidos del pago de impuestos que deben satisfacer otros agricultores en distinto régimen jurídico,

El timar es la asignación de un lote de tierra de forma temporal, en forma de pago por el servicio militar al Imperio, por la que el timariota se le encarga la recaudación de una cantidad de impuestos imperiales, concesión que varía en función de sus méritos: timar, ziamet o hass, diferentes denominaciones en función de la renta que lega cada uno de estas concesiones. En contrapartida, debía reclutar un número de caballería, junto a todo el personal que sirve a esta hueste. Por lo general, y en el siglo XV ello resulta evidente, este feudo es personal y no se puede transmitir por herencia, aunque esta norma se irá relajando en el siglo XVI. En realidad es un honor que permite a su poseedor dedicarse al ejercicio de la guerra de forma profesional, ya que tiene la obligación de asistir a las contiendas que le reclame su señor. El *vakf* (fundación piadosa) es otro tipo de tenencia de la tierra en el mundo otomano que existía tanto en el mundo rural como en el urbano. Consiste en una serie de propiedades asociadas a una obra de utilidad pública o cuestión religiosa, esencialmente obras de beneficencia, que generan una figura jurídica en la que se dona al referido fin una serie de propiedades en perpetuidad. Los impuestos de la actividad del campesinado van directamente al *vakf*.

La explicación de las rápidas conquistas que realizan los otomanos se debe a que los diferentes sultanes van perfeccionando un ejército moderno y muy bien organizado que les permite contar con un instrumento muy poderoso y perfectamente preparado para su cometido. Estamos ante un imperio, y en gran medida una cultura, que ve en el ejercicio de la guerra de conquista su propia razón de ser. El ejército se divide en unidades de caballería, infantería, artillería, marina y unidades especiales, compuestas tanto por musulmanes como por súbditos cristianos de la Puerta. La caballería está compuesta a finales del siglo XV por 40.000 efectivos que proceden en su gran mayoría del timar, y que suelen ser caballería ligera, salvo la que procede de los grandes timariotas. A esta hay que sumar los *akinci*, unos 10.000 efectivos de caballería ligera armada con escopetería y arcabucería que procede

originariamente del antiguo sistema tribal turco, pero que en el siglo XV también está integrada por caballeros de origen valaco. La infantería se divide en varios cuerpos, todos ellos organizados por medio de *ocak*. El primero que hay que mencionar, dada su antigüedad, es el de los *yaya* o *piyade*, turcos reclutados por los diferentes sultanes que realizan funciones de guarnición en las plazas fronterizas, zapadores o exploradores. Los jenízaros es el cuerpo de infantería más famoso por su origen (ya que todos proceden del impuesto que deben pagar los súbditos cristianos del sultán –*devsirme*– para integrarse en los *yeni ceri* –tropas nuevas–). Fue creado por Murat I, y en la época de Mehmet II sus efectivos ascendían a 6.000 miembros. Su número fue aumentando con los años, y se convirtió en un grupo humano que adquiere un enorme poder. Según crecen en cantidad, se subdividen en una serie de cuerpos por las funciones que realizan, aunque siempre mantienen el carácter de ser una hueste que depende directamente del sultán. En realidad, el sistema del *devsirme* se convierte en la manera de crear cuerpos de élite dentro de la alta administración otomana, desde los soldados de infantería hasta los arquitectos o lo grandes visires que ayudan al soberano de la Sublime Puerta. Los jenízaros, si se distinguen en el combate, suelen ser premiados con un timar, como muestra de agradecimiento de su señor por su fidelidad. Los súbditos cristianos de los Balcanes también conforman milicias locales que defienden el territorio de ataques externos, misión por la que son recompensados con determinadas ventajas fiscales.

La importancia de la artillería para someter a Bizancio y al mundo balcánico convence a los sultanes de que deben contar con esta arma. Las deficiencias técnicas para poder realizar la fundición de piezas de artillería les lleva a reclutar artesanos alemanes y húngaros para que las fabriquen, como es el caso de Urbano, el que construye el cañón con el que se derriba la muralla de Constantinopla y que será recompensado con un timar en premio a sus buenos servicios. La creación de una marina se produce al darse cuenta de la dependencia que tienen de los barcos de las repúblicas italianas, y por la necesidad de conectar las diferentes partes de su cada vez más dilatado Imperio. Ante la carencia de hombres formados, se acude a la contratación de marinería griega, que será sustituida paulatinamente por hombres de origen turco, según pasen los años. Los primeros marinos otomanos ejercen el corso, y también la piratería, por el Mediterráneo y el mar Negro, y luego son as-

cendidos a *Kapudan Pachá*, y se les concede la gobernación del *beylik* de Galípoli y la defensa del archipiélago.

Como se aprecia por esta somera descripción, ya que definir el ejército otomano podría suponer escribir un texto tan largo como el presente, las grandes victorias de los otomanos en el siglo XV se deben a la adopción de sistemas militares y armas completamente renovados, que en muchas ocasiones se enfrentan a ejércitos cristianos y musulmanes que siguen realizando una guerra eminentemente medieval, además de contar con unidades, como pueden ser las de los jenízaros, muy ordenadas y de una fidelidad perfectamente contrastada. Como se ha referido anteriormente, en estas huestes también existe un gran número de cristianos, e incluso antiguos nobles bizantinos convertidos al islam, que van ampliando las posesiones de Estambul. El ejército es una demostración de que estamos ante un imperio formado por grupos humanos de lenguas, orígenes y religiones diferentes que aceptan el predominio de los descendientes de Osmán Gazi. Además de griegos, de donde proceden buena parte de los jenízaros, nos encontramos con serbios, búlgaros, albaneses y eslavos meridionales. La distribución de la población bajo dominio turco se puede conocer perfectamente por los cientos de registros, redactados por cuestiones eminentemente fiscales, que se conservan en la actualidad. En las grandes ciudades de Tracia (Adrianópoli y Estambul) cohabitan musulmanes (9.517 hogares en 1478), cristianos (5.162) y judíos (1.647), proporción de población que se mantendrá en los primeros siglos de dominio de estas ciudades. En Salónica, por referir solo un ejemplo más, en 1479 había 2.258 hogares, de los que 932 eran musulmanes y 1.326 cristianos. Sin embargo, a principios del siglo XV, y como consecuencia de la expulsión de los judíos sefarditas, la ciudad cambia en su reparto de población al existir 1.229 hogares musulmanes, 981 cristianos y 2.645 judíos. Los elementos armenios habitan en las grandes ciudades comerciales, tanto caravaneras como portuarias, además de los italianos que residen en Pera y Gálata. En Anatolia, las ciudades están habitadas por turcos, de forma mayoritaria, aunque también es sencillo encontrar numerosos grupos de griegos y de armenios. Hay que referir que entre los elementos de origen turco, tanto en Anatolia como en Rumelia, existen grupos de turcos de religión cristiana, de los que tenemos referencias desde los siglos XII y XIII, por lo que hay que tener cuidado en identificar elementos humanos con los credos religiosos en

estas regiones a lo largo de los siglos XIV al XVI. Este complejo entramado de grupos humanos y confesiones religiosas son gobernados todos ellos desde Estambul por medio de un príncipe musulmán que se declara califa y emir de los creyentes. Aun a pesar del título que tiene, el sultán en ningún momento pretende la islamización de sus súbditos en esta época, ya que no le interesa ni fiscal ni poblacionalmente. Se producen conversiones de amplias comunidades al islam, pero este cambio de religión no responde a presiones de Estambul, sino, más bien, a procesos históricos y culturales de regiones concretas, como ocurre con los patarenos bosniacos o determinados grupos albaneses. Algunas de las conversiones son miradas con recelo por el poder, como es el caso de los *dönme* del siglo XVII (neófitos musulmanes procedentes del judaísmo sefardí). Lo que se suele hacer desde el poder es mover grupos humanos a otros lugares para cambiar las estructuras de población y su composición, lo que supone el traslado de villas o pueblos enteros a las orillas del Bósforo, o a comunidades judías a Chipre, etc.

Las primeras conquistas otomanas suponen generalizar un sistema de poder centralizado sobre territorios muy atomizados hasta ese momento, como eran los Balcanes y Asia Menor, y acabar con la relativa anarquía que imperaba en estas regiones. La estabilidad política genera al aumento de la actividad económica y el desarrollo de los núcleos urbanos y las vías de comunicación necesarias para conectar estas regiones con la metrópolis. La aceptación del dominio de Estambul sobre elementos de población tan variada también se asocia a la abolición de la servidumbre que traía aparejada la *pronoia* (sistema feudal) bizantina y al respeto de los códigos legislativos imperantes en cada una de las comunidades sometidas. Además de la pervivencia de la cultura islámica que encarna y representa el soberano de Estambul. Por desgracia, este tipo de calificativos no suelen ser frecuentes en las descripciones del mundo de Oriente, influido excesivamente por la visión de los colonialistas del siglo XIX y la extensión de la idea del "despotismo oriental" formulada por los ilustrados para referirse al Imperio otomano. En España, en concreto, la descripción del Imperio otomano, y en concreto de Estambul, se hace atendiendo a la religión que practican los otomanos, por lo que como musulmanes heredan automáticamente todos los elementos descriptivos fijados en los siglos medievales de enfrentamiento con al-Ándalus.

Parte II

El Imperio en su esplendor

3

SELIM Y SOLIMÁN EL MAGNIFICO

3.1. *Selim I (1512-1520): la expansión hacia el sur y el oeste*

La llegada al poder del sultán Selim I el 24 de abril de 1512 coincide con otro momento especialmente difícil para el Imperio otomano. En Anatolia sigue viva la revuelta del sha Kulu, apoyada por el safawí Sha Ismail, lo que genera una enorme inestabilidad. Selim intentará acabar rápidamente con la vida de todos sus hermanos para asegurarse una transición pacífica, utilizando la ley fratricida aprobada para evitar problemas en los interregnos, pero no logra impedir que el persa apoye a alguno de estos príncipes para debilitar al Estado otomano. Cuando accede al poder es una persona de cuarenta años que tiene una excelente reputación de buen gobernante por el trabajo realizado en Trebisonda, hombre religioso y culto, reservado y solitario. Austero y comedido, rechaza el lujo y le gusta estar al frente de sus ejércitos, a los que encabezará en todas las campañas que emprendan hasta el año 1512. Su genio militar se mostrará plenamente en 1513 cuando se

enfrenta a su hermano Ahmet en la batalla de Yenisehir, lo que da por terminada la crisis dinástica que trae aparejado su ascenso al poder, con independencia de que sus sobrinos se refugien bajo la protección del gobernante Safawí. Nombra a su único hijo, Solimán, gobernador de Amasia, y comienza a preparar sus campañas contra sus poderosos enemigos y sus aliados. Logra que el *Çeyk ül-islam,* Sari Görez, máxima autoridad religiosa de Estambul, redacte una sentencia (*fetua*) que declare herejes a Ismail, su sobrino y a todos sus partidarios; su destrucción y aniquilación son legítimas, además de referir en el texto religioso la legalidad de reducir a la esclavitud a sus mujeres y descendientes. Entre 1513 y 1514 realizará una purga entre sus súbditos, que algunas fuentes cifran que afecta a 40.000 personas, por la que destituye de sus posesiones a los timariotas más poderosos y mata a los menos conocidos que están cercanos a las confesiones religiosas de su adversario. El sultán, de esta manera, se convierte en la encarnación del islam suní, y es el soberano persa la encarnación de los chiitas, lo que marcará el sentido de la guerra que se emprende desde este momento y que será una constante durante toda la existencia de Selim. Con esta disposiciones intenta poner orden en el mundo anatólico, ya que como gobernador de Trebisonda en la época de su padre había sufrido en primera persona la injerencia del sha en un espacio que los otomanos consideran que es de su exclusiva pertenencia. Además, legitima religiosamente la guerra contra este musulmán.

En realidad, el enfrentamiento entre otomanos y safawíes es una lucha por el control de los pueblos turcos y turcomanos seminómadas que habitan en toda esta religión, grupos humanos que se decantan por cada uno de los dos contendientes por representar formas de organización y de liderazgo completamente diferentes. En 1514 se enfrentan los ejércitos de los dos príncipes, después de preparar en Estambul concienzudamente la guerra. El ejército otomano, con un peso enorme de los cuerpos de infantería y artillería, desbarata a la caballería persa en Çaldiran, en la actual república de Azerbaiyán, y alcanza una gran victoria. Sigue su avance hasta Tabriz, aunque los jenízaros se niegan a pasar el invierno en esta plaza. Selim intenta acabar con el sha para que el dominio sobre Anatolia y sus pobladores no se vuelva a poner en cuestión, aunque esta guerra se muestra relativamente incierta por las diferentes maneras de combate y por la lejanía de Estambul de los parajes donde se desarrolla la contienda. Derrota a su sobrino Ahmet y, aunque busca

el cadáver de su adversario después de la victoria, no logra encontrarlo, manda matar a todos los prisioneros. Selim obvió la dificultad de seguir una guerra tan lejos de las bases logísticas de la Puerta en los dos años siguientes, y logra expulsar a los militares persas de Anatolia central. Al mismo tiempo, manda al erudito, con fama de hombre sabio, Idris Bitlis, que antes había servido a los Akkoyunlu, que logra convencer a los jefes tribales kurdos de Anatolia oriental, descontentos por el comportamiento del sha con ellos. Selim regresa a Estambul y se queda como jefe del ejército Biyikli Mehmet Pachá, al que otorga el cargo de gobernador de Bitlis. Los ejércitos otomanos logran conquistar la ciudad de Kemah, y Diyarbakir reniega de su obediencia al persa y se declara a favor de Selim. La ciudad es sitiada por los iraníes hasta que Biyikli levanta el asedio con una poderosa hueste, compuesta mayoritariamente por kurdos. Las victorias, aunque sean parciales, continúan en Mardin, Siverek, Birecik y Urfa. La ciudadela de Mardin se rinde a fines de 1516, por lo que desaparecen los ejércitos persas en el sudeste Anatolia, y se crea el *beylerbeylicat* de Diyabakir en ese mismo año. La victorias se han logrado después de que en la batalla de Çaldiran hubieran desaparecido los mejores contingentes militares de Sha Ismail, por lo que los ejércitos que quedan no se pueden igualar a los destacamentos destinados en la zona por Selim.

La gran empresa que realiza el Yavuz sultán Selim (el Terrible) es la conquista del otro gran estado islámico del momento: el Egipto mameluco. Las relaciones entre otomanos y mamelucos habían sido pacíficas hasta la llegada al poder de este sultán. Su padre había ayudado con ingenieros, materiales y técnicos al sultán mameluco Qansuh al-Ghuri para que construyera una armada con la que combatir a los portugueses que se estaban instalando en el estrecho de Ormuz y en las costas del mar Rojo, e incluso se mandan alguno de los primeros marinos otomanos para enseñar las estrategias de la lucha en el mar, tal es el caso de Piri Reis. Los dominios de los mamelucos se extienden desde el Alto Egipto hasta la Anatolia central, Palestina y Siria. Mantienen en El Cairo a un califa de la línea Abasí, autoridad a la que pidieron los emires otomanos que les concediera el título de califa en los decenios pasados, y tienen grupos militares en los puertos de la región de Medina y La Meca (Hiyaz) y el jerife de La Meca es su vasallo. Se puede pensar que el sometimiento de los mamelucos es una consecuencia del celo religioso de Selim, que quiere hacerse protector de las ciudades santas y dominar Egipto, uno de los lugares

más importantes para un musulmán que se precia de serlo, como es el caso de Selim. Sin embargo, la explicación de la desaparición de los mamelucos hay que buscarla en los propios problemas de estructuración de los dominios otomanos y en la disputa con Persia. La reciente guerra en el este de Anatolia, con la conquista de Diyarbakir y Tabriz, supone que se llegue hasta los fronteras de las posesiones mamelucas. Esta expansión hacia el este también supone que las nuevas conquistas de Estambul no estuvieran bien comunicadas con los centros de poder otomano, por lo que era necesario intentar crear un espacio cohesionado que facilitara su tenencia y gobernación. Esta situación se presentó por una disensión interna en la dinastía que gobierna el principado de Dulgadir, en la que Alaeddevle es partidario de mantener la neutralidad entre persas y otomanos y su sobrino se integra en el ejército de Selim, que combate en Çaldiran. En agradecimiento por su colaboración le nombrará *beylerbey* de Kayseri. Al año siguiente, y apoyado por un ejército al mando por el gobernador de Anatolia, se ocupará íntegramente el territorio, y se le concede a Alí su gobernación en agradecimiento por su apoyo. Poco después, y ante el cambio de situación de la región, el gobernante del principado vecino, Ramazanoglu Piri, reconoce la soberanía de Selim, y recibe como premio el título de *beylerbey* de Adana. Estas empresas no solucionaban el problema estratégico de unificación de las nuevas tierras controladas por la Puerta, aunque suponen que otomanos y mamelucos compartan una frontera por primera vez en su historia.

La reacción del gobernante mameluco, Qansuh Gawri, fue la menos adecuada para afrontar el nuevo panorama que está fijando la expansión turca. La anexión de estos principados de frontera se considera que es una acción hostil, por lo que se aceptará una embajada del soberano persa para fijar una alianza para detener al impetuoso gobernante del Topkapi. Para Selim, el verdadero peligro para la región era el safawí, por lo que tiene que reaccionar ante la unión de dos enemigos poderosos que pueden hacer peligrar el control de Anatolia y el sometimiento del complejo entramado humano de esta región. Selim prepara una poderosa expedición para dirigirse a esta parte de Asia Menor, aunque no tiene claro cuál es su objetivo, los mamelucos o los persas. El sultán mameluco traslada a la mayor parte de su ejército a la ciudad de Alepo, acción que decide la dirección de su hueste, ya que no podía tener un adversario tan peligroso en su retaguardia si deseaba entrar en Persia. Los

dos ejércitos se enfrentan en la batalla de Marj Dabiq el 24 de agosto de 1516. La batalla fue muy breve, y la poderosa artillería otomana desorganizó las filas enemigas, que huyen al conocer la muerte del sultán mameluco. Selim conquista sin oposición Siria, ocupa Damasco en octubre, y se hace con el control del Líbano y Palestina. En enero de 1517 entra en la ciudad de El Cairo, después de derrotar a los últimos contingentes armados mamelucos. Como hace en otros lugares conquistados, asume todos los cargos y dignidades de los anteriores dueños del país, logra que se le conceda el título de sucesor del antiguo califa Abasí, además de protector de las ciudades santas de Medina y La Meca. La ambición de Selim le lleva a imaginar combatir directamente a su mayor enemigo, el sha de Persia, pero el ejército, como le ocurrió años antes, se niega a seguir avanzando más hacia el este hasta no consolidar lo ya conquistado en estos años. Ante el miedo de una revuelta de sus militares y de sus confederados, decide regresar a Estambul en 1519.

En los últimos años de su vida sigue preparando su ansiada ocupación de los territorios persas, aunque su próxima muerte impidió que pudiera materializar sus planes. La conquista de Egipto, además de cuestiones culturales y religiosas, que se analizarán más adelante, establece futuras líneas de expansión que se deben emprender. La primera de ellas es la expulsión de los caballeros de San Juan de Jerusalén de la isla de Rodas, ya que la existencia de esta república corsaria en las aguas dominadas directamente desde Estambul dificultaba la comunicación entre las diferentes partes de los dominios de la Puerta. El fracaso de 1480 ante Rodas, y los pactos firmados con el maestre, no hacen olvidar que es necesario expulsar a estos navegantes de la zona. Selim ha seguido una activa política de construcción naval, además de la creación de una armada organizada que ha ido expulsando a los diferentes corsarios que realizaban el robo con patente en esta agua. Durante la guerra civil que se produce a su llegada al trono, algunos de estos corsarios habían apoyado a los diferentes príncipes en litigio. La victoria de Selim supuso que los hermanos Barbarroja, navegantes que defendieron el bando del príncipe Korkud, se tengan que marchar de estas aguas para huir de la casi segura venganza de Selim. La muerte de Korkud en 1513 y la fuerte represión que realiza sobre sus partidarios les convence, aún más si cabe, de que se tienen que marchar de este espacio para salvaguardar la vida. De otra parte, los modelos centralizadores que introduce Selim desean acabar con la relativa anar-

quía de las aguas cercanas a los dominios del sultán. La piratería y el corsarismo se han generalizado en torno a los Dardanelos, por lo que desde Estambul se pretende acabar con esta situación para crear un único mando en las fuerzas navales del Imperio.

De Metilene, su isla de origen, se dirigen a la isla de Djerba (los Gelbes en castellano de la época), lugar lógico para huir del Mediterráneo oriental y pasar al occidental. Intentan entrar al servicio de los sultanes hafsíes de Túnez, un lugar tradicional de corso durante la Edad Media, pero se tienen que buscar un nuevo lugar por la desconfianza del gobernante musulmán magrebí. Estos navegantes turcos introducen en el Mediterráneo nuevas técnicas de combate que cambian el ejercicio tradicional de este oficio, lo que supondrá que este mar pase de ser un espacio controlado mayoritariamente por los cristianos a uno en el que los musulmanes sean el grupo predominante. El corso que realizan estos hombres no es una empresa ocasional practicada con una embarcación que aprovecha la debilidad del rival, más bien es una acción de guerra con flotas de navíos en corso de varios efectivos que son capaces de enfrentarse a galeras enemigas fuertemente armadas. Los enormes éxitos que logran los convierten en hombres afamados y reconocidos en toda la Europa occidental y el norte de África. La conquista de la ciudad de Argel y su expansión hacia el cercano reino zayaní de Tremecén suponen que se enfrenten con los españoles en los primeros años del siglo XVI. Dos imperios que estaban muy alejados entran, sin embargo, en conflicto en el norte de África, lo que generará cambios significativos a lo largo del siglo XVI. Las acciones de los Barbarrojas eran, al principio, simples ataques de unos marineros sin patria, aventureros y hombres de fortuna. A la muerte del hermano mayor, Oruç, que es asesinado por los soldados españoles de la cercana guarnición de Orán, Hayreddin se verá obligado a buscar la ayuda de Selim, al que pide perdón por haber apoyado a su hermano, le promete lealtad, y le ofrece, a cambio, todas sus conquistas en Berbería central. El segundo de los Barbarroja se encuentra aislado y con pocos efectivos para oponerse a sus poderosos enemigos. Se debe enfrentar a los soldados de la monarquía hispánica, que se están expansionando en estas mismas fechas por el Magreb, y con los habitantes originarios de Argel que no soportan el sistema que han impuesto estos turcos. Estambul recibe un regalo que amplía aún más sus fronteras en tierras del islam, aunque al ha-

cerlo se tendrá que enfrentar a un nuevo enemigo en el Mediterráneo, y crear un nuevo *beylik* fronterizo, aunque es un ente semiautónomo al encontrarse demasiado alejado de Estambul.

En los escasos ocho años de gobierno de Selim el Imperio otomano se había convertido en un Estado musulmán enorme que dominaba tierras islámicas que se extienden desde Estambul hasta la frontera con la ciudad de Orán, además de controlar Jerusalén, Medina, La Meca, El Cairo, Bagdad, Alepo, Anatolia, etc. Es la encarnación del sultán suni, contrapuesto al hereje persa, cabeza de los chiitas. Príncipe al que deben obedecer todos los musulmanes de esta confesión, según se cree en Estambul, al que nunca reconocerán su primogenitura dentro del islam los súbditos de los sultanes de Marruecos, dinastía de origen y tradición jerife. Pero, y dejando a un lado su reconocimiento por el resto de las autoridades musulmanas, su mayor problema es garantizarse la fidelidad de los grupos turcos, kurdos y turcomanos de Anatolia, siempre propensos a iniciar revueltas, sublevaciones o a cambiar de señor, con la consiguiente inestabilidad que generan este tipo de comportamientos.

3.2. *Solimán el Magnífico (1520-1566)*

3.2.1. El cenit del poder e influencia de Estambul

Solimán, el hijo de Selim, alcanzará el poder con 25 años, después de haber sido gobernador de Manisa y haber sustituido a su padre en el gobierno en Estambul durante su larga campaña contra los mamelucos. Era un príncipe poco conocido por las diferentes facciones de la Puerta y por el estamento militar, grupo que cada vez tenía más fuerza dentro del gobierno del Imperio. No tenía hermanos que aspiraran al poder, por lo que no tuvo que hacer gala de sus dotes políticas y militares para derrotar a sus adversarios, aunque tenía que corregir algunas de las rigurosas medidas impuestas por su padre. Con la ayuda del gran visir Piri Mehmet Pachá, que había servido a su progenitor, elimina los rigurosos impuestos sobre los comerciantes de Bursa y Alepo, así como intenta que el comercio con Oriente vuelva a ser importante, ya que su suspensión había creado desastrosas consecuencias para la economía otomana. Las medidas de Selim buscaban la asfixia de los persas, aunque pronto

se demostró que hacían más daño a los turcos que a sus vecinos. Además de restaurar la libertad de comercio, también acaba con la férrea disciplina impuesta a los jenízaros, y concede muchas medidas de gracias sobre las *ocak*. Cuando se conoce la noticia de la muerte de Selim se produce una sublevación de Canberdi al-Gazali, el *beylerbey* de Siria y Palestina, un antiguo mameluco que desea favorecerse del relevo en la Puerta para declararse independiente. Solimán despacha rápidamente un ejército para someter al rebelde, mandado por el *beylerbey* de Rumelia y por los jefes de la región, en este caso por Shehsuvarolu Alí de Dulgadir, que terminan rápidamente con el sublevado. Todas estas medidas logran que en pocas semanas un completo desconocido para los círculos de poder de Estambul adquiera prestigio y autoridad en el palacio, y sea respetado por los elementos políticos y militares.

Selim había sido un sultán que había dedicado todos sus esfuerzos a luchar contra el soberano safawí, e hizo de Asia y el Oriente su campo de batalla principal, olvidándose del área de expansión tradicional del Imperio, el mundo balcánico y centroeuropeo. Solimán desea sofocar la tensión en este frente para volver a luchar contra sus enemigos tradicionales: los príncipes cristianos. Mientras que manda un embajador a Tabriz, de manera secreta para no perder reputación ante sus súbditos y sus enemigos, para mitigar la tensión del sultanato anterior, emprende dos empresas que su abuelo no fue capaz de concluir con éxito: conquistar Belgrado y Rodas. La excusa que pone para emprender la guerra contra el rey de Hungría, Luis II, es que maltrata al embajador que envía para anunciar su llegada a la Sublime Puerta. A mediados de mayo de 1521 sale de Estambul al mando de su poderoso ejército con destino a la frontera con Hungría. Después de varias semanas de escaramuzas y batallas en el Danubio y en el río Sava, se conquista Belgrado, mal defendida y no auxiliada por el rey magiar, y varias localidades de su entorno, con lo que se consolida la presencia de los otomanos en la orilla derecha del Danubio.

La conquista de Rodas, después de la desaparición del reino mameluco, era imprescindible para Estambul con el fin de asegurar la navegación y el comercio con la región del Nilo, en especial con la ciudad de Alejandría. Los caballeros de San Juan de Jerusalén, además de realizar un corso muy activo en las aguas del Dodecaneso, solían prestar apoyo a un gran número de los adversarios de la Sublime Puerta, por lo que eran un elemento de desequilibrio dentro de las posesiones interiores de Estambul.

La conquista de la isla era una empresa muy compleja ya que tenía que organizarse como una acción marítima y terrestre al mismo tiempo, además de tener que someter una de las fortalezas más importantes de la época, perfectamente abastecida y guarnecida por soldados profesionales. La doble expedición sale de Estambul en el verano de 1522, e inicia un durísimo asedio que provoca una elevada mortandad en ambos bandos. Después de cinco meses de sitio, el gran maestre de Rodas, Villiers de L'Isle-Adam, capitula con el sultán unas ventajosas condiciones, y se embarcan los caballeros supervivientes de las diferentes naciones rumbo a Europa el primer día del año de 1523. Los caballeros pedirán protección y ayuda a los diferentes príncipes cristianos; Carlos V responde a su demanda con la entrega de las islas de Malta y Gozo y con la ciudad de Trípoli (Tripol de Berbería) pocos años después. Desde este momento la orden será conocida como Orden de Malta, seguirá practicando el corso marítimo contra los otomanos desde su nuevo emplazamiento, y se convertirá nuevamente en uno de los objetivos prioritarios de los descendientes de Solimán el Magnífico. En gran medida, Malta ejercerá una función parecida a la que realizan los corsarios de Argel y Túnez, llevando la inestabilidad a las aguas controladas por los adversarios, sin intentar nunca realizar nuevas conquistas de territorios, imposibles de mantener desde estos puntos avanzados, como son las ciudades dedicadas casi exclusivamente al ejercicio del robo con patente. El sultán ha logrado hacerse el 1 de enero de 1523 con un enclave deseado por su padre y abuelo, con lo que domina todas las islas del Egeo, salvo Chipre, por la que Venecia paga todos los años un elevado tributo. Las anteriores disposiciones de ordenación de este espacio, conocido en la documentación turca como "el Archipiélago", serán organizadas en los próximos años cuando se profesionalice la armada al proponer a Hayreddin Barbarroja como comandante en jefe de la flota (*kapudan Pachá- Kaptan derya*).

3.2.2. El primer sitio de Viena (1529)

La política exterior de Solimán cambiará radicalmente después de 1523 al permitir que su gran visir, el anciano Piri Mehmet Pachá, se retire a sus Estados, y nombre a Ibrahim Pachá como nuevo gran visir, además de *beylerbey*

de Rumelia. Durará en el cargo hasta 1536, año en el que caerá en desgracia por disputas palaciegas por la sucesión del sultán y por el excesivo poder que adquiere este hombre, aunque a este periodo de trece años se puede definir como la auténtica "edad de oro" del Imperio otomano. Era un miembro del *devsirme*, que tenía una profunda amistad con Solimán desde la época en la que era un simple príncipe, además de un sentido y una inteligencia prácticos que dejaron su huella en la expansión imperial. Accede al segundo puesto más importante de la Sublime Puerta procedente de una escala muy baja, lo que rompe la tradición de que el cargo de gran visir suele recaer en personas de gran experiencia. Contraerá matrimonio con una hermana de Solimán, por lo que con él se genera y se refuerza que la gobernación de los otomanos es un asunto familiar asociado a la propia estructura del palacio. Su ascenso generará problemas de articulación del poder, ya que rompe tradiciones que estaban empezando a asentarse en estas décadas. Según esta explicación se puede entender mejor que, cuando el segundo visir, Ahmet Pachá, es premiado por sus servicios y compensado por la llegada al poder de Ibrahim con el gobierno de Egipto, se rebele contra Solimán y se declare independiente en 1524, sedición que será sofocada rápidamente por la guarnición jenízara de El Cairo. Esta revuelta, como otras que ocurren en territorios fronterizos cuando se producen momentos de paz, pone de manifiesto que es necesario reorganizar la administración y la organización interior de un gran número de territorios.

Solimán, ayudado por su gran visir, dedicará buena parte de su gobierno a organizar sus dominios y generar corpus legislativos y legales estables, razón por la que es conocido en la historia otomana como *Kanuni* ("el Legislador"). Será enviado a Egipto a mediados de 1524 para poner orden en la gobernación del Nilo, ya que los diferentes *beylerbey* había generado un gran número de injusticias, prácticas corruptas y agravios que ponían en serio peligro la permanencia turca en este territorio. Había que intentar crear normas que impidieran que un territorio alejado del centro del poder otomano tomara ritmos independientes o semiautónomos, como ocurre en Argelia o en Túnez, por lo que se le dota de una serie de reglamentos administrativos modélicos que asegurarán la fidelidad y estabilidad de esta región a lo largo del siguiente siglo. La conquista de los dominios de los mamelucos cambió al Imperio otomano en muchos aspectos, tanto desde el plano religioso como

desde el económico y social, pero al dominio militar había que superponer toda una serie de reglas que pacificarán a los diferentes grupos humanos y tribales de esta extensa región. La ocupación de El Cairo también abría una nueva zona de expansión a los otomanos, como era el mar Rojo, por lo que era necesario convertirse en una potencia naval también en esta zona. Se reorganizan los arsenales y las atarazanas de Suez, y se potencia la importancia de Alejandría como el principal puerto del país; esta ciudad es esencial para el comercio y la comunicación entre la metrópoli y su principal posesión.

El Imperio otomano en los primeros siglos de su historia era un Estado que necesitaba de la guerra y la expansión territorial para armonizar sus estructuras internas, montadas en torno a una guerra expansiva. La inacción de varios meses, después de la victoria en Rodas, y la lejanía de Ibrahim Pachá generan una revuelta de los soldados profesionales, los jenízaros, que se lamentan de la falta de botín, por estar acuartelados, y de la carencia de nuevas gratificaciones por realizar sus cometidos. Solimán soluciona el problema reclamando a Estambul a su gran visir y reprimiendo cruelmente a los sublevados. Volver a entrar en una campaña militar era una manera de sofocar muchas tensiones que estaban latentes a la llegada de Solimán al poder. De otro lado, la frontera de Hungría seguía activa, con incursiones continuas de cristianos y musulmanes en los territorios vecinos. La campaña de Hungría estaba completamente justificada por estos incidentes de frontera, así como para aliviar las tensiones interiores.

Durante el otoño y el invierno se prepara la campaña de Hungría, que sale de Estambul el 23 de abril de 1526. El sultán, con todo su ejército, recorre el camino que separa la capital de Mohács, donde se encuentran los dos ejércitos el 29 de agosto de ese mismo año. En escasamente dos horas la suerte de Hungría queda decidida en la llanura próxima al Danubio. Se enfrenta un ejército formado por una poderosa caballería pesada, al mando del joven rey Luis II, casado con María de Habsburgo, hermana de Carlos V, con las tropas de Solimán, donde los elementos de infantería artillada y los contingentes de cañonería, además de caballería ligera de sipahis y timariotas, eran los grupos predominantes. En realidad estamos refiriendo que luchan dos formas de entender la guerra: un ejército que lleva armas antiguas se enfrenta a otro moderno con un mando muy profesionalizado. La mayor parte del ejército húngaro será destruido por la cañonería y los rápidos movimien-

tos de las *ocak* jenízaras, además de que la caballería pesada magiar intenta huir por una zona pantanosa, y fallecen muchos jinetes ahogados por el peso de sus armaduras. Luis II, junto a sus principales capitanes (Jorge Zapolya, Pablo Tomori y Ladislao Szalkai), muere en el campo de batalla, por lo que Solimán ve el camino abierto para conquistar la capital húngara, Buda, acción que ejecuta dos semanas más tarde (11 de septiembre).

La muerte de Luis II crea un vacío de poder que es cubierto por Solimán cuando nombra sucesor a Juan Zapolya, el vaivoda de Transilvania, que se convierte en tributario de la Sublime Puerta con el nombre de Juan I (Juan Segismundo Zipolya). Esta batalla también creará un nuevo enemigo, o renovará a uno viejo, ya que el archiduque de Austria, Fernando I, hermano de Carlos V, reclama el trono húngaro por los derechos adquiridos al casarse con Ana Jagellón de Hungría y Bohemia, la hermana del difunto Luis II, derecho que le será reconocido en Presbourg por los nobles enemigos del transilvano. Sobre el terreno existen dos reyes para un mismo territorio: uno apoyado por los Habsburgo y el otro por la Sublime Puerta, lo que genera una serie de conflictos, guerras e invasiones hasta finales del siglo XVII.

Las continuas tensiones en Anatolia no permitieron a Solimán gozar de su gran éxito, hombre que en escasos años había logrado victorias y triunfos esquivos a sus pasados durante decenios. Una nueva revuelta en los mismos territorios donde años antes se había hecho fuerte Sha Kuli se repite en 1520, esta vez comandada por otro jefe conocido como Sha Veli. Aunque estos movimientos son reprimidos con enorme dureza, lo que los militares de la Sublime Puerta no logran es extirpar las causas que generan el descontento en Asia Menor. El territorio está sumido en una fuerte crisis económica por el empobrecimiento de la mayor parte de los timariotas, dueños de feudos muy pequeños que escasamente dan para alimentarlos, y que, además, deben soportar a gobernadores provinciales corruptos y codiciosos y un exceso de centralización por parte de estos funcionarios que acaban con la relativa libertad y mando de los jefes de los grupos tribales asentados en la región. La revuelta de 1526-1527, además de estas razones que explican el descontento de estos sectores, que se repiten históricamente en la mayor parte de las sublevaciones y movimientos sociales de esta región, tiene un componente religioso de claro matiz heterodoxo y milenarista; será la encabezada por el derviche Kalenderoglu. La combinación de elementos religiosos con reivindicaciones sociales

es la razón que explica que se extienda con gran rapidez entre las masas populares, por lo que aumenta el peligro para el palacio. Logran vencer a las milicias provinciales, y al primero de los ejércitos que se envía desde Estambul. En 1527 sale con un nuevo contingente militar Ibrahim Pachá para vencer a los sublevados. Antes de entrar en batalla decide limitar el apoyo que recibe de sus aliados y defensores, como son los antiguos señores de los Dulgadir, nobles que habían sido desposeídos de sus propiedades en sultanatos anteriores, y les desactiva al prometerles la devolución de sus feudos. Ibrahim venció a los sublevados e intentó poner orden en la región, para lo que dictó disposiciones legales nuevas y realizó una política de atracción de la población, por lo que acalló muchas de las quejas de los sediciosos y el descontento popular. En cierta medida, logró apaciguar Anatolia hasta finales del siglo XVI, aunque siguieron existiendo pequeñas algaradas, hasta que aparezcan las peligrosas sublevaciones de los *caleli*.

La cuarta campaña de Solimán el Magnífico (Kanuni Sultan Süleyman) se encamina nuevamente hacia Hungría. La proclamación del archiduque Fernando como rey de Hungría y Bohemia obliga a iniciar una contienda a Juan I para recuperar la ciudad de Buda, el símbolo del antiguo reino. El primer enfrentamiento entre los dos príncipes cristianos se salda con la victoria de Fernando, gobernante nacido y educado en España, por lo que Zapolay reclama rápidamente la intervención del soberano al que rinde vasallaje. La petición de ayuda del transilvano supone que el sultán inicie una guerra directa contra los Habsburgo por el control del Danubio, enemigos que lucharán entre sí hasta el final del Imperio otomano, a los que apoyan soldados españoles e italianos dependientes de Carlos V. Fernando había recuperado Buda, lo que lleva a Solimán a salir con sus soldados, acompañado por Ibrahim Pachá investido con el título de jefe general del ejército (*serasker*), a primeros de mayo de 1529. El 8 de septiembre recuperan Buda, y vuelven a poner en el trono a Juan I. En vez de retirarse y acantonarse, dado que se acerca el duro otoño e invierno centroeuropeo, Solimán e Ibrahim deciden seguir su ruta hacia la ciudad de Viena. Un ejército de 120.000 soldados asedia la capital de los Habsburgo, defendida por 20.000 hombres. La enorme superioridad de soldados y de medios técnicos de los otomanos no es capaz de doblegar las fuertes murallas y el ardor de los defensores, ayudados por un otoño especialmente lluvioso y frío, razones que

explican que Solimán deba levantar el sitio el 16 de octubre de 1529.

La propaganda imperial afirma que Solimán acaba con el asedio al conocer la nueva de que el emperador, Carlos V en persona, se dirige a enfrentarse en guerra abierta, pero este extremo es una exageración de los escritos que intentar ensalzar la figura del soberano cristiano. El Imperio otomano, como la monarquía hispánica, son entidades supranacionales que asientan su fuerza en el poderío de sus ejércitos terrestres, aunque apoyados por una abundante marina, por lo que la efectividad de los mismos está restringida a los radios de acción que pueden alcanzar desde sus bases de origen, como ocurre también con las escuadras de galeras en el Mediterráneo. Las poderosísimas expediciones de Solimán parten de la ciudad de Estambul a principios de la primavera para alcanzar sus objetivos en verano, y es Viena la distancia más lejana a la que pueden llegar sin desgastarse excesivamente. Deben atravesar andando enormes distancias que requieren abastecimientos y caminos para movilizar artillería, caballería e infantería en unos efectivos que se cuentan por miles. En su camino hacia el centro de Europa o los confines de Anatolia se ven obligados a vadear ríos caudalosos por medio de puentes que levantan pontoneros e ingenieros en regiones muy alejadas de sus bases logísticas, lo que supone que se retrasen las expediciones, o que las marchas militares se ralenticen por inundaciones u otros efectos climáticos. Ello provoca que cuando alcancen sus objetivos en Austria no se produzcan grandes enfrentamientos, sino simples escaramuzas o razias, y que los cristianos eviten entrar en batalla en campo abierto para evitar choques campales. Después de Mohács los cristianos se plantearán otra manera de enfrentarse a los otomanos, y dejarán los antiguos duelos en campo abierto olvidados para centrarse en la defensa de posiciones amuralladas o de fortalezas defensivas que vigilan pasos estratégicos. Ello supone que estamos refiriendo una manera de hacer la guerra que es muy costosa en efectivos y en recursos económicos.

Solimán se retira a Estambul a pasar el invierno con todo su ejército, situación que es aprovechada por Fernando para poner nuevamente sitio a la ciudad de Buda en 1530. La ciudad se defendió y los austriacos tuvieron que abandonar su pretensión, aunque siguen realizando continuos ataques y organizan varias expediciones a los territorios gobernados por Juan I. Este pide ayuda a Solimán, que en 1532 organiza la que las crónicas otomanas llaman "la expedición de Alemania", empresa que conocemos perfectamente en su

preparación y organización, aunque el único resultado que logra es la ocupación de la ciudad de Köszeg por Ibrahim, después de realizar 19 asaltos los jenízaros para domeñarla. Los dos contendientes estaban agotados económicamente, además de que Fernando no era apoyado en su política agresiva contra Solimán por Carlos V, por lo que aceptan firmar una tregua en 1533, en la que tanto Fernando como Juan I son mantenidos en sus respectivos dominios si satisfacen un tributo a la Sublime Puerta por sus posesiones en Hungría.

3.2.3. Guerras contra Persia: el enfrentamiento con Carlos V

El frente oriental del Imperio otomano había estado tranquilo durante los primeros años del gobierno de Solimán por una tregua firmada con un embajador safawí en 1523. El respeto del acuerdo durante varios años esencialmente se debe a la muerte de Sha Ismail en 1524, que deja como sucesor a su hijo Tahmasp, de diez años de edad, lo que paraliza la mayor parte de los planes expansivos de los persas. Como todo periodo de minoría de edad, en Irán se suceden sublevaciones y conflictos por hacerse con el poder de la regencia, situación que permite a la Sublime Puerta iniciar las campañas en Hungría sin tener que preocuparse por los asuntos de Anatolia. Los inicios del enfrentamiento con los persas, la nueva campaña de Solimán, hay que buscarlos en el ofrecimiento que hace el ambicioso gobernador de la ciudad de Bagdad a Estambul para cambiar su fidelidad del persa al otomano si se le mantiene en su cargo. Este personaje fue mandado asesinar por el sha en 1528, con lo que los safawíes recuperan el control del país, aunque Solimán considera que ha recibido de este rebelde sus derechos sobre la ciudad y sus territorios cercanos. La segunda escusa para declarar la guerra al sha, aprovechando la estabilidad que facilita la tregua firmada en Hungría, la encuentra la Sublime Puerta en 1531. Olame Tekelu, gobernante safawí de Azerbaiyán, se presenta ante Ibrahim para ofrecerle fidelidad al sultán. Poco después, el emir de Bitlis, súbdito de Estambul, cae en desgracia y, ante las órdenes del palacio, se declara vasallo del sha. Ibrahim pide a su nuevo súbdito, el *beylerbey* de Azerbaiyán, que combata al traidor, que en ningún momento pondrá en práctica las órdenes recibidas. Estas dos cuestiones son justifica-

ciones suficientes para declarar la guerra a Persia, y en 1533 Ibrahim Pachá sale al frente de un poderoso ejército para conquistar Bagdad. Después de recuperar Bitlis y Tabriz, Solimán se reúne con su gran visir y se encaminan a conquistar Bagdad. El ejército persa aún no tenía la fortaleza suficiente para oponerse a una poderosa hueste otomana, por lo que cede grandes espacios y ciudades para no entrar en una confrontación en campo abierto, lo que explica que los otomanos se hagan con su objetivo sin entrar en combate en noviembre de 1535. Aunque es una campaña victoriosa, la enorme distancia que se ha tenido que recorrer representa unos enormes costes en material y hombres, el ejército debe trasladarse a Tabriz, al conocer que Tahmasp está en las proximidades de Van, lo que permite a los otomanos conquistar Van y Erzurum,

La campaña de Irak ha representado un enorme éxito, aunque con un coste excesivamente grande, lo que depara las continuas críticas al comportamiento en campaña de Ibrahim Pachá, en especial las que realiza el jefe de finanzas (*defterdar*) Iskender Çelebi. Aunque logra desbancarle de su puesto, los aires comenzaban a ser contrarios a su gran visir en esos años. El último gran servicio que realiza Ibrahim a su señor es lograr un tratado de amistad y colaboración con Francisco I de Francia, gestionado en gran parte por el comandante en jefe de la flota otomana, Hayreddin Barbarroja, otro hombre promocionado personalmente por el gran visir. Desde ese momento un embajador francés residirá de manera permanente en Estambul y se reconocen unas condiciones comerciales privilegiadas a los mercaderes franceses, semejantes a las que disfrutaban los venecianos. La noche del 14 de marzo de 1536, dos meses después del regreso de la guerra, es discretamente ejecutada en sus aposentos con el tradicional cordón de seda. Desconocemos completamente las razones últimas que convencen a Solimán para permitir la muerte de su amigo y gran visir, aunque se puede describir perfectamente el ambiente en que se produce esta decisión. Además de las intrigas de la favorita de Solimán, Hürrem Sultana (la Roselana de los occidentales), el exceso de poder y la enorme riqueza atesorados por Ibrahim despertaban recelos entre los consejeros de la Sublime Puerta. En la campaña contra Persia había tomado decisiones demasiado arriesgadas y costosas, como el intento de ocupar Azerbaiyán, que habían conllevado el cambio de las decisiones y el destino del propio Solimán. Su desaparición cambiará la manera de elegir a los nuevos

grandes visires del reinado hasta la elección de Sokollu Mehmet Pachá, aunque cuando se produce se han creado todos los elementos necesarios para mantener un imperio que se ha extendido enormemente, como muestra que las naves de Hadim Süleyman Pachá partan de Alejandría para encaminarse al mar Rojo, conquisten Adén, se hagan con el control del Yemen y se domine la mayor parte del golfo Pérsico en esos años. No logró en ningún momento hacer sombra a los intereses portugueses en Ormuz y la India, aunque extendió aún más los dominios de la Sublime Puerta, que ahora controlaba lucrativas rutas comerciales.

El nombramiento de Hayreddin Barbarroja como *Kapudan Pachá* es el reconocimiento por parte de Solimán de que la marina otomana tenía que profesionalizarse y hacerse una máquina de guerra más perfecta, lo que supone que entre directamente en el ámbito personal de los intereses de Carlos V. El nuevo almirante comienza a realizar una política muy agresiva en el Mediterráneo occidental, de la que no son ajenas las negociaciones que se están realizando con Francia, ya que se pretende atacar Sicilia, Nápoles e intereses españoles. En 1535, al regreso de una razia por las costas italianas comandando la flota imperial, conquista la ciudad de Túnez, lo que lleva al sultán Hafsí a pedir ayuda al rey de España. Carlos reconquista la ciudad de Túnez y repone al sultán en el trono, aunque deja una guarnición española en un fuerte exterior. Barbarroja se venga atacando Mahón, en Menorca, y regresa a Estambul con casi toda su flota intacta después de haber logrado huir de Túnez. En 1536, instigado por el almirante, se reinicia la guerra contra Venecia; el episodio más importante es el asedio a Corfú, en el que interviene personalmente Solimán, aunque no se logra conquistar la ciudad. Rememorando a Mehmet II, se realizan desembarcos en Bríndisi y Otranto, y se intenta atacar en varias ocasiones castillos de la bahía de Nápoles, además de que el antiguo corsario conquista todas las islas venecianas en el Egeo. El peligro de la Puerta permite que se firme la Liga Santa entre el papa, Venecia y España, que juntan sus flotas para perseguir a la armada del sultán; se encuentran las dos flotas, las mandadas por Hayreddin y por Andrea Doria, en la Preveza en 1538, aunque no se llega a producir una batalla naval por el miedo que se tienen los dos comandantes en jefe. Es una empresa fallida completamente desde el bando cristiano, aunque luego se conquiste la fortaleza de Castilnovo. El dominio de este enclave generará los recelos entre los genoveses y los vene-

cianos, lo que condicionará la política de Venecia con respecto al resto de los príncipes cristianos a los largo del siglo. El comportamiento de Andrea Doria movió a los venecianos a buscar la paz con Solimán, y ceder a Estambul todas las islas conquistadas durante la guerra y dos plazas en el Peloponeso. Barbarroja logra que la Sublime Puerta sea la potencia hegemónica en el Mediterráneo y que se convierta también en un árbitro de la política de la Europa occidental por el acuerdo firmado con Francisco I, monarca que necesita un aliado para zafarse de la excesiva presión a la que le someten los Habsburgo.

En ese mismo año emprende una campaña contra Moldavia por no haber pagado el tributo al sultán, además de por llegar informes a Estambul de que el vaivoda Petru Raress se estaba acercando al bando del archiduque Fernando y a Polonia. La expedición no encuentra ninguna resistencia, por lo que Solimán ocupa todo el sudeste de Moldavia, posesión que resulta estratégicamente muy importante al facilitar la comunicación directa con Crimea.

La siguiente expedición de Kanuni nuevamente se encaminará hacia Hungría, como consecuencia de la muerte de Juan I. Fernando reclama la corona, rememorando el pacto firmado entre los dos reyes húngaros que establecía que a su muerte los territorios del finado pasarían al que quedase vivo. El heredero del finado era un bebé de escasas semanas de vida, por lo que no acepta que pase a un bebé de dos semanas, Juan Segismundo Zapolya, infante que no es reconocido por Fernando. En 1540, el austriaco pone asedio a la ciudad de Buda, aunque lo levanta después de la fuerte resistencia que pone el regente (el obispo Jorge Martinuzzi), por lo que conquista algunas ciudades cercanas. En 1541 vuelve a sitiar la ciudad Fernando, lo que obliga a Solimán a salir con su ejército para restablecer la situación. Al llegar a Buda decide que la Hungría de Juan I pase a depender directamente de la Sublime Puerta hasta que el príncipe sea mayor de edad, la convierte en una provincia más del Imperio y deja una guarnición en su castillo para impedir que la vuelva a intentar asediar Fernando. Esta situación generó el descontento del regente, que se ofreció al bando imperial, por lo que se vuelven a iniciar las hostilidades y los imperiales acercan sus ejércitos a las murallas de la capital de Hungría. Solimán prepara un poderoso ejército y sale con destino a Hungría en la primavera de 1543. Auxilia a la ciudad de Buda, en la que levantará nuevos fuertes exteriores para mejorar sus defensas, y realiza una campaña por Hungría occidental, mediante la que conquista las ciudades

de Pécs, Siklos, etc. En los años siguientes será la guarnición de Buda la que mantenga la guerra contra los imperiales, y logre nuevas conquistas territoriales al noroeste de la capital.

Estos años resultan de una gran peligrosidad para los Habsburgo. Carlos V se ha desentendido de los asuntos de su hermano para realizar una política mediterránea que contente a sus súbditos castellanos. Después del éxito de Túnez, tanto militar como propagandístico, decide ocupar la ciudad del Magreb que más daño hace a los intereses españoles del momento: Argel. Encabeza una empresa mal organizada y que sale demasiado tarde, lo que provoca un fracaso ante el *beylik* otomano. La agresividad española lleva a Francisco I y a Solimán a renovar el tratado de amistad y cooperación, por lo que en 1543 una armada otomana al mando de Barbarroja navega para ayudar a los franceses en su ataque a Villafranca de Niza y a los intereses españoles en el golfo de Génova. La flota otomana inverna en Tolón, pero no se coordinan adecuadamente los dos aliados, por lo que el *Kapudan Pachá* abandona Francia con duras quejas por el comportamiento de los soldados de Francisco I. En 1545 los otomanos y los Habsburgo deseaban la paz para recomponer sus fuerzas y atender a otros frentes militares, por lo que se mandan embajadores a Estambul para alcanzar la paz. Carlos V se sumará al tratado de Fernando, y aunque no logra que se incorpore el cese de las acciones corsarias argelinas en las cláusulas pactadas, consigue la firma de una tregua de cinco años, periodo en el que cesan sus mutuas hostilidades. Solimán se muestra muy duro con Carlos V al no reconocerle el título de emperador, como tampoco que se intitule duque de Atenas y de Neopatria, ya que todas estas dignidades le corresponden a él por sus conquistas y su supremacía sobre sus enemigos. En realidad, la tregua lo que vuelve a establecer es el reconocimiento del tributo que Fernando debe pagar a Solimán, y no fija cláusulas especiales para Carlos, ya que simplemente ratifica el tratado. Solimán no está dispuesto a reconocerlo como un igual, por lo que lo desprecia y lo trata como un simple príncipe más de los francos.

La tranquilidad en Rumelia le permite volver a su viejo enfrentamiento con los persas. La oportunidad elegida en esta ocasión es la revuelta del hermano de Tahmasp, Alkas Mirza, que después de los primeros enfrentamientos se refugia con los otomanos. En la entrada en la guerra también influye la voluntad de la favorita de Solimán, Hürrem Sultana, que desea que su

yerno y nuevo gran visir, desde 1544, Rüstem Pachá, adquiera notoriedad en la Puerta. La razón última por la que Solimán decide volver a comandar su ejército es la conquista de la ciudad de Van por el persa, por lo que en 1548 vuelve a salir del Topkapi al frente de sus tropas. Los otomanos logran una vez más ser dueños de Tabriz, y en junio recuperan Van, y se dedican luego a asegurar la frontera con Georgia con la conquista de algunas plazas en Anatolia oriental. Pasa el invierno en Tabriz, y después de terminar las operaciones de Georgia, sin alcanzar todos los objetivos propuestos, regresa a Estambul a fines de 1549 después de una campaña agotadora, tanto económica como militarmente, sin haber logrado demasiados resultados.

Fernando, en contra de la opinión de Carlos V, sigue obsesionado con la recuperación de Hungría, por lo que, sin respetar la tregua, comienza a realizar razias en su frontera con los otomanos. Vuelve a entrar en negociaciones con el regente Martinuzzi para que le ceda Transilvania, noticias que llegan a Estambul y desencadenan la reacción de la Sublime Puerta. El futuro gran visir Sokollu Mehmet Pachá, en ese momento *beylerbey* de Rumelia, intenta ocupar Transilvania, pero no logra ningún éxito significativo. Al año siguiente la guerra la mantendrá el *beylerbey* de Buda, Ali Pachá, que ataca Hungría occidental, en especial la ciudad de Veszprem. En una campaña conjunta de este gobernador y el segundo visir, Ahmet Pachá, recuperarán parte de Transilvania; la victoria más importante es la ocupación de Temesvar (Timisoara), por lo que se vuelve a convertir en una provincia del Imperio. Siguen la campaña hacia el norte del país, entran en la zona de los Habsburgo, y ponen sitio a la fortaleza de Eger.

La situación se complica para Estambul cuando otros dos frentes se ponen en movimiento. La llegada de un nuevo navegante otomano de gran pericia y talento, Dragut (*Turgut Reis*), al Mediterráneo occidental genera la reacción de Carlos V y de sus virreyes del sur de Italia. Había logrado someter la isla de Djerba, e intentado crear una base corsaria semejante a Argel, y sigue sus conquistas por las costas tunecinas, lo que supone amenazar directamente a todas las costas de los reinos de Nápoles y Sicilia. La flota imperial al mando de Andrea Doria arrebata al navegante turco las ciudades de Monastir y Mahdía (África, según la terminología española de la época). La dificultad de mantener unas ciudades tan alejadas de las bases españoles e italianas provocará que se tome la decisión de abandonarlas después de destruir sus murallas y dañar sus

puertos. El nuevo rey francés, Enrique II, enfrentado también con el emperador, volverá a pedir la colaboración de la flota otomana para oponerse a su enemigo, pero la muerte de Barbarroja unos años antes y la poca fiabilidad de los franceses como aliados, desaconsejan invertir dinero, naves y hombres en esta empresa. De otro lado, la expansión española persiguiendo a Dragut se topa nuevamente con la isla de Djerba, donde la flota de Andrea Doria y los soldados españoles sufren un descalabro que conlleva que se abandonen las aventuras en el norte de África por parte de los imperiales, sin haber sido capaces de matar a Dragut, corsario que comienza a tener tanta fama como Barbarroja. Solimán utilizará su flota para realizar una empresa semejante a la que había protagonizado al principio de su reinado: conquistar la isla de Malta.

El nuevo *Kapudan Pachá*, Sinán Bajá, recibe la orden de atacar Malta y expulsar a los cristianos de la isla, por lo que realiza varios desembarcos y ataques a la isla, aunque son rechazados. El único éxito de esta empresa es la ocupación de la ciudad de Tripol de Berbería (Trípoli) en agosto de 1551, quedaba solo la ciudad de Túnez en Berbería oriental sin estar en manos de Estambul. El enfrentamiento en el Mediterráneo siguió activo hasta la muerte de Carlos V, en 1559, aunque había abdicado en su hijo en 1556. La firma del tratado de Cateau-Cambresis en 1559 entre Felipe II y Enrique II siembra la inquietud en Estambul al pensarse que el rey de España podría iniciar una campaña más agresiva contra la Sublime Puerta, además de tener miedo de haber perdido un aliado que podía facilitar pasar a luchar contra los cristianos en Italia o en la península ibérica. Se conocen los intentos de Carlos V de buscar una alianza con el sha para atacar al mismo tiempo a Solimán, y la neutralidad de Francia suponía que este peligro fuera más acuciante y angustioso. Ante esta situación se decide llevar la guerra al Mediterráneo occidental. La flota otomana ayuda a los jenízaros de Argel en el ataque a Orán de 1556, en 1557 se conquista Bizerta y en 1558 se saquea la ciudadela de Menorca, y se cautivan a casi todos sus habitantes. Este proceso termina en 1560 cuando la flota otomana ataca a la guarnición española en la isla de Djerba, y se produce un nuevo desastre para las armas hispanas, por lo que se genera la frase de que "las Gelbes […] malas son de ganar".

En estos mismos años la frontera con Persia se vuelve a alterar cuando el sha intenta reconquistar Van. Solimán sale al frente de su ejército en 1553 por duodécima ocasión, es la tercera expedición, o campaña augusta, que dirige

en Anatolia. Esta expedición terminará con la firma del tratado de Amasia en 1555, mediante el que se asegura la posesión de todas las conquistas otomanas logradas en esta región desde el reinado de Selim I. Esta empresa, sin embargo, resulta realmente importante por cuestiones referentes a la propia historia interior de la Sublime Puerta. La favorita de Solimán, Hürrem Sultana, intriga, dentro del harén, y por medio del gran visir Rüstem Pachá, para asegurar la sucesión a la cabeza del Imperio de su hijo Selim. El que había sido designado por Solimán era Mustafá, de otra madre, por lo que se urde un supuesto complot organizado por el heredero para acabar con la vida del sultán. Esta intriga llega a oídos de Solimán, que recibe la noticia con enorme disgusto, por lo que manda asesinar a su hijo una vez que la expedición ha partido hacia el este de Anatolia. El destino favorece las ambiciones de Hürrem, ya que otro hijo de Solimán, Cihangir, muere en Alepo unas semanas más tarde. Ya solo quedan dos pretendientes directos: Selim y su hermano carnal Bayecit. Este último, temiendo que será mandado asesinar por su padre, ya que conoce la predilección de su madre por su hermano, se rebela contra el sultán. El visir Sokollu Mehmet Pachá es el encargado de enfrentarse con el sublevado, al que derrota en las cercanías de Konya. Bayaceto, con toda su familia, huye a refugiarse con el sha persa. Al lograr el Imperio otomano y el sha un tratado de paz estable, imprescindible para reorganizar sus Estados, la situación del exiliado se hace cada vez más difícil, y cede el safawí a las presiones y las amenazas del sultán para que muera su descendiente y todos sus hijos. Hürrem ha logrado en poco tiempo la mayor ambición de su vida: convertir a su vástago en príncipe heredero del Imperio a finales de 1561. Solimán, por el contrario, como le ocurrirá a Felipe II con el príncipe don Carlos, quedará muy afectado por las decisiones que ha debido tomar con respecto a sus descendientes, y sufrirá por esta serie de tragedias familiares encadenadas. El único consuelo que logra es que en 1562 alcanza un nuevo tratado con Fernando, por el que el austriaco renuncia a sus pretensiones hacia Transilvania y acepta pagar nuevamente un tributo por sus posesiones en Hungría y Bohemia.

Todos estos movimientos con respecto a la sucesión nos están informando de los cambios profundos que se están produciendo en las maneras de organización del poder en los últimos años de vida de Solimán. Cada vez se retira más a las partes privadas del palacio, el harén, y deja el gobierno de sus Estados en manos de sus visires y altos funcionarios, hombres sobre los que influye el

círculo de poder que rodea a la favorita. Ello genera que la dirección del Imperio recaiga en manos codiciosas y amantes del lucro personal, como es el caso de Rüstem Pachá, el protegido de Hürrem, casado con Mihrimah Sultana, que a su muerte en 1561 era uno de los hombres más ricos del mundo otomano, con 1.700 esclavos, 2.900 caballos, 1.106 camellos, 800 coranes de su propiedad y centenares de posesiones en Rumelia y Anatolia, lo que muestra su extrema avaricia. Todos los enemigos y aliados con los que había convivido Solimán habían fallecido, lo que acrecentaba la sensación de que su tiempo había pasado. La Sublime Puerta era consciente de que el Mediterráneo era un mar controlado por sus escuadras, por lo que en los últimos años de su vida intentará extender este dominio a todas sus costas, además de pedir a los sultanes sa díes de Marruecos que acepten su primogenitura sobre el islam. Desde el otoño de 1564 se empieza a preparar una gran expedición para conquistar la isla de Malta, isla desde la que parten galeras en corso que atacan las posesiones otomanas del norte de África, las islas griegas y las costas dálmatas y albanesas. Una enorme flota transporta a 25.000 soldados, más los militares y las naves que aporta Dragut, bey de Trípoli. Después de varios asaltos, con un gran número de muertes, entre los que se encuentra Turgut Reis, la llegada de una flota española desde Nápoles obliga a levantar el asedio y que la flota otomana regrese a su base estambuliota. El *kapudan Pachá*, Piyali Pachá, al año siguiente enmendó su derrota conquistando la isla de Chio (Quios), la última posesión de Génova en esta zona.

La postrera campaña de Solimán, la número trece, se encamina nuevamente hacia tierras húngaras. En 1564 había muerto el archiduque Fernando, y había heredado el gobierno su hijo, el emperador Maximiliano II. El nuevo príncipe desea mantener sus derechos sobre Transilvania, por lo que aprovecha que una buena parte de los efectivos otomanos se encuentran asediando Malta para reiniciar razias en la frontera con los otomanos, además de negarse a pagar el tributo comprometido por su padre. La guerra era inevitable, con independencia de que el sultán tuviera que esperar la vuelta de la flota y organizar una campaña difícil por la lejanía de estas tierras de Estambul, complejidad que se hace casi insalvable para un hombre de 72 años y enfermo de gota. De todos los preparativos se encarga el nuevo gran visir, Sokollu Mehmet Pachá, hombre que se mantendrá en el cargo 14 años asistiendo al hijo y al nieto de Solimán. Mientras tanto, manda a los gobernadores de la

zona que inicien las hostilidades y entren a conquistar territorios pertenecientes a los austriacos. El 1 de mayo de 1566 sale de Estambul para emprender una vez más la marcha delante de su ejército, aunque hace la mayor parte del camino postrado en una litera. El mismo sultán quiere estar presente en el sitio de la ciudad de Szigetvar, el 8 de agosto de 1566, fortaleza que asedia a lo largo de todo un mes, y que se rinde el 8 de septiembre. Dos días antes fallecía en su tienda Solimán el Magnífico, el Legislador para los otomanos; se mantuvo en secreto su muerte hasta que su hijo Selim pudo entrar en el palacio del Topkapi para asegurarse el trono.

Además de las campañas militares que se han referido en estas páginas y los enormes ejércitos que comandó Solimán, su figura hay que ponderarla en relación con la época en la que gobernó. Como sus antecesores, había ampliado las fronteras de sus dominios en Hungría, Transilvania y Moldavia, sometido nuevas islas en el Egeo y en las costas del Adriático, controlado la mayor parte del golfo Pérsico, conseguido colocar flotas otomanas en el mar Rojo, conquistado buena parte del actual Irak y extendido sus dominios hasta Van en Anatolia. Todo esto lo realizó gobernando en un momento en que también ocupaban el poder príncipes como Francisco I y Enrique II en Francia, Carlos V y el archiduque Fernando en la dinastía de los Habsburgo, Luis II en Hungría, y los sha Ismail y Tahmasp en Persia, por referir exclusivamente las figuras más importantes con las que se alía o se enfrenta. Es una generación de gobernantes realmente brillante, sobre la que destaca la figura de un sultán estambuliota al que todos respetan y temen.

El Imperio otomano se convierte en una potencia que está rigiendo los destinos de la humanidad en estas épocas, y es un referente para la mayor parte de las potencias en ese momento, papel que Solimán conoce y que cultiva por voluntad propia. Su nieto alcanzó la máxima extensión territorial de los dominios de la Sublime Puerta, pero ninguno de los sultanes que le sucedieron logró el brillo y la importancia de Solimán. Se convierte para el resto de la dinastía en la encarnación del "príncipe perfecto", el modelo al que había que imitar en la guerra y en la paz. Evidentemente en su reinado podemos referir los primeros síntomas de recesión del modelo de imperio que preside, como por ejemplo el relativo abandono de sus funciones de gobierno en los últimos años de su vida para refugiarse en las partes privadas del palacio, además de que los ejércitos terrestres y las armadas que parten

de *Kardiga limani* han alcanzado su máximo radio de acción para que sus campañas sean efectivas, que por ejemplo en el Mediterráneo se sitúa en las proximidades de la ciudad de Túnez. No logró incorporar los enormes territorios que aportó su padre a la Sublime Puerta, ya que en la expansión hacia el este de Anatolia el avance de los ejércitos resultaba muy difícil al encontrarse con una geografía hostil y desolada, lo que impedía que los militares se pudieran alimentar sobre el terreno. La efectividad de sus campañas en Europa estaba limitada por el tiempo que se tardaba en llegar a las zonas de conflicto, ya que el invierno impedía que se pudieran continuar los asedios o cruzar los frecuentes ríos que surcan esta región, por lo que había que regresar a Estambul a reorganizar las fuerzas. La organización centralizada del Imperio deparaba este enorme problema, a la vez que cohesionaba unos territorios dispersos por varios mares y océanos, y poblados por innumerables grupos humanos de confesiones religiosas, costumbres e idiomas diferentes. Con todas estas limitaciones, y otras que reseñaremos un poco más adelante, Solimán convirtió a su Imperio en una potencia con la que había que contar a la hora de emprender cualquier acción internacional. Además de ser la cabeza de los musulmanes, por lo menos de los de confesión suní, se convierte en un protagonista más de la alta política europea, apoya a príncipes y financia o promueve sublevaciones. Todo ello con un sentido de la dignidad y de la reputación que le confiere ser un soberano musulmán que se considera heredero de las tradiciones de sus pasados, tanto las que proceden de Bizancio o el islam como las de los conquistadores asiáticos que llevan entrando en Occidente desde hace siglos.

4

El final del apogeo de Estambul

4.1. *De Selim II a Mehmet III (1566-1603)*

Selim II, el hijo de Solimán y Hürrem, accede al trono sin tener que sufrir los temidos interregnos de guerras civiles, ya que las tensiones sucesorias se habían resuelto en los últimos años de la vida de su padre. Sin embargo, para que no se produjeran sublevaciones entre los jenízaros tuvo que dar un elevado presente: 20 ducados adicionales a los 40 que se concedía normalmente, para tener contenta a la tropa. Los otros cuerpos del ejército (sipahis, topcu…) reclaman estipendios semejantes y subidas de sueldo, alegando los enormes sacrificios satisfechos en las incesantes campañas de Solimán, petición que fue atendida en un primer momento para calmar los ánimos, aunque luego se hicieron las consiguientes purgas entre los *aga* y cabecillas del intento de revuelta. Con este hombre, de carácter pacífico y muy perezoso en todo lo relacionado con los asuntos de Estado, se inicia la época de la gobernación de grandes visires de una probada valía, que en algunos casos llegan a constituir sagas familiares que mantiene al Imperio otomano en su cenit. Selim II es considerado por la otomanística más tradicional como uno de los sultanes más incompetentes de la dinastía, aunque es asistido por un gran visir, uno de los más brillantes de la historia otomana, como es Sokollu Mehmet Pachá.

Este hombre era un *kapi kullari* (esclavo de la Puerta), reclutado por medio del *devsirme*, de origen esclavón, de Bosnia, cuyo apellido originario debió de ser Sokolovici. Es reclutado en 1516 y llevado a Edirne para ser instruido como jenízaro, aunque su inteligencia y capacidad, ya que hablaba con fluidez varios idiomas, le hicieron que fuera derivado para que fuera formado como *endurun* (persona que realiza servicios dentro del palacio). Estuvo presente en la batalla de Mohács y en el sitio de Viena, y destacó por su fidelidad al sultán. Ascendió al cargo de comandante de la Guardia Imperial, y lo ejerció de 1543 a 1546. A la muerte de Hayreddin Barbarroja fue ascendido a Kapudan Pachá, entre 1546 a 1551, conquistó la ciudad de Trípoli en el primer asedio a Malta, organizó las atarazanas y perfeccionó los arsenales de la marina otomana. De 1551 a 1555 fue el *beylerbey* de Rumelia, y residió en Sofía, desde donde se acercó a su tierra natal para ver a sus padres, de religión cristiana ortodoxa. Fue uno de los protagonistas principales de las guerras por el control de Hungría con el archiduque Fernando, y en 1553 Solimán le reclamó para que interviniera junto a sus soldados en las guerra contra el sha Tahmaps, donde logró éxitos con sus rumeliotas que impresionaron al Sultán. Fue recompensado por sus servicios con el cargo de tercer visir en 1555, y formó parte del consejo imperial (Diván). En este cargo vivió en primera persona el relevo y muerte del gran visir Ahmet Pachá para ser sustituido por Rüstem Pachá. Uno de los mayores enemigos de Rüstem, el visir Lala Mustafá, logró convencer al tercer hijo de Solimán, Bayaceto, para que se sublevara contra su padre, por lo que Sokollu fue el elegido para mandar al ejército que intentará sofocar esta revuelta. Es el personaje que logra su muerte, y la de todos sus hijos, al entablar unas largas y complicadas negociaciones con el sha persa después de la firma de la paz con la Sublime Puerta. Como segundo visir logró que se le autorizara la restauración de la Iglesia autocéfala serbia, y estableció el patriarcado en la ciudad de Pec en 1557. A la muerte de Rüstem, en 1561, asciende al rango de segundo visir, al ser nombrado gran visir Semiz Ali Pachá. En 1562 entró dentro del reducido grupo de la familia del sultán, como otros visires de esta época, al casarse con la hija del príncipe Selim, Ismihan Sultana, al tiempo que promovía a miembros de su familia de origen, convertidos al islam, a cargos de importancia en la administración del Imperio. En 1565, al morir el gran visir, fue elegido por Solimán para ocupar este cargo, que ejercería

hasta que en 1579 fuera asesinado como consecuencia de una nueva conjura palaciega del harén.

La trayectoria vital del gran visir, resumida aquí en unas pocas líneas, explica que la grandeza de la Sublime Puerta, lograda en la época de Solimán el Magnífico, se mantendrá hasta la muerte de este personaje, lo que nos lleva a encuadrar a todos los sultanes del siglo XVI dentro de la época dorada del Imperio otomano. Las posesiones de la Sublime Puerta seguirán creciendo hasta los primeros años del siglo XVII, aunque a un ritmo menor que en gobiernos anteriores, si bien empiezan a ser muy patentes algunos vicios y malas prácticas en el gobierno que habían comenzado en la época de Kanuni. Por referir exclusivamente uno de ellos, como realizamos anteriormente con Rüstem Pachá, Sokollu llegó a ser uno de los hombres más ricos de la época, su patrimonio se fijó en 1573 en más de 18 millones de ducados, y su sueldo oficial era de 20 ducados al día. Como gran visir recibe regalos y dádivas de los nuevos visires que son promovidos al Diván, los *beylerbey* que nombra para las diferentes provincias y el resto de los cargos que dota, lo que explica que haya pasado a la historia como uno de los grandes mecenas del arte otomano de la época clásica al dejar edificios y diversas construcciones por varias partes del Imperio, desde Estambul hasta su pueblo natal, Sokolovici. El mejor arquitecto de la época, Mimar Sinán, construye para él varios puentes y mezquitas que se encuentran entre los mejores ejemplos del arte otomano.

Al llegar al poder Selim II, sigue abierta la guerra en Hungría, y se suceden las correrías fronterizas, por lo que los ejércitos otomanos asentados en Rumelia atacan objetivos austriacos. Maximiliano manda sus embajadores para acabar con una guerra que deparaba enormes sacrificios económicos, y logra firmar una tregua por ocho años en Edirne en 1568 si paga un tributo anual de 30.000 ducados a Estambul. Los dos conflictos más importantes del reinado de Selim II, una vez acabadas las tensiones en Hungría, son los conflictos en el Yemen y en Basora, además de la política que se llevará en Rusia. En el Yemen se produce la sublevación del imán Zaidí contra los gobernadores otomanos. Cuesta tres años reducirle a la obediencia, que se logra cuando Sokollu decide entrar en negociaciones con él para ofrecerle el título de *beylerbey* de la región, estrategia usada por la Puerta para reducir la resistencia de los grupos tribales de las zonas muy alejadas del centro de poder, como ha estudiado H. Inalcik. El gran visir va a estar detrás de la idea de

crear sistemas de comunicación rápidos para conectar las diferentes partes del Imperio. Además de encargar que se levanten puentes sobre el Drina y otros ríos de los Balcanes, propone construir canales artificiales para facilitar la navegación por ellos para mandar soldados y mercancías a las zonas de conflicto. Por la guerra del Yemen se acrecienta la importancia de la idea de unir el Mediterráneo con el mar Rojo, lo que sería el primer proyecto de crear un canal que terminara en el puerto de Suez, lugar de las atarazanas y los arsenales otomanos en esa época. Con ello se podría poner solución al tiempo que se tarda en llevar a regiones tan lejanas de Estambul, así como poder oponerse a los portugueses que tienen sus bases en Ormuz. De otro lado, y esta era una cuestión que importaba bastante el Estambul, la expansión lusitana había debilitado enormemente el lucrativo comercio de las especias, que ahora casi lo monopolizaban los marinos lisboetas, por lo que este canal supondría devolver al Mediterráneo este antiguo tráfico comercial.

El zar ruso Iván el Terrible ocupa en 1569 la región de Astrakán, se acerca así a los dominios otomanos y altera a un vasallo del sultán, el khan tártaro de Crimea. Sokollu vuelve a plantear la creación de un canal que uniera los ríos Don y Volga para facilitar una vía de comunicación rápida desde el mar Negro hasta el mar Caspio. Con esta obra se aseguraba esta frontera, al mismo tiempo que se facilitaban los posibles enfrentamientos contra los safawíes. Un ejército otomano, apoyado por caballería tártara, inicia esta obra de ingeniería hidráulica, y el jefe de la expedición, Kasim Pachá, intenta poner sitio a la ciudad de Astrakán, acción que es impedida cuando los soldados rusos salen de las murallas, además de que la hueste otomana no estaba preparada para poner sitio a un enclave tan grande. Al mismo tiempo, una flota se desplaza desde Estambul hasta la ciudad de Azov para el abastecimiento de los ejércitos y para apoyar la expedición, naves que fueron destruidas y dispersadas por una tormenta. La construcción del canal fue un fracaso al llegar el invierno y suspenderse completamente los trabajos. Los soldados rusos atacaban a los grupos de trabajadores que excavan el canal, y los dispersan por unas zonas pantanosas e insalubres donde mueren en gran número. En 1570 el zar ruso manda embajadores para volver a la situación anterior y apaciguar las relaciones con los otomanos.

La empresa más importante del reinado de Selim II es una acción en el Mediterráneo, realizada al final de su gobierno. El sultán, en un intento de

emular a sus pasados, pretende conquistar la isla de Chipre. La Puerta seguía en paz con Venecia, que pagaba anualmente el tributo prometido por la tenencia de Chipre. De otro lado, esta isla no tenía demasiada importancia en la comunicación de las diferentes partes del Imperio, y se lograba más beneficio de su tenencia por parte de la señoría que por su dominio directo por Estambul. Fue una empresa promovida directamente por el sultán, y apoyada por dos de sus visires: Müezzinzade Piali Pachá, *kapudan Pachá* de la flota, y Lala Mustafá Pachá, jefe de las tropas que desembarcan para expulsar a los venecianos. Sokollu se opone a realizar esta empresa por miedo a que los católicos se unan para oponerse a la agresiva política de Estambul, como ocurrió en la anterior guerra contra Venecia. La empresa se organizó con una gran abundancia de medios materiales (360 barcos) y humanos (100.000 soldados), y al principio parece que resultará muy sencilla por la poca resistencia que oponen los venecianos, mal dirigidos en los primeros meses, y que los chipriotas no están demasiado contentos con el dominio de los latinos. La revuelta de los moriscos en la Alpujarra granadina es otro motivo que se expone para iniciar la conquista de la isla, al estar Felipe II más preocupado en arreglar este problema interno que en atajar una nueva empresa de conquista de Estambul. Sin embargo, la gran extensión de la isla y la resistencia que ponen Nicosia y Famagusta suponen que la empresa resulte muy costosa para las arcas del sultán, además de que rápidamente se conoce el elevado número de bajas y pérdida de galeras. Famagusta es tomada el primer día de agosto de 1571, habiendo dado tiempo a los cristianos a ponerse de acuerdo para atacar la Sublime Puerta.

Los temores de Sokollu de que la conquista de Chipre crearía un frente común entre los españoles, los venecianos y el papa se confirma rápidamente. El gran visir aconseja al sultán que se olvide de la ocupación de la isla y que mande su flota para ayudar a los moriscos sublevados en las Alpujarras granadinas contra Felipe II, y da órdenes al *beylerbey* de Argel para que destine hombres y armas para su ayuda, recomendación que no es atendida. Pío V logra poner de acuerdo a Venecia y a España, además de a los caballeros de Malta, para unir sus fuerzas con el fin de auxiliar a Chipre y atacar a la poderosa flota del sultán, lo que se conoce como la Liga Santa. Doscientas galeras cristianas, auxiliadas por seis galeazas venecianas, zarpan para ayudar a los sitiados, aunque durante la navegación reciben la noticia de que Chipre ha sido conquistada. Siguen buscando la flota de Müezzinzade Piali Pachá,

al que encuentran al mando de una armada un poco superior en número que le espera en el golfo de Lepanto.

La contienda del 7 de octubre de 1571 la gana el bando cristiano, que destruye la mayor parte de la armada de Estambul, salvo las naves corsarias al mando del *beylerbey* de Argel, Uluç Alí Reis, el Ochalí cervantino, que logran escapar sin haber sufrido ninguna baja. Esta batalla no tendrá resultados territoriales positivos para el vencedor, salvo la conquista de la ciudad de Túnez en 1573, recuperada por los otomanos al año siguiente, aunque fija las posiciones en el Mediterráneo de los dos imperios para el resto de la Edad Moderna. Lepanto pone fin al predominio otomano en el mar, que se había iniciado con la batalla de La Preveza. Venecia firmó rápidamente la paz con Estambul para seguir manteniendo sus privilegios comerciales en Oriente, por lo que reconoce la pérdida de Chipre y aumenta el tributo que satisface al Gran Turco. Sokollu reconstruye la flota del sultán en un solo año, demuestra así a los cristianos las enormes cantidades de recursos del Imperio otomano, aunque no logra romper el optimismo que se desborda en Occidente al generalizarse la idea de que la Sublime Puerta puede ser derrotada y detenida en su avance. Aunque los buques son fácilmente repuestos, como presume el gran visir ante sus interlocutores, lo que resulta más complicado es crear una generación de marinos tan brillante como la que han facilitado los enormes éxitos a la Sublime Puerta hasta esta fecha. Selim II muere poco después de que llegue la noticia a Estambul de que Uluç Alí Reis y Koca Sinán Pachá han conquistado Túnez en 1574, lo que supone que se controle todo el litoral magrebí hasta la ciudad de Orán. En su último año ha renovado la tregua con Austria y ha mantenido estable la frontera con Polonia, aunque el sultán fallece cuando se está preparando una nueva guerra con Venecia.

4.2. *El inicio del sultanato de las mujeres: Murat III (1574-1595)*

Murat III sucede a su padre sin que se produzca ningún altercado, al ser el único hijo mayor de edad que tiene el finado. En principio mantiene a Sokollu como gran visir, aunque la situación cambiará rápidamente al

venir de Manisa con una corte perfectamente formada por una serie de hombres que ambicionan el poder. A este periodo, conformado por este sultán y su hijo, Mehmet III (1595-1603), se le conoce como el "sultanato de las mujeres", dada la importancia que tiene el harén en el gobierno del Imperio otomano. Es una época de gran inestabilidad en el poder, ya que después del asesinato de Sokollu, en 1579, el Diván será presidido por 32 grandes visires diferentes. Estos dos sultanes se desentienden completamente de los asuntos de Estado, y se retiran a sus aposentos privados, por lo que la Sublime Puerta se convierte en un lugar de conjuras, bandos y parcialidades que hace muy difícil mantener una política estable. Ello es especialmente evidente en los últimos años de Sokollu. Sus opiniones son puestas en entredicho, como por ejemplo su negativa a iniciar una guerra en Persia, ya que conocía los escasos resultados de mantener abierto un frente bélico tan alejado de Estambul. Murat III es un juguete de la sultana madre, de su esposa y de los hombres de confianza, por lo que van limitando el poder del gran visir. El grupo en el que se apoyaba el hombre que gobierna el Imperio desde los últimos años de la época de Solimán es desmembrado, y se queda solo ante los nuevos privados del sultán. El secretario de Estado, Feridun, un viejo compañero de Sokollu Mehmet desde el sitio de Szigetvár, fue enviado a Belgrado, lejos de Estambul, y sus amigos más fieles desaparecen, como por ejemplo el *beylerbey* de Chipre, que es linchado en un motín de sus soldados, algunos de sus familiares son también asesinados. Nuevos nombres aparecen en el palacio, por ejemplo Isdendiyar-oglu Shemsi Ahmed Pachá, que había prestado sus servicios a Selim I, Solimán y Selim II. Debe enfrentarse al círculo de poder que se ha conformado en Manisa, encabezado por Kara Üvey Çelebi y por el guía espiritual del nuevo sultán, el derviche Shayk Suca, además de tener que litigar con el jefe de los eunucos blancos, Gazanfer, renegado de origen húngaro, y contrarrestar las influencias de las dos mujeres que tienen mayor ascendencia sobre el gobernante que ocupa la Sublime Puerta, Nur Banu y Safiye. Poco a poco le van cercando sus adversarios, que cuentan con el respaldo del soberano, y este grupo de viejos y nuevos enemigos van desplazando o eliminando físicamente a sus hombres de confianza, con lo que se inicia una serie de intrigas palaciegas que le van poniendo en una situación muy difícil dentro del serrallo.

El 10 de octubre de 1578 es desplazado de la primogenitura del Diván y sus bienes, confiscados, utilizando como pretexto la acusación de estar implicado en la explosión del arsenal de la fortaleza de Buda. Su puesto es asumido por su rival más cercano, Üvey Çelebi, que toma ahora el título de pachá. Un año después, un sicario disfrazado de derviche le asesina al quejarse de la disminución de las rentas de su timar, excusa que no sirve para hacer desaparecer la sospecha de la necesidad de los círculos de poder de la Puerta de eliminar a un personaje peligroso que representaba las maneras de gobierno del pasado.

La política exterior del nuevo sultán, como se ha referido, está presidida por la guerra contra Persia, que se extiende desde 1576 hasta 1590. Los nuevos hombres fuertes del sultán eran partidarios de realizar continuas campañas militares, por lo que aprovechan la inestabilidad que se genera en Persia por la muerte de Tahmasp y la de su hijo Ismaíl II para mandar ejércitos al este, aduciendo que los safawíes están incumpliendo reiteradamente las cláusulas del tratado de Amasia. Murat III es el primer sultán otomano que nunca abandonó la ciudad de Estambul, por lo que cedió la jefatura militar de sus empresas a sus visires, función que siempre había caracterizado a los descendientes de Osmán, lo que es una demostración del nuevo rumbo que tomará la dinastía en el siglo XVII. La guerra contra los persas será realizada por sus dos máximos instigadores, Mustafá Pachá y Osmán Pachá. El verdadero objetivo de esta empresa es la conquista de Georgia y Azerbaiyán, por lo que se reúne en Erzurum un enorme ejército compuesto por jenízaros y sipahis de la Puerta, voluntarios anatólicos y caballería timariota de Erzurum, Diyarbakir, Sivas, Karaman y Alepo. Un rápido ataque en 1578 les lleva hasta Tiflis, logran la sumisión de varias tribus, tanto musulmanas como cristianas, y crean diversas provincias nuevas para administrar sus nuevas conquistas. El resto de los años de la guerra se dedican a consolidar y mantener estas primeras conquistas, levantar fortalezas para vigilar la nueva frontera (Kars y Erivan), crear una red de transporte y abastecimiento para no dejar aisladas a las guarniciones y a los gobernantes que se habían declarado feudatarios de la Sublime Puerta, así como poner en pie una flota que navega por el mar Caspio para comunicar de una manera rápida las diferentes fortalezas.

En 1579 los safawíes contraatacan, y ponen cerco a varias de las ciudades controladas por los otomanos, en especial Tiflis, pero ninguno de estos epi-

sodios tiene éxito al ser auxiliados los turcos por los soldados del kan de Crimea. Los rumores de que se está negociando la paz hacen desistir de reforzar las plazas al nuevo jefe militar de la campaña, Koca Sinán Pachá, que regresa a Estambul en 1582. En ese año los safawíes vuelven a reaccionar y se hacen con Tiflis y Shirvan. La situación del ejército expedicionario parece completamente desesperada, aunque se solventa con la victoria en la batalla de Meshale, por lo que cambia la suerte de la campaña. Es una guerra de desgaste, en la que los soldados deben de padecer periodos de aislamiento y falta de alimentos, situación que es aprovechada por la caballería ligera persa para lograr grandes victorias

Cuando la situación en Persia parecía que estaba controlada, hacia finales de 1583, Osmán Pachá decide reafirmar el dominio otomano sobre Crimea. Su gobernante, Tatar, había eludido los compromisos con el sultán, negándose a mandar a sus soldados a la guerra, por lo que se decide reconquistar este territorio para instalar en él a un personaje más fiable y dúctil. El general victorioso regresa a Estambul a mediados de 1584, es recibido como un héroe y es nombrado gran visir. Al año siguiente murió, después de conquistar Tabriz, en la campaña para hacerse con el control de Azerbaiyán, por lo que el resto de la guerra la comandará Ferhad Pachá. El final del enfrentamiento entre otomanos y persas se produce por el desgaste de los dos contendientes. La inestabilidad política persa termina cuando es proclamado gobernante Abbas I (1587-1629). El nuevo sha quiere finalizar la guerra con la Sublime Puerta para arreglar problemas estrictamente interiores, acabar con las diferentes facciones que se han conformado en el país y, sobre todo, expulsar de sus dominios a los uzbecos turcos, que comienzan a expandirse peligrosamente. Estas razones le llevan en 1590 a firmar una paz y ceder la mayor parte de las conquistas logradas por Osmán y Ferhad Pachá en Georgia, Azerbaiyán y en el Kurdistán. Una paz deshonrosa para el nuevo sha, que, sin embargo, le permitiría acabar con sus enemigos interiores y reorganizar sus fuerzas para iniciar más adelante, al mando de un Estado unificado, la recuperación de lo perdido.

Para conmemorar la victoria, Murat III consagra la iglesia patriarcal de Santa María de Pammacaristos en mezquita, que se conoce desde ese momento como Fetiye camii. Este comportamiento también marca una nueva tendencia en los gobernantes otomanos. El conquistador de Constantinopla,

Fatih Sultan Mehmet, había intentado preservar dentro de su capital los diferentes templos existentes, además de permitir levantar sinagogas a los judíos sefardíes que se refugian bajo su protección. El patriarcado ortodoxo griego se mantiene en sus dominios para mostrar a los europeos que no se desea eliminar a las confesiones religiosas no musulmanas, y se inicia una fase de respeto y tolerancia a los vencidos. La conversión de esta iglesia en mezquita es una demostración de la ruptura de este espíritu, mantenido por Selim I y Solimán el Magnífico, que altera la situación de statu quo que llevaba más de un siglo en vigor. Murat III quiere dejar su impronta como gobernante islámico en la ciudad, recordando la victoria sobre los georgianos, además de emprender grandes obras en La Meca y Medina para presentarse ante los musulmanes como su único soberano. En esos mismos años restaura y agranda los muros donde se conserva la Ka ba en el templo de referencia del islam, lo que no deja de ser una demostración de la utilización de la arquitectura para enseñar la grandeza de la casa de Osmán.

La historiografía turca insiste en el importante papel que juega Murat III en la consolidación del dominio otomano en el norte de África. La colaboración de un gran número de jenízaros y soldados dependientes de Argel en la batalla de Alcazarquivir (1578) le permite considerar este apoyo logístico en una disputa dinástica dentro de la dinastía sa dí como el triunfo definitivo de la preeminencia de la Sublime Puerta en el Magreb. Desde la perspectiva española estos sucesos son analizados exclusivamente dentro del ámbito estrictamente marroquí. El joven rey portugués don Sebastián se embarca, emulando a sus pasados, en una empresa de caracteres mesiánicos de un futuro muy incierto. Los otomanos y los españoles llevaban desde principios del siglo XVI luchando por controlar el litoral magrebí, pero ninguno de ellos se había adentrado en el interior del continente por las dificultades de mantener las conquistas realizadas. Ambas potencias extranjeras eran elementos que acrecentaban la inestabilidad en un espacio de difícil gobierno. En realidad, como ocurre en Alcazarquivir, son instrumentos utilizados por los diferentes pretendientes al sultanato sa dí para adquirir fuerza ante sus rivales. Los otomanos habían intentado conquistar este territorio en varias ocasiones, partiendo siempre de las limitadas fuerzas terrestres asentadas en Argel, pero habían desistido por la hostilidad de la población, la dificultad de las comunicaciones y el papel de árbitro que jugaban las guarniciones españolas asen-

tadas en Orán-Mazalquivir y los otros presidios hispanos en el espacio. El nuevo sultán que gobierna el territorio al morir todos los reyes que litigaron en el vado de Oled El-Makhazen, Ahmad al-Mansur, siguió manteniendo su libertad, sin reconocer la primogenitura del *padisha* de Estambul en el órbita islámica, dada su condición de jerife (*sharif*).

Las negociaciones que inicia Felipe II con Murat III, en los mismos años en los que don Sebastián está preparando el paso al otro lado de Gibraltar, han sido uno de los elementos que siempre ha pesado en la confección de la leyenda negra de los dos países ibéricos. Desde 1576, españoles y otomanos comienzan a entablar negociaciones para alcanzar un armisticio o una paz transitoria, acuerdo que se firmará en 1581. Ambos soberanos eran la encarnación de la defensa armada de los credos religiosos que profesan, por lo que alcanzar un armisticio podía suponer un duro golpe para su prestigio ante el resto de los Estados de sus respectivas confesiones religiosas. Este asunto, la pérdida de la reputación, era especialmente evidente para Felipe II, por lo que todas las negociaciones se realizan de manera secreta por medio de espías y agentes intermedios, que deben guardar el secreto de los pasos dados para lograr tal fin. Además de esta cuestión, el mayor problema de las negociaciones fue alcanzar un acuerdo entre los dos representantes de los imperios más grandes del momento sin que se estableciera la supremacía de uno sobre el otro. Nuevamente estamos refiriendo los cambios que se generan en el mundo Mediterráneo a finales del siglo XVI. Ninguno de los ancestros de Murat III hubiera permitido, sobre todo Solimán el Magnífico, llegar a una "suspensión de armas" en los términos que lo hizo su nieto, ya que estaba completamente convencido de su superioridad, tanto material como espiritual, sobre el adversario. La arrogancia del sultán y del Rey Prudente se aparca para lograr un beneficio inmediato, el fin de la larga guerra en el Mediterráneo, una de las empresas más costosas a las que debe hacer frente cualquier gobernante del momento.

La época de Murat III es especialmente abundante en relaciones de la Sublime Puerta con los países europeos. Después de la desaparición de Sokollu, los contactos con las potencias cristianas serán llevados por los círculos femeninos que controlan al sultán. Nur Banu y su *kira*, Esperanza Malchi, envían continuamente correspondencia a Francia y a los dogos venecianos, en la que, además de cuestiones relacionadas con materias suntuarias propias

de la vida cotidiana del harén, se ventilan asuntos políticos de primera importancia.

Mucho mejor conocidas son las cartas de Safiye, la esposa del sultán, a Isabel I de Inglaterra, que mantendrá esta correspondencia hasta su muerte (1603), ya en el sultanato de Mehmet III. Inglaterra y Holanda, las nuevas potencias comerciales de mediados del siglo XVI, comienzan a considerar el tráfico de productos mediterráneos importante para su desarrollo mercantil. Además de este factor, que se denota también en las relaciones que establece Isabel I con la dinastía sa adí marroquí y la creación de la Barbary Company, Inglaterra estaba buscando aliados políticos para liberarse de la presión a la que les sometía la monarquía hispánica en estas mismas décadas. Hasta ese momento sus mercancías, muy demandadas en Oriente, habían sido transportadas por las naves francesas y venecianas, Estados que mantenían tratados comerciales con la Sublime Puerta. Las peticiones de los hombres de negocios consiguieron que Isabel I creará en 1581 la Levant Company (Compañía de Comercio con Levante), con lo que logró del sultán, aleccionado convenientemente por su esposa, un tratado de comercio en 1580 semejante al firmado con Francia y Venecia. Ello supone que se nombre a un representante diplomático en Estambul que ejercía al mismo tiempo de agente comercial para sus compatriotas, cargo que recae en William Harborne.

El último conflicto exterior de Murat III es la guerra contra el emperador Rodolfo II de Austria, que se inicia en 1593 y culmina en 1606 en la paz de Szitvatorok. En realidad, las tensiones entre turcos e imperiales nunca habían desparecido en el Danubio desde la última contienda armada, concluida en 1568. Los soldados de ambas potencias que habitaban las zonas de contacto no habían cesado de realizar incursiones en los territorios enemigos, y se había generado una inestabilidad constante. De otro lado, tampoco se pueden establecer límites precisos a los dominios de cada uno de los contendientes, por lo que los *akinci* otomanos y los *uscoques* cristianos realizaban continuas razias que elevaban la tensión. Para poner coto a los desmanes de los cristianos, el *beylerbey* de Bosnia, Hasan Pachá, realiza incursiones en Croacia en 1591 y 1592, y sitia repetidamente la ciudad de Sisak. La campaña que realiza contra la ciudad en 1593 se salda con una derrota otomana y la muerte de su comandante en jefe. Los círculos de poder del Diván, esta vez

encabezados por Sinán Pachá, insisten al sultán en que inicie las hostilidades en Austria, y se enfrente al sector encabezado por Ferhad Pachá.

Murat III reúne un consejo extraordinario para analizar el problema, en el que se impone el bando de Sinan Pachá, y se inicia la "Larga Guerra" el 4 de julio de 1593. La negativa de Rodolfo II a renovar el viejo tratado de paz y su colaboración en la derrota de Sisak son la espoleta que supone el inicio del conflicto armado. Nuevamente los ejércitos se tienen que desplazar a las fronteras más lejanas del Imperio, y los soldados deben realizar agotadoras marchas para situarse en unos territorios en los que se puede combatir durante muy poco tiempo por los rigores del clima y la geografía. El enemigo al que se enfrentan tiene una técnica de combate diferente a la empleada por el persa, aunque a la postre también coincide en proponer una guerra de desgaste.

Durante el periodo de paz los Habsburgo habían permitido, a la vez que instigado por medio de ventajas fiscales, el asentamiento de refugiados húngaros, alemanes y de los diferentes pueblos eslavos sometidos por los otomanos a lo largo de la extensa y difusa frontera entre los dos imperios. El aumento de hombres que debían realizar servicios de armas en la zona posibilita ir creando una marca defensiva en la que se reconstruyen y levantan fortalezas, fortines y puestos de vigilancia. Las guarniciones otomanas, sobre todo las asentadas en Bosnia, intentaron controlar estos movimientos enemigos, que también vinieron acompañados de continuas incursiones de saqueo, y se generalizaron los pequeños choques entre las vanguardias de los contendientes. La reacción otomana, además de permitir las expediciones de los *akinci*, es mejorar las defensas de las grandes ciudades que controlan en el territorio (Belgrado, Gran, Buda, etc.), lugares donde concentran recursos humanos y técnicos para poder contrarrestar la activa política de Rodolfo II.

El inicio de las hostilidades de la guerra en Hungría, que acaece en los últimos años de vida del sultán, es completamente desfavorable a los ejércitos de Murat III. Además de sufrir varias derrotas militares, debe hacer frente a un peligro mayor, como es la sublevación de los Estados vasallos de Moldavia, Valaquia y Transilvania. Ello supone que todas las vías de comunicación de esta parte de los dominios otomanos queden cortadas, por lo que se tendrá que defender el control de la vía fluvial del Danubio para asegurar los envíos de tropas y pertrechos a la frontera, tarea que es encomendada a pequeñas barcas de remos de poco calado (*shayka*). Los incidentes de la frontera lleva-

ron al general victorioso de la guerra de Persia, Ferhat Pachá, a negarse a entrar nuevamente en contienda al afirmar que los soldados estaban exhaustos. Sin embargo, el gran visir Koca Sinán Pachá se mostró claramente partidario de emprenderla para eclipsar la fama de su enemigo. La "larga guerra húngara" es una auténtica campaña de desgaste, donde las ciudades fronterizas cambian varias veces de mano en estos años. El gran visir pensaba que realizaría un paseo triunfal, como el que realizó Kanuni, pero rápidamente se da cuenta de que la guerra contra el emperador era mucho más complicada que en épocas pasadas. La superioridad de los jenízaros ya no era tan evidente como en los primeros decenios del siglo XVI al haber cambiado las maneras de realizar la guerra. Koca Sinán Pachá llevó a sus ejércitos hasta Bucarest y Tirgovisste, y fortificó estas ciudades para resistir un futuro ataque de los imperiales. Al año siguiente, una dura ofensiva expulsó a los turcos de Tirgovisste, mató a toda la guarnición, y les hizo retroceder hasta el otro lado del Danubio. Se destruyó en Giurgiu un puente que cruzaba el cauce del río, con lo que quedó aislada una parte del ejército de la Sublime Puerta, que fue aniquilada por los austriacos. La última noticia que recibe el sultán antes de su muerte es la pérdida de la fortaleza de Esztergom en Hungría, por lo que en este frente también se producen pérdidas estratégicas importantes.

4.3. *Mehmet III (1595-1603)*

La llegada al poder de Murat III coincide con un momento de grave crisis militar, económica y social del Imperio otomano. La suerte de los ejércitos de la Sublime Puerta era claramente adversa en la "larga guerra húngara", por lo que se deben tomar medidas rápidas para cambiar el sesgo de la contienda. Sinán Pachá logra convencer al sultán de que encabece una campaña del ejército para cambiar la mentalidad y el ánimo de sus hombres. En primavera de 1596 sale con dirección a la ciudad de Eger, en el norte de Hungría, y se entera en ese momento de que los austriacos han conquistado Hatvan. La ciudad húngara es sometida, cuyo dominio resultaba muy importante para controlar la comunicación entre los austriacos y los principados danubianos, aunque pocos días después son derrotados por los austriacos en la llanura de Mezö-Keresztes. La batalla cambia de sesgo cuando los cristianos se dedican al saqueo

del campamento imperial otomano, el personal de servicio reacciona y anima a la batalla a los jenízaros que huían del campo de batalla; culmina el día en una gran victoria, según los cronistas otomanos.

En los tres últimos años del siglo XVI las escaramuzas y los asedios a las ciudades fronterizas se repiten, y llegan incluso a poner sitio los cristianos a la ciudad de Buda en 1599, aunque deben levantarlo por la llegada de refuerzos otomanos. Los reiterados fracasos del visir Satirji Mehmet en las campañas de 1597 y 1599 supusieron que fuera mandado matar por el sultán. El mayor éxito otomano en estos años es la conquista de Kanizsa por Mehmet Pachá, *beylerbey* de Buda, en 1600, plaza contra la que se estrellaron los soldados austriacos en los años siguientes a intentar recuperarla.

La guerra en los últimos años de vida de Mehmet III se concentra en la ocupación de Transilvania, la recuperación de las ciudades de Pest y Pécs, así como la pretensión de levantar el asedio de Buda, empresas que protagoniza Yemisçi Hasan sin demasiado éxito, lo que también le costará la vida. Su sucesor, Lala Mehmet Pachá, intentó expulsar a los cristianos de estos enclaves, que comprometían el dominio de la antigua capital húngara, desplazándose desde Belgrado al frente de batalla, lo que cambiará el destino y la suerte de la guerra para las armas de la Sublime Puerta, aunque ya en el sultanato de Ahmet I. La "larga guerra húngara" es una contienda de desgaste para los dos adversarios, que luchan en regiones en las que durante el invierno y la primavera es muy difícil moverse por los rigores del clima y el ascenso de los ríos de la región. No existen batallas en campo abierto, sino que son asedios a ciudades donde la artillería es el arma esencial, además de los largos cercos para minar la resistencia de los defensores, por un extenso frente que recorre la línea del Danubio en Austria y Hungría.

El corto sultanato de Mehmet está presidido por una nueva guerra contra Persia, gobernada en estos años por el sha Abbás, que se desarrolla en las proximidades de Tabriz. En 1598 el sha había derrotado a los uzbekos y ocupado Herat, tras un ataque a Tabriz al aprovecharse de que la guarnición otomana estaba persiguiendo a uno de los jefes tribales kurdos que se había pasado de bando. El ejército safawí se encaminó después a Najicheván y Ereván, puso sitio a ambas localidades y las conquistó, lo que suponía un enorme revés para los intereses de Estambul. A la muerte del soberano estaba claro en el Topkapi que era imprescindible organizar una armada para acabar con el pe-

ligro de perder todos los dominios logrados en los años anteriores en esta región, aunque resultaba muy difícil realizar estas empresas al mismo momento que se mantenía el esfuerzo bélico en Austria y Hungría.

Para complicar aún más el balance general de este sultanato, desde 1596 se debe hacer frente a una nueva revuelta en Anatolia. En esta ocasión el detonante del problema fue la decisión del visir Cigalazade Sinán, hombre que había mandado durante varios años la armada otomana en el Mediterráneo, estas son las últimas ocasiones en que la flota del sultán acecha las costas de los reinos de Sicilia y Nápoles. Cigalazade castiga a la caballería ligera que huye en la batalla de Meszö-Keresztes de 1596, lo que es considerado como una afrenta por los timariotas y las otras tropas otomanas. La calidad de muchos de los soldados de la Sublime Puerta se había puesto de manifiesto en la compleja y dura la "larga guerra húngara", donde la falta de provisiones y las duras condiciones climatológicas hacían desistir a muchos de sus combatientes de presentarse en el frente de batalla. Los timarioatas siguen aportando la caballería ligera a las huestes otomanas, aunque su efectividad y su fiabilidad no eran especialmente reconocidas por los mandos militares.

Al regresar a Anatolia, empobrecidos por las largas campañas donde han logrado escasos botines y desposeídos de sus feudos, se van a unir a los rebeldes que ya pululaban por la región, aunque de una importancia muy escasa, como es el caso de Kara Yaziji. La situación se complica cuando el *beylerbey* de Karamania y parte de sus soldados se alían con los descontentos, y se refugian en la ciudad de Urfa. Los ejércitos de la Puerta en la región no son capaces de reducirlos, por lo que se opta por ofrecer al rebelde el cargo de *beylerbey* de una gobernación, lo que solía ser un recurso frecuente para acabar con estas revueltas internas. Aunque acepta el ofrecimiento, tendrá que ser sometido en 1601 por Sokollu Mehmet Pachá en Esbistan. Con la muerte de Kara Yaziji, la revuelta continúa al ser encabezada por el hermano del cabecilla finado, Deli Hasan. El éxito acompañó a los rebeldes al conquistar Tokat, mataron a su gobernador, saquearon Ankara y asediaron Kütahya. Para desactivar esta peligrosa revuelta, se le ofrece al jefe de la misma el título de *beylerbey* de Bosnia, ofrecimiento que es aceptado, y se lleva a la mayor parte de sus combatientes a Rumelia. Muchos de ellos mueren en el intento de recuperación de la ciudad de Pest, en un ataque que se hace en la isla de Csepel, localizada en el Danubio entre Buda y Pest. Anatolia estaba en una

situación muy complicada, se generaba un continuo descontento por las malas cosechas, la subida de impuestos, las injusticias en el reparto del timar y por la corrupción que se va generalizando en la administración de la región, lo que explica el continuo estado de inquietud con el que se viven muchos de los sucesos que ocurren en esta región en los siglos XVI y XVII.

La guerra con Persia y en Hungría, así como la sublevación de los *celalis* en Anatolia, aunque se encaminaban relativamente bien a la muerte de Mehmet III (1603), y terminaron satisfactoriamente para su padre, Murat III, dejarán al descubierto una serie de problemas que lastrarán el futuro del Imperio otomano. El primero de ellos está relacionado con las propias maneras de combate de los ejércitos del sultán. La lucha contra los safawíes se hacía a lomos de caballo, las unidades más abundantes de las huestes turcas, mientras que la guerra contra los europeos se hacía desde trincheras, murallas y terraplenes disparando armas de fuego. El número de soldados de infantería dotados de arcabuces seguía siendo minoritario dentro del ejército de Estambul, lo que establecía una enorme desventaja con respecto a los adversarios. La cantidad de artilleros y de bocas de fuego también era relativamente escasa, dado que había que transportar toda la artillería desde Estambul en cada una de las campañas que se realizaban, por lo que los asedios de fortalezas eran empresas muy difíciles de realizar en un periodo reducido de tiempo por la carencia de este material. Los otomanos habían mantenido un sistema de reclutamiento que se basaba en la aportación del Padisha de sus soldados profesionales, los jenízaros y los sipahi de la Puerta, y la suma de los voluntarios y soldados de caballería procedentes del timar. Este modelo tradicional era válido para luchar contra los persas, pero no respondía a las nuevas realidades técnicas y tácticas de las guerras en Europa, además de que mantener abiertos al mismo tiempo tres frentes bélicos suponía la desaparición de un gran número de soldados profesionales de la Sublime. Los cuerpos de soldados contra los que se enfrentan, muchos de ellos mercenarios perfectamente adiestrados en la guerra moderna, eran superiores sobre el terreno cuando se debía combatir a pie o dominar una ciudad fortificada.

De otra parte, en los confines anatólicos, los jefes de las expediciones deben emprender la tarea de edificar castillos y fuertes para defender unas fronteras demasiado lejanas, por lo que era necesario aumentar el número de soldados profesionales que debían dominar el uso de la arcabucería, arti-

llería y la ingeniería militar. En ambos casos estamos refiriendo guerras de muy larga duración que suponen la defensa de posiciones estables, lo que trae aparejada una sangría continua de hombres y pertrechos. La llegada de los comerciantes ingleses transportando pólvora y armas de fuego solucionaba una parte del problema, el abastecimiento de material estratégico, pero no aliviaba la segunda, la obligación de cambiar en parte la estructura militar de la Sublime Puerta. El gran número de bajas entre los soldados profesionales que se produce en ambas empresas en las estribaciones de los dominios de Estambul hacía mucho más acuciante el problema. El *devsirme* y los tradicionales sistemas de reclutamiento, también en crisis, como referimos con anterioridad, no eran capaces de aliviar la presión que deparaba una guerra de caracteres modernos durante varios años. Para paliar la situación se adoptan medidas desesperadas, como ascender a la categoría de soldados a los niños recién entregados para ser instruidos como futuros jenízaros, que al final pusieron más en evidencia las carencias del ejército, o permitir que se inscriban como jenízaros musulmanes de nacimiento, desvirtuando completamente la institución.

Durante el reinado de Murat III se tomó la decisión de incrementar el número de soldados profesionales pagados con el dinero del Estado, dada la escasa efectividad de la caballería timariota, pero no se recurrió a elegirlos entre los súbditos cristianos, como imponía el sistema tradicional. Las huestes jenízaras comienzan a llenarse de musulmanes de nacimiento, y logran que se les concedan los mismos privilegios que los soldados que provienen del *devsirme*. La disciplina de este cuerpo de ejército, como resulta obvio, se resintió, lo que provocó su pérdida de efectividad y la ruptura del espíritu interior. Según aumentaba el número de bajas se fue incrementando el reclutamiento de musulmanes, lo que tuvo unos efectos directos en todo el sistema financiero de la Sublime Puerta. El Imperio otomano, como el resto de la economía europea, sufre los negativos efectos de la denominada "revolución de los precios" de la década de 1570, atribuida al aumento de la plata y metales preciosos que, provenientes de América, circulan en Europa, y al crecimiento de la población sin que se elevara la producción de las materias primas para alimentarla y aprovisionarla. Este fenómeno, que es general en todo el Occidente, como ponen de manifiesto las repetidas bancarrotas de Felipe II, tiene una consecuencia dramática en el Oriente por las estructuras del poder de los sultanes otomanos.

Este proceso coincide con el esfuerzo de la Sublime Puerta para modernizar e incrementar su ejército, y realizar campañas militares en zonas muy alejadas de los centros de poder otomanos. A la inflación tradicional del mundo turco ahora hay que añadir la generada por el excesivo gasto que deparan las empresas exteriores, por lo que la única solución que tienen los *defterdar* es una depreciación del *akçe*, la moneda de plata más corriente, y el aumento de la presión fiscal sobre la población. El incremento de impuesto y la excesiva carestía de la vida que debía ser pagada con una moneda depreciada conllevan movimientos de población de las zonas agrícolas a las urbanas, lo que descompone el tradicional reparto poblacional del Imperio. Más compleja para el poder fue la carestía de recursos económicos para pagar a la ingente cantidad de personas dependientes directamente del sultán. Los salarios son entregados con demasiado retraso, además de excesivamente mermados, por lo que se generaliza la corrupción en la administración para poder sobrevivir en estas circunstancias tan adversas, corrupción que se enquistará dentro de las maneras de ejercicio del poder a lo largo de décadas. La paga de los jenízaros, que se realizaba en fechas fijas y siempre en moneda de oro de buena ley, se pretende realizar con moneda de plata depreciada, por lo que los cuerpos de élite se rebelan en 1589. Su soldada no les alcanza para satisfacer sus necesidades, además de que la inclusión de un gran número de elementos musulmanes dentro de sus filas había socavado su tradicional fidelidad y abnegación. Este problema se solventa con la entrega de remesas especiales de dinero para impedir que los cuerpos de soldados se conviertan en un poder fáctico dentro de la administración del Imperio, como ocurrirá pocas décadas después. Los jenízaros reiteraban sus peticiones de subsidios extraordinarios y de dádivas en momentos concretos, demandas que son atendidas ante el miedo de su poder. Los sipahi de la Puerta se amotinan en 1592 al no recibir su paga completa, situación que también se arregla con un subsidio extraordinario. Este tipo de problemas se repitieron a lo largo del siglo XVII, lo que motivó que algunas de estas revueltas fueran sofocadas con el uso de las armas, lo que supone que se tengan que enfrentar entre sí los diferentes cuerpos de militares profesiones que son pagados y mantenidos íntegramente por la Sublime Puerta. En cualquier caso, la temible máquina de guerra que eran los ejércitos permanentes del sultán comienza a mostrar síntomas de cambio, tanto en el ejercicio de las formas de la guerra como en su estructura y fidelidad interna, lo que era un problema para un im-

perio que necesitaba contar con soldados perfectamente fieles y entregados a la causa del soberano de la Sublime Puerta, además de que necesita una guerra expansiva, con abundancia de tierras y botines, para recompensar a sus milites.

El otro pilar del ejército otomano, los caballeros timariotas, también sufrió en estos mismos años los efectos de la política monetaria del gobierno central. La muerte de muchos de ellos en los frentes bélicos provocó que un gran número de feudos quedaran vacíos, esas tierras no se asignaron a soldados distinguidos, sino que sirvieron para acrecentar la corrupción entre los círculos cercanos al poder. La subida de los precios y la devaluación de la moneda generaron la ruina de muchos de los señores que regentaban pequeños lotes de tierra. Este proceso, que ya existía a principios del siglo XVI, se fue generalizando y agudizando a finales de la centuria y, sobre todo, a lo largo del siglo XVII, lo que supuso la relativa quiebra del sistema. Ésta se constata también por el aumento de los impuestos que tienen que entregar al poder central, lo que supone, como referíamos con anterioridad, el despoblamiento de las zonas agrícolas de un campesinado empobrecido y asediado por los impuestos, además de que se empiezan a generalizar periodos de malas cosechas en la "pequeña glaciación" que se produce en el siglo XVII.

Estos procesos, aunque algunos de ellos se habían iniciado con anterioridad, muestran claramente sus caracteres durante el sultanato de Murat III, y se vieron agravados por la circulación de doctrinas milenaristas en la mayor parte de las tierras del islam. La extensión de la pobreza entre las clases populares del imperio y que el año 1000 de la Hégira (1591-1592 del calendario cristiano) coincidiera en el sultanato de Murat III fueron un caldo de cultivo ideal para que se produjeran sublevaciones sociales y movimientos religiosos que cuestionan la manera de organizarse la Sublime Puerta. El aumento continuo de la población y las dificultades económicas, así como la falta de tierras para los nuevos pobladores, provocan flujos migratorios a las ciudades y desheredados en el mundo rural (*levendant*), que entraron al servicio de los diferentes sultanes pretendientes al trono con anterioridad a la llegada al poder de Murat III. Muchos de estos musulmanes que estaban fuera del sistema también fueron empleados como soldados voluntarios en las guerras de Persia y Hungría, por lo que adquieren conocimientos militares que les convierten en un potencial peligro interior. La situación de los caballeros timariotas y las tropas que arman con las rentas de sus dominios

(*cebeli*) también resultaban muy preocupantes por los efectos de la inflación, la corrupción del poder central y la excesiva presión fiscal. El descontento de estos últimos se aprecia claramente en su escasa participación en algunas de las batallas en Hungría y la falta de comparecencia de muchos de ellos cuando son llamados por el sultán. Gigalazade Sinán Pachá, otro navegante mediterráneo de origen italiano que llega a ocupar los altos cargos del Estado, castiga severamente esta falta de fidelidad a su señor, lo que provoca el resentimiento de muchas de estas tropas. Estos grupos se unieron y generaron el caos en Asia Menor a los pocos meses de la muerte de Murat III, lo que es una demostración más del complejo legado económico y social que dejó a su hijo y un problema mayúsculo que debe encarar el Imperio otomano en el siglo XVII.

5

El Estado otomano en el siglo XVI

5.1. *Organización del poder y de la sociedad*

A lo largo del siglo XVI (aunque en realidad este apartado se debería empezar utilizando la fecha de la conquista de la ciudad de Constantinopla como referencia, aunque solo sea desde una perspectiva de historia cultural), el Imperio otomano se convierte en una de las unidades políticas más amplias que han existido en la historia del Occidente y del Oriente. Dada su larga duración en el tiempo, va a dar cohesión a un enorme entramado de territorios habitados por grupos humanos que practican credos religiosos muy diferentes, repartidos a lo largo de tres continentes: África (Argelia, Túnez, Libia, Etiopía, la costa de Sudán y Egipto), Asia (Turquía, Irak, Siria, Líbano, Israel, la costa de la península Arábiga del mar Rojo, el norte de Yemen y Adén) y Europa (Hungría, Rumania, Bulgaria, Bosnia-Herzegovina, Croacia, Serbia, Montenegro, Albania, Grecia, Besarabia y Ucrania). En el mar, en especial en el Mediterráneo, estarán obsesionados por controlar la mayor parte de las islas del mismo, lo que justifica los reiterados ataques para hacerse con Rodas, Chipre o Malta, para tener escalas y bases para intentar tener el dominio de la navegación por este espacio a lo largo del quinientos, y ser los

dueños absolutos del mar Negro y del mar Rojo. Desde la Sublime Puerta se gobierna a más de veinte millones de personas, lo que explica los enormes recursos humanos que entran en liza en las campañas de conquista que se emprenden en estas épocas. Para entender este mundo, habitado por turcos, persas, árabes, persas, kurdos, turcomanos, beréberes, coptos, griegos, armenios, eslavos, albaneses, rumanos, húngaros, transilvanos, etc., debemos recurrir a la época en la que el sistema alcanza su máxima perfección, como es el gobierno de Solimán el Magnífico, que para la historiografía otomana recibirá el título de Kanuni, el Legislador, la persona que establece las normas para armonizar este complejo espacio en uno de sus momentos de mayor extensión territorial. La organización del Imperio es un proceso completamente dinámico que se va amoldando al tiempo y a las circunstancias concretas que le toca vivir a cada nuevo sultán, por lo que definir cada uno de los conceptos que se referirán a continuación se realizará siempre en relación con el gobierno de Solimán el Magnífico como el cenit de muchos de los procesos que estamos definiendo, aunque algunos de ellos se fijan con anterioridad y posterioridad.

Para engrandecer a los sucesores de Osmán Gazi la publicística otomana fue reelaborando una serie de mitos con los que justificar las acciones concretas que se emprenden. El mismo título de *gazi* (guerrero de la fe) exclusivamente se puede referir a los soberanos que encabezan sus ejércitos, el mejor ejemplo es el de la misma figura de Solimán, hombre que muere en el propio campo de batalla y que será conocido como mártir. Todos los sultanes tienen este título, con independencia, como ocurre con el nieto de Solimán, de que nunca pisen el campo de batalla. Esta consideración es arrastrada por todos los sultanes hasta la extinción de la dinastía, aunque no se ajusta a la verdad de los acontecimientos, pero se convierte en una de sus señas de identidad con respecto al resto de los gobernantes. A este título antiguo se fueron sumando justificaciones variadas para ejemplificar que la casa de Osmán era una creación divina para gobernar el mundo conocido, tanto el musulmán como el cristiano. Se consideran herederos de los selyuquíes, de los que heredan todos sus títulos, al mismo tiempo que de los bizantinos, a los que les unen vínculos sanguíneos por vía femenina (aunque este vínculo en principio no tiene ninguna importancia ante la herencia sanguínea del progenitor masculino), por lo que también acceden al legado del mundo antiguo, en especial de Alejandro Magno.

Solimán entró en litigios con Carlos V sobre el uso del título de emperador de los romanos, gobernante al que hubiera gustado enfrentarse en batalla, y acusó al Habsburgo de que siempre rehuyera un combate directo. Después del tratado de 1547 con Fernando I, al que se suma Carlos, Solimán considera que el título de emperador le pertenece exclusivamente a él, y considera a Carlos como el simple rey de España. Como se aprecia, según van venciendo, o enfrentando, a nuevos enemigos van incorporando sus títulos a los encabezamientos de su documentación. Después de Selim se incluirá el de *corroes* (señor de los árabes y los persas), aunque el que le identifica plenamente desde el siglo XVI, aunque su uso por la Sublime Puerta es anterior, es el de califa. El sultán es el soberano y cabeza de todos los musulmanes, idea que nuevamente adquiere todos sus caracteres distintivos durante el gobierno de Solimán, por lo que reseñar este periodo es definir el momento del príncipe perfecto, idea que se mantendrá viva hasta la Primera Guerra Mundial. Además de estas tradiciones, que se van perfeccionando según los dominios de la Sublime Puerta son cada vez mayores en tierras musulmanas, no se puede olvidar que los turcos mantienen todos los elementos de legitimación propios, que les entroncan con la dinastía de los oguz, con la cultura de los pueblos de las estepas. Por ella, la dinastía adquiere la categoría de ser un clan sagrado entre el que se elige al soberano. El sistema de sucesión de la Sublime Puerta está asociado invariablemente con esta idea, a la que se añaden luego elementos propiamente islámicos. Todo este esfuerzo de legitimación de la dinastía, que existe desde el siglo XIV, aunque tiene su mayor desarrollo desde la época de Fatih Sultan Mehmet, se tiene que conjugar con la realidad de que la mayor parte de sus súbditos en grandes regiones que controla son mayoritariamente cristianos. El sultán es el *padisha* del islam que gobierna a un gran número de cristianos, hombres que sirven en sus ejércitos y colaboran en la vida del Imperio y que deben satisfacer, como *zimmi*, un impuesto especial (*cizya*) para poder practicar libremente su religión y mantener sus edificios de culto, que se puede interpretar como el reconocimiento de su sumisión a los musulmanes.

Selim, al expandirse esencialmente por tierras gobernadas por musulmanes, cambiará completamente la evolución que había llevado el principado otomano desde sus inicios. Al conquistar los territorios de los mamelucos y enfrentarse a los safawíes se convierte en el dominador de las tierras tradi-

cionales del islam, y se considera el príncipe musulmán por antonomasia. Ello representa que aumente la dignidad como soberano, y se titule "Señor de los Santos Santuarios", además del protector de los peregrinos que allí se dirigen (*hadj*). Esta autoridad aún se refuerza más cuando es reconocido como soberano por el jerife de La Meca. Bajo su gobierno están todas las villas santas del islam (La Meca, Medina y Jerusalén). Incluso la propia ciudad de Estambul se puede considerar como una ciudad santa más de la geografía musulmana cuando se identifica una sepultura encontrada extramuros de Constantinopla con el lugar donde descansan los restos de Abú Ayyub (Eyüp para los otomanos), un compañero del profeta Muhammad que murió en el primer sitio que sometieron los guerreros árabes a la ciudad bizantina. Sobre el lugar se construyó un templo que se convirtió en el principal centro de peregrinación cercano a la capital, y la zona donde se entierran los creyentes para estar cerca de un compañero del profeta. Esta tradición, que hay que situarla a finales del siglo XV, supone que cuando llega al poder un nuevo sultán debe acercarse a la tumba del compañero de Muhammad para reivindicar la relación de la dinastía de los otomanos con la religión que profesan. Solimán se acercaba al sepulcro de Eyüp antes de iniciar sus campañas militares. Su hijo lo convirtió en una costumbre que se mantuvo a lo largo del resto de la dinastía, iba al templo navegando el Cuerno de Oro y regresaba al Topkapi por tierra, entrando por la puerta de Edirne para ir visitando las tumbas de sus antecesores, lo que suponía sacralizar a sus pasados. Solimán aún contribuirá más a vincular la dinastía con el credo religioso que profesa y a divinizar a los diferentes sultanes, comenzando por su misma persona. Al conquistar a los safawíes de Bagdad y los santuarios de Kerbalâ y Nadjaf y, sobre todo, al trasladar a su palacio las reliquias del profeta que encuentra en El Cairo y La Meca, establece un vínculo divino entre la familia de los descendientes de Osmán, la guerra santa y el califato. Ello supone que los otomanos son los elegidos por Dios para gobernar el mundo y, sobre todo, a los musulmanes. Aunque establecer vínculos directos con el profeta resultaba bastante complejo, dado el diferente origen étnico de los pueblos turcos, los apologistas dependientes de la Sublime Puerta lo van logrando paulatinamente, por lo que Estambul se convierte en la representación en el centro del poder islámico, y se identifica plenamente su figura, su capital y todos sus dominios con la religión que profesa el sultán.

La idea de formar parte de una dinastía supone que el mantenimiento de la misma es el elemento esencial que debe realizar el sultán: engendrar hijos varones para que se perpetúe la familia. Todos los varones que engendra el sultán son pretendientes legítimos a la sucesión, y se suele elegir al mayor de los mismos para suceder a su padre, aunque esta regla no se suele cumplir en el caso de los otomanos. Lo que queda claro es que van a disputar el sultanato solo los hijos varones del anterior gobernante, lo que genera a lo largo del siglo XV continuas disputas que ponen en peligro la propia pervivencia del Estado. Para evitar estas crisis, que en alguna ocasión son auténticas guerras civiles, Mehmet II establece la ley del fratricidio para salvaguardar al sultanato de este peligro. La aprobación y puesta en práctica de esta medida generaron una imagen pésima entre el resto de los gobernantes de la época, uno de los elementos en los que se empieza a aumentar la leyenda negra sobre las formas de gobierno de la Sublime Puerta, al mismo tiempo que es una manera de imponer su soberanía sobre sus dominios eliminando cualquier rival que pueda debilitar el ejercicio del poder. La inexistencia de un grupo de poder intermediario, fuera de los esclavos de la Puerta (*kapi kullari*), la consideración de que los sultanes no tienen límites en el ejercicio del sus funciones y prerrogativas, consideración que no se ajusta a la verdad, el *devsirme* y la ley de fratricidio son los principales apoyos en los que se fundamenta la consideración de que el sultán es un déspota, y se generaliza en el siglo XVII la idea del Imperio otomano como la encarnación del despotismo oriental.

Solimán el Magnífico no tiene que practicar el asesinato de sus hermanos y sus hijos al ser el único heredero que aspira al trono a la muerte de Selim, aunque durante su largo mandato manda ejecutar a los dos hijos del sultán Cem, que estaban refugiados entre los caballeros de San Juan de Jerusalén en la isla de Rodas, además de a dos de sus hijos (Mustafá y Bayecit), acusados de promover revueltas y sublevaciones contra el Sultán. Solimán cambiará una regla que existía hasta ese momento con respecto al origen de los sucesores. Hasta la época de Selim se consideraba que una mujer del harén solo podía tener un único varón del sultán, y que no volvía a mantener relaciones con el *padisha* para evitar un nuevo embarazo. La predilección por Hürrem Sultana llevó a que cambiara esta costumbre, ya que tuvo seis vástagos más con ella después de concebir a su primer varón, Mehmet, entre ellos el futuro Selim II. El hacerla ascender del simple papel de esclava a esposa oficial tam-

bién altera el valor de las mujeres dentro de la política de la Puerta, y es el desencadenante del "sultanato de las mujeres", que sufrirán sus descendientes inmediatos. Al tener que criar a otros hijos varones, nunca abandonó el recinto de palacio para acompañar a su descendiente en el gobierno provincial que suelen ocupar para formarse en la administración, por lo que influirá directamente en la política de su marido en los últimos años de su vida.

Su hijo, el futuro Selim II, realizó una política semejante con su concubina favorita, Nur Banu, de la que tuvo varios hijos y nunca abandonó los límites del harén. Imitando a su padre, convierte a su favorita en esposa oficial, y le dota de un gran poder, que siguió ejerciendo hasta su desaparición, al fallecer mucho más tarde que el sultán, y nombra a uno de sus hijos, Murat III, como sucesor. El nieto de Solimán siguió con la misma práctica, e incluso mantuvo una relación monógama con su favorita, Safiye, en la época en la que era el príncipe, que obligó a la sultana madre a aconsejarle que tuviera relaciones sexuales con otras esclavas. Esta situación se mantiene en el sultanato de Ahmet I con su favorita, y también esposa, Kösem, mujer que engendró cuatro hijos varones, de los que llegaron a gobernar dos de ellos: Mustafá I (1617-1618, 1622-1623) y Murat IV (1623-1640), y que ejerció el poder y una influencia directa sobre el gobierno durante todos estos años.

Los príncipes herederos (*sehzade*) serán enviados a las diferentes provincias del Imperio, en especial en Anatolia, para ser formados como gobernantes por un persona que les asesora (*lala*), y les solía acompañar su madre hasta la época de Solimán. En estos destinos se rodean de una serie de servidores que luego resultarán importantes si acceden al sultanato, y al heredero se le destina a la provincia de Manisa, la que está más cerca de Estambul, para que pueda llegar a la sala del trono en el menor tiempo posible a la muerte de su progenitor. Este sistema tiene el problema de que se pueden producir sublevaciones por el miedo a no ser elegido o por la ansiedad de llegar al poder. Por esta razón Selim II y Murat III solo designarán al heredero como gobernador de Manisa, y dejan al resto de su descendencia en palacio. Con Mehmet III este sistema quedará en desuso, y ninguno de los príncipes abandonará Estambul, lo que supone un problema para la formación de los futuros gobernantes otomanos. Al estar perfectamente controlada la descendencia del sultán por los servidores de palacio, la práctica del fratricidio, que nunca había sido demasiado bien aceptada por la población, será cada vez más ineficaz. La muerte

de los diecinueve hermanos de Mehmet III en 1595 provoca las quejas de la población, y es el inicio de la petición de la abolición de la brutal práctica.

En el siglo XVII se mantendrán las muertes que supone la llegada de un nuevo gobernante, aunque en este siglo empiezan a intervenir más factores a la hora de fijar al heredero que los reseñados hasta este momento. La presión de los cada día más abundantes y poderosos jenízaros y las intrigas palaciegas que se generan en el harén para favorecer a los hijos de las diferentes sultanas, así como la fuerza de las diferentes facciones del palacio, condicionan los nombramientos. La llegada a la sala del trono y, ya en el siglo XVI, la peregrinación a Eyüp, la entrega de la espada de Osmán y la visita a las tumbas de los sultanes pasados son las ceremonias tradicionales del cambio de poder que han estado precedidas por la entrega a los jenízaros de una cantidad de dinero (*bakhçiç*) para asegurar su fidelidad. Una vez elegido su nombre, será pronunciado en la plegaria de los viernes en todas las mezquitas del Imperio, se podrá acuñar moneda con su nombre y se comunica a todos los kadis y gobernadores de los dominios del *padisha*. El poder del sultán, aunque limitado por el respeto de las leyes (*sharía*), leyes que son interpretadas por los jueces (*müfti*), elegidos por el gobernante, tiene un carácter casi divino, ya que es el califa y el emir de los creyentes en la tierra, por lo que sus leyes y su firma (*tugra*) son sagradas. El sultán tiene entera libertad para regular las cuestiones que no atañen a la religión y a la *sharía* por medio de leyes (*kanun*) en materias administrativas, financieras, penales o de derecho público. Además, cualquier súbdito puede pedir gracia o reparación de una injusticia entregándole su petición los viernes cuando se dirige a la mezquita de Santa Sofía acompañado de los *alti bölük*.

En la mayor parte de los textos europeos del siglo XVI se describe al Imperio otomano como un mundo de los esclavos, al considerar que el sultán es dueño de todas las tierras y los hombres que habitan en ellas. Dado el origen cristiano de muchos de ellos, en relación con los reclutados por el *devsirme*, se generaliza la idea de que el gobierno de la Puerta lo realizan los renegados, hombres que han cambiado de religión y que proceden de la cultura y el universo mental cristianos. Esta visión de los círculos de poder cercanos al sultán, demasiado simplista y con una clara intencionalidad ideológica, lo que muestra es la importancia que tienen los esclavos en la organización de esta estructura política. Los jóvenes que formarán la base del

sistema militar y administrativo otomano se reclutan esencialmente en los Balcanes, y están exentos del pago de este tributo los musulmanes y los ciudadanos (razón por la que no existen casos de judíos), menos los conversos bosniacos. Este impuesto de sangre es una dura contribución al dominio otomano, aunque en muchos casos entregar a un hijo para el servicio al sultán es una manera de ascenso social en el futuro si el vástago llega a ocupar puestos de importancia dentro de la administración del Imperio. Estos jóvenes, de tres a doce años, son enviados a Estambul, Edirne o Bursa, y allí son convertidos al islam.

En este momento se produce una primera selección entre los infantes, y a los que se consideran menos dotados se les destina a integrarse en las unidades de infantería del sultán, en el cuerpo de jenízaros. Después son vendidos simbólicamente a súbditos turcos anatólicos por una moneda de oro para que los eduquen y cuiden, y trabajen en labores agrícolas y domésticas en Asia Menor, durante siete años. A su regreso, ya perfectamente turquizados por su vida en Anatolia, seguirán realizando trabajos en la capital y recibirán entrenamiento militar específico. Los más dotados intelectualmente y más agradables a la vista serán conducidos al interior del palacio, donde recibirán una esmerada educación como "jóvenes del interior" (*iç aglan* o *endurun*). Entre el grupo de elegidos se seguirán realizando cribas para designar a los que terminarán en la caballería personal del sultán, en los oficios administrativos en el palacio o en los gobiernos provinciales. Durante la época de mayor esplendor del Imperio, la casi totalidad de los grandes visires que gobiernan junto al sultán (42 de los 47 grandes visires entre 1453 y 1623) proceden del *devsirme*. Su proximidad al sultán les permite alcanzar grandes cotas de poder y de riqueza, aunque también les hace ser muy vulnerables a sus decisiones, por lo que muchos de ellos mueren a manos de verdugos con un cordón de seda, situaciones que no tienen que padecer los simples súbditos musulmanes de la Puerta o los que son destinados a oficios militares comunes. Aunque el sistema entró en decadencia en el siglo XVII, y se hizo cada vez más infrecuente el cobro de este impuesto, hasta desaparecer completamente en los primeros años del siglo XVIII, durante el gobierno de Solimán los esclavos (*kul*) permitieron que el Imperio lograra sus máximas cotas de extensión y de poder. Es posible ver el inicio de la decadencia del sistema en la época se Solimán, como ya hemos referido en páginas anteriores, pero en

su gobierno es el momento que debemos definir para fijar el modelo de gobierno y de organización del Imperio otomano. En el siglo XVII se permite que se conviertan en jenízaros a musulmanes, como consecuencia de la falta de reclutamiento y por el excesivo número de militares muertos en las continuas guerras del ejército otomano, por lo que se desvirtúa completamente el carácter de esta institución. Cada día era más necesario contar con soldados de infantería artillada, que era la manera de hacer la guerra en Europa, por lo que el pago del impuesto de sangre no cubría las vacantes que se producían en las batallas de la época de Selim II, Murat III o Mehmet III, e incluso se llega a permitir que el oficio de jenízaro se convierta en hereditario en algunas familias musulmanas anatólicas.

Los ilustrados franceses del siglo XVIII definían las formas de gobierno de la Sublime Puerta como la mejor plasmación del "despotismo oriental", aunque estamos viendo que este extremo hay que ponerlo en entredicho al analizar pormenorizadamente las maneras de su ejercicio. Lo que resulta evidente es que el Imperio otomano es una institución muy centralizada en la figura del gobernante y del lugar donde reside, el palacio de Topkapi cuando está en la capital de sus dominios. Como ocurre en la Edad Media peninsular, la Corte se encuentra donde se halla el soberano, lo que significa que la compleja parafernalia de un mundo cortesano muy ampuloso y complicado suponga una logística y una infraestructura sorprendente. En la época de Solimán, durante los inviernos, suele residir en su palacio de Edirne, dada la proximidad a los Balcanes, para emprender campañas contra los húngaros y austriacos, además de que tiene un clima más benigno que el de Estambul. Después de este gobernante, los distintos sultanes no saldrán en exceso a la cabeza de sus ejércitos, por lo que residirán de manera permanente dentro de los recintos palaciegos. Se fueron refugiando entre los muros que les separan de las ciudades donde se levantan.

Todos los palacios otomanos de la época clásica tienen una estructura bastante semejante, se conforma el modelo desde el momento en que Mehmet II conquista Constantinopla y manda levantar el primer palacio en las cercanías de la actual plaza de Bayecit. Son una serie de patios, donde las dependencias se levantan entre zonas ajardinadas, en los que existe una distinción perfectamente clara entre una parte externa (*birûn*) y una interna (*enderûn*), donde está permitida la entrada a un selecto grupo de personas; la parte más

importante del mismo, además de la más vedada, es el barrio de las mujeres (harén). En Topkapi, en los dos primeros patios se encuentran los servicios necesarios para la comunicación del príncipe con el mundo exterior, desde las cocinas hasta los depósitos de las armas de los jenízaros, enclavado en la antigua iglesia ortodoxa de Santa Irene. La puerta de la Felicidad, o de los Eunucos Blancos, marcaba el límite del mundo exterior para entrar en el *endurun*. Aquí se encuentra la sala de las audiencias, conocida como Puerta de la Felicidad, y detrás de este quiosco de reducidas dimensiones están las dependencias privadas del sultán, compuestas esencialmente por el harén, la única edificación que recuerda a un palacio al estilo occidental. Este es el espacio mayor de todo el conjunto, ya que se extiende a lo largo de jardines y espacios privados por los que solo deambulan pajes, eunucos y mujeres. Esta parte se fue ampliando paulatinamente al aumentar el número de personas que vivían dentro del recinto más íntimo de la Corte desde la época de Hürrem Sultana, y se fue aumentando aún más en el siglo XVII cuando se deja de practicar la ley del fratricidio y la tendencia a mandar a los príncipes herederos a gobernar las provincias anatólicas. A la muerte del sultán, el harén del soberano difunto se traslada al Palacio Viejo de Estambul, y se crea uno nuevo al albedrío del nuevo regente.

En las dependencias privadas se encontraban la cámara grande y la pequeña, donde vivían y se educaban los pajes de servicio directo al sultán, que eran a mediados del siglo XVI cercanos a los dos centenares. Junto a estos aposentos se encuentra la cámara del tesoro, donde se guardan los objetos más valiosos y preciosos de la casa de Osmán. Unos cuarenta de ellos sirven directamente al príncipe en todas sus necesidades, además del que lleva su sable (*silahdar*), el palafrenero (*rikabdar*), ayuda de cámara (*çukadar*), etc., hasta llegar al jefe de la cámara privada (*has odabaçi*). La proximidad a su figura va generando la complicidad con estos personajes, lo que se traduce en una mayor cuota de poder que también tendrá consecuencias en las maneras de gobernación del Imperio al depender de la voluntad del sultán el destino de estas personas. El aprendizaje de este oficio se realiza en el propio palacio del Topkapi, o en el antiguo palacio de Ibrahim Pachá, junto al hipódromo o en el interior del viejo harén; la primera de las escuelas es la más prestigiada de todas ellas. Todos estos jóvenes irán realizando diferentes trabajos en las proximidades del tercer patio del palacio y se convertirán en los

gobernadores, caballeros y regidores de muchos puestos importantes del Imperio, lo que tiene el inconveniente de ser personas formadas en un mundo paralelo a la realidad, lo que también dejará sus huellas en la gobernación imperial. Todos ellos eran controlados por los eunucos blancos, hombres capados originarios de la región del Cáucaso, cuyo número era en época clásica cercano a las cuarenta personas.

En las obras literarias españolas del Siglo de Oro, como es el caso de *La gran sultana* de Miguel de Cervantes, estos individuos se representan con tintes burlescos y cómicos, aunque es un estereotipo que no se ajusta a la veracidad y que muestra la desvirtuada versión del Imperio otomano en el Occidente europeo. El jefe de los mismos, el *kapi agasi* (aga-jefe de la Puerta), es el que decide la promoción y la elección de los empleos de los pajes y los otros sirvientes directos del palacio, lo que supone un enorme poder y capacidad de influencia. Aunque estamos describiendo un espacio íntimo, la parte más reservada del Topkapi, la excesiva centralización del poder de Imperio en los límites del palacio convierte a estos personajes en figuras claves en la gobernanza del Oriente, mucho más que sus homónimos de Occidente. Ello también explica que el harén cada día tenga más presencia en el gobierno, sobre todo desde la época de Hürrem Sultana y del momento del abandono de los diferentes sultanes de sus funciones militares, ya que influyen directamente en el nombramiento de muchos de estos puestos de confianza en el entorno próximo del soberano. Los aposentos dedicados a las mujeres se van ampliando sucesivamente, muestra de la importancia que van adquiriendo, teniendo claro que las esposas, concubinas, hijos menores de edad, pajes y eunucos de los príncipes muertos abandonan el Topkapi para trasladarse al Palacio Viejo. Los sultanes desde mediados del siglo XVI no contraen matrimonios de Estado, como ocurría en los primeros años del Imperio, y tampoco van a desposar a sus hijas con príncipes extranjeros para no cambiar las leyes de sucesión de la casa de Osmán. Desde la época de Bayaceto II estas mujeres serán desposadas con altos dignatarios de la Corte, esclavos directos del sultán que han promocionado por la voluntad del mismo, por lo que se crean sagas de gobierno que están emparentadas de alguna manera con el propio príncipe, lo que supone aumentar la fidelidad de estos hombres a la figura del gobernante, al mismo tiempo que genera un aumento enorme del poder de las esposas y concubinas con hijos.

Aunque la importancia del harén será completamente palpable en los primeros años del siglo XVII, los cimientos de esta evolución se ponen durante el largo gobierno de Solimán el Magnífico. Las féminas que entran en el recinto del gineceo otomano proceden de los botines de guerra o de los regalos de altos dignatarios y soberanos extranjeros. Las cautivas no musulmanas son asignadas a una encargada (*kaya kadin*) para que las convierta al islam y para que las eduque en las maneras imperantes entre los otomanos (música, elocuencia, teatro de marionetas –*karagöz*–, etc.), para convertirlas en seres atractivos para el gobernante. Como ocurre con los hombres, se hacen también diferentes categorías entre estas mujeres, hasta ser nombradas las más bellas e inteligentes de todas ellas (*usta*). Entre ellas elige el sultán a su albedrío, considerándose *gözde* si es una amante ocasional o concubinas (*kasekki* o *kas odalik*-odaliscas). Entre estas últimas, las más favorecidas por el gobernante, se fija la categoría de esposas, condición que suele estar relacionada con haber traído al mundo un hijo varón. La *valide sultan,* la madre del soberano, es la jefa absoluta del harén, la que organiza la vida interna del mismo y la persona que se convertirá en otro elemento más de poder después de Roselana. En los sultanatos de Selim II y Murat III adquirirán un enorme poder, como muestra que Safiye Sultana mantenga correspondencia con Isabel I de Inglaterra y favorezca la entrada de los británicos en el comercio y las relaciones mercantiles del Oriente del Mediterráneo. El orden dentro del harén era vigilado por los eunucos negros, que procedían de África y que habían sido castrados íntegramente, comandados por el *kizlar agasi* (el aga de las mujeres o el aga de la Puerta de la Felicidad), cuyo poder también era enorme al situarse muy cerca del sultán, sus esposas y la madre del dignatario (*valide sultan*). Estos personajes se sitúan en los siglos XVI y XVII en la cúspide del poder de la Sublime Puerta, en una posición un poco inferior a la del gran visir y la de la máxima autoridad religiosa del Imperio (*Çeyk ül-Islam*). El ascenso del eunuco negro, el del interior del harén, sobre el eunuco blanco, el gobernante del tercer patio, lo que muestra es cómo bascula el poder dentro del recinto del palacio. El mundo de las mujeres, el lugar donde cada día se recluye y, en gran medida, se aísla el sultán empieza a tomar la delantera al Consejo Imperial (Diván) y a los patios interiores del Topkapi, lo que indica el lugar donde residen la voluntad y las influencias del soberano otomano.

Referir la vida en el interior del harén fue uno de los entretenimientos predilectos de los escritores occidentales, que fabulaban con baños (Hamman), odaliscas, conjuras, eunucos, sedas y placeres, por lo que el número de textos que se escriben sobre estos aposentos, que cada vez son más complejos y laberínticos, es uno de sus pasatiempos favoritos de los autores occidentales. Reseñar la organización del palacio y de su intrincada vida, tanto en el servicio de sus habitantes como en las estructuras políticas y sociales que se instalan en él, ha generado un gran número de monografías y estudios desde el siglo XVIII hasta la actualidad, y no nos podemos detener en estas páginas ya que llenaríamos todo el espacio para realizar simplemente un bosquejo de su complejo funcionamiento, por lo que reseñaremos exclusivamente sus órganos más importantes.

5.2. *El Diván (Diwan) de la Sublime Puerta*

El consejo formado por los principales responsables de la gobernación del Estado (Diván) se reunía en el segundo patio del palacio, y fue presidido por el sultán hasta 1475, en el mandato de Mehmet II, fecha en la que delega su dirección al gran visir. Como ocurre en otros Estados, como es el caso de la monarquía hispánica, no existen reglamentos que establezcan el funcionamiento de esta institución, por lo que se puede referir una abultada casuística en la dilatada vida del Diván. Lo que se mantiene en el edificio que manda edificar Solimán el Magnífico es la pequeña ventana tapada con un celosía desde la que el soberano podía escuchar las deliberaciones de sus consejeros sin ser visto ni sentido por los mismos. Al final de la reunión, el gran visir, acompañado por varios visires, se presentan ante el soberano para referir las deliberaciones que se han tenido sobre los asuntos tratados y las decisiones adoptadas, y el Sultán puede imponer su voluntad sobre lo discutido. Durante la época de Solimán el Magnífico se reúne cuatro veces a la semana el gran visir con el resto de los visires, que en esta época son cuatro, los jefes de las finanzas imperiales, el canciller, los dos jefes militares, el *beylerbey* de Rumelia si está en Estambul y el almirante en jefe de la armada (*kapudan pachá*, privilegio que le fue otorgado a Hayreddin Barbarroja al concederle el cargo de cuarto visir).

La importancia del Diván es una consecuencia de la excesiva centralización del poder en la figura del soberano y en la propia ciudad y lugar donde

reside. En principio, tenía un carácter de un tribunal de justicia que atendía las peticiones de los súbditos ante problemas concretos, además de tribunal de casación de las sentencias de los jueces locales. Con el paso del tiempo se fue convirtiendo en el órgano que regía el funcionamiento del Imperio al decidir la declaración de paz o la guerra, la dirección de los ejércitos y la estrategia de las campañas militares, los asuntos concernientes a la alta administración del Imperio, manteniendo también la capacidad de dilucidar jurídicamente los pleitos y demandas que son remitidos por los ciudadanos o las autoridades provinciales y locales. En alguna medida, es el órgano que focaliza la vida civil del Imperio, además de los tratos políticos con los súbditos y los enemigos, las relaciones diplomáticas entre Estados y los asuntos de justicia. Por desgracia, las deliberaciones que se producen no se anotan, por lo que carecemos de esta documentación que, sin embargo, es muy abundante para el caso español durante toda la Edad Moderna, lo que genera problemas a la hora de abordar determinadas cuestiones por parte de turcólogos y otomanistas. Conservamos un gran número de sus resoluciones, pero desconocemos las razones que determinan su elección, lo que es un problema para abordar la cotidianidad del funcionamiento de los dominios del sultán. Muchas de las noticias que tenemos proceden de las referencias que se encuentran en las crónicas oficiales de cada sultanato, lo que supone reconstruir la vida de la Sublime Puerta por medio de fuentes que también están siendo visadas y censuradas por las autoridades del palacio. Su importancia dentro de la gobernación lleva a que el Diván sea también un órgano de protocolo, al que se presentan los embajadores extranjeros que se acercan a Estambul para pedir la paz o negociar un tratado de comercio, o se discuten las cláusulas de la etiqueta de la Corte, o incluso es el lugar donde se presentan las cabezas cortados de los rebeldes y los vencidos para certificar la veracidad de lo dicho por generales y gobernadores provinciales.

Además de estas cuestiones, relacionadas con la marcha del Imperio, sigue ejerciendo la función de Corte Suprema en pleitos civiles, lo que muestra que el sultán mantiene la administración de la justicia sobre sus súbditos, una de las funciones que le acreditan como soberano islámico. Como resulta lógico, todas estas funciones son delegadas por parte del sultán a su principal consejero, el gran visir, persona que tiene la absoluta confianza imperial al delegar su soberano en él muchas de las funciones que le corresponden al

príncipe. Según se va produciendo el alejamiento de los asuntos de gobierno por parte del soberano esta figura va adquiriendo cada día más poder; existen sultanatos que se definen más por las decisiones que toman estos personajes que por la acción propia del sultán. Conocemos, por los relatos de emisarios europeos y embajadores, que su ceremonial, muy protocolario y complejo, estaba perfectamente pautado en sus maneras de actuación, aunque no conservamos noticias directas sobre su funcionamiento cotidiano y las funciones que tenía cada uno de sus integrantes. Por desgracia, las deliberaciones del Diván no eran anotadas por el secretario del mismo, como ocurre en el caso de los países europeos.

El número de integrantes del Diván fue aumentando con los años, aunque sus funciones están perfectamente establecidas desde la época del sultán Mehmet II. Hasta el nombramiento de Barbarroja como visir, los miembros fijos del Diván eran los tres visires que gobernaban el Imperio, que se aumentó a cuatro a mediados del siglo XVI cuando accede al consejo este navegante, hasta los siete de la época de Selim II. En los primeros años del siglo XVII subió a once, aunque no todos suelen asistir a las reuniones al estar actuando en misiones fuera de la capital, pero muestra perfectamente la evolución de esta institución, que es también la de la gobernanza del Imperio. El canciller es la persona encargada de fijar en la documentación oficial la firma del sultán (*tugra, niçan, tevki*), que autentifica las disposiciones. La rúbrica del soberano tiene un carácter semisagrado, y es este personaje el único que puede autorizar que se escriba en un documento, lo que muestra la importancia dentro de la administración del Imperio. Además debía controlar los archivos donde se guardan las disposiciones emitidas por el Diván, las órdenes imperiales, y controlar a los escribanos y secretarios que asistían al Consejo.

Los visires eran ayudados por los jueces militares (*kadi asker*) y por jueces civiles, las personas que administran y controlan la hacienda (*defterdar*), que se encargan de decretar las disposiciones financieras, y el canciller, la persona que tiene en su poder el sello del sultán y el que controla que las disposiciones que salen del Diván se ajusten a lo acordado en el consejo. El Diván también elige a los jueces (*kadi*) y los profesores de esta disciplina (*müderris*), que eran nombrados por un periodo limitado de tiempo. Con el paso del tiempo los jueces militares se convierten en verdaderas autoridades religiosas, por lo

que aumenta enormemente su poder, y el *mütfi* de Estambul será llamado *Çeyk ül-islam*, el jefe de los jueces y hombres de religión (*ulemas*), transformándose en la mayor autoridad religiosa del Imperio. El poder de este hombre generará, en algunas ocasiones, problemas con los altos consejeros del sultán, ya que limita sus disposiciones en determinados asuntos y entra en las luchas de poder dentro de la complicada vida de la Sublime Puerta. Aunque era elegido por el sultán, al ser nombrado y ratificado por el Diván, en el ejercicio de sus tareas era completamente independiente, lo que podía producir desavenencias entre las autoridades políticas y religiosas del Imperio.

Sobre este esquema general, que se mantiene estable durante todo el periodo clásico del Imperio otomano, habría que ir añadiendo las excepciones y particularidades que se han ido descubriendo según se estudia el funcionamiento de la Sublime Puerta. El mayor problema que tenemos es que sigue siendo muy difícil fijar quién y cómo se adoptan determinadas decisiones. Cada sultán tiene diferentes maneras de ejercicio del poder, y cada uno de sus gobiernos se debe analizar atendiendo a los grupos de poder que le rodean y las dinámicas internas que existen en los círculos más cercanos a la cabeza del Estado. Al aumentar el número de visires y de personas que están en el centro de poder tomando decisiones, se puede referir una mayor complejidad en la descripción de las órdenes que salen de Estambul. El personal que dependía del Diván fue aumentando progresivamente, según se ampliaban los límites territoriales de la Sublime Puerta y la complejidad de las decisiones que se toman desde el palacio. En el Imperio otomano se aprecia un aumento progresivo de los burócratas para poder controlar todos los territorios y asuntos que se dirigen desde el pequeño edificio del Diván.

Todas las decisiones que toma el Diván serán tramitadas por el canciller (*niçanci*) y los encargados de los asuntos económicos (*defterdar*), personajes que delimitan perfectamente sus funciones en la época de Solimán el Magnífico. En este momento los secretarios que dependen de estos dos personajes aumentan considerablemente, y se diferencian claramente los asuntos civiles de las cuestiones económicas. Luego aparece una tercera categoría de secretarios, relacionados con el tesoro, que controlan las finanzas de las diferentes provincias y anotan los gastos que se realizan desde las cocinas imperiales hasta la fabricación de armadas o los sueldos que se entregan a gobernadores, criados y soldados a lo largo de todo el Imperio. Este modelo de organización también

será copiado en las diferentes provincias del Imperio, aunque con una menor complejidad y abundancia de personal. La complejidad y la diversificación de tareas que hemos reseñado mínimamente en estos párrafos lo que nos está indicando es que el volumen de papel y de personal de control que es necesario para mantener este complejo edificio político-administrativo lo que conlleva es que se generen continuos regestos y cuadernos donde se anota todo. Es por ello que se considera a los otomanos como los verdaderos creadores de la archivística, dada la complejidad y centralización de su compleja y abigarrada burocracia, que seguirá aumentando con el paso de los años.

5.3. *El ejército y la armada otomana en el siglo XVI*

La base esencial de los ejércitos otomanos la constituían dos grupos armados de características completamente diferentes, aunque complementarias en el campo de batalla. De un lado, estaban los grandes contingentes de caballería que proceden de los timar, cuya traducción en castellano se podría hacer como feudos, aunque no es en esencia lo mismo, que tienen la obligación de dotar con los rendimientos que dan estas concesiones de tierras un determinado número de jinetes, además de pagar su sueldo, armas y caballos. De otro lado, está la infantería artillada de los esclavos de la Puerta (*kapi kullari*), como son los jenízaros. Su número de efectivos fue aumentando desde su fundación y eran pagados directamente con los recursos del Estado, por lo que el aumento de sus retribuciones siguió el mismo ritmo que el crecimiento de efectivos. Aunque el imaginario europeo crea la imagen de que las huestes otomanas eran esencialmente estos soldados, en realidad eran una minoría dentro de las fuerzas armadas de la Sublime Puerta. La mayor parte de los efectivos militares son de caballería, aunque los cuerpos mejor equipados y formados son los jenízaros. En la época de Solimán, las unidades (*ocak*) jenízaras se organizaban bajo tres epígrafes diferentes: los *sekban*, la guardia personal del sultán, los que se encuentran bajo el mando directo del jefe militar (*aga*) y el resto de los soldados que proceden del *devsirme*, *yaya* y *cema*. El cuerpo pasa de estar integrado por unos 6.000 efectivos a principios del siglo XVI hasta los 26.000 en el gobierno de Murat II en 1595 y los 36.000 a principios del siglo XVII. Todos ellos se organizan en compañías (*bölük*) que

pagan su propia cocina capitaneadas por un *çorbaci* (el que distribuye la sopa). Todos estos grupos se organizan en cuerpos que son múltiplos de diez, así como los jefes de las compañías de los *yaya* y los *cema*. El jefe de toda esta tropa tiene el título de *aga* de los jenízaros, y depende directamente del sultán. Los tres cuerpos se organizan en un gran número de mandos intermedios, que reciben diferentes nombres dependiendo de la compañía en la que se encuadran, y cuentan con un imán propio, un jenízaro que capitanea una de las compañías del *aga* que tiene formación religiosa. Todos ellos son esclavos directos del sultán, y muestran al gobernante una sumisión y una disciplina absoluta. Hasta mediados del siglo XVI se intenta controlar su número por el elevado coste económico de mantener en pie un ejército profesional y por el excesivo poder que adquieren cundo están acantonados en Estambul en las épocas en las que no existen conflictos bélicos, por lo que se transforman en un elemento más que condiciona la política de la Sublime Puerta.

Estos soldados, además de reconocidos por su fidelidad al sultán, estaban sometidos a un férrea disciplina y durante los primeros años de su historia les estaba prohibido contraer matrimonio. También resulta muy importante que como musulmanes van a seguir mayoritariamente la doctrina de los grupos bektachíes, una escuela religiosa de origen sufí que sigue mayoritariamente varias confesiones derviches. Es un grupo relativamente heterodoxo, pero está controlado por las autoridades políticas y religiosas de la Sublime Puerta, por lo que se acepta perfectamente. En el siglo XVI es un cuerpo de infantería artillado, como lo hemos definido anteriormente. Adoptan, al igual que los tercios, el arcabuz como arma de fuego, e introducen un tipo especial de llave para optimizar su funcionamiento, olvidándose del uso de los arcos, lanzas y hachas que emplearon en el siglo XV. Suelen combatir delante del sultán, organizados en líneas que van disparando sus armas de manera rotatoria. En tiempos de paz, residen mayoritariamente en Estambul, donde protegen el Diván y realizan funciones de control del orden público y en tareas de extinción de incendios, muy frecuentes en la capital del Imperio al ser la mayor parte de las edificaciones de madera. Además mantienen la seguridad en lugares estratégicos, como son algunas de las fortalezas que se alzan en las fronteras más conflictivas del Imperio. A los jenízaros también pertenecen los cuerpos técnicos del ejército de Estambul.

La evolución técnica de la guerra en el siglo XVI y el éxito de la artillería de campaña en la conquista de la ciudad de Constantinopla en la época de

Mehmet II convencen a los sultanes de la necesidad de crear cuerpos de artillería estables. La guerra contra mamelucos, persas y occidentales les ratifica en esta idea, por lo que parte de los *kapi kullari* son destinados a estas unidades. Se crean diferentes cuerpos: el de artilleros (*topçu*), fundidores de cañones (*dökücü*), armeros (*cebeci*), los encargados de las bombardas en los sitios (*kumbaraci*), zapadores (*laghimci*), es Solimán el creador de estas dos últimas unidades. La importancia que adquieren las armas de fuego lleva a que toda la artillería que utiliza el ejército imperial se fabrique en una fundición construida en las riberas del Bósforo (Tophane).

El último de los cuerpos de élite de los *kapi kullari* es el de caballería, compuesto por seis divisiones (*alti bölük*) que proceden mayoritariamente de las escuelas de pajes sitas en Estambul. Son todos cuerpos muy jerárquicos, como consecuencia de su proximidad a la figura del sultán; el más importante es el de *sipahi oglan* (hijos de Sipahi), que cabalgan a su derecha. En el campo de batalla su misión es defender los flancos de las compañías de los jenízaros para que no sean atacados por este lado por los enemigos. Los más ancianos de estos soldados a caballo son elegidos para realizar funciones de ordenanza, y se eligen a unos 300 de ellos para realizar este cometido. En tiempos de paz se dispersan entre las principales ciudades de la Puerta cercanas a Estambul (Edirne y Bursa), donde siguen realizando ejercicios ecuestres para no perder su pericia. Los que quedan en Estambul residen en las cercanías de la mezquita de Solimán el Magnífico. Su número, como el del resto de los jenízaros, fue en aumento con el paso de los años, y de los 2.600 que había en la época de Solimán se pasa a más de 22.000 a principios del siglo XVIII. Los viejos sipahi en época de paz desarrollan funciones dentro de la administración del palacio, o se encargan de recaudar impuestos o de administrar las fundaciones piadosas (*vakf*).

Las fuerzas provinciales del ejército del sultán se encuentran dispersas por todo el Imperio. El grupo más importante numéricamente son las tropas de caballería sipahi. Este grupo se puede dividir en los *timarli sipahi* y los *akinci*. Los primeros proceden de las tropas timariotas, ya que estos feudos se conceden para que su titular contribuya a la defensa del Imperio, además de cobrar una renta en recompensa de los servicios prestados. Estos hombres, acompañados de varios sirvientes, acuden en ayuda de los ejércitos permanentes cuando lo solicita la Puerta, y tienen que hacer frente a los gastos de

equipamiento y de manutención que representa la hueste levantada en su feudo. A finales del siglo XVI la caballería timariota representaba unos 90.000 efectivos, y mantienen el armamento tradicional: arco, lanza, maza y espada. Este grupo de combate recuerda a la caballería con la que combaten los primeros sultanes para realizar sus primeras conquistas, con ataques muy rápidos sobre los enemigos que se combate. Suelen luchar en los meses templados, y residen en sus posesiones durante el invierno, lo que explica los caracteres de muchas de las campañas que realiza Solimán el Magnífico. Cuando la campaña es muy larga, se acuartelan con el resto de la tropa, y se retiran a los timar una parte de ellos para mantener productivos estos territorios.

Como soldados de infantería también hay que referir a los *azab*, musulmanes reclutados en las ciudades que proceden del artesanado urbano, que eran armados y mantenidos por los habitantes de los barrios en los que viven. Este grupo de soldados fue perdiendo importancia paulatinamente y terminarán desapareciendo, según aumentaban los soldados profesionales pagados directamente por el sultán. Los *akinci* son una caballería ligera que procede de los territorios de Rumelia, muy rápida y eficaz, que realiza razias sobre los adversarios con anterioridad de la llegada del grueso del ejército, y se les localiza esencialmente en las zonas fronterizas manteniendo este sistema de combate. En la frontera del Danubio las referidas tensiones entre imperiales, húngaros, polacos y otomanos son protagonizados por este tipo de soldados, que realizan continuas incursiones de pillaje y saqueo, aunque en parte siguen realizando trabajos productivos, como es la agricultura, para mantenerse vitalmente, además de completar sus emolumentos con lo que obtienen con los botines que logran en sus correrías. En alguna manera estamos definiendo a unos corsarios terrestres, a semejanza de lo que hacen muchos navegantes mediterráneos de estas mismas décadas, personas que completan su jornal con los robos que realizan en acciones de guerra completamente legítimas. Viven de los botines que consiguen, por lo que buscan incesantemente nuevos objetivos de ataque y la búsqueda de esclavos y prisioneros para aumentar el botín. Su existencia dentro del ejército del sultán estuvo condicionada al tipo de guerra que se desarrollaba. Es la perpetuación del soldado tradicional de la primera expansión otomana, y tiene sentido en un contexto de guerra de fronteras, en la que existe una tensión permanente entre los adversarios, con independencia de que existiera una declaración de guerra formal. Cuando las fronteras en Europa

se consolidan completamente, como ocurre después de la "larga guerra húngara", su importancia fue decayendo paulatinamente, hasta extinguirse como fuerza de choque en el siglo XVII. Por debajo de estos grupos encontramos a los *gönüllü*, voluntarios que se integran en estos destacamentos que combaten en las fronteras para buscar un botín y lograr integrarse dentro del ejército del sultán. El escalafón más bajo de estas fuerzas provinciales son los cuerpos auxiliares que sirven en las fortalezas del Imperio, y que fabrican armas y otras tareas para mantener en buen estado estos recintos. Estos grupos serán empleados para excavar minas en los asedios de las fortalezas y las ciudades que se desean conquistar, además de ayudar a construir puentes y facilitar el camino por el que debe marchar el ejército cuando se encuentra en campaña.

La ampliación de los territorios que se dominan desde Estambul en los siglos XV y XVI y el continuo estado de guerra en la que se encuentra el Imperio suponen que el ejército otomano esté en continuo estado de alerta. Por lo general, las grandes expediciones se suelen concentrar en los meses templados del año, de marzo a noviembre, pero la excesiva centralización de la administración y todos los recursos de la Puerta en la ciudad de Estambul son un problema añadido para la estrategia militar. Las grandes campañas deben de ser organizadas con una enorme meticulosidad y con bastante anticipación. La salida del ejército en el siglo XVI la suele encabezar el sultán, y la dirección del ejército corresponde al gran visir. Los *tugh*, los estandartes de cola de caballo, son trasladados del primer patio del Topkapi a la ciudad de Estambul a fin de que la población conozca la noticia. Varias semanas después, estos estandartes serán llevados a los campamentos para que el ejército se ponga en movimiento, al de Davut Pachá si la campana es en Rumelia, o a Üsküdar si es en Anatolia. El ejército marcha a lo largo de toda la mañana, y se detiene al mediodía para montar el campamento para pasar la noche; coloca en el centro del campamento la tienda roja del sultán y las de sus servidores más directos. La organización de los campamentos mantiene un estricto orden jerárquico, como todo el Imperio: se sitúan más cerca del centro los visires y los miembros que sirven en el palacio, para aposentarse después de los jenízaros las autoridades provinciales y las tropas provinciales.

El orden de combate consiste en colocar en el centro de la formación a los jenízaros, flanqueados por los artilleros y protegidos por los sipahi. Los primeros ataques los realizan siempre los *akinci*, con el fin de acabar con los

sistemas de abastecimiento y comunicación de los adversarios, y realizan incursiones continuas con el fin de ir deshaciendo las primeras defensas enemigas. Después se suele realizar un ataque general de caballería, el contingente militar más numeroso del ejército, a la que siguen los jenízaros, soldados de infantería, para culminar con la victoria sobre el enemigo. El movimiento del ejército, como las maniobras de ataque, se acompañaba siempre con sones musicales, en especial de percusión, que impresionan a los adversarios y que, como referencia curiosa, influyeron en varias composiciones de Mozart y en la música europea del momento. Esta táctica de combate fue válida en los primeros años del siglo XVI, pero según las maneras de la guerra moderna se fueron imponiendo, sobre todo en Europa, el sistema clásico de combate otomano se mostraba cada vez menos exitoso. La complejidad de la "larga guerra húngara" fue el momento en que se empezaron a mostrar las limitaciones de este modelo, como también ocurre cuando se combate en un territorio muy hostil y alejado de la capital además de al oponerse a la caballería ligera de los safawíes persas. A diferencia de campañas anteriores, los europeos aprendieron que luchar a la manera "antica", por medio de caballería pesada, como hizo Luis II en la segunda batalla de Mohács, era casi un suicidio por la superioridad de efectivos de los soldados del sultán, por lo que se prefiere establecer una guerra estática de posiciones. En Asia, por el contrario, los persas seguirán realizando campañas apoyándose en la efectividad de las huestes de caballería, manteniendo unas maneras que recuerdan más a la guerra de los siglos XIV y XV que a las nuevas maneras bélicas que se producen en Europa en el XVI

Desde la lucha por arrebatar ciudades y fortalezas a los bizantinos en los siglos XIII y XIV, los otomanos se habían especializado en la fabricación de minas para derribar las murallas de los adversarios. Para realizar este trabajo se suele reclutar tanto musulmanes como cristianos, en especial excavadores de las vetas de mineral de los Balcanes, que van horadando paulatinamente los campos vecinos a las ciudades y las fortalezas para hacer derribar las murallas que las defienden. Con estos cuerpos se acababa con la idea de que la mejor manera de resistir el avance de los ejércitos de la Puerta era edificar castillos y fortalezas que detuvieran su marcha. Los jenízaros tenían fama de ser soldados muy valientes, además de excelentes tiradores, por lo que la guerra estática de los sitios y asedios parecía que era la

manera más efectiva de combate contra estos orientales. Ante esta táctica, los otomanos aprendieron a realizar complejas trincheras que iban aumentando el cerco de los lugares sitiados, ayudándose de una abundante artillería que debilitaba las defensas y la moral de los asediados. Se rellenaban los fosos que rodeaban a las plazas fuertes para facilitar el asalto general cuando se estaba lo suficientemente cerca de las murallas, habiendo caído alguno de sus lienzos por el efecto de haber incendiado las minas que los excavadores habían iniciado en el mismo momento que se comienza a fabricar el complejo entramado de trincheras y túneles.

De cualquier manera, el Imperio otomano, después del gobierno de Solimán el Magnífico, tuvo que afrontar el problema de los cambios de las técnicas militares, proceso al que tardó en adaptarse más tiempo del necesario. Ello también es una consecuencia de que estaba realizando la guerra en dos espacios culturales y técnicos completamente diferentes. La frontera oriental seguía siendo el dominio del caballo sobre el infante, mientras que la occidental era la del soldado de infantería frente al de caballería. La composición tradicional del ejército otomano tuvo que variar radicalmente, por lo que la base del reclutamiento de los jinetes por medio del timar empezaba a entrar en decadencia. Cada día era necesario un mayor número de infantes, artilleros y otros cuerpos técnicos que no podían provenir del reclutamiento por medio del *devsirme*, además de que se requería una pericia en el uso de las armas de fuego que no estaba dentro de la cultura militar de los elementos musulmanes del Imperio. La propia batalla de Lepanto es una demostración de la superioridad de los cristianos sobre los otomanos, por lo que se intenta reclutar soldados y marineros (*levent*) que tengan conocimiento en el uso de las armas, además de que la flota de Juan de Austria contaba con una mayor potencia de fuego. La composición del ejército fue cambiando paulatinamente, pero este cambio reportó crisis internas en el propio Estado. Al terminar la "larga guerra húngara" muchos de los soldados que habían combatido en Europa fueron licenciados sin recibir premios por su labor, lo que generó un gran número de descontentos que se unieron con otros personajes que se sentían maltratados por el sistema y con rebeldes de Anatolia (*celalis*), lo que provocó problemas internos durante buena parte los primeros años del siglo XVII. La situación se fue deteriorando paulatinamente a los largo del seiscientos, y se puso claramente en evidencia en la

última década de la centuria, por lo que se tuvo que variar todo el sistema militar descrito hasta este momento.

Después de la conquista de la ciudad de Constantinopla, donde la marina del sultán había sido transportada desde el Bósforo hasta el interior del Cuerno de Oro para limitar las posibilidades defensivas de los bizantinos, los sultanes se dan cuenta de la importancia de contar con una poderosa armada. En el siglo XVI la marina otomana se convierte en la hegemónica durante buena parte de la centuria como consecuencia de que combate bajo un mando único y que resulta necesaria a los intereses directos de la Puerta. Después de la conquista de Siria y Egipto por Selim I era imprescindible contar con un medio de transporte para poder cohesionar unos territorios muy dispersos que se extendían por las riberas de cinco espacios marítimos diferentes. Hasta las primeras guerras contra Venecia la armada se había utilizado exclusivamente para conquistar islas a la Serenísima y evitar los daños que causaban el corso cristiano en los territorios cercanos a Anatolia. La ampliación territorial requiere sistemas de comunicación más rápidos y seguros, además de tener que proteger las rutas de comercio con Alejandría y otras partes del Imperio, imprescindibles para las finanzas de la Puerta y el suministro de la ciudad de Estambul, una de las mayores urbes de esta centuria. El último elemento que influye en que la Puerta se convierta en la potencia hegemónica en el mar es la aparición de una generación de navegantes que comandan las grandes armadas hasta la década de 1580. Un porcentaje bastante importante de estos hombres proceden de la gran escuela de los corsarios islámicos mediterráneos, comenzando por Kemal Reis, aunque la gran revolución técnica y táctica de la marina otomana viene de la mano de Hayreddin Barbarroja, hombre que fue honrado por Solimán el Magnífico cuando le nombra cuarto visir del Diván.

La marina de la Puerta tiene los caracteres típicos de una flota mediterránea, donde el navío predominante es la galera. Este barco (*kardiga* en turco) era un navío plano y estrecho que era propulsado por remeros (galeotes), que se dividían en 25 bancos por costado y que propulsaban los remos, que eran movidos por tres hombres cada uno de ellos; navegaban acompañados de navíos de porte más pequeño, galeotas (*kalite*) y caiques, mientras que el comercio se solía realizar en navíos que son conocidos en las fuentes cristianas como caramazules. En el siglo XVI las galeras incorporan artillería, cañón de crujía, por lo que las batallas navales se realizan tanto combatiendo

costado contra costado con barcos similares como desde la distancia al lanzar proyectiles antes de entrar al abordaje. Para facilitar el abordaje, contaban con un espolón para dañar al adversario en una lucha que recordaba el cuerpo a cuerpo entre infantes, pieza que fue suprimida en la escuadra cristiana que combatió en Lepanto para elevar el ángulo de tiro de la mayor cantidad de piezas artilleras que portaba, una de las razones que explica el éxito de la Liga sobre los otomanos. Los grandes innovadores de las galeras, y el resto de los buques propulsados por la fuerza de los bogadores, son los venecianos, que introducen a mediados del siglo XV el sistema de remo conocido como *scaloccio*, en el que todos los hombres sentados en el mismo banco accionan un solo remo. Ello supone una mayor propulsión del navío, que también contaba con velas latinas para los momentos de viento, aunque supone que se tenga que contar con tripulaciones muy experimentadas y adiestradas.

En la "gran batalla naval", como denomina Cervantes a Lepanto, el elemento que desestabilizó completamente la batalla fue la entrada de las galeazas, galeras comerciales de un tamaño y alzado mayor que eran remolcadas por las galeras de guerra al ser más lentas y difíciles de maniobrar, pero que permiten introducir un mayor número de piezas de artillaría y que también posibilitan situar cañones en los flancos. El éxito de estas naves en el Golfo del Arta convenció a los miembros del Diván de que se fabricara esta tipología de barcos, y desde este momento siempre fueron habituales en las armadas otomanas. El gran problema de las flotas turcas es que nunca fueron capaces de introducir los galeones entre sus formaciones militares, estos navíos son los típicos de las navegaciones atlánticas y que se movían exclusivamente por la fuerza del viento, entre las embarcaciones de sus escuadras. Las flotas cristianas se sirvieron de ellos desde principios de siglo, como muestran los tapices del desembarco de Carlos V en Túnez en 1535, y fueron las embarcaciones contra las que tuvo que luchar Piri Reis, el reconocido cartógrafo, cuando se enfrentó a los portugueses en el Índico y en las cercanías de Ormuz.

La acción de un navegante aislado, en ese momento un hombre sin patria ni señor al que servir, como es el caso de Hayreddin y de su hermano Oruç Barbarroja, supondrá que la monarquía hispánica y el Imperio otomano se enfrenten a lo largo del siglo XVI. La instalación de estos dos corsarios, que se vienen al Occidente mediterráneo huyendo de una posible

represalia del sultán Selim I por haber apoyado a su hermano Kurkut hacia 1515, condicionará toda la vida de este mar. Hasta ese momento el corso era una actividad dominada por los cristianos, como ha estudiado Tenenti, que asola las tierras del Magreb. Estos navegantes introducen en la práctica del robo con patente la acción de naves en corso organizadas en escuadras compuestas por varias galeotas y fragatas que se atreven a realizar ataques a las grandes galeras cristianas, al tener barcos muy rápidos y con un elevado número de bocas de fuego para el pequeño tamaño de sus cubiertas. El perdón de Selim a Barbarroja y la entrega de sus conquistas en Berbería central (Argel) a la Sublime Puerta suponen que el Imperio otomano y la monarquía se conviertan en enemigos al pretender expandirse por el mismo territorio. Estos corsarios lo que hacen es llevar la guerra marítima a un espacio que no era posible ser atacado con éxito con las flotas oficiales que parten desde Estambul o desde los puertos peninsulares, por lo que la guerra del corso supone amenazar, que no conquistar, al enemigo desde sus propias aguas. El modelo será repetido por el bando cristiano al regalar la isla de Malta a los caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén expulsados de la isla de Rodas por Solimán el Magnífico. Además de la importancia que adquiere este tipo de navegantes para la estrategia de impedir que los cristianos occidentales se inmiscuyan en las acciones otomanas en la frontera del Danubio, el Magreb, como las islas griegas, fue la gran escuela de los navegantes otomanos, además de ser el lugar de donde vienen algunas de las innovaciones técnicas y tácticas de los europeos a los otomanos por el aporte de conocimientos que conllevan los cristianos que reniegan de su religión para integrarse como súbditos en el Imperio otomano. Gracias a ellos se traspasaron las técnicas de construir y enseñar a navegar buques de vela cuadrada en las escuadras militares turcas.

En los últimos años nuestro conocimiento sobre la marina otomana ha experimentado una gran revolución al conocer perfectamente los lugares donde se fabrican las naves, e incluso contar con minuciosos estudios sobre la figura de su capitán general (*kaptan-darye, Kapudan Pachá*), y las posesiones que regenta en el *beylik* del Archipiélago, con capital en Gallipoli. La capacidad económica y humana de la Puerta explica que la construcción naval de Estambul mantuviera un ritmo y una capacidad que obligaban a que un gran número de repúblicas cristianas se tuvieran que unir para poder opo-

nerse a las fuerzas marítimas del sultán. El tamaño de los dominios otomanos facilita que desde sus provincias se pueda abastecer de todas las materias primas necesarias para botar navíos, sin tener que recurrir a compras de productos fuera de sus límites, lo que representa una ventaja sobre sus adversarios cristianos. Además de arsenales en Esmirna, Gallipoli, Basora y Suez, Estambul concentra, como en la mayor parte de las cosas que tienen que ver con el poder central, la mayor parte de la construcción naval. El Cuerno de Oro es el gran centro de atarazanas, el lugar donde llega la madera del Ponto y los Balcanes, las telas de Egipto o la clavazón de Bulgaria. Sin embargo, Argel, la ciudad que se identifica con la gran república mercantil-corsaria otomana en el Occidente mediterráneo, depende del aporte externo, en especial cristiano, por medio del comercio lícito e ilícito, para poder fabricar sus naves.

Pero todas estas cuestiones son tangenciales sin reparar en el elemento más importante de la marina otomana del siglo XVI. La excepcional calidad de varios de los grandes almirantes otomanos de este siglo XVI (Turgut Reis-Dragut, Kiliç Ali Pachá o Uluç Ali –el Ochali cervantino–) supuso su hegemonía durante varios decenios. Ello es especialmente evidente en el periodo de tiempo que va desde la batalla de la Preveza hasta la de Lepanto; se estabilizaron las posiciones después de esta batalla entre los dos contendientes, con lo que quedaba solo la conquista de la isla de Candía (Creta), que se realizará a mediados del siglo XVII. Los grandes nombres de los comandantes otomanos se relacionan, de alguna manera, con el ejercicio del corso, por lo menos en la época más exitosa de la expansión marítima turca. También existen muchos comandantes en jefe que proceden de los círculos interiores del palacio, hombres sin conocimientos previos de cuestiones marítimas que eran asesorados por navegantes experimentados y formados en la guerra de corso. Además de las grandes expediciones de la marina imperial otomana, la "bajada del turco", según la terminología de la documentación cristiana, en la que participaba un elevado número de naves, también existían pequeñas flotillas dependientes de capitanes de gobernaciones marítimas para impedir los ataques corsarios cristianos a las posesiones que gobiernan. Todos estos hombres lograron que la flota mediterránea turca tuviera una gran importancia, asumiendo todos los modelos de combate que se utilizaron en estas décadas. Como ocurre en otras cuestiones, el Imperio otomano tuvo problemas en adoptarse a las nuevas técnicas de combate vigentes a mediados

del siglo XVII, época en que las embarcaciones de la Europa del norte se adentran y comienzan a dominar este mar. Aunque son capaces de fabricar este tipo de embarcaciones, la flota del sultán siempre tuvo el problema de encontrar tripulaciones apropiadas y bien preparadas para manejar este tipo de naves. Los últimos grandes progresos de la armada otomana en el Mediterráneo los realiza Cigalazade a principios del siglo XVII, y el último gran éxito en la guerra de expansión es la conquista de Creta en 1669, aunque la flota necesitaba en este momento modernizarse para rivalizar con las potencias europeas.

5.4. *Estambul, cabeza y centro del Imperio*

Para los europeos de los siglos de la Edad Moderna mencionar la palabra "Estambul" (aunque en la documentación occidental se mantiene durante decenios la denominación de la ciudad de la época bizantina y siempre se refieren a ella como "Constantinopla") es identificar esta urbe con la Sublime Puerta. En gran medida, los propios sultanes, comenzando por su conquistador, Fatih Sultan Mehmet, convierten la urbe bizantina en la propia representación de su Imperio. Además de situar en ella el palacio, el lugar donde vive el sucesor de Osmán Gazi, que es el centro absoluto del poder, se dedicarán con auténtico empeño a ennoblecerla y mantener su prestigio. Durante décadas había sido deseada por los otomanos, que habían intentado conquistarla en varias ocasiones, y cuando la tienen, después de permitir durante tres días su saqueo, comenzarán a levantarla de la decadencia en la que se encontraba desde la Cuarta Cruzada. Evidentemente, se transforma en una ciudad musulmana, convirtiendo buena parte de las iglesias bizantinas, comenzando por Santa Sofía, en mezquitas, pero se intenta preservar mucho de los caracteres distintivos de la antigua urbe cristiana y pagana. Al mismo tiempo se desea que sea un crisol de los diferentes dominios que tiene el sultán, por lo que se permite, e incluso se alienta, que sigan habitándola griegos, armenios, latinos y judíos, ordenando los barrios en los que moran, además de arreglar las antiguas murallas que la defendieron durante siglos. Realizando un símil, es una miniatura de la diversidad de los dominios de la Puerta, una imagen en un espejo que se extiende por sus calles y los cursos de agua que la rodean

y la comunican con el exterior. Cuando Selim logra hacerse con el título de sultán, y desde que este gobernante y su hijo trasladen las reliquias del profeta Muhammad al recinto del palacio, es uno de los lugares más sagrados del islam, la cabeza de la iglesia ortodoxa, al mantener a su patriarca en el barrio del Fanar, y el lugar donde moran un gran número de judíos de diversas procedencias, representados por el gran rabino. Evidentemente, según se van levantando mezquitas con sus altos minaretes, que van aumentando en su número hasta los primeros años del siglo XVII, parece que con sus afiladas puntas de lápiz están escribiendo en el cielo el triunfo de los musulmanes sobre sus enemigos. Las enormes riquezas que genera la exitosa expansión de los otomanos permiten que una parte de este dinero se dedique a construir edificios magníficos y convocar a los intelectuales más importantes del momento para que engrandezcan la dinastía y la religión que practican. Los viajeros occidentales regresan del Levante y cuentan las maravillas que han visto, por lo que la fama de la ciudad sigue manteniéndose después de su posesión por estos orientales. La actividad comercial y el trabajo en los arsenales les admira, además de que en el Occidente la construcción de navíos en sus astilleros era la mayor preocupación que se tenía sobre la política del sultán para intentar evitar un futuro ataque al otro lado del Mediterráneo.

Además de llenarla de mezquitas, medersas, fuentes, puentes y obeliscos, los sultanes desean que su población se acreciente en número, lo que es un verdadero reto logístico, al mismo tiempo que se convierte en un centro de poder político, militar, económico y administrativo. En realidad Estambul son tres ciudades al mismo tiempo. La antigua ciudad griega, que se asienta entre el Mármara y el Cuerno de Oro, donde residen el sultán y sus servidores, sobre la que se edifican nuevos palacios; el más importante se sitúa en la colina donde se fundó Bizancio. Al otro lado del Cuerno de Oro, se extiende Gálata, el recinto donde residen los cristianos. Una antigua fundación genovesa que se incorpora a la ciudad, aunque manteniendo sus caracteres distintivos. Como en siglos medievales, es el gran centro de comercio, que ahora es reforzado al construirse al lado de sus murallas los arsenales de Kasim Pachá y las fundiciones de los cañones del Tophane. Está habitada esencialmente por cristianos, tanto genoveses como venecianos, ingleses, franceses u holandeses. Es el lugar de los *frank*,

de los francos, donde existen tabernas y una fuerte actividad industrial y comercial. Al otro lado de sus murallas se irán construyendo jardines y zonas de recreo que son edificadas por los altos dignatarios de la Puerta. Enfrente de estas dos aglomeraciones, ya en Asia, está Üsküdur, el final de las caravanas que vienen de Persia, Anatolia o Armenia, por lo que, además de los palacios del sultán y las casas de los persas, armenios y turcos se encuentran en *han* y en caravasares para que descansen los mercaderes y sus bestias de carga, que han transportado las ricas mercaderías de la Arabia Pétrea, la antigua ruta de la seda o la lejana Samarcanda.

Como ya hemos referido con anterioridad, al edificar el palacio, el centro de poder absoluto del Imperio, entre sus murallas, la ciudad se transforma en la imagen misma del Imperio otomano, idea que irá perviviendo con los siglos hasta que el propio Napoleón la consideraba el lugar donde podía localizarse el "Imperio del mundo". La obra más emblemática, a la vez que misteriosa, que se escribe en castellano en el siglo XVI, *Viaje de Turquía*, identifica la ciudad con la Sublime Puerta, el otro gran Imperio que domina una buena parte del mundo conocido por los europeos. En los alrededores del Topkapi se concentran los círculos del poder, las residencias de los visires y el lugar donde mora el gran visir, que desde mediados del siglo XVII se encuentra en Sirkeci, y da nueva vida a la gran explanada del hipódromo con los jenízaros, las grandes mezquitas donde reza los viernes el sultán y las tumbas de varios de los sultanes de estos años. En el resto de la urbe se desarrolla una activa vida comercial, comenzando por los bazares, de los que el más importante es *Bedestan*, en torno a los que se edifican caravasares y *han*, donde se acumulan productos y mercancías que vienen de todas las partes del Imperio y del mundo conocido. Los diferentes barrios de la ciudad se van especializando en otras actividades, como la industria en Yedi Kule, Eyup y en las zonas cercanas al Cuerno de Oro.

Dentro de la antigua Constantinopla, los enormes espacios vacíos son edificados con nuevas casas de madera e imponentes mezquitas de la época imperial, además de crear jardines y arboledas, por lo que crean un entramado urbano que impresiona a los visitantes occidentales que se acercan a Estambul. Gálata, la ciudad de los europeos, es un espacio abigarrado de casas en calles empinadas, mientras que Üsküdar y la antigua Constanti-

nopla alternan palacios, edificios religiosos, barrios y frondosos jardines. Las casas de particulares y las tiendas son edificios construidos en madera que mantienen la tradición anterior, por lo que es frecuente que se produzcan vaporosos incendios que acaban con zonas concretas de la urbe. Aunque se dictan rápidamente normas para poder prevenir estas contingencias, resultan especialmente peligrosos cuando se producen estos sucesos en días secos con fuerte viento. En contraste con este modo de edificación se levantan en los siglos XVI y XVII las grandes mezquitas de la ciudad, todas promovidas por sultanes o por miembros de la familia reinante (Bayecit, Shezade, Süleymaniya, Haseki, Mirrimao o la Eski Valide de Üsküdar), mientras que los visires hacen lo propio mandando construir fuentes ornamentales o pequeños complejos de mezquitas (Rustem Pachá, Sokollu Mehmet Pachá o Kiliç Ali Pachá, por citar exclusivamente los complejos que son construidos por grandes visires utilizando al arquitecto más importante de la época, Mimar Sinan). Una antigua ciudad cristiana que a finales del siglo XVII cuenta con más de 5.000 edificios religiosos islámicos, lo que muestra la importancia que se da en erigir edificios hermosos para recordar a sus mecenas.

Con estas premisas, Estambul experimenta un continuo crecimiento de población. Cuando es conquistada por Mehmet II debía contar con unos 100.000 habitantes, que se multiplican por dos a finales de esa centuria y siguen creciendo a lo largo del siglo XVI y XVIII hasta llegar a las 700.000 o 800.000 personas al final del seiscientos. Estamos refiriéndonos a la ciudad más grande del mundo durante los dos primeros siglos de la Edad Moderna, lo que hay que interpretarlo como una manifestación más de la magnificencia con que los sultanes encaran la organización de sus posesiones. La población mayoritaria era, como es lógico, población de origen turco, aunque también hay griegos, armenios, judíos, árabes, albaneses, serbios, moldavos, valacos, persas, además de francos de los diferentes reinos de la Europa no sometida por la Puerta. Los diferentes sultanes contribuyen a este aumento de población obligando a grupos humanos de las zonas conquistadas a residir en la capital, y estableciéndolos en barrios o en localidades cercanas a las murallas. En la ciudad se practican las religiones de todos estos grupos humanos, por lo que se permite construir iglesias católicas en Pera y Gálata, sinagogas en las proximidades

del Cuerno de Oro, donde residen las diferentes confesiones judías, se mantienen algunas iglesias bizantinas ortodoxas para que asistan al culto los griegos, así como templos armenios cerca de Kum Kapi. Los barrios de la ciudad se organizan según la confesión religiosa de sus habitantes, y en el centro de los mismos se levanta el lugar de culto. De los 277 distritos de la ciudad a mediados del siglo XVII, 253 eran de musulmanes, y el resto eran poblados por las otras confesiones religiosas de los súbditos de la Puerta. El Diván reserva la sesión de los miércoles para atender los asuntos de la ciudad, ya que el gran visir es el encargado de ejercer de máxima autoridad de la misma, aunque delega estas obligaciones en un visir de rango elevado (*kaymakan*), que es el verdadero responsable de la administración de la urbe.

Además de los frecuentes incendios, la ciudad tiene el problema de no contar con un curso de agua dulce en sus límites, por lo que será necesario realizar una activa política para dotar de este recurso a sus habitantes. Los bizantinos habían solucionado este problema por medio de acueductos y cisternas, y los otomanos recurrirán a canalizar los dos grandes lagos en el bosque de Belgrado, que canalizarán hacia fuentes que se distribuyen por toda la ciudad, y que en el primer tercio del siglo XVI eran más de 2.000. Además de este recurso, la higiene de los habitantes se realiza en los baños turcos (*hammam*) que se construyen también en los diferentes barrios, además de las fuentes dedicadas a las abluciones que se levantan en las mezquitas y oratorios. Resulta imposible reducir en unas pocas líneas lo que representa el dominio otomano sobre una urbe que se levanta en un lugar privilegiado, que puede ser abastecida de alimentos por mar y por tierra, con un puerto natural que permite la entrada de navíos de gran envergadura y un enclave fácil de defender al ser restauradas sus milenarias murallas. Los poetas otomanos se refieren a la ciudad como el "sitio de la felicidad", lo que muestra el espacio que logran restaurar y ennoblecer en la arruinada ciudad de Constantinopla.

Parte III

Decadencia del Imperio

6

El largo siglo XVII

6.1. *¿Decadencia o agotamiento del Imperio?*

A semejanza de lo que ocurre en el otro gran imperio mediterráneo de la Edad Moderna, la monarquía hispánica, la Sublime Puerta sufre a lo largo del siglo XVII un dilatado periodo de recesión, según algunos autores, o de decadencia, sobre todo si se compara este periodo histórico con el magnífico siglo XVI. Hasta este momento hemos definido a un Estado que se ha expansionado de manera rápida por tres continentes y que, en gran medida, ha adquirido sus máximas áreas de influencia con la tecnología militar y los recursos técnicos que posee. Además de esta cuestión, en este decenio comienzan a aparecer nuevas potencias que basan su poder en nuevos sistemas comerciales y económicos, diferentes a los que están en boga en el quinientos, por lo que las características de la política cambian con respecto al momento anterior. Aunque las propias crónicas cristianas hablan desde principios del siglo XVII del Imperio otomano como un edificio político decadente y degradado, estas consideraciones hay que matizarlas enormemente. Si bien nos encontramos ante una centuria de gobernantes mediocres y de gran inestabilidad en la sede central del poder, existen una serie de visires y hombres de Estado que lucharán por mantener en pie, e incluso ampliar, este edificio político, como son Mehmet Köprülü, Fazil Ahmet Pachá o Fazil Mustafá Pachá.

El cambio más evidente es la propia relación de los sultanes con el resto de los príncipes a los que se enfrentan o son sus aliados. Durante el gobierno de Solimán el halo de autoridad que mantiene el gobernante con respecto a sus homónimos cristianos y musulmanes irá desapareciendo paulatinamente. Ello resulta especialmente claro en los tratos con el emperador Carlos V, personaje al que el sultán tiende a considerar como el simple gobernante de España, y no reconoce la majestad con la que se inviste y se crea en torno a su figura. La victoria de Lepanto, aunque sin ninguna trascendencia territorial en el enfrentamiento entre los dos imperios y con Venecia, sin embargo resulta imprescindible para entender el cambio de percepción de los otomanos en Occidente. Ya no son la potencia imparable que ha hecho desaparecer dinastías y anexionado territorios en Europa y África, un poder militar al que era imposible ponerle coto. Ahora es un contendiente más en el complejo mundo europeo del momento, que además tiene un frente bélico en el Cáucaso y en Oriente que está desangrando sus reservas de hombres y de dinero. El enfrentamiento con Rodolfo II en la frontera de Hungría aún muestra más este cambio en el ejercicio de poder de la Puerta. Una guerra de desgaste, combatiendo por el control de castillos en una contienda de posiciones, un conflicto de desgaste de los contendientes, que se dilata en el tiempo y que muestra claramente las deficiencias de los sistemas otomanos. Estambul tiene que hacer frente al mismo tiempo a la acción de los soldados persas en las lejanas tierras de Georgia y Azerbaiyán, que combaten a lomos de caballo, donde las piezas de artillería que tan penosamente trasladan los *topcu* tienen una importancia muy relativa. Pero aún más peligroso que estos enemigos exteriores que combaten en las fronteras de Asia Menor y Rumelia, son las sublevaciones interiores que se producen en Siria y en Anatolia, que muestran claramente las tensiones internas y un cierto agotamiento del modelo de Estado que se intenta imponer desde Estambul.

En los primeros años de la nueva centuria se aprecia claramente que muchas de las decisiones importantes para la gobernanza de la Puerta no se toman en el Diván, si no que vienen de los aposentos femeninos del harén. El mundo secreto de las mujeres toma posesiones, pone y depone visires, crea alianzas de influencia por medio de matrimonios y permite que se ge-

neren grupos clientelares que condicionan abiertamente los nombramientos y las decisiones de la política interior y exterior. El fin de la guerra expansiva, con el inicio de contiendas armadas que representan enormes sangrías de dinero y de hombres, las crisis financieras que afectan al campesinado anatólico, el nacimiento de nuevas potencias económicas que hacen variar las rutas comerciales y los centros financieros tradicionales del siglo XVI generan que los abundantes capitales con los que se contaba en la época clásica dejen de llegar a las calles de Estambul, lo que lega su huella en la propia urbe al no construirse las imponentes mezquitas del quinientos. El estamento militar profesional, descontento por la situación por la que atraviesa la Sublime, se convierte, aún más si cabe, en un nuevo poder fáctico con el que hay que contar en la elección de los sultanes. En 1622 uno de los sucesores de Osmán será desposeído de su cargo y ejecutado, lo que muestra el cambio radical de la situación política de estos momentos.

Durante buena parte de esta centuria no se busca entre los servidores de palacio a los mejores para llevar los asuntos de gobierno, y más bien se recurre a poner en los altos cargos de la administración a los fieles de los diferentes grupos de poder que conviven dentro del harén y en los distintos patios del Topkapi. El creciente caos será combatido por un gran visir que gobierna según los principios imperantes en la época de Selim y Solimán, Mehmet Köprülü, hombre al que no le acompaña la suerte en el campo de batalla al pretender abarcar zonas demasiado alejadas de Estambul, además de que los occidentales le llevan la delantera en las tácticas de guerra, como se muestra en el fracaso del segundo asedio de la ciudad de Viena en 1683. En el norte la Puerta también sufrirá derrotas muy claras contra un nuevo enemigo que condicionará la política del Imperio otomano hasta su extinción en el siglo XX, como es Rusia, que en estos años arrebata a los otomanos la mayor parte de Ucrania y de la península de Crimea.

Dentro de las estructuras interiores de los territorios gobernados por Estambul también se aprecian elementos que permiten fijar el concepto de decadencia, entendido como pérdida del control directo, en las partes más externas de los dominios del sultán. La carencia de gobernantes que tengan una visión de Estado posibilita que las partes externas comiencen a llevar una vida casi independiente de Estambul, y se creen dinastías autónomas que reconocen grosso modo la supremacía del sultán, pero que

llevan una vida completamente independiente de sus designios y de sus maneras de organización. Esta carencia también supone que la crisis económica y los movimientos religiosos afecten a grandes grupos de la sociedad, por lo que se producen abundantes sublevaciones, incluso en la propia capital, lo que muestra la debilidad del poder. Los países europeos se aprovecharán de esta situación para arrebatar de las manos turcas la mayor parte del comercio y los recursos económicos, lo que supondrá que se acreciente aún más la crisis política y económica que padecen los súbditos del sultán. El palacio aísla a sus moradores, que viven dentro de su burbuja de tradición y lujo, lo que también genera descontento, se generaliza entre los súbditos y posibilita la aparición de movimiento religiosos muy peligrosos para la centralidad de la organización del poder de los sultanes.

Los otomanos habían asombrado al Occidente durante décadas por sus progresos militares, económicos e, incluso, políticos y sociales. Este proceso desaparece radicalmente en el largo siglo XVII otomano, que ve cómo se van quedando desfasados muchos de los pilares en los que se basa el edificio del Estado, comenzando por los propios soldados que realizan la guerra y los medios materiales con los que la emprenden. Mientras que, en el otro lado del Mediterráneo, la monarquía hispánica también está sufriendo un proceso de recesión, sin embargo, se genera un Siglo de Oro cultural y artístico que no tiene semejanza en Levante. Los otomanos repiten invariablemente los modelos y las formas instauradas en el siglo XVI, en una especie de imitación de la época más gloriosa que ha vivido la civilización de los otomanos. Ese concepto de superioridad, que llega a formular que los gobiernos de Selim y de Solimán son la perfección del ejercicio del poder y de la creación de los modelos sociales turcos, no es la solución a los graves problemas que se están generando en el Topkapi. Se crea un proceso circular que impide el propio desarrollo de la sociedad, y donde los elementos religiosos comienzan a tener más importancia de la que habían manifestado en momentos anteriores. El fijismo en las formas y las maneras del ejercicio del poder y la falta de innovaciones para abordar problemas nuevos, además de la baja calidad de buena parte de los sultanes, son un panorama realmente desolador que describiremos en las páginas que siguen.

6.2. *Los procesos de descentralización de las provincias*

El primer sultán del siglo XVII, Ahmet I (1603-1617), hereda los dos conflictos exteriores de su padre: la guerra en Hungría y el enfrentamiento con los soldados safawíes del Sha Abbas I. En el frente europeo la situación era realmente complicada, ya que la contienda se extendía por Bosnia, Moldavia y Transilvania, lo que supone que los ejércitos de la Puerta tengan que enfrentarse a los enemigos en un amplísimo frente en una guerra de desgaste que va socavando la moral de la tropa y los recursos económicos del Imperio. La derrota de los soldados jenízaros en la frontera de Hungría se había materializado en los primeros años del nuevo siglo, por lo que la estabilidad de la Puerta estaba en una situación realmente complicada. El cambio de bando del príncipe de Transilvania, Bockskay, enemistado con el soberano Habsburgo, representa un gran alivio en esta situación, bastante desesperada y dramática, al equilibrar la contienda en varios frentes, al aparecer nuevos enemigos para las huestes de Rodolfo II. El mantenimiento de esta larga contienda, repleta de escaramuzas y duelos por recuperar fortalezas y plazas fuertes, agota económicamente a los dos contendientes, por lo que los dos buscan firmar un armisticio para acabar con la sangría que representa mantener esta guerra, además de poder atender a otros frentes y a los problemas internos que se han generado como consecuencia de las elevadas muertes de soldados y el descontento en Anatolia. Ahmet I firma el fin de la guerra con Rodolfo II y el archiduque Matías, la paz de Svitvartorok el 1 de noviembre de 1606, la primera paz que representa una pérdida para los intereses de la Puerta.

Hasta ese momento todos los tratados con los cristianos habían partido del principio de la sumisión de los príncipes por sus apetencias a las tierras fronterizas, mientras que en este tratado el emperador deja de pagar el tributo anual que entregaba a Estambul desde mediados del siglo XVI, lo que supone una cesión que los sultanes anteriores nunca se hubieran permitido. Por esta cesión logra que se respeten las fronteras anteriores al inicio de la "larga guerra húngara", lo que sí se puede considerar un éxito en alguno de los frentes de la extensa contienda. Rompiendo la tradición inaugurada por Mehmet II, Rodolfo II logra la igualdad en los tratos diplomáticos, y los nuevos embajadores no tienen que soportar los desplantes y las amenazas que tuvieron

que padecer Busbecq o Schapper, por referir célebres emisarios imperiales ante sultanes anteriores, o los Margliani, en el caso español, además de acabar con la consideración de que los príncipes europeos eran inferiores en potestad y nobleza a los gobernantes de Levante. La dignidad de que hacía gala Solimán el Magnífico desaparece completamente con el cambio de siglo y no se volverá a recuperar en las relaciones entre Oriente y Occidente. Esta paz logrará que las tensiones en la frontera del Danubio desaparezcan a lo largo del medio siglo siguiente, y ni siquiera la muerta del príncipe Bockskay, con el consiguiente cambio de equilibrio en esta frontera, terminará en una vuelta a las tensiones y las guerras fronterizas.

El mantenimiento de la paz con los Habsburgo era crucial para solventar los problemas internos del Imperio otomano, además de imprescindible para intentar la recuperación interior, tanto económica como social. La elección como vaivoda de Transilvania de Gabriel Bethlen, en 1613, será aceptada por Ahmet I, e incluso ratificada en 1615, todo ello en aras de lograr la paz en los Balcanes.

El nuevo sultán es un hombre muy religioso, amante de la poesía y que desea alcanzar una situación de paz y estabilidad, tanto en el interior como en el exterior. Dedica sus principales esfuerzos en construir una gran mezquita en el hipódromo, conocida en la actualidad como Mezquita Azul (Sultan Ahmet Cami). Realiza una gran labor normativa al promulgar *kanunname* para fijar los reglamentos comerciales y administrativos. Embellece la mezquita y el edificio que alberga la Ka'ba en La Meca, y logra una gran estabilidad interior. Aunque ha abandonado casi completamente la dirección de los asuntos políticos, y nunca saldrá a combatir con sus soldados, es capaz de rodearse de buenos visires y funcionarios que logran que el Imperio otomano siga bien gobernado durante su mandato.

Los primeros años del siglo XVII han sido definidos en la historia de Europa como la época de la "generación pacifista", calificación a la que hay que sumar la política del gobierno de Ahmet I. Como resulta lógico, cada país opta por esta vía por cuestiones diferentes, como es el caso de Felipe III y Lerma, aunque los resultados finales son muy semejantes en todos los casos. Esta tendencia se pondrá a prueba pocos años después, en concreto en el último del gobierno de Ahmet I, cuando logra que se respeten las fronteras de Polonia de los ataques de los cosacos. Estos llevan produciéndose desde fi-

nales del siglo XVI, con su consiguientes venganzas en las áreas fronterizas protagonizadas por los cristianos, todo ello para no tener que apoyar a sus aliados musulmanes originarios de Crimea.

La situación en el interior de Anatolia no resulta tan fácil de solventar, sobre todo por haberse producido alianzas internacionales que hacen más difícil acabar con estas contiendas, como pueden ser los intentos de acuerdo entre Sha Abbas y Felipe III de España. En 1603-1604, aprovechando la difícil situación otomana en Hungría, el persa ataca en Georgia y Azerbaiyán. Los éxitos safawíes sobre las huestes de Estambul, en especial en la batalla del lago de Ourmiya, provocan las revueltas de los grupos kurdos y turcomanos de Canbulad y las tribus drusas de Fakhreddin Ma'an, o, lo que es lo mismo, la inestabilidad de las posiciones otomanas en el norte de Siria, el Líbano y la costa de Cilicia. Como hace el persa, este sublevado manda emisarios a Occidente para intentar realizar una coalición contra la Puerta para seguir desgastándola al tener que luchar en varios frentes muy distantes en el espacio. Todos estos problemas se intentan solventar con la paz de 1612, que busca volver a la situación anterior al inicio de la guerra con Sha Abbas, cediendo Azerbaiyán a los persas si dejan de ayudar a drusos y kurdos, además de lograr su apoyo para detener los avances de los cosacos. Nuevamente nos encontramos con una guerra que ha supuesto un enorme esfuerzo económico y humano para Ahmet que se solventa sin haber logrado ningún beneficio de la contienda. Por desgracia, la guerra se volverá a declarar en 1615, el episodio más importante es el sitio de Erivan, aunque el desgaste económico de los dos contendientes les llevará a firmar la paz nuevamente en 1618, ya durante el gobierno de Osmán II.

El cambio de las maneras del ejercicio del poder por parte del Diván se aprecia cuando se inicia una activa política exterior por vía diplomática para intentar crear bloques estables que faciliten que no se entre en contiendas armadas. Además de renovar la tradicional relación con Francia, que existía desde la época de Francisco I y Hayreddin Barbarroja, se busca la cooperación con Venecia para que asegure la navegación en el Adriático, y la *valide sultana* logra tener buenas relaciones con Inglaterra y los Países Bajos, permitiendo que vivan bailos (embajadores permanentes) en Estambul desde 1612. Los cristianos buscaban entrar en el rico comercio de Levante, una manera de socavar el comercio portugués con la India y China por el cabo de Buena Espe-

ranza, y los otomanos, facilitar el intercambio de productos para mantener los mercados de la capital. Los efectos de la entrada masiva de capitales americanos en la economía europea también se dejan sentir en el Imperio otomano, con especial virulencia en el valor de la moneda que circula en el Imperio, aunque esto no afecta especialmente al comercio internacional. Sin embargo, desde un punto de vista interior, estas crisis monetarias y la inestabilidad generada por las recientes guerras provocan continuas sublevaciones en el interior de Anatolia, la falta de rentabilidad del timar de pequeño tamaño y el empobrecimiento de las clases menos favorecidas del país. La tendencia a la paz por parte de Ahmet I se puede explicar desde esta perspectiva, aunque no es la única manera que podemos referir para entender esta clara muestra de falta de beligerancia por parte del poder de la Puerta. En los primeros años del siglo XVII se hace especialmente evidente el dominio de los círculos íntimos del palacio, en especial del harén, lo que tendrá consecuencias directas en la gobernación del Imperio. Ahmet I representa una época de cierta estabilidad, como se deja sentir al cambiar solo en seis ocasiones de gran visir, mientras que durante el mandato de Mehmet III se suceden once personas en este puesto.

Si bien el gobierno de Ahmet I se puede calificar de relativamente estable, salvo por los problemas de revueltas y sublevaciones interiores en Anatolia como consecuencia del descontento de jenízaros y sipahis, además de una relativa ruina de los poseedores de pequeños timar, consecuencia de la inacción militar y de la fuerte crisis dineraria del reinado, lo peor ocurre a su muerte. Como heredero se había propuesto a su hijo Osmán, un niño de 13 años, misma edad que tenía su padre cuando es elegido sultán. La sultana Kösem impone su voluntad en la elección del sucesor, y logra convencer a visires y cortesanos de que se nombre al primogénito del fallecido, hijo suyo, por supuesto, que sube al trono con el nombre de Mustafá I. Rápidamente se muestra que era un enfermo mental incapaz de gobernar, por lo que fue depuesto tres meses después de su proclamación, también por las presiones que realizan las mujeres del harén (Kizlar Agasi). Osmán II es elegido como nuevo sultán el 26 de febrero de 1618. El único acontecimiento destacable en política exterior son las tensiones que se producen en Moldavia por los ataques de los polacos en sus fronteras, que serán vencidos por los Tártaros, aliados de la Puerta. La paz se firma en octubre de 1621 con el compromiso polaco de no

intervenir en los asuntos de los dominios otomanos en Europa, además de ceder Hotin.

6.3. *Desde el inicio de las reformas de Murat IV hasta1656*

El nuevo gobernante intentará introducir profundos cambios en la administración del palacio, lo que generará una sublevación interior que llevará a los jenízaros a deponer al sultán, encerrarlo y asesinarlo poco después. Una vez logradas las paces con los persas y los polacos, decide cambiar las formas de gobierno del palacio. Su primera labor es aislar el excesivo dominio del harén en la política, en especial la influencia de Kösem Sultana, por lo que nombra a un gran visir que no tiene nada que ver con los partidos cortesanos, así como a otros altos dignatarios no sospechosos de ser manejados por las mujeres y sus favoritos políticos. Los problemas que se detectan en el ejército, al criticarse las maneras de reclutamiento por medio del *devsirme*, intentan ser solucionados permitiendo la entrada de musulmanes dentro de las *ocak* jenízaras. Esta medida también se justifica por los enormes problemas que están deparando los sipahis y los jenízaros desmovilizados que están en Anatolia, así como los timariotas que proceden de las viejas estructuras militares. El Imperio necesita contar con un mayor número de soldados para mantener sus fronteras y, en menor medida, realizar sus empresas de conquista, por lo que el efectivo de soldados sigue ascendiendo en estos años, lo que tiene consecuencias directas en las finanzas públicas del Estado. Estamos ante el primer intento de "turquización del Imperio", que se sucederá en diferentes gobiernos en los próximos siglos. Además de reducir los derechos de los jenízaros, desea quitar el excesivo poder que tienen los grupos religiosos, en especial los ulemas, limitándoles sus atribuciones y sus rentas. Con todas estas medidas, tomadas en un periodo muy corto de tiempo, logra poner en su contra a la mayor parte de sus círculos de poder más cercanos. La revuelta la van a encabezar los jenízaros, como es lógico, aunque contarán con el apoyo directo de la máxima autoridad religiosa del Imperio, el *ceykh ül-islam*. El 18 de mayo de 1622 los jenízaros toman el Topkapi, liberan al depuesto e incapaz mental Mustafá y detienen a Osmán II. Nombran sultán a Mustafá I, y dos días después matan a Osmán II.

El poder vuelve a las manos de Kösem Sultana y los círculos cortesanos cercanos al harén, por lo que este sultanato se salda con un fracaso al intentar acabar con los malos usos de gobierno que representa el "sultanato de las mujeres". Estambul durante estos meses verá sublevaciones y sediciones de todo tipo, en especial en el recinto del palacio. Este ambiente se contagia rápidamente a otras partes del Imperio, en especial en Anatolia, por lo que se suceden revueltas y sublevaciones armadas de descontentos que se aglutinan en torno a jenízaros y sipahis que han sido desmovilizados al terminar con las guerras, y hombres empobrecidos de todo tipo. El mayor peligro proviene del *beylerbey* de Erzurum, Abaza Mehmet Pachá, que encabeza la revuelta de los descontentos ante el vacío de poder que existe en la Puerta. Casi toda Anatolia central seguirá al *beylerbey*, hombre que no tolera los desmanes de los jenízaros en el territorio, lo que le granjea las simpatías de las poblaciones locales, que están sufriendo en sus carnes la dura crisis monetaria de estos años. Las partes más alejadas de la metrópoli, como es el caso de Trípoli, se declaran independientes de Estambul, aunque Yusuf Seyfeddin será sometido poco después. La propia Kösem Sultana apoya alguna de las revueltas para poder hacerse nuevamente con todo el poder. En Estambul se tendrá que vencer una sublevación de ulemas, además de una rebelión de los sipahi, situación con la se acaba cuando se cambia al gran visir Mere Husein Pachá por Kemankech Ali Pachá. Mustafá I es depuesto en septiembre de 1623 por el nuevo gran visir, y sube al trono Murat IV, otro hijo de Kösem. Murat IV tenía 11 años cuando accede al trono, por lo que se encuentra en una época de regencia, situación que es aprovechada por Kösem para seguir dirigiendo los asuntos de la Sublime, mujer que condicionará la política del gigante otomano durante estos años al ser capaz de lograr el ascenso al trono de sus hijos, lo que también sucederá a la muerte del actual gobernante. Durante los siguientes diez años, los de minoría de edad de su hijo, todo dependerá de sus conveniencias y caprichos, como muestra que entre 1623 y 1632 se cambie ocho veces de gran visir, y se mata a tres de ellos, así como a otros altos cargos del gobierno y de los círculos cercanos de poder. La situación económica del Imperio aún se deteriora más, lo que supone un enorme peligro para la propia continuidad del Imperio. La arbitrariedad, el egoísmo, la creación de círculos de poder y de dinero se generalizan por todo el territorio, lo que da lugar a nuevas rebeliones o que las ya existentes se acrecienten y aumenten su peligrosidad. La corrup-

ción se extiende por todas partes, y desde el poder central no se logra poner coto a esta situación, lo que muestra a las claras las dificultades de gobernar este complejo imperio desde las lujosas habitaciones reservadas a las mujeres y parientes femeninos del sultán. El poder se resiente en todos los campos, así como la pobreza entre los súbditos del sultán.

La inestabilidad política de los dominios del sultán es aprovechada por el sha de Persia, Abbas I, que ataca los dominios otomanos del norte de Irak, territorio en disputa desde la época de Solimán el Magnífico. Logra conquistar Bagdad en los primeros días de 1624, donde mata a un gran número de suníes, y ataca los territorios cercanos a la frontera habitados por los kurdos. En 1625-1626 se produce la contraofensiva otomana, que puede recuperar la parte norte de Irak, asediar Bagdad, aunque no se logra recuperar la urbe. Además de combatir a los safawíes, el nuevo sultán tiene que establecer la paz en sus dominios y acabar con la anarquía que permite los rápidos progresos de los enemigos en Asia. El *beylerbey* de Erzurum se somete a la obediencia del soberano, aunque se han producido nuevas revueltas en otras provincias árabes, en Rumelia, Crimea y en la propia ciudad de Estambul que comprometen la estabilidad interna. La decidida intervención del gran visir, Arnaud Mehmet Pachá, en 1630, da un giro radical a esta situación. Los jenízaros siguen alcanzando cotas de poder impensables en otros periodos históricos, logran matar a un gran visir, y exigen al gobernante que mande ejecutar a otro contrario a sus intereses en 1632.

Murat IV, en 1632, cuando cuenta con veintidós años de edad, decide cambiar radicalmente esta situación. Nombra como gran visir a Tabaniyasi Mehmet Pachá, hombre que se mantendrá en el poder a lo largo de cinco años, que inicia la persecución a muchos de los hombres que están generando la inestabilidad en el palacio y en la capital. En los meses siguientes son ejecutados jenízaros, ulemas, jueces, tesoreros, altos dignatarios e, incluso, el *Çeykh ül-islam*. La represión y las ejecuciones se extienden en todas las esferas del poder, incluso entre los familiares del sultán. La mayor parte del personal del palacio es renovado completamente para acabar con las maneras y los modos de su minoría de edad. Para apreciar la dureza de muchas de las disposiciones que se realizan en este época es curiosa la prohibición de abrir los cafés (*kahvehane*) y los lugares donde se consume tabaco o se fuma narguilé, prohibición que se extiende a todo el Imperio, al considerar a estos hombres

como responsables de un pavoroso incendio que acaba con buena parte de Estambul en 1633. Al año siguiente se prohíben las tabernas, el consumo de vino y la venta de bebidas alcohólicas. Se obliga a los súbditos no musulmanes del sultán a llevar sus ropas distintivas para no ser confundidos con musulmanes. Se intenta islamizar la sociedad, acabando con el vicio y la depravación que se ha generalizado en reinados anteriores, limitaciones que también se imponen a intelectuales y pensadores, aunque también se potencia a estos hombres siempre que no sobrepasen los límites fijados por el poder. Su contribución más importante es intentar poner orden en las finanzas y el cobro de impuestos, por lo que también se recurre a ejemplificar con la muerte de las personas que se han enriquecido arbitrariamente, así como con la incautación de fortunas fraudulentas.

Desde este momento se intentará imponer la autoridad de la Puerta utilizando todas las medidas posibles, por lo que estamos ante un gobierno violento y radical para reinvertir la situación. Se manda ejecutar a Abaza Mehmet Pachá, y los rebeldes *celali* son reducidos con especial violencia en el verano de 1634. Una vez sofocados a sangre y fuego los focos sediciosos en el interior del Imperio, se inicia una dura campaña contra Sha Abbas en Armenia y Azerbaiyán, territorios que son recuperados por los persas en el siguiente invierno. En 1636-1637 debe sofocar una revuelta en Transilvania, y, al acabar con ella, inicia una nueva campaña contra Persia. En esta empresa recupera Bagdad en 1638 y pretende invadir todo Azerbaiyán. La muerte de Sha Abbas I facilita los intentos de recuperar lo perdido por la Puerta, ya que el nuevo sha, Safi I, quiere firmar una paz al iniciar su reinado para poner en orden sus dominios sin las devastadoras consecuencias de una guerra que se dilata en el tiempo. La paz se firma en Kars en la primavera de 1639, y aunque el sultán cede en ella Armenia oriental y Azerbaiyán a los safawíes, recupera el resto de los territorios perdidos en el presente y en los sultanatos anteriores, por lo que se puede considerar un buen tratado para los intereses de Estambul. Su labor más importante es restaurar la autoridad y el prestigio de la Puerta en todos los frentes, aunque lo realiza por medios muy violentos y brutales. A su muerte, en febrero de 1640, le sucede su hermano Ibrahim I, otro hijo de Kösem Sultana.

El nuevo sultán, Ibrahim I, se encuentra con un Estado que ha sido renovado y saneado política y económicamente. Se ha logrado una paz muy ventajosa con los persas, y se han sofocado buena parte de las sublevaciones

interiores, reconstruido la economía y mejorado el ejército. Las relaciones políticas con los europeos no se han resentido del desgobierno de los primeros años del siglo XVII, y se ha aumentado el comercio con los aliados de la Puerta. Tiene todas las posibilidades en su mano para acabar con los malos inicios del siglo XVII, pero su ínfima calidad como gobernante supondrá un nuevo periodo de inestabilidad y de decadencia. Es un hombre incapaz que recibe el sobrenombre de *Deli* (el Loco), título dado por sus propios contemporáneos y, a la postre, la razón que provocará que sea asesinado en agosto de 1648. A su llegada al poder, aunque Murat IV había devaluado la piastra para hacer frente a la crisis económica, Estambul recobra la pujanza que se veía en sus calles en décadas anteriores, experimenta un momento de bonanza económica y aumento demográfico al darse las condiciones necesarias para la recuperación de la urbe; la llegada de embarcaciones europeas a sus dársenas es una demostración del regreso de la normalidad. Dilapida todo lo logrado en el sultanato anterior al ser más aficionado a las delicias carnales que a los asuntos de gobierno, y cede el poder nuevamente a su madre, Kösem Sultana. En los primeros años no se nota demasiado su mala calidad al estar el gobierno en manos de un gran visir capaz y responsable (Karmankeç Kara Mustafá Pachá), que hasta 1644 se esforzará por seguir la labor del anterior sultán al que sirvió. Sin embargo, las intrigas del harén vuelven a campar a sus anchas por los límites del Topkapi, y son instigadas por su antiguo preceptor, Husein Efendi (Cinci Hoca), hombre que defiende el partido de la sultana madre y del segundo visir. La tensión sigue en aumento, hasta que es depuesto y ejecutado en enero de 1644. Hasta ese momento no habían existido demasiados problemas. Se había logrado firmar una nueva paz con Austria y Hungría el 19 de marzo de 1642 que garantizaba la tranquilidad en este frente, lo que facilitaba el mantenimiento de reformas interiores.

La declaración de la guerra a Venecia para conquistar la isla de Creta (en la época se utiliza más el nombre de Candía) está detrás de la muerte del gran visir. Husein Efendi (Cinci Hoca), el preceptor del sultán, desea fervientemente realizar una empresa de conquista de una isla, como habían realizado los grandes sultanes del pasado, a lo que se niega el primer ministro. Este esfuerzo militar vuelve a vaciar las arcas de la Sublime Puerta, y se generaliza el descontento en la sociedad. La Puerta vuelve a entrar en una situación caótica. Kösem sultana es la que manda en el palacio, aunque se enfrenta a la madre

del nuevo sultán, Kandice Turhan, lo que supone la aparición de nuevos bandos y parcialidades en el harén. La corrupción afecta a los recursos del Estado, que no puede hacer frente a los sueldos de los soldados, y debe reducir la preparación de sus ejércitos al no tener dinero para pagarlos, por lo que se resiente la conquista de Creta. Aunque se vuelve a recurrir a la confiscación de las fortunas creadas en este ambiente, como la de Cinci Hoca, ejecutado en 1648, eran simples medidas moralizantes que no solucionan los problemas de fondo. El déficit de la Puerta al final del sultanato de Ibrahim I se sitúa en 150 millones de ásperos, lo que supone que el Imperio está prácticamente en quiebra. Además de una corrupción generalizada, los jenízaros inician movimientos sediciosos reclamando sus pagas y negándose a asistir a la contienda armada en la isla véneta. Algunos sipahi logran que sus timares se conviertan en posesiones hereditarias y perpetuas, además de permitir que reciban estas concesiones gentes de palacio que nada tienen que ver con las estructuras militares. En la guerra recién promulgada no se logran los resultados apetecidos, y la armada de la señoría bloquea el estrecho de los Dardanelos, y colapsa la economía y el abastecimiento de Estambul, lo que genera nuevas revueltas sociales. El asesinato del sultán era un resultado lógico al descontrol del gobierno y del Estado, y sube al trono un nuevo miembro de la dinastía

6.4. *El gobierno de los Köprülü*

Mehmet IV en 1648 tenía 6 años de edad, por lo que estamos ante un nuevo gobierno que se produce en minoría, lo que es indicio de nuevas inestabilidades y luchas dentro del palacio. Las sultanas Kösem y Kandice Turhan, la madre del elegido, se enfrentan abiertamente por controlar la situación; es derrotada la primera y mandada estrangular en 1651. La inestabilidad se mantiene aunque ha desaparecido la mujer que ha regido los bajos fondos del Topkapi en los últimos 40 años. Entre 1644 y 1656 se suceden 18 grandes visires, de los que uno solo fallece de muerte natural. Los cambios de estos personajes influyen en todos los cargos del palacio y de la administración otomana, desde el jefe religioso hasta los almirantes, además de que cada uno de estos hombres coloca a su clientela en puestos de responsabilidad. La situación se hace especialmente dramática con la llegada de Mehmet IV, como

consecuencia de la minoría de edad, por lo que se extiende la venalidad de los cargos en las administraciones central y provincial, y en los órganos de justicia. El gran visir Melek Ahmer Pachá devalúa la moneda e introduce un impuesto del 50 % sobre los rendimientos del timar, aumenta la presión fiscal sobre las propiedades campesinas y perpetúa la venalidad de los cargos y realiza una deflación monetaria que es impuesta a los comerciantes para cambiar la moneda vieja por otra nueva de inferior peso y ley. Sin embargo, los impuestos deben ser pagados con moneda buena, lo que genera una revuelta social que se salda con la muerte del gran visir y la de Kösem Sultana. Los intentos de reforma financiera y de la administración que impone el nuevo gran visir, Ipçir Mustafá, no son aceptados por ninguno de los grupos de la Puerta, lo que también le conllevará un final trágico.

Para poder pagar las deudas, y sobre todo a los soldados permanentes, se realizan grandes acuñaciones de moneda que llevan más peso de cobre que de plata, monedas conocidas como bohemias (por la procedencia del cobre) o de taberna. La situación sigue deteriorándose, lo que conlleva revueltas de jenízaros, sipahis y, en general, de la población estambuliota en 1655 y 1656. Fuera de la capital, la población se rebela contra los gobernadores, y muchos de estos se declaran contrarios al poder central o se levantan en armas contra Estambul, como es el caso de la nueva revuelta celali en Anatolia central, encabezada por Abaza Kara Hasan Pachá. Para complicar aún más la situación, los venecianos vencen a los otomanos en tierra y en mar. Además de bloquear los Dardanelos en 1656, logran expulsarlos de las islas de Tenédos, Samotracia y Limnos.

La sultana madre, Kadice Turhan, pone cartas en el asunto y convence a su hijo de que nombre gran visir a Mehmet Köprülü para intentar salvar este auténtico caos que está volviendo a romper el Imperio. Cuando accede al poder había 85.000 soldados a los que pagar, de los que dos tercios son jenízaros. El número de timar seguía siendo semejante al que existía en el siglo XVI, ya que no se había producido un aumento de las posesiones de Estambul al no avanzar en sus conquistas, lo que ponía en quiebra el sistema tradicional otomano. También lo hacía que no se introducen nuevos cambios en los códigos y las maneras de la administración (*kanunname*), de la misma manera que tampoco se tienen en cuenta los cambios sociales de los últimos años. El Estado se ha anquilosado, lo que genera una esclerosis administrativa que hace que todo

sea más difícil, además de aumentar el número de funcionarios corruptos. Los grupos privilegiados, tanto en la capital como en las provincias, logran imponer su poder, por lo que se defienden relativamente bien en esta situación cada vez más anárquica, y permiten que la fiscalidad y los mayores rigores del desgobierno recaigan en el campesinado y los grupos menos favorecidos. El empobrecimiento de los campesinos produce una venta mayoritaria de tierras, que son compradas por los potentados, para convertirse en asalariados agrícolas o emigrantes en las ciudades del Imperio. Se logra que muchos de los cargos se conviertan en hereditarios y pasen de padres a hijos, lo que supone la ruptura completa de los ritmos tradicionales del Imperio Los sistemas de espionaje españoles, como otras potencias europeas, se dan cuenta de que, por medio de la compra de las voluntades de autoridades provinciales y centrales, pueden controlar y conocer las decisiones de la Sublime Puerta, lo que muestra la degradación del antiguo rigorismo de la administración y el poder de los otomanos. Los tratos de los extranjeros en Estambul son cada día más sencillos, al mismo tiempo que gran parte de las rutas tradicionales del comercio entre Oriente y Occidente están cambiando por las nuevas rutas de navegación, lo que empobrece aún más la Sublime Puerta. La devaluación de la moneda favorece que los europeos entren en el mercado de los metales preciosos, por lo que se va drenando la riqueza tradicional, al mismo tiempo que la devaluación que supone la llegada masiva de plata americana afecta especialmente a la economía de los sultanes.

La llegada de los Köprülü (Mehmet Köprülü, 1656-1661, su hijo Köprülüzade Fazil Ahmet Pachá, 1661-1676, y su yerno Merzifonlu Kara Mustafá Pachá, 1676-1683) representa 20 años de estabilidad en casi todos los campos, aunque terminará con la muerte de este último por el fracaso del segundo asedio a Viena en 1683. La familia es de origen albanés cristiano, de la localidad de Köprü, y entran al servicio de la Puerta por medio del *devsirme*. A lo largo de su vida, ya que es nombrado gran visir cuando cuenta con 70 años, ha servido en varios puestos de la administración provincial, ocupado cargos en el ejército y sido gobernador de Trabzon y Trípoli. Es decir, no es un hombre que se ha formado exclusivamente entre los muros del palacio, como muchos de sus contemporáneos, y conoce la realidad del Imperio de primera mano. Sus primeras medidas al acceder al poder son acabar con los extremistas religiosos que están revolucionando la capital y cas-

tigar a los responsables de las repetidas derrotas ante las armadas venecianas, como es el caso de Abaza Ahmed Pachá, hombre que ha permitido la recuperación de la isla de Tenédos. Reprime varias revueltas de grupos militares, en especial una de los sipahi en 1656, y organiza una poderosa armada que vence a los venecianos y recupera Tenédos y Limnos, por lo que acaba con el bloqueo que está impidiendo el abastecimiento de la capital, con las consiguientes revueltas populares por falta de suministros. Organiza una expedición a Transilvania para someter al sublevado Jorge II Rakoczi. Después tiene que hacer frente a una nueva revuelta de los sipahi, esta vez ayudando a Abaza Kara Hasan Pachá, uniéndose a los rebeldes que vienen de Alepo y ocupando parte de la Anatolia. Para acabar con este peligro manda ejecutar varias decenas de sipahis para impedir que se vuelvan a levantar en armas, y sale a combatir a los sublevados, La armada estambuliota es vencida en primera instancia a fines de 1658 en Ilgin, aunque los rebeldes fueron definitivamente derrotados, y su jefe ejecutado, en febrero de 1659. Ese mismo año tendrá que reducir unas peligrosas revueltas en Egipto y Antalia, que son sojuzgadas y reprimidas con una gran violencia.

El primero de los Köprülü tiene que poner orden en los diferentes grupos de la sociedad otomana, desde los militares hasta los funcionarios y los timariotas. Acaba enérgicamente con los excesivos gastos del periodo anterior y pone orden entre los dueños de los timar, que tienen que mostrar y renovar sus títulos y pagar un impuesto dependiendo del tamaño de su posesión. Obliga a las grandes fortunas a satisfacer una tasa voluntaria, con lo que logra equilibrar los ingresos y los gastos del Estado, por lo que se pueden pagar los sueldos con regularidad, lo que amortigua enormemente los movimientos sediciosos.

Su política fiscal y de control es un enorme éxito, aunque se muestra muy cruel al mandar asesinar a un elevado número de altos funcionarios, militares y dignatarios, y no repara demasiado en la justicia de los castigos que impone. Es especialmente cruel con los militares y marinos que cometen errores en la guerra con Venecia, que también son mandados asesinar, así como con Francia al acusar a Luis XIV de ayudar a Venecia en su lucha contra Estambul. También se comporta como un déspota con el patriarca de Constantinopla, Parthenios, al acusarle de colaborar con Rusia, potencia que comienza a expandirse en las proximidades de Crimea. Durante su gobierno

se produce el mayor incendio que ha padecido Estambul, el de 1660, pero en los años sucesivos manda edificar nuevas mezquitas (Yeni Valide Cami), otros edificios religiosos y sociales, además de reconstruir en lo posible los daños del incendio. Una vez ha logrado expulsar a los venecianos de los Dardanelos, reconstruye las fortalezas de la zona para impedir que se pueda repetir el episodio de los primeros años de la guerra. En 1661 pide permiso al sultán para retirarse de su cargo, dada su avanzada edad, y pide que le sustituya su hijo Fazil Ahmet Pachá. La historiografía posterior considera al primero de los Köprülü como el hombre que logra sacar a la Puerta del "periodo de las catástrofes", como se denominan a los cincuenta primeros años del siglo XVII.

Fazil Ahmet Pachá seguirá la dirección política fijada por su padre, aunque era un hombre que se había formado en el ejercicio de cargos en la administración provincial, habiendo sido gobernador de Damasco y Erzurum en su juventud. Es una persona menos rigurosa que su padre, aunque muy dura con los responsables de la administración y escrupulosa en el control de las finanzas. Ejercerá uno de los visiratos más extensos de la historia del Imperio, por lo que la historiografía le ha tratado muy bien, y ha alabado que se preocupara por recuperar el prestigio de la cultura otomana después de esta época de anarquía, creando una de las bibliotecas más importantes de Estambul. Durante su mandato se produce el inicio de la secta de los *dönme* (convertidos), herejía de origen judío que inicia Esmirna Sabbatai Zevi, hombre que se proclama el nuevo mesías en 1666. La fuerza que adquiere genera el rechazo de las diferentes comunidades hebreas del Imperio, comenzando por el propio gran rabino de Estambul, que presionan al gran visir para que aprese o condene a muerte a este hombre. Es llevado a Estambul, y el Diván le conmuta su ejecución si se convierte al islam, lo que es aceptado por el reo. Sus seguidores siguen sus pasos, aunque defendiendo la superioridad del judaísmo sobre su nueva religión, y muere hacia 1676. A su muerte la secta seguirá viva y activa en Estambul y en Salónica, y generará tensiones y problemas en el futuro.

En política exterior, lo primero que hace es declarar la guerra a Austria para acabar con la inestabilidad en Transilvania, y apoya al soberano recién elegido en 1662, Miguel Apafy. Se atacan varias de las fortalezas de la frontera con Austria, con suerte desigual, aunque se alcanza un tratado bastante favorable a las pretensiones de la Puerta en Vasvar el 10 de agosto de 1664,

que será ratificado a finales de septiembre. La siguiente empresa que emprende es acabar definitivamente con la guerra con Venecia. La conquista de la isla de Creta es una obsesión para la Puerta, por lo que no se aceptan las peticiones de paz que ofrecen los venecianos. Los soldados de la señoría están literalmente derrotados, aunque aguantan los ataques de la marina y la infantería jenízara entre los años 1666 y agosto de 1669 gracias a los refuerzos franceses y alemanes. En esa fecha el comandante italiano de la plaza, Francesco Morosini, logra pactar las condiciones de la entrega de Candía, pero se le permite que se mantenga en tres pequeños puertos y que conserve el de Clissa en la costa dálmata. Esta paz volverá a establecer las buenas relaciones entre la ciudad de los canales y Estambul por bastantes años, por lo que se renuevan los tratos comerciales y todo tipo de relaciones entre estos dos antiguos socios-rivales. Seguirán existiendo incidentes como consecuencia de los ataques corsarios de las regencias berberiscas y otros navegantes protegidos por la Puerta, como ocurre con todas la naves que entran a navegar por el Mediterráneo y las cercanías del estrecho de Gibraltar, pero se mantiene la paz.

El siguiente conflicto es la guerra con Polonia, como consecuencia de las disputas de los cosacos del Niéper, apoyados por el kan de Crimea, y los cosacos zapórogos, apoyados por el rey de Polonia. El gran visir se apoya en los primeros para atacar la fortaleza de Kamenets y poner sitio a la Lvov. Aunque los polacos reclaman la paz, las condiciones impuestas por la Puerta son tan abusivas que se prolongará la guerra hasta 1676. Las expediciones se repiten a lo largo de estos años, hasta que el nuevo rey polaco, Juan Sobiesky, pide la paz, que se firma en Zorawno el 27 de octubre de 1676. Por este tratado se logra que toda Ucrania esté bajo control otomano. Pocos días después muere el gran visir de una hidropesía, como consecuencia de los abusos que comete con la bebida.

El tercero de los Köprülü, yerno del anterior, llega al poder con el nombre de Merzifonlu Kara Mustafá Pachá, y gobierna hasta 1683. Este hombre, de origen turco, se había formado desempeñando oficios en la administración militar de la época de Mehmet IV, y siempre se mostró como una persona muy ambiciosa, avara y autoritaria. Como hicieron sus antecesores, mantiene y aumenta la presión fiscal sobre las provincias para asegurar la estructura militar en las fronteras del Imperio, en especial en Europa. La política exterior

se centrará en el enfrentamiento con Rusia, el final de las tensiones en Polonia y una nueva guerra contra Austria. Retoma las tensiones con las potencias extranjeras, maltrata a los embajadores y los principales miembros de las comunidades mercantiles asentadas en Estambul, y crea enormes dificultades en sus tratos con la Puerta. Al lograr el saneamiento económico del Imperio, emprenderá una agresiva política contra los cristianos, e iniciará una agresiva campaña contra Rusia por el control de Ucrania. Las sucesivas derrotas en este frente se culminan en 1681 en el acuerdo de Bahçesaray, conocido como el de Radzin, en el que se delimita la frontera entre otomanos y rusos en el Dniéper y el Bug, reconociendo al zar como soberano legítimo de Rusia, protector de la iglesia ortodoxa de Jerusalén, y reconociéndole el derecho a elegir a un patriarca en Moscú. La guerra, por lo tanto, termina con una derrota en el tratado porque, además de renunciar definitivamente a Ucrania, se cede en materia religiosa con el soberano ruso. Ello tendrá consecuencias en el futuro, ya que el reconocimiento del Patriarcado ortodoxo de Moscú provocará futuras tensiones ya que el Zar intentará convertirse en el único protector de los ortodoxos, y entrará en conflicto con el patriarcado de Constantinopla, defendido y patrocinado directamente por el sultán.

El acontecimiento militar más importante de su gobierno fue el segundo sitio a la ciudad de Viena, que se inicia en el verano de 1683. El reconocimiento como soberano húngaro de Tököly en 1682 supone enfrentarse abiertamente con Austria, por lo que el gran visir decide tomar la iniciativa para impedir una futura invasión de Hungría por parte de los austriacos y consolidar el poder de los otomanos en el Danubio. El asedio se prolonga desde el 14 de julio hasta el 12 de septiembre de 1683, fecha en la que el ejército otomano regresa a Estambul sin haber conseguido su objetivo. Esta nueva derrota es mal recibida en Estambul, aunque se intenta quitar todo el hierro posible a este nuevo fracaso del gran visir, y se silencia en lo posible la propagación de esta nueva. En Europa, por el contrario, se genera una gran expectación por las noticias que llegan de Austria, se celebra la victoria sobre la Puerta y se ensalza el apoyo prestado por el monarca polaco Juan Sobieski, además de alabar a los otros héroes de la resistencia ante las minas de los excavadores turcos. El gran visir desea realizar una nueva campaña en la primavera siguiente, aunque los enemigos del último Köprölü comienzan a moverse dentro del palacio para acabar con su persona. El sultán Mehmet VI termina por

aceptar la eliminación de su hombre de confianza, que es ejecutado en Adrianópoli el 25 de diciembre de 1683. Para sustituirle se elige al *kaymakan* (el adjunto del gran visir) Kara Ahmet Pachá, otro hombre que se había formado en varios puestos de la administración civil y militar del Imperio. Además de estos puestos había sido gran almirante de la flota (*kaptan derya*), y como *kaymakan* había residido dentro del palacio mientras que el gran visir dirigía personalmente las campañas militares.

6.5. *El duro final del siglo XVII (Solimán II, 1687-1691; Ahmet II, 1691-1695; Mustafá II, 1695-1703)*

La derrota de Viena tiene un efecto psicológico en Europa que influye en que el Imperio otomano entre nuevamente en una situación de enormes dificultades. A lo largo de todo el siglo XVII se había extendido la idea de que la Sublime Puerta estaba en un estado calamitoso, y que no era el enemigo temible de la época de Solimán el Magnífico. El paso a conquistar la ciudad de Viena se considera una intromisión excesiva en la política de los países cristianos, por lo que se extiende la idea de que hay que vengarse de la Puerta, además de que el mal tratamiento que se había dado a los embajadores y emisarios que se habían desplazado a Estambul en la época del último Köprölü había despertado las iras de la mayor parte de los gobernantes occidentales. Como ocurre en el siglo XVI, se alzan voces pidiendo una confederación de príncipes cristianos para detener la arrogancia otomana, convocatoria a la que acuden los nuevos adversarios de Estambul: Austria, Venecia, Polonia, Toscana, Malta y el Papado. Desde 1683 hasta 1699 se inicia la guerra de la Santa Liga, que comienza con enfrentamientos en Transilvania, Hungría y Morea, además de la ataques de Podolia, en Bosnia. Las fuerzas navales de Venecia logran conquistar la mayor parte de las ciudades de Morea (Preveza, Navarino, Castilnovo, Dulciño y Budín), y logan su mayor éxito cuando ocupan Atenas el 25 de septiembre de 1687. Durante el asedio a la ciudad una bomba impacta en el Partenón, que era utilizado en estos años como polvorín, y sufre graves daños el edificio.

Para mantener el amplio frente militar se acude nuevamente a aumentar la presión fiscal en todo el Imperio, además de devaluar nuevamente la moneda, que son todas ellas fabricadas en cobre al desaparecer el oro y la plata en su acuñación. El sultán tendrá que aportar dinero de su propia fortuna, lo que pone de manifiesto las enormes dificultades por la que está atravesando el Imperio, la debilidad de las finanzas de la mayor parte de las ciudades, que experimentan una subida de precios general, y el empobrecimiento del campesinado, que ante la difícil situación que atraviesan forman grupos de bandoleros. Las pagas de los soldados no llegan, lo que genera un enorme descontento del estamento militar, que decide dirigirse a Estambul para reclamar sus soldadas. La situación de peligro se intenta solucionar destituyendo a Mehmet IV y promoviendo al sultanato a su hermano, que tomará el nombre de Solimán II el 8 de noviembre de 1687. Este cambio en la cúpula del poder no solventa ninguno de los problemas que se padecen en estos meses, y los jenízaros no cejan en sus pretensiones de cobrar sus soldadas. En marzo de 1688 el descontento de los militares de élite de la Puerta genera una revuelta que llega hasta ocupar físicamente el palacio, deponer al gran visir, generar el caos en Estambul y hacer padecer enormes penalidades a la población de la capital. El nuevo gran visir, Tekirdagli Bekri Mustafá Pachá, logra vencer a los rebeldes y pacificar la capital, aunque el descontento en las provincias y la existencia de grupos levantados en armas siguen vigentes en el resto del Imperio. Ese mismo año un enorme terremoto destruye la mayor parte de Esmirna, y acaba con uno de los enclaves comerciales más importantes de la Puerta, lo que agrava aún más la crisis económica. Las dificultades financieras siguen siendo una constante para los órganos centrales del Imperio, por lo que se establecen nuevas tasas, que esta vez afectan al tabaco, las bebidas, además de aumentar los impuestos tradicionales. La medida más importante que promueve es la creación de la moneda de cobre, mangir, que sustituye al áspero por haberse desmineralizado como consecuencia de su reitera pérdida de ley

La guerra de la Santa Liga sigue viva y despertando inquietud y problemas en el sultanato. El 1688 los austriacos conquistan Belgrado, por lo que se extiende el descontento por la ocupación otomana en los Balcanes, y se producen sublevaciones en Transilvania, Bulgaria y Serbia. La única solución que se le ocurre al Diván es pedir la paz a Austria y a Venecia, movimiento que es

promovido por el embajador holandés ante la Puerta, aunque no es aceptado por los cristianos, que consideran que pueden arrebatar grandes espacios a los otomanos. La política cambia nuevamente cuando es sustituido el gran visir por Köprülüzade Fazil Mustafá Pachá, que comienza su mandato reduciendo impuestos, sobre todo los que afectan a los súbditos cristianos de Rumelia, hombres que estaban muy descontentos con la política fiscal de Estambul y que se convertían en nuevos aliados de los enemigos del Imperio. Inicia una nueva campaña contra Austria que le permite recuperar las ciudades de Nich, Semendria y, sobre todo, Belgrado en el otoño de 1690. Más importante que las conquistas que realiza es la política de pacificación de los territorios de Rumelia. A su regreso a Estambul va cambiando a las autoridades provinciales por otros hombres más honrados y mejores administradores, devuelve las tierras a las poblaciones cristianas desplazadas por la guerra y se gana la confianza y fidelidad de los serbios y valacos, lo que es una manera de acabar con futuros problemas en la región. Resulta imprescindible cambiar la administración central para que se realice un control sobre las autoridades que están en las provincias, con el fin de impedir desmanes y parar la corrupción, por lo que crea un consejo de notables para que supervise las maneras de gobierno de estos territorios. Se vuelve a imponer un fortalecimiento del gobierno bajo el gran visir, hombre que intenta contar con amplios poderes para evitar los desmanes de la centuria, cambio de comportamiento que se demuestra cuando impone como sucesor de Solimán II a Ahmet II en 1691.

Cuando parece que la situación se comienza a consolidar, el gran visir muere en la batalla de Salankamen, al dirigirse a recuperar la ciudad de Buda, conquistada por los miembros de la Liga Santa en 1686. En esta empresa se encuentran voluntarios españoles al mando del duque de Béjar, que fallece en el asalto a las murallas y es enterrado como un héroe por Carlos II en Madrid. El nuevo sultán, Ahmet II, es un gobernante incapaz, de una voluntad muy débil, la persona menos adecuada para gobernar un Imperio que se encuentra en sus horas bajas. Además, le falta el carácter para imponer las medidas que había diseñado su gran visir, muerto en el campo de batalla, por lo que la situación se vuelve nuevamente insostenible. Los embajadores ingleses y holandeses insistirán al sultán que firme una paz con los miembros de la Liga Santa, por lo que parten emisarios a Austria, Venecia y Rusia para pedir las capitulaciones, aunque es el propio Ahmet II el que impide llegar

a acuerdos por su postura dura e intransigente. La muerte, en 1695, de Ahmet II es, en el fondo, una solución a un problema que se está enquistando por la inacción de la Puerta; sube al trono Mustafá II, hijo de Mehmet IV, el 6 de febrero de 1695.

El nuevo sultán es un hombre que tiene capacidad de gobierno, y rápidamente comienza a legislar para salir de la mala situación económica y militar. Reduce en todo lo posible los gastos del Estado, rebaja los emolumentos de los funcionarios y personal de palacio, mantiene los impuestos sobre el tabaco o el café, acuña monedas de buena ley, reforma la flota y recluta nuevos miembros para el ejército. Todos estos esfuerzos dan fruto en el enfrentamiento contra Venecia, y recupera las ciudades griegas perdidas en los años anteriores, así como la isla de Chio. Con los rusos no tiene tanta bonanza, al perder la ciudad de Azov ante la acometida del ejército de Pedro el Grande en 1696. La situación más peligrosa se produce en la derrota de Zenta, en la frontera entre Serbia y Hungría, ante los austriacos, donde muere en la batalla el gran visir Elmas Mehmet Pachá, que es sustituido por otro miembro de la familia Köprülü, Amcazade Husein Pachá. La Puerta es imposible que siga combatiendo con tan variados enemigos en frentes militares tan dispares y distantes, por lo que busca la paz con todos sus enemigos. Nuevamente serán los embajadores de Inglaterra y Holanda los que hagan la intermediación para alcanzar un acuerdo, que se firma en 29 de enero de 1699 con Venecia, Austria y Polonia, y el 15 de julio de 1700 con Rusia.

El tratado de Karlowitz (Karloça en turco) es el reflejo de la situación en la que se encuentra el Imperio otomano. Hasta ese momento los tratados firmados con los cristianos habían mantenido cierta preeminencia otomana sobre los europeos, y es esta paz la primera auténticamente desfavorable para los intereses otomanos. Se acepta la casi completa pérdida de Hungría y Transilvania para beneficio de Austria, y se conserva exclusivamente el dominio del Banato de Temesvár (Timisoara). Venecia recupera sus dominios en la costa de Morea, en el golfo de Corinto, la isla de Santa Maura y las urbes de la costa bosniaca, y cede la isla de Creta a Estambul. Polonia logra el control de la región de Podolia y el oeste de Ucrania. Las cesiones más significativas se producen con Rusia, que logra el control total de Crimea y de la mayor parte de Ucrania, por lo que los otomanos conceden todo los dominios al norte de la localidad de Azov y establecen las fronteras entre las dos potencias

orientales en la línea de Dniéster. El final de la guerra contra la Liga Santa supone que los dominios otomanos retroceden enormemente en los territorios europeos, lo que supone que el resto de las potencias cristianas se den cuenta de que las fronteras de la Puerta son fácilmente atacables. Se pierde el protagonismo de Estambul sobre estos territorios en los que había impuesto su voluntad desde la lejana primera batalla de Mohács, y ahora el Imperio otomano está expuesto a sufrir las condiciones y las voluntades de sus oponentes religiosos, lo que es una situación nueva que se mantendrá hasta la revolución de Mustafá Kemal Atatürk.

Para alcanzar la paz se ha tenido que recurrir a la intermediación de Francia, Inglaterra y Holanda, países que cobran sus servicios logrando la renovación de sus privilegios comerciales y mercantiles en Estambul, además de comenzar a acaparar otras actividades económicas. La paz de Karlowitz y el tratado de Constantinopla firmado con Rusia en junio de 1700 generan un enorme malestar entre las clases dirigentes de la Puerta. En 1703, aunque se logra una paz en el exterior, estallan nuevas sublevaciones en la capital. Los jenízaros, los ulemas, los altos dignatarios y las corporaciones ciudadanas reclaman cambios en el gobierno del Imperio, todos ellos sumidos en una profunda crisis económica e influenciados por el sentimiento de que la Puerta se encuentra en un momento de recesión. Ante esta situación la solución más sencilla, a la que se ha recurrido con demasiada frecuencia a lo largo de la centuria, es deponer al sultán; se quita a Mustafá II para poner en el poder a Ahmet III, suceso que ocurre en 1703. Esta última revuelta se puede explicar por los excesivos errores militares cometidos en la guerra contra la Liga Santa, que han supuesto que el sultanato haga concesiones territoriales y diplomáticas que nunca se habían realizado en los últimos tres siglos.

El siglo XVII se inició con revueltas de grupos en Anatolia y se culmina con nuevos movimientos en la capital que condicionan la propia gobernabilidad del Imperio. Los problemas económicos, que se han intentado solventar con el aumento generalizado de los impuestos, la devaluación reiterada del valor de la moneda, el impago de los sueldos de las personas dependientes del Estado y la generalización de impuestos especiales para intentar no caer en bancarrota. El sultán y los altos dignatarios del palacio convierten los problemas económicos en tensiones sociales al cargar sobre los ciudadanos, y en especial en los campesinos, la resolución de una crisis que se extiende en el

tiempo y el espacio. Además de un éxodo masivo del campo a la ciudad, el gobierno central no es capaz de asegurar el suministro de bienes de consumo a las grandes ciudades del Imperio, comenzando por la propia capital, por lo que a lo largo de la última parte de la centuria se producen hambrunas que aún hacen más difíciles los problemas. La Sublime Puerta había establecido un sistema de gobierno muy centralizado, sistema de gobierno del que depende el buen funcionamiento del propio Estado. El primer problema que se produce en las últimas décadas de esta centuria es que Estambul comienza, por primera vez en su historia, a perder territorios en Asia y Europa, por lo que las estructuras económicas basadas en una economía basada en procesos de expansión militar se acaban completamente.

En este tema, como en otros muchos, se produce un desfase evidente entre los modelos imperantes en Europa y los dominios del sultán, lo que tendrá unas consecuencias evidentes. Es el propio Diván el que se tiene que preocupar de estas cuestiones, tanto para la capital como para el resto de las provincias, y se crea el cargo de *kaymakan* para que fije los precios de los productos básicos, así como la producción de otros bienes que realizan las corporaciones de artesanos y comerciantes, así como las necesidades que tiene una urbe que es una de las más pobladas del mundo. La falta de una autoridad clara dentro del palacio y la corrupción que se generaliza en la capital y en las provincias suponen que este engranaje, perfectamente fijado por decenios de buen funcionamiento y centralizado, se empiece a resquebrajar. Los archivos otomanos nos informan de que se intentan visar todos estos datos, así como el precio de los productos más importantes, para lograr que no se rompa la paz social en el territorio, por lo que el Estado tiene un control final sobre el valor de las mercancías, en especial el trigo, producto básico para la población del todo el Imperio. Los cambios económicos de la centuria en Europa tardan mucho tiempo en ser asimilados por el poder central, al mismo tiempo que se está rompiendo el sistema tradicional de abastecimiento y de la propia economía. Como resulta lógico, en la capital del Imperio, donde residen el sultán y los altos funcionarios del Estado, el sistema se mantiene relativamente durante estas centurias, pero en otras urbes de los dominios de Estambul, donde la presencia de extranjeros y factores externos es mayor, este modelo resulta difícil de pervivir con las repetidas crisis económicas y, sobre todo, monetarias de estas décadas.

Uno de los cambios más evidentes en el sistema económico del siglo XVII en el Imperio otomano es el mayor peso que tiene el comercio exterior. Estambul reclama productos de lujo y manufacturados a Occidente (especias, holandas, papel y moneda). Los europeos compran materias primas (seda, algodón, vidrios, cueros, etc.) y son expulsados del comercio de granos y de madera, productos que se consideran estratégicos. Aunque el control por parte de la Puerta es muy férreo, eso no impide que se aumente el contrabando de cereal, en especial trigo, en las islas griegas, uno de los productos más codiciados de toda la centuria. El nuevo rumbo de la economía de estas décadas supone que Estambul no sea un elemento esencial en el gran comercio internacional. Además de las restricciones que se ponen desde el poder central, junto con las continuas disputas que generan los conflictos armados en esta época, tanto ingleses como franceses y holandeses están más interesados en fijar rutas estables en América y el Extremo Oriente que con la capital del Bósforo. Las rutas tradicionales de comercio, realizado por medio de caravanas que atraviesan Asia, *karavansarai* a *karavansarai*, siguen subsistiendo en estos años. Lo que cambia es que muchos de los puestos de intermediación de las mercancías son cogidos por minorías por las reticencias de los turcos de ocupar cargos directos en el comercio internacional. Griegos y judíos se van convirtiendo en agentes de comercio, además de transportistas, en este gran comercio con los europeos, cuestión que se mantendrá hasta el final de la historia del Imperio otomano. A ello también contribuye a que muchos de estos miembros no musulmanes de los súbditos del sultán suelen ser intérpretes y traductores de los cónsules y hombres de comercio, lo que facilita su entrada en este mundo de relaciones con el exterior. El asentamiento de estos grupos de personas en las provincias y en la capital generan redes clientelares que van adquiriendo en cierto papel político según los caracteres de la gobernación del palacio comienzan a entrar en cierta decadencia. Así explicamos las reiteradas intermediaciones de embajadores europeos para solventar alguna de las crisis militares y políticas de la Puerta con las potencias continentales. El comercio mediterráneo, siendo Livorno y Marsella, además de la tradicional Venecia, donde se concentran la mayor parte de las rutas de intercambio de productos, se va generalizando durante todo el siglo XVII. Poco a poco todos los países europeos, incluso los que estaban en guerra abierta contra la Puerta, fueron logrando tratados de comercio que les permitían entrar en este mer-

cado. Solo la monarquía hispánica se resiste a introducirse en estas rutas de intercambio de productos, por lo que se aísla del conocimiento y de tener relación con el otro lado del Mediterráneo. La intensificación de las relaciones comerciales es impedida en esta época por el mantenimiento de un resto del duro enfrentamiento que se había producido en el Mediterráneo en el siglo XVI, como es el antagonismo con las repúblicas y regencias dedicadas al ejercicio del corso como base esencial de su economía. Este corso, practicado tanto por berberiscos como por caballeros de la Orden de Malta, además del realizado desde los virreinatos españoles en el sur de Italia, impidió que los tratos comerciales entre Oriente y Occidente fueran más fluidos.

El mayor problema interior al que tiene que hacer frente la Sublime Puerta a lo largo de toda la centuria, aunque se intensifica en los últimos años del siglo XVII, son las continuas revueltas sociales, tanto en las provincias como en la capital. Estas son especialmente duras cuando las encabezan ulemas y jenízaros, personas que dependen de los aportes económicos del Estado central, por lo que responden a las crisis monetarias que los empobrecen rápidamente, además de tardar mucho tiempo en recibir sus soldadas en buena moneda. El aumento de las necesidades de soldados por parte del Diván y las dificultades de su reclutamiento por el sistema tradicional, *devsirme,* suponen que se cambien varios de sus caracteres distintivos. En primer lugar, los jenízaros ya no proceden de antiguos cristianos, y se permite que se enrolen musulmanes que ya no tienen que mantener el celibato durante el ejercicio de su carrera de armas. Poco a poco logran que sus hijos hereden sus cargos, e incluso se introducen en actividades económicas ejerciendo el pequeño comercio en Estambul. De cualquier manera, la crisis monetaria y hacendística del sultán tiene unas consecuencias inmediatas en estos grupos armados, que no reciben sus pagas en las épocas convenidas. Con los años se habían convertido en un grupo de presión que solo es atajado cuando ocupa el poder un sultán o un visir capaz de poner coto a sus excesivas reclamaciones y su injerencia en el poder. Murat IV, por ejemplo, redujo su número para aliviar al tesoro de su excesivo gasto, de 100.000 a 60.000 efectivos, y los dos primeros miembros de la saga de los Köprülü mandaron ejecutar a un número muy alto de los que promovían y provocaban sediciones y revueltas. Su poder, aunque seguía siendo muy grande, comenzó a ser respondido por la población a finales de la centuria, como se pone de manifiesto que se enfrenten a los grupos suble-

vados en los incidentes que promueven en los meses siguientes al fracaso ante Viena. La falta de un proceso claro de gobernabilidad generó el descontento general en la sociedad otomana, sometida a pagar unas elevadas tasas de impuestos en buena moneda, mientras que el Estado realizaba acuñaciones de escaso valor metálico en oro y en plata. Muchos de las sublevaciones y revueltas que se producen en esta centuria son movimientos de reivindicación social que encabezan corporaciones artesanales urbanas o grupos de campesinos, en un claro proceso de empobrecimiento por la falta de un gobierno capaz de arbitrar medidas que acaben con este problema. No son, por lo tanto, acciones de tipo político, sino social, especialmente difíciles de solventar en un sistema político y humano muy tradicionalista, lo que pone de manifiesto lo degradado que está el poder.

En las zonas alejadas de Estambul esta situación resulta aún más dramática y preocupante. La falta de dinero y la corrupción permiten que el timar se convierta en un derecho hereditario, como si fuera un feudo occidental, por lo que se trasforma en un derecho privativo lo que hasta ese momento es una dádiva temporal concedida por el sultán. Ello supone cambiar la estructura social de manera radical, ya que además de los timariotas aparece una nueva clase, los *derebey*, hombres que compran la tierra en mercados a campesinos arruinados o a personas que quieren desprenderse de sus feudos. En las regiones se va formando un grupo privilegiado, conocido como *a yan* (notables), que se convierten en parte del grupo dirigente. Es decir, un campesinado cada vez más arruinado por la fuerte presión fiscal, que tiene que emigrar o reconvertirse en obrero agrícola después de desprenderse de sus tierras, frente a grupos que aprovechan la situación para enriquecerse y formar grandes patrimonios agrarios. La inestabilidad y la falta de recursos del Estado acrecientan esta bipolarización social, que es una verdadera revolución en la estructura interna del Imperio. Exclusivamente en los momentos de gobernantes con carácter se acaba con estas malas prácticas, como es el caso de la época de Murat IV y en los años posteriores a la paz de Karlowitz, pero durante buena parte de la centuria las sublevaciones de campesinos serán moneda frecuente en Anatolia, lo que muestra la degradación en la que han llegado estos procesos, que están esbozados en estas páginas de manera sucinta.

En el siglo XVII lo que desaparece son algunos de los atributos que había adquirido el sultán en siglos pasados. Desde la época de Selim y Solimán la je-

fatura del Estado recae en un personaje casi sagrado, que representa a Dios en la tierra. Un soberano absoluto que es el jefe terrenal y espiritual, y que se encuentra por encima de todos sus súbditos. Después de un siglo en el que son depuestos varios sultanes, los jenízaros han provocado diversas sublevaciones militares, los ulemas se han opuesto a las decisiones de su señor, por lo que cada vez se comporta más como un soberano terrenal, perdiendo sus caracteres de dinastía que no pertenece a este mundo. El trato de las potencias europeas con la Sublime Puerta muestra de manera evidente este cambio profundo que se ha producido en la propia consideración de la casa de Osmán, a la que ya no ven como algo intemporal y sublime, y simplemente es un Estado más del Viejo Mundo. En las estructuras interiores del Imperio otomano se produce un anquilosamiento que fija muchas de los comportamientos y maneras, lo que provoca que sus posibilidades de evolución se ralenticen de manera evidente. El excesivo control del palacio en todos los asuntos que atañen a la existencia cotidiana del Imperio, institución que aún pretende controlar toda la vida de sus súbditos según unas normas muy estrictas, fijadas por la tradición, supone que cualquier movimiento que pretenda el cambio y la innovación esté condenado al fracaso por parte de la burocracia central y provincial. La debilidad de la Sublime Puerta no se aprecia exclusivamente en los reveses militares que sufre ante Rusia, Venecia o Austria, en los que pierde una porción grande de sus posesiones en los Balcanes y en Crimea-Ucrania, sino también en la mayor importancia que tienen los extranjeros en su política. Además de acaparar parte del gran comercio internacional y de que los embajadores influyan en algunas de las decisiones que se toman a finales de la centuria. Católicos y ortodoxos, como es el caso de Rusia, pretenderán liderar a las minorías no musulmanas de la Puerta, adquiriendo un mayor poder dentro de ellas, lo que era una manera de introducirse dentro de la estructura social y política del Imperio, situación completamente desconocida en décadas anteriores.

Estambul sigue siendo la representación de una potencia con un gran poder político, militar y territorial, pero desde la victoria de Lepanto los europeos consideran que puede ser vencida y sojuzgada, tanto militar como económicamente. Estas ideas, latentes después de la muerte de Solimán el Magnífico, se ratifican plenamente a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII, sobre todo después de la desaparición de la generación de los gobernantes pacifistas de las tres primeras décadas del seiscientos. El

segundo asedio a Viena es un logro que vuelve a despertar el miedo y los recelos de los europeos, pero el fracaso de las *ocak* jenízaras ante las murallas de la ciudad genera, como en 1571, la sensación de que ya no se está combatiendo contra un enemigo invencible. La documentación española recogida en los "Avisos de Levante" insiste una y otra vez en la decadencia en la que vive el interior del palacio, repleto de conjuras y de grupos de poder que hacen muy difícil un gobierno estable y duradero. Las necesidades económicas crecientes para mantener todo el aparato administrativo, militar y político conllevan que no se pueda atender a todo, por lo que se extiende la idea de que la otrora poderosa marina del sultán ya no es un peligro para los estrechos italianos. Se le considera un enemigo peligroso, que tiene el poder de convocar enormes ejércitos y realizar grandes conquistas, pero ya no es la maquinaria bélica de la primera mitad del siglo XVI. El largo siglo XVII del Imperio otomano es momento de transición entre el siglo que supuso el mayor esplendor de este Estado, admirado y temido por todos, y la larga aniquilación de un Imperio que se convirtió en el gran enfermo de Europa hasta que desapareció a finales del siglo XIX, duración mucho mayor que el de la propia monarquía hispánica, entidad política que también tuvo que padecer a lo largo del seiscientos una época de pérdidas territoriales, morales y políticas evidentes. La gran diferencia entre ambos imperios mediterráneos, hegemónicos en el siglo XVI, es que las posibilidades de cambio de los sultanes otomanos eran mucho menores que las de los reyes españoles, que en los primeros años del siglo XVIII cambian de casa dinástica, como consecuencia de mantener el peso de una tradición que establecía una sociedad y unas maneras de regirse muy estáticas en el caso musulmán. Hemos descrito un momento de recesión, un siglo de transición entre la época de mayor auge y dominio, y otra en la que las derrotas en los tratados internacionales sancionan las pérdidas en los campos de batalla, e imponen condiciones cada vez más vejatorias e infamantes.

7

El siglo xviii

7.1. *Del enfrentamiento con Europa al inicio de la Cuestión de Oriente*

El siglo XVIII muestra claramente la penetración del mundo europeo en las estructuras interiores de la Sublime Puerta, e incluso en el "periodo de los tulipanes" (*lale devri*) podemos apreciar perfectamente el influjo de los gustos artísticos franceses en las mezquitas y los objetos decorativos que se venden en los bazares entre los años 1720-1730. Este elemento, que no deja de ser anecdótico, nos muestra cómo el Imperio otomano se va convirtiendo en un país satélite de las grandes potencias europeas de la Ilustración. Durante todo el siglo estará en guerra con sus vecinos más cernamos, Rusia y Austria, y mantendrá sus sistemas de centralización absoluta en el gobierno de sus posesiones, lo que tendrá consecuencias negativas para la perpetuación del Imperio según lo conocemos. Las tierras de Rumelia irán cayendo paulatinamente en manos de los cristianos, mientras que las provincias árabes iniciarán un proceso de autonomía, que en algún caso es de semiindependencia, que generará un panorama político completamente nuevo en el Mediterráneo, con los consiguientes cambios en las estructuras políticas y diplomáticas. El tratado de Küçük Kaynarca de 1774 es la fecha clave en este proceso, la primera vez que el Imperio otomano pierde un territorio musulmán, lo que

pone de manifiesto que el mundo europeo empieza a ambicionar posesiones otomanas que estaban alejadas de sus reivindicaciones territoriales tradicionales, iniciándose la Cuestión de Oriente, que marcará la política mundial a lo largo del siglo XIX. Las fronteras que gobierna Estambul se habían comenzado a reducir en el tratado de Karlowitz de 1699, obviando las pérdidas que se habían producido en 1639 en el tratado de Kars-e Çirin de 1639 con la Persia safawí, que se amplía enormemente en esta década de finales del siglo XVIII. La paz de Karlowitz, que había supuesto la destitución del sultán Mustafá II, habían inducido a una generación de hombres a la necesidad de que el Imperio se tenía que abrir a las influencias exteriores para impedir el retraso en casi todos los campos con respecto a Europa Occidental y, sobre todo, con Rusia. Dentro del palacio no se entiende que los rusos, enemigos de segundo rango en épocas anteriores, sean ahora unos adversarios temibles que son capaces de derrotar a los jenízaros y a los sipahis, de la misma manera que no comprenden cómo los occidentales han logrado un desarrollo económico y técnico tan manifiesto mientras que el Imperio seguía en una situación similar. En los últimos años del siglo xvii se aprecia una tendencia clara en el palacio de aislar a Estambul de las disputas internas entre los europeos para intentar mantener el edificio del Imperio sin nuevas pérdidas territoriales, aunque no logran con demasiado éxito sus pretensiones. Los grandes visires de la época no alcanzan sus objetivos, como se aprecia en el tratado firmado en 1699, aunque consiguen mitigar gran parte de las consecuencias de seguir realizando una política de injerencia en los problemas internos de los Estados europeos.

7.1.1. La guerra con las nuevas potencias (Rusia, Austria y Persia)

El nuevo sultán, Ahmed III, que gobierna desde 1703 hasta 1730, era un hombre educado dentro del palacio, más interesado en la poesía, la pintura y la caligrafía que en los asuntos de gobierno. Gobernante muy cercano a los intereses franceses, dado que dos de sus mujeres eran originarias de este país. Como la mayor parte de de sus antecesores, dejará los asuntos de Estado en manos de los grandes visires, y se despreocupará de la política durante la mayor parte de su mandato. Los sucesos de 1699 seguían pesando en la con-

ciencia política del Diván, por lo que se tomará la decisión de no inmiscuirse en la guerra de sucesión de España (1701-1714) y en la gran guerra del norte (1700-1721), entre Suecia, Dinamarca, Noruega, Polonia y Rusia, aunque al final terminó salpicando al Imperio otomano. Las potencias europeas habían intentado que el sultán tomara partido por alguno de los bandos, aunque la Puerta fue capaz de resistir las presiones que recibió. Las ansias expansionistas de Carlos XII de Suecia, monarca que se refugiará en los dominios del Imperio otomano para no caer prisionero en manos de Pedro I el Grande de Rusia, después de la batalla de Poltava en 1709, cambian el signo de la política de la Puerta en estos años. Dentro del palacio existían dos bandos perfectamente definidos: los partidarios de no inmiscuirse en los asuntos de los europeos, y el bando de los partidarios de la guerra, que son los que apoyan los requerimientos del rey sueco Carlos para que Ahmet II entre en guerra con Pedro I. Ahmet III nunca fue partidario de participar en el conflicto bélico, aunque terminó cediendo a la facción que proponía mandar a los jenízaros a Crimea para limitar el expansionismo de Moscú. Las promesas de la llegada de refuerzos suecos y polacos para enfrentarse contra el zar logran por terminar de convencer al sultán de inmiscuirse en el conflicto. La contienda será muy corta por la voluntad del gran visir, de Boltaci Mehmet Pachá, que derrota a los rusos y moldavos en la batalla de Pruth el 10 de julio de 1711. Es uno de los episodios militares más importantes del siglo XVIII, aunque no se logran todas las ventajas que podía deparar la supremacía militar sobre Pedro I. Este personaje no confía en la colaboración de los suecos con los otomanos, como tampoco está de acuerdo con el sueño del sultán de avanzar con su ejército para conquistar Moscú, por lo que firma la paz de Edirne en 1713, por la que se recupera Azov y los rusos se comprometen a desmochar la fortaleza de Taganrog y no intervenir en la política interna de Polonia. Carlos XII presiona a la Puerta para que continúe la guerra, al mismo tiempo que Rusia y Polonia pretenden que se retenga a este personaje para poder capturarlo y acabar con la inestabilidad que está generando en toda Centroeuropa. Con la firma del referido tratado se dejan aparcadas la mayor parte de estas cuestiones, desligándose de las excesivas presiones europeas sobre la Puerta, y se libera al rey sueco par que regrese a su país.

Los partidarios de reemprender la guerra, apoyados por el nuevo gran visir, Silahdar Damat Ali Pachá, utilizan las peticiones de ayuda de los orto-

doxos griegos de los antiguos dominios otomanos y del Fanar, ya que las comunidades dominadas por los venecianos se quejan de las presiones fiscales y teológicas a las que son sometidos, por los nuevos dueños de esta parte del Mediterráneo, los católicos venecianos que habían conseguido islas y la línea de costa de Morea por su participación en la Liga Santa. En 1715 se recupera la mayor parte de Morea y se ocupa la fortaleza de Souda, en la isla de Creta, lo que supone que se dinamite completamente el tratado de Karlowitz. El éxito en las dos contiendas anima al partido belicista a reemprender la guerra contra Austria para recuperar Hungría. Sin embargo, esta campaña se culmina con un enorme fracaso, ya que los austriacos logran conquistar Termesvár en el otoño de 1716, y en agosto de 1717 se hacen con la ciudad de Belgrado. La flota de Venecia, en ese mismo año, sale del Arsenal para intentar recuperar los territorios perdidos. Los desastres en estas campañas se suceden, y se produce una gran pérdida de hombres y material bélico. Una flota conjunta veneciana y maltesa recupera Preveza, en la costa Dálmata, y realiza otros ataques en las costas de Morea. El nuevo gran visir, Nevsehirli Damat Pachá, convence al sultán de que hay que acabar con la guerra, y logra, también con el apoyo de los embajadores de Inglaterra y Prusia, firmar la paz de Passarowitz el 21 de julio 1718. La gran beneficiada de este acuerdo es Austria, que logra el Banato de Temesvár (Timisoara), la Valaquia occidental y el norte de Serbia, además del dominio de la ciudad y región de Belgrado; se sitúa ahora la frontera con el Imperio otomano en la zona que se extiende entre el Drina y el Sava. Además, logra que se reconozca la protección sobre los súbditos católicos de la Puerta. El sultán concede a los austriacos los mismos privilegios que tenían las otras potencias europeas en Estambul para realizar el comercio en sus posesiones. Durante todo el mandato del gran visir Damad Pachá (1718-1730) no se producirán nuevos enfrentamientos con Viena, lo que demuestra que se les ha concedido todas sus pretensiones presentes. Sin embargo, Venecia no sale bien parada de esta paz, dejada a su suerte por Austria, ya que mantienen las conquistas realizadas, pero no logra la recuperación de Morea.

El gobierno de Nevsehirli Damat Ibrahim Pachá, época conocida como el periodo de los tulipanes, es uno de los momentos de mayor apertura de la Sublime Puerta hacia el exterior. Este hombre, un político que tiene muy clara la inferioridad técnica de los otomanos con respecto a las potencias eu-

ropeas y que es consciente de las limitaciones del Imperio que gobierna, desea que se incorporen las nuevas técnicas militares, arquitectónicas y las otras innovaciones del continente al Imperio. Manda embajadores a las principales cortes europeas (Yirmisekiz Mehmet Çelebi a París, al segundo tesorero Ibrahim Pachá y a Mustafá Efendi a Viena, Nisli Mehmet Aga a Moscú, o a Mehmet Efendi a Polonia), aunque este tipo de política también genera que se intensifique la resistencia de los sectores más tradicionales del palacio, que no ven con buenos ojos la apertura hacia el exterior. En este periodo se termina con el hermetismo de la Puerta, ya que manda a estos embajadores y a sus agentes a que remitan informes en los que se refieran los caracteres que tienen las formas de poder y las maneras de organización de los principales países cristianos. A los sectores más reaccionarios, aquellos que identifican la Puerta con el califato, les parece esta apertura hacia el mundo cristiano y occidental una traición a la propia esencia de los fundamentos de la casa de Osmán. Durante los años que se mantiene en el poder tiene que hacer frente a conjuras del *bostanci basi*, de varios de los *defterdar* y *ulemas* que no están de acuerdo con las directrices que emanan del Diván. La importancia que se da al Occidente dentro de la Sublime Puerta es una demostración de la decadencia en la que empieza a estar sumida Estambul. Los grandes sultanes de la época clásica (Selím o Solimán) habían realizado sus acciones políticas sin detenerse a valorar las opiniones de los occidentales, mientras que ahora tanto los gustos cristianos como las opiniones de sus dirigentes son de suma importancia para el comportamiento del palacio.

El periodo de *laleli* se puede definir por la importación masiva de modelos occidentales, tanto arquitectónica como suntuaria, en el mundo otomano, y muchas de las modas que se incorporan son contrarias a la tradición turca, como puede ser, y es un simple ejemplo, la introducción en el mobiliario interior de los sofás, que desplazan a los tradicionales divanes. En realidad estamos ante el primer momento de la renovación de las maneras de la Puerta, que será completa y radical un siglo más tarde en la época del *Tanzimat.* El gusto de lo francés no se aprecia exclusivamente en fuentes o jardines, además de mezquitas y otros edificios civiles, y hay que centrarse más, para la historia política que estamos refiriendo, en la copia de los modelos bélicos de las academias militares galas de la época, o la diferente consideración que se empieza a dar a las mujeres dentro de la sociedad de los sultanes,

tema en el que influye que las dos esposas favoritas de Ahmet III sean originarias de esta nación. Uno de los mayores avances del momento es el establecimiento de una imprenta para editar libros de ciencia y geografía en turco-otomano con caracteres árabes en 1726, donde se editan tratados de geografía y otras ciencias modernas, aunque solo dura mientras que se mantenga en el cargo el gran visir. Las primeras imprentas en Estambul aparecen a finales del siglo XV, pero siempre editando libros en hebreo, armenio o griego. Ibrahim Müteferrika fue el encargado de poner la prensa en movimiento, hombre de origen húngaro, aunque su futuro estuvo condicionado al mantenimiento del gran visir y su caprichoso y excéntrico sultán.

Desde el punto de vista económico, las reformas que introduce Damat Ibrahim Pachá serán las que acaben con el gobierno de este hombre y del sultán que le apoya, tocados en los últimos años por gustos y comportamientos extravagantes. Sigue reduciendo el número de jenízaros y funcionarios para disminuir los gastos fijos del Imperio. Vuelve a especular con el valor de las monedas, lo que produce un empobrecimiento de amplios sectores de la sociedad. Se imponen impuestos extraordinarios para hacer frente a los gastos fijos de las pagas de las personas dependientes de la Puerta. Además de fijar nuevas tasas sobre el timar, también vuelve a castigar al artesanado urbano y demás corporaciones artesanales con más impuestos, lo que provoca que vuelvan a reproducirse las protestas en la capital y en las regiones. Todo ello culmina en un aumento drástico de la inflación, el empobrecimiento de las clases medias, tanto urbanas como rurales, que se generalice el desabastecimiento de las ciudades y que aparezcan las primeras hambrunas, sin que desde el palacio se tomen medidas para atajar estos problemas. Es una época, paradigmáticamente, de un gran desarrollo de las artes, las ciencias, el urbanismo y de creación de nuevos modelos en el arte otomano, aunque de gran pobreza para la generalidad de los súbditos que dependen de la Puerta. Se da el contrasentido de que Estambul se llena de espectáculos pirotécnicos y grandes representaciones teatrales, en un momento en el que se levantan enormes palacios y preciosistas mezquitas, con un descontento generalizado por el empobrecimiento general de la sociedad. Un gobierno, como el representado por Ahmet III, que se puede definir como uno de los más atractivos desde la óptica exterior, que es un auténtico desastre interior. En los últimos años de la década de 1720 se pueden referir un gran número de revueltas en Anatolia y Rumelia, vuelven a

aparecer grupos de bandidos, sublevaciones de jenízaros y otros cuerpos militares de nueva creación, sin que el Topkapi se inmute lo más mínimo.

Aprovechando la paz en Europa que había supuesto el tratado de Passarowitz, otra injuria para las clases más tradicionalistas del Imperio, y de la mala situación interior de la dinastía safawí en Persia, se iniciará una guerra en el este para recuperar los territorios perdidos en contiendas interiores. Los persas están atravesando una crisis interna que se ve acrecentada por las agresiones de Rusia en el norte de sus dominios y de los afganos en el este y el centro de las posesiones de Ispahán. La declaración de guerra, aprovechándose de la coyuntura adversa del rival chiita, supone que se conquiste Tiflis y Gori en 1723, Erivan en 1724 y Tabriz en 1725. En Irán occidental en 1723 logran capturar Kermanchah, éxito que repetirán en 1724 en Harmadan. En 1727, aprovechando que se ha expulsado a la dinastía safawí del poder, al ser conquistada Ispahán por el afgano Achref Sha, se logra una paz que reconoce todas las conquistas realizadas en estas campañas. Esta paz será realmente breve y se debe explicar únicamente acudiendo a la propia situación interior de Persia. El líder de los Afçar, Nadir Kan, expulsa al soberano afgano y repone en el trono a Tahmasp II, un nuevo sha safawí, por lo que se pide a rusos y otomanos que abandonen los territorios persas, ya en el sultanato de Mahmut I. El gran visir Damat Ibrahim Pachá comienza a preparar una nueva expedición en Üsküdar para volver a entrar en contienda con los persas, cuando una revuelta de jenízaros terminará con su mandato. Está comandada por Patrona Halil, un jenízaro de origen albanés que había participado en la campaña anterior comandando a los *levents* (voluntarios). En la mezquita de Bayecit denuncian al sultán y al gran visir por haber entregado territorios suníes a los infieles, traicionando la ley islámica, y se les acusa también de que se han dejado impresionar por los gustos de los *rumi* (cristianos), sin reparar en gobernar con equidad a sus súbditos musulmanes. Los ulemas y otros sectores religiosos y ciudadanos apoyan rápidamente la revuelta, por lo que el Ahmet III se ve obligado a pedir la ejecución de su gran visir. Los sediciosos imponen un régimen de rapiña y saqueo durante varias jornadas en las proximidades del palacio, es uno de los episodios más violentos y dramáticos realizados por estos militares profesionales a lo largo de su historia. El sultán abdica del trono y propone como sucesor a Mustafá II, aunque en octubre de 1730 el califato será cogido por su sobrino Mahmut I. La primera

medida que se toma es acabar con el decadente ambiente del periodo de los Tulipanes, terminando con sus excesos y modas extravagantes que tanto incomodaban a la sociedad otomana tradicional. Ahmet III se retiró a las partes interiores del palacio, donde residió los últimos seis años de su vida en esta prisión dorada, como la mayor parte de los sultanes que le sucederían, aunque se convirtió en un personaje de leyenda para los occidentales. Voltaire, en su *Cándido*, lo presenta en el barco que va de Constantinopla a Venecia contando su vida, refiriendo que destronó a su hermano y fue destronado por su sobrino. En la ficción de la novela, que cuenta la historia de varios desheredados que buscan una nueva libertad, lo representa viajando al carnaval de la señoría, aunque en realidad nunca volvió a salir fuera de las murallas que vigilaban el Gülhane (jardines del Topkapi).

El inicio del gobierno del nuevo soberano coincide con el mantenimiento de la revuelta de los jenízaros de Patrona Halil, hasta que logra convencerles de que realicen una nueva expedición contra Persia en noviembre de 1731. Una vez sometidos los sediciosos, manda asesinar a su líder, Patrona Halil. Antes de emprender esta nueva empresa era necesario modernizar las estructuras militares del Imperio. Para realizar esta modernización, asumida por la mayor parte de la cúpula del Imperio, se buscará a un reputado militar francés, que había ganado fama en la guerra de sucesión española, el conde de Bonneval, para encargarse de modernizar el ejército. Para ser aceptado por los sectores religiosos, se convertirá al islam y tomará el nombre de Ahmat Pachá. Creará cuerpos nuevos, como el de bombarderos, introducirá mercenarios franceses y escoceses entre las huestes del sultán, uniformará a las tropas y creará nuevas maneras de defender y atacar las ciudades fortificadas.

Además de estas reformas en la organización militar, intenta paliar los problemas de las hambrunas y otras situaciones injustas que se habían generalizado en el gobierno anterior. Fija una política de creación de librerías para guardar la producción literaria del Imperio, manda la búsqueda de manuscritos y las obras de poetas e intelectuales por todos los confines de sus posesiones. Su afición a la poesía le sirvió a lo largo de toda su vida para no volverse loco en su dorado exilio entre las paredes del palacio, protegido por su abuela Gülnüs Sultana. Tuvo una enorme predilección por la música y, sobre todo, por la poesía, por lo que su política de edificación de bibliotecas para conservar las obras de sus contemporáneos y sus pasados era completa-

mente lógica, ya que abandonó completamente el gobierno por dedicarse a su verdadera afición. Impulsa la creación de fábricas de papel, para no depender de las importaciones de Europa, y trae artesanos polacos, franceses y venecianos para enseñar la fabricación de papeles de buena calidad. Más importante es la política para arreglar el gran problema del abastecimiento sanitario de la ciudad de Estambul, en especial llevar agua a los barrios cercanos al Cuerno de Oro. Para ello construye nuevos acueductos y otros recursos para canalizar las aguas dulces del Bósforo a la ciudad, mejoras que perdurarán hasta mediados del siglo XIX, época en la que se emprende una nueva política para paliar las nuevas necesidades de agua de la población.

En 1731 se inician nuevas campañas militares contra Persia, como se ha referido anteriormente. Los persas irán reconquistando todas las posesiones que se habían concedido a los otomanos en la paz de Hamadan de 1727. La subida al poder de la nueva dinastía de los Afsar, en 1736, dando por terminada la historia de los Safawís, y los fracasos de las expediciones otomanas realizadas por la Puerta llevan a firmar un acuerdo en 1737, que fija la frontera entre los dos Estados en el río Araxe. El ejército otomano se pasa varios meses de campaña sin lograr ningún éxito por la hábil estratagema militar impuesta por el sha Nadir. Pero los fracasos no son la razón de la firma de un acuerdo tan desfavorable para Estambul, ya que significaba renunciar a lo logrado una década antes, ya que el anuncio de una futura guerra contra Austria y Rusia obligan al nuevo sultán a no dispersar sus reducidas fuerzas militares, por lo que es mejor ceder en el este para defender sus posiciones en Rumelia y el mar Negro.

Los primeros problemas se producen en la frontera con Rusia en la región de Crimea y en sur del Cáucaso. En 1736 las tropas rusas se acercan al mar Negro y atraviesan Crimea para conquistar la ciudad de Azov. Los tártaros musulmanes, confederados con la Puerta, son ampliamente derrotados por los ejércitos zaristas, lo que permite coger el control de la mayor parte de Besarabia. La gran diferencia de este enfrentamiento entre Moscú y Estambul, con respecto a los anteriores, es que ya no es un problema bilateral, puesto que se intenta que intervengan también las otras potencias para apoyar a los contendientes. Al mismo tiempo se está decidiendo la guerra de sucesión en Polonia, tema que también entra en la presente disputa. Austria y Polonia se alían con Rusia contra el sultán. Además del frente ucraniano, los austriacos realizan campañas en Bosnia y Bulgaria, y los ejércitos de la Puerta conquistan

nuevamente la ciudad de Belgrado. Las reformas militares comienzan a dejarse sentir en esta contienda, ya que lo que se pensaba que resultaría un paseo triunfal de los cristianos se traduce en derrotas de los confederados en Bosnia, Serbia, Moldavia y en la propia Crimea. En el tratado de Belgrado de septiembre de 1739, logrado por la intermediación de Francia, Austria devuelve a la Puerta lo logrado en el tratado de Passawitz. Con Rusia se llega a una situación de *statu quo*, por el que Moscú se compromete a no tener flotas de guerra ni mercantiles en el Mar Negro, y aunque se queda con la ciudad de Azov, tendrá que desmantelarla pocos meses después. Este tratado supone que, después de decenios de pérdida de reputación, el Imperio otomano recupere el prestigio internacional que se había dilapidado en el tránsito de los siglos XVII al XVIII. Lo que resulta más importante es que la paz de Belgrado supondrá la estabilidad de la frontera de Rumelia, ya que no se volverán a producir enfrentamientos con Austria hasta 1788, mientras que con Rusia solo se logrará el fin de las contiendas hasta 1768. El ejército, la política y la diplomacia otomana vuelven a entrar en la escena europea con un halo de respeto y consideración, lo que es un buen balance del sultanato de Mahmut I.

El reinado culminará con una nueva guerra contra Persia, que también supondrá una recuperación del prestigio internacional de la Puerta, en este caso con respecto al mundo islámico. La nueva contienda, o esta última fase del enfrentamiento con los persas, se basa en razones religiosas, como consecuencia de la defensa de la comunidad suní por el sultán de las pretensiones chiíes, el mantenimiento de la libre circulación hacia las ciudades santas del islam, además de por la defensa de la primogenitura religiosa y su capacidad de influencia sobre esta parte de Oriente, ya que el nuevo gobernante iraní (Badir Sha) acaba de realizar una serie de campañas en el norte de la India y pretende convertirse en el único rector de la política del Medio Oriente, reconocimiento que no es aceptado por la Puerta, ya que el título y el poseedor del califato sigue residiendo entre los muros del palacio de Estambul. Como todas las guerras que acaecen en el este de Anatolia, resultan campañas muy complejas, además de excesivamente caras, donde se combate en las amplias regiones de la frontera entre Anatolia y Persia, que van desde Georgia, Irak, Georgia y el Kurdistán. No se producirán éxitos tan rotundos como en la guerra anterior, y se pueden referir clamorosas derrotas en Anatolia oriental o Kurdistán. Sin embargo, la paz que se firma en 1746 es un completo éxito,

ya que es un calco del tratado de Kars-e Çirin de 1639, y se vuelve a las fronteras que existían en esa fecha.

7.1.2. Del periodo de paz al tratado de Küçük Kaynarca (Osmán III, 1754-1757, Mustafá III, 1757-1773, Abdül-Hamit I, 1773-1789)

Osmán III era el hermano más joven de Mahmut I, e hijo de Mustafá II. Es uno de los sultanes más insignificantes de toda la dinastía otomana, y lo único que se puede destacar de sus tres años de gobierno es que mantuvo la política pacífica de los últimos años de su hermano, y entró a participar ni en la guerra de sucesión de Austria (1740-1748) ni en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Con respecto a Persia, tanto el sultán como los grandes visires, en Estambul se ningunean las diferentes afrentas y conflictos fronterizos sufridos en estos años para no realizar una declaración de guerra, e incluso no se aprovecha el asesinato del sha Nadir para intentar recuperar parte de los territorios perdidos en los últimos tratados firmados con los iraníes. Lo más significativo que se puede referir de este mediocre sultán es que introduce dentro de las maneras de gobierno de la Puerta una política muy rigurosa con respecto a los súbditos no musulmanes (*zimmi*), y pretende las conversiones en masa de judíos y cristianos, así como endurece la política en cuestiones religiosas con respecto a las minorías en todo el Imperio. Esto generó que amplios territorios balcánicos abrazaran las causas secesionistas que comenzaban a nacer en estas regiones, al desaparecer la tolerancia de siglos anteriores con respecto a las otras religiones del libro. Lo más conocido de su persona son sus manías, como son el odio a la música y a las mujeres. Expulsa a todos los músicos del palacio, y pide que el silencio campe por su corte. Toda su vida, hasta llegar al sultanato, transcurrió encerrada en el Altin Kafes del Harén (jaula dorada), por lo que era un misógino empedernido que siempre calzada unos zapatos con suelas de hierro para que sultanas, concubinas y odaliscas se escondieran cuando oyeran el ruido de sus pisadas para no tener que contemplar la figura femenina. Tampoco logró crear una línea política definida al cambiar con demasiada rapidez de gran visir, ya que en los escasos tres años en los que gobernó puso en el cargo a siete personas diferentes.

Mustafá III, hijo de Ahmet III, llega al califato en 1757, y una de sus

primeras medidas es elegir como gran visir a Mehmet Ragip Pachá, un hombre reputado como un insigne poeta y un excelente administrador, como pone de manifiesto que se mantenga en su cargo hasta su muerte en 1763, y realice una ingente labor por modernizar el país. La conjunción de un sultán enérgico y perspicaz y un excelente primer ministro supondrá la superación de muchas de las deficiencias que tiene el Imperio otomano y la adopción de varias medidas para intentar solventar estos problemas. Era un buen musulmán, aficionado a la astrología y a la lectura de historia y narraciones. Durante su mandato se produjo un pavoroso terremoto que destruyó varios barrios de la ciudad de Estambul, y ayudó en su reconstrucción con parte de su propio tesoro personal.

La labor más importante que realiza en los primeros años es mantener la neutralidad otomana ante los diferentes conflictos europeos, consciente de la excesiva debilidad de las estructuras militares otomanas. Después del periodo de *Laleli*, cualquier intento de reforma radical de las costumbres y las maneras de organización del Imperio suponía enfrentarse a los jenízaros y a los ulemas, lo que hace más difícil adoptar algunas medidas como consecuencia de la desmesura de épocas pretéritas. Aunque nunca había salido del recinto del palacio, tiene noticia de las reformas militares emprendidas por Federico II de Prusia, por lo que manda como embajador a Ahmet Efendi Resmi para tratar de que copie el esquema de estas reformas para poder emprender las mismas con su ejército. Federico II le recomienda que lea historia, y mejore la economía con el fin de tener dinero para armar a los militares y cuidar a sus soldados. En Estambul se tenía miedo del expansionismo ruso, país gobernado en esta época por Catalina la Grande. Para reformar el ejército primero tiene que organizar las finanzas internas, reducir los excesivos impuestos que se cobran a los timariotas y otros grupos sociales, y aumentar la actividad económica interior y el comercio exterior, para lo que planea incluso la construcción de un canal en Suez para fortalecer nuevas rutas comerciales. Para realizar este ambicioso plan se debía mantener la paz con las potencias exteriores, ya que entrar en una guerra supondría dilapidar todo el dinero que las nuevas medidas estaban comenzando a reportar a la Sublime Puerta. Los sucesores del gran visir en 1763 seguirán esta misma política, aunque los acontecimientos europeos impedirán que se pueda llevar a la práctica como pretendía el sultán. La última gran reforma que hizo Meh-

met Ragip fue una nueva ordenación de los arsenales estambuliotas para crear una marina nueva y renovada con la que hacer frente a sus enemigos exteriores.

El inicio de las hostilidades se produce por la sucesión de Polonia, en la que las tropas rusas entran en el país para apoyar a Estanislao Poniatowski, Estanislao II, antiguo amante de Catalina y gobernante títere de la zarina. Una serie de nobles polacos se unen en la Confederación de Barn para atacar a las tropas rusas acantonadas en su país, y se refugian luego en los Estados cercanos para evitar las represalias de Moscú. Uno de estos grupos rebeldes es perseguido por un destacamento cosaco, que servía bajo bandera zarista, hasta la ciudad de Balta, en Ucrania, perteneciente al kanato de Crimea, confederado con Estambul. El sultán pide la retirada inmediata de las tropas de la zarina de Polonia en 1768 y compensaciones por las muertes realizadas en Crimea y, ante la negativa de Catalina, el Imperio otomano declara la guerra. El ejército otomano aún no había sido bien adiestrado y equipado adecuadamente, mientras que el ruso era completamente moderno y contaba con unos excelentes mandos que habían preparado perfectamente los planes de batalla. Rusia logra el apoyo de Gran Bretaña, que permite el libre acceso de las flotas rusas al Mediterráneo y envía asesores de marina para ayudar a los oficiales rusos. Los primeros enfrentamientos se van a producir en Moldavia y Valaquia, y son desfavorables para los musulmanes. Al mismo tiempo que entran en liza los ejércitos, agentes rusos han recorrido todos los Balcanes, se han presentado como los auténticos defensores de los cristianos ortodoxos, y han promovido sublevaciones en Grecia, Serbia, Montenegro y Bulgaria, lo que suponía aumentar la inestabilidad de las posesiones interiores de la Puerta. Si se logran sublevaciones internas, las fuerzas otomanas tendrían que dividir sus efectivos entre Crimea y Grecia, lo que suponía debilitarle enormemente. Este mismo comportamiento realizan en Ucrania y en las tierras del Cáucaso, aunque aquí acompañados con movimientos de tropas que van arrebatando espacio a los otomanos. Para apoyar las sublevaciones en Grecia y en Morea, la zarina promete a los ortodoxos balcánicos la ayuda de la flota rusa. Como Catalina, por el cumplimiento del tratado ruso-turco anterior, no tiene naves en el mar Negro, hace venir al Mediterráneo la flota rusa del mar Báltico, que llega al Egeo después de abastecerse y descansar en el puerto de Livorno. Los barcos rusos ponen sitio a la ciudad

de Morea, pero una tormenta les hace abandonar la posición, y dejan aislados y sin apoyo a los rebeldes, que son masacrados por los jenízaros, como también ocurre en la Cefalonia o en la isla de Zante, por lo que guardarán en el futuro un enorme rencor a sus hipotéticos aliados. Los barcos zaristas se han refugiado en el puerto de Çesme, muy cerca de la ciudad de Esmirna y de la isla de Quios. El enfrentamiento de las dos flotas es una enorme victoria para Catalina la Grande, realizada por el comandante Orlov, que acaba el 7 de julio de 1770 hundiendo la mayor parte de las naves recién estrenadas del sultán.

Después de la victoria en el mar, la guerra se traslada a tierra, en especial a la región de Ucrania, donde el mariscal de campo Rumyantsev va derrotando a tártaros y otomanos cada vez que se enfrentan, y conquistando la mayor parte de las ciudades amuralladas de la región. Se intenta firmar un acuerdo con los tártaros, con el kan Sahib II Giray, para que abandone el bando de Mustafá III y se pase al de Catalina. En principio, se niega a dejar de ser vasallo de Estambul, pero cuando los soldados rusos entran con gran rapidez en la península de Crimea, manda a San Petersburgo a su hijo Sahin Giray para que pacte con la zarina y abandona definitivamente la fidelidad a la Sublime Puerta. Desde agosto de 1772 Estambul está pidiendo la paz para poner fin a una serie de campañas desastrosas que están acabando con los recursos y los soldados de la Puerta, aunque las excesivas demandas que impone Rusia para concederla suponen que se mantenga el enfrentamiento durante dos años más. Aunque es ajena a la historia del Imperio otomano, en este año se produce la primera partición de Polonia entre Prusia y Rusia, lo que condicionará la historia de esta parte de Europa para los próximos decenios. En este tiempo, los ejércitos zaristas se apoderarán de los principados danubianos, entrarán en Bulgaria, por lo que los otomanos tienen que aceptar la paz de manera imperiosa. El sultán Mustafá III ha fallecido, por lo que el nuevo poseedor del califato es un hijo de Ahmet III que lleva 43 años encerrado en la cárcel dorada por las órdenes de sus primos Mahmut III y Osmán III y de su hermano Mustafá III. Abdül-Hamit I es un hombre eminentemente pacifista y religioso, conocido por el sobrenombre de *Veli* (el Santo), que lo primero que tiene que hacer es culminar una guerra y tratar una paz completamente deshonrosa y desfavorable. Catalina II, ante la negativa de Estambul de acceder a la cesión de Crimea, aunque la Puerta estaba

pidiendo la paz para acabar con la guerra, decide desplazar el campo de la contienda a Bulgaria para intentar presionar al nuevo sultán que ha ascendido al califato en enero de 1774. La propia Catalina también desea alcanzar una paz ya que una serie de revueltas cosacas y otros problemas internacionales la impulsan a un acuerdo. La victoria de los zaristas en Bulgaria, en la batalla de Kozluca, es el último episodio de armas que convence al padisha a aceptar las condiciones de San Petersburgo para terminar con esta sangría humana y monetaria que está resquebrajando las bases del Imperio y promoviendo sublevaciones en algunas provincias.

El 21 de julio de 1774, en el tratado de Küçük Kaynarca, reconoce abiertamente la victoria de Rusia sobre el Imperio otomano, y cede por primera vez un territorio musulmán a una potencia cristiana. Podemos considerar este acuerdo como el principio de la Cuestión de Oriente, problema que condicionará toda la política europea en las décadas siguientes. Rusia logra las tierras que se extienden de Moldavia a Valaquia y Besarabia, y se fija la frontera entre el Dniéper y el río Bug. Crimea se declara territorio independiente de la Sublime Puerta, un kanato profundamente dividido entre tártaros prorrusos y prootomanos que será presa fácil para el expansionismo ruso de un futuro demasiado cercano para los deseos de Estambul. Crimea, independiente de esta situación, rápidamente entró en guerra civil, pretexto que fue aprovechado por Catalina II para ocupar todo el territorio y expulsar a su último gobernante, Sahin Giray, que será ejecutado por el sultán en 1787 y acusado de traición por haber pactado en 1772 el final del vasallaje tártaro a la Sublime Puerta. Siguiendo con lo acordado en Küçük Kaynarca, Azov se entrega también a Rusia y se le permite la construcción de dos ciudades amuralladas en la costa, por lo que el mar Negro deja de ser un lago perteneciente exclusivamente a Estambul. Se reconoce a los rusos el libre paso de su flota comercial por el Bósforo y los Dardanelos, por lo que se amenaza a la propia Estambul por mar al permitir que una flota de la zarina se instale en este mar. Además de una indemnización de guerra de cuatro millones y medio de rublos, se les reconoce a los rusos que puedan tener un embajador permanente en la Puerta y que se pueda construir una iglesia rusa que protegerá a los ortodoxos de la capital, aunque los rusos interpretan esta cláusula como que se les reconoce la protección de todos los súbditos ortodoxos de las posesiones europeas del sultán. Austria, aliada de Rusia, logra la cesión de la Bukovina, y la Puerta tiene que reconocer libertades

políticas para los rumanos.

Abdül-Hamit, como algunos de sus antecesores, tiene claro que debe emprender reformas severas en el Imperio para poder recuperar algo de lo perdido en la guerra con Rusia y poder resistir las nuevas situaciones que se están generando en Europa. El gigante ruso ha conseguido muchos de sus objetivos en la guerra, pero resulta evidente que no está satisfecho ya que quiere hacerse con más parte de la región en disputa. Un sultán que lleva la mayor parte de su vida desentendido y apartado forzosamente de todos los asuntos de gobierno y del mundo que existen fuera de los muros del harén, privado de su libertad por su hermano y sus sobrinos, que tiene que intentar modernizar todos sus dominios y someter muchos de los movimientos sediciosos en las provincias, que se explicarán en las páginas siguientes. Además, en poco tiempo tendrá que conseguir entender las claves de la complicada política que otras potencias europeas comienzan a realizar en el Mediterráneo. Para esta labor contará con excelentes grandes visires: Kara Vezir Seyyit Mehmet Pachá (1779-1781), Halil Hamit Pachá (1782-1785) y Koca Yusuf Pachá (1786-1789), y comandará personalmente la política que se realiza a lo largo de todo su mandato. En contraposición con gobiernos anteriores, será el propio sultán el que se ponga al frente de estas reformas, y se implique directamente en la resolución de los problemas, tanto exteriores como interiores, por lo que nos encontramos con un excelente gobernante, con independencia de que le toca vivir uno de los momentos más dramáticos de la historia del Imperio otomano.

La firma del tratado de paz y de libertad de comercio con España, firmado en Estambul el 14 de septiembre de 1782, es una buena demostración de cómo ha cambiado el mundo mediterráneo del siglo XVIII con respecto a las situaciones vividas en los siglos XVI y XVII. Tanto Abdül-Hamit I como su sucesor, Selim III (1789-1807), tendrán que renovar íntegramente el Estado para poder oponerse a unos enemigos que cada vez eran más poderosos y que mostraban abiertamente enormes apetencias sobre pedazos de los dominios del califato. La primera reforma que se debe emprender, como se ha intentado en varias ocasiones a lo largo del siglo XVIII, es crear un ejército moderno, capaz de defender las fronteras del Imperio en Rumelia y en Anatolia. Se deben adoptar tecnologías, técnicas y maneras completamente nuevas, lo que supone tener que enfrentarse al anquilosado y poderoso cuerpo

de los jenízaros y al grupo de los ulemas y otros elementos religiosos, que ven en la perpetuación de los modelos del pasado las señas de identidad de la Sublime Puerta. El dilema de la renovación y el mantenimiento de la tradición es una constante en la historia del Imperio otomano a lo largo de toda su existencia, lo que lastrará muchos de los intentos de equiparación de la Puerta con el resto de sus competidores en el mundo europeo de estas décadas.

Por primera vez, además de haber firmado una paz desfavorable con uno de sus mayores enemigos, Rusia, la Puerta ve cómo se está desmoronando toda la organización interior de sus territorios, donde regiones y provincias son más posesiones nominales que reales de Estambul, además de tener que hacer frente a sediciones alentadas por potencias extranjeras. Durante el mandato de Abdül-Hamit I la situación en Estambul se mantendrá estable y tranquila, aunque en ningún caso podemos afirmar esto del resto de las posesiones que se gobiernan desde el palacio. La ausencia de un poder real, fuerte y centralizado, durante buena parte del siglo XVIII, e incluso en el siglo anterior, ha permitido la creación de oligarquías locales que marcan la vida de estos territorios con independencia de los dictados del gobierno central. Esta dicotomía de acciones provoca que la posición exterior del Imperio sea muy endeble al tener que hacer frente a políticas no siempre coincidentes, que son vistas desde el exterior como dictados de un único poder.

Resumiendo la situación, que referiremos por extenso un poco más adelante, Siria, región que engloba el sur del actual país, Palestina y el Líbano, es gobernada por Cazar Ahmet Pachá de forma casi autónoma, como también ocurre en Irán con Ömer Pachá y Solimán Pachá, personajes que han sido capaces de reprimir sublevaciones internas sin la ayuda de los ejércitos centrales, lo que les legitima en sus gobiernos. El caso de Egipto hasta la invasión de Napoleón también resulta muy esclarecedor de los problemas de la gobernabilidad del Imperio, ya que el territorio es regido por los mamelucos Ali Bey al-Kabir, Murat Bey e Ibrahim Bey. Las regencias berberiscas llevan años siendo casi completamente independientes de los dictados del sultán, lo que explica, por referir exclusivamente un ejemplo muy significativo, que no reconozcan el tratado firmado entre Estambul y Madrid en 1782, ya que no les afecta directamente, por lo que seguirán practicando el corso contra navíos peninsular sin respetar el acuerdo firmado con Abdül-Hamit I. La situación

en Rumelia es aún más complicada al incidir sobre estas regiones aún más factores y protagonistas. A las tendencias nacionalistas, que son sinónimo de "independentistas", de Serbia, Montenegro, Albania y el Épiro, esta región regida por el afamado gobernador de Janina (Ali Pachá), hay que sumar que muchas de estas inquietudes son apoyadas por grupos europeos que buscan desestabilizar al gigante del Oriente. Los intentos de Estambul de aumentar el poder sobre estos territorios, no siempre con los medios más adecuados, producen el efecto contrario al buscado, lo que aumenta los sentimientos de independencia de estas antiguas provincias y dominios de la Puerta.

Nuevamente, el ejército es la primera tarea que se emprende para intentar acabar con la agónica situación del Imperio otomano a mediados del siglo XVIII. En esta guerra se ha perdido en todos los frentes, tanto en tierra como en mar, por lo que hay que reorganizar todos los destacamentos militares. Para iniciar estos cambios se elige al húngaro, aunque casi toda su vida profesional la ha realizado sirviendo a Francia, al barón François de Tott (1730-1793). Este hombre conocía la situación militar de la Puerta ya que estaba en Levante desde 1755 asistiendo al embajador Vergennes, estando presente en Crimea y realizando misiones de información para París durante la contienda. Su conocimiento del comportamiento de los ejércitos otomanos en la guerra contra Rusia le convence de la necesidad de crear un nuevo cuerpo de artillería, formado por muy pocos efectivos pero dotado con cañones fundidos en Francia y que realizan descargas rápidas y mucho más efectivas que los cuerpos anteriores (*sürat topçulari*). Crea una nueva fundición de cañones en Hasköy, donde se fabrican piezas según las nuevas técnicas, dirigida por el escocés Campbell, que al convertirse al islam tomará el nombre de Ingiliz Mustafá (Mustafá el Inglés). Edifican varias academias para enseñar a los 250 hombres que deben componer este nuevo cuerpo en las técnicas modernas del tiro. Aunque Tott abandona Turquía en 1776, sus reformas serán materializadas por el referido Campbell y el francés Aubert, personajes que cuentan con la protección de los diferentes grandes visires del periodo.

La renovación de la flota, después del absoluto fracaso de la armada otomana en la batalla de Çesme, la inicia en julio de 1774 el gran almirante (*kapudan Pachá*) Gazi Hasan Pachá. Contrata a dos ingenieros franceses, Le Roi y Durest, que mandan destruir gran parte de los navíos existentes para construir nuevos según técnicas modernas. Desde 1580 la marina otomana

había sentido los efectos negativos de no contar con las tripulaciones adecuadas, por lo que era necesario formar a la oficialidad y a la marinería para poder contar con tripulaciones adecuadas, razones que explican la pérdida de importancia de la Puerta en el mar en los dos últimos siglos de su historia. Los navíos otomanos se asemejan a los barcos franceses e ingleses, artillados con piezas modernas, y servidos con marinos que proceden en su mayoría de las islas griegas y de las costas anatólicas. Se crean bases logísticas nuevas en el mar Negro y el Egeo, y se funda una academia para formar nuevos ingenieros y enseñar las modernas técnicas de navegación a los oficiales (*Mühendishane-i Bahri-i Hümayum*).

Los cuerpos tradicionales del ejército otomano, la infantería jenízara y la caballería sipahi también sufrirán este esfuerzo renovador. Lo más importante es volver a imponer la disciplina y el adiestramiento a estos militares, por lo que se obliga a los timariotas a vivir en sus feudos y a los infantes a entrenarse de manera cotidiana para no perder sus cualidades de combate. Los fracasos en Crimea y en la frontera con Austria habían puesto de manifiesto la relativa falta de profesionalidad de los cuerpos tradicionales otomanos, lo que debe ser atajado de manera rápida. Como ocurre siempre que se emprenden reformas, los sectores más tradicionales se quejarán amargamente de la llegada masiva de extranjeros que ocupan puestos de importancia en el ejército. Para las diferentes academias era necesaria la edición de libros impresos sobre las nuevas ciencias que deben conocer los mandos militares, por lo que esta disposición enfurece a ulemas y cadíes al ver en los zocos libros impresos en otomano editados en Estambul. Austriacos y rusos verán con buenos ojos las quejas de los sectores más tradicionales ya que no desean que el Imperio otomano se organice como un Estado moderno y bien gestionado, ya que podía limitar sus ansias de dominio sobre sus posesiones.

Desde el poder central estas necesidades de renovación resultan más evidentes cuando Catalina II de Rusia pretende acabar con la extraña situación en la que ha quedado Crimea. En 1777 interviene directamente en los asuntos de la península al deponer a Devlet Giray y poner a la cabeza del kanato a Çahin Giray. Desde 1777 Estambul y Moscú se pelean por influir entre los grupos tártaros con el fin de hacer vencedores a sus respectivos candidatos, hasta que en enero de 1779 las tropas rusas ocupan íntegramente la península

y se la anexionan. Rusia está aprovechando la difícil situación que se está viviendo en estos años en Irán para desestabilizar esta parte de los dominios de Estambul. Los consejeros del sultán inician una lucha sorda y dura por hacer prevalecer sus opiniones, los partidarios de la guerra, encabezados por el almirante en jefe, Gazi Hasan Pachá, y el gran visir, Kalil Hamit, que postula aceptar la pérdida de Crimea para no entrar nuevamente en una devastadora guerra en un momento en el que Imperio aún no se ha recuperado de la anterior. Este último grupo vencerá en esta disputa cuando en el tratado de Aynali Kavak, firmado en enero de 1784, se reconozca la expansión de la zarina. Ello supone que el otro lado de las costas del mar Negro, las anatólicas, se llena de exiliados que huyen del dominio ruso, lo que también genera enormes problemas económicos, administrativos y logísticos a la Puerta. La reacción de los dos contendiente será muy similar: los rusos convertirán al antiguo kanato en una de sus bases militares más importantes, tanto en fuerzas terrestres como marítimas, y el Imperio otomano se dará prisa en iniciar las reformas militares de sus ejércitos para tener en las manos del Diván los recursos necesarios para enfrentarse a una guerra que se considera próxima e inevitable.

La cesión de Crimea no supone en ningún caso que las desmedidas ambiciones de Catalina II desaparezcan, ya que se tiene muy claro que es necesaria por parte de Rusia una expansión por las tierras limítrofes, por lo que la consecución de Crimea es el primer paso para lograr este plan perfectamente pergeñado y preparado. En esta fase de la Cuestión de Oriente las diferentes potencias ya se han repartido los diferentes territorios y espacios de influencia. La siguiente disputa con Rusia tiene connotaciones eminentemente religiosas, ya que, además de las apetencias territoriales, la zarina desea ser la cabeza de un Estado que aglutine a los diferentes ortodoxos de la región bajo su mandato. Austria, Venecia, Francia y Rusia se han repartido las posesiones de Estambul; se reserva la zarina todos los países de culto ortodoxo, tanto en el Cáucaso como en los Balcanes, y deja a Austria la parte oriental de los Balcanes (Bosnia, Herzegovina y Serbia), a Venecia la región de Morea y las antiguas islas de su imperio comercial medieval y a Francia todo Egipto y Siria. Las razones de tipo religiosos son esenciales en todo este discurso, por lo menos para justificar un expansionismo que ampliaría las fronteras del Imperio ruso hasta limes nunca vistos, salvo si se recurre a la idea de

Moscú como la nueva Jerusalén o como la tercera Roma del mundo ortodoxo. Como resulta lógico, las potencias que son excluidas de este reparto, Prusia e Inglaterra, no estarán de acuerdo con esta participación del Viejo Mundo, por lo que se ponen del lado del Imperio otomano para que resista a las presiones que vienen del norte de sus dominios. A este sultán se debe la intermediación con las tres regencias berberiscas para alcanzar tratados de paz y amistad estables, es decir, lograr la desaparición de los apresamientos corsarios y los ataques a los navíos españoles, que se concretan en la firma del acuerdo con Argel el 14 de junio de 1786. De esta manera, se acaba con varios siglos en los que los corsarios condicionaron la vida de los hombres y las economías marítimas de amplias zonas del Levante español.

7.1.3. La guerra contra Rusia y Austria (1787-1792) y Selim III

Catalina II invade Georgia en 1787, iniciando el cumplimiento de lo tratado entre los aliados, por lo que Prusia e Inglaterra reaccionan presionando al sultán para que se revele a la agresión rusa y no permita que se vuelva a repetir la aceptación de la conquista como en el caso de Crimea. Los embajadores en Estambul presionan, además de apoyar al siempre abundante partido belicista del Diván, comandado en esta ocasión por Koca Yusuf Pachá. La instalación de poderosas bases navales en Kherson (Dniéper) y Sebastopol (Crimea) extiende la idea de que la propia capital imperial puede estar amenazada por los cañones de los barcos rusos, por lo que la idea de declarar la guerra va tomando cuerpo dentro del palacio. El gran visir no ve claro entrar en guerra, aunque prusianos e ingleses le insisten que lo haga, y le prometen que entregarán dinero y pertrechos bélicos para ayudar a Estambul, aunque nunca concretan en qué consistirá esta ayuda. La actuación del *beylerbey* de Morea, doblemente amenazado por la posición que ocupa, territorio junto a otras posesiones en Dalmacia que pasaría a Venecia, y por su condición de georgiano de origen que reniega de su religión, desencadena la reacción de la Puerta. Cuando Koca Yusuf Pachá es nombrado gran visir envía un ultimátum a San Petersburgo para que abandone Georgia y Crimea, el 14 de agosto de 1787. Antes de emprender esta acción, el nuevo hombre fuerte de la Puerta ha logrado controlar la rebelión de los mamelucos en Egipto al mandar un ejército al mando de Gazi Hasan, por lo

que se puede emprender la aventura del norte con mayor seguridad. Rusia, al recibir la exigencia del abandono de sus dos últimas conquistas, responde un mes más tarde y declara la guerra al Imperio otomano. El aliado de Catalina II, Austria, también declara la guerra a Estambul en febrero de 1788, con la intención de que se tengan que dividir las fuerzas otomanas en dos frentes muy alejados geográficamente. Desde este momento la guerra en Levante ya no atañe exclusivamente a las naciones que la proclaman, ya que el resto de los países europeos toman partido para intentar limitar los daños que pudieran padecer por las victorias que los adversarios alcanzasen en estos conflictos. En alguna manera, el Imperio otomano entra en el complejo juego de la alta política internacional en el que todos los países están estableciendo su destino sin que Estambul sea capaz de fijarlo por sí solo. Gran Bretaña, Prusia y Holanda, a los que habría que añadir Suecia, que desea ganar posiciones ante Rusia por el control de Finlandia, firman la Tripe Alianza para oponerse a los aliados que acaban de declarar la guerra en estos dos frentes. Los acontecimientos dentro de Europa quitan efectividad a este último eje como consecuencia del estallido de la Revolución en Francia en 1789 y los problemas en Polonia. Austria firmará la paz con Estambul en Sistova el 4 de agosto de 1791, ya en el sultanato de Selim III, mediante la que devuelve los territorios conquistados en Bosnia y Serbia, e impone la condición del respeto a los cristianos que habitan en estos territorios que están bajo la protección de Austria. Esta condición es aceptada por la Puerta. Este acuerdo supondrá que la frontera permanezca estable hasta 1878, por lo que Austria deja de ser un problema para la Puerta durante el resto de la Cuestión de Oriente. Para alcanzar este tratado de paz influye decisivamente que Selim III firma un acuerdo de alianza con Prusia, documento que se signa en Estambul de manera especialmente simbólica para los enemigos del Imperio otomano, por lo que Viena desea salir rápidamente de la guerra por problemas internos y por el cambio radical del panorama internacional que representa este cambio de posiciones.

Selim III, hombre nacido en 1761, es uno de los grandes sultanes reformadores que explica que el complejo entramado del Imperio otomano se mantuviera en pie hasta el siglo XIX, momento que también ve cómo varios de sus mandatarios logran ir cambiando sus estructuras para que se mantenga hasta principios del siglo XX. Si analizamos su personalidad, podemos incluirle en la época que le toca vivir, por un lado un hombre del siglo XVIII que sin

embargo le toca vivir el cambio de era histórica, como es el que marca la Revolución francesa. Como sus predecesores, estará obsesionado con reformar el ejército para modernizarlo y hacerlo más competitivo, en especial para detener las ansias expansionistas rusas. Además de esta cuestión, intentará modernizar el país e introducirá medidas sociales, administrativas y económicas, muchas de ellas inspiradas en las reformas que le informan sus embajadores permanentes asentados en las principales capitales europeas. Como siempre ha ocurrido a lo largo del siglo XVIII, todas estas innovaciones supondrán que aparezca una gran resistencia interior representada, como tantas veces se ha referido en estas páginas, por los sectores más religiosos y los cuerpos estables de la organización militar otomana (jenízaros y sipahis), que lograrán triunfar completamente y terminar con la vida de Selim III en 1807.

Al principio del sultanato no puede realizar las ideas y las reformas que desea y que tiene en mente por tener que hacer frente a la peligrosa guerra contra Rusia por el dominio de Crimea y Georgia. En realidad, toda Europa se encuentra en un momento de convulsiones que desaconsejan que se siga esta guerra, que exclusivamente favorece al aumento de poder de Rusia. Entre 1789 y 1790 casi todos los países desean que se firme la paz para atender a sus respectivos problemas internos y externos. Suecia sigue pretendiendo invadir Finlandia, lo que complica la política del control de la salida al Báltico de San Petersburgo; José II de Austria tiene que hacer frente a movimientos autonomistas y separatistas en Hungría y tensiones en Holanda y, sobre todo, el peligro que representa la Revolución francesa siembra la inquietud de toda Europa ya que se está acabando con el sistema monárquico de una de las dinastías más viejas de Europa, con el peligro que puede representar para el resto de los países del continente. La Triple Alianza se rompe al ser las necesidades de cada príncipe firme y completamente diferentes, razón que explica que Austria rompa la coalición y pida la paz de manera unilateral, que se logra, como ya referíamos, en Sistova el 4 de agosto de 1791, después de establecer un tratado de alianza entre Prusia y Estambul. Llegar a un acuerdo con Catalina II era una cuestión de tiempo, además de que la propia Triple Alianza va a intermediar para poner de acuerdo a los dos contendientes para sofocar la tensión en Oriente con el fin de atender los peligros que vienen en esta ocasión de Occidente. Jassy es el lugar donde se reúnen los emisarios de los dos contendientes para fijar las cláusulas del nuevo tratado el 9 de

enero de 1792. En esencia, Selim III reconoce la conquista de Crimea y la soberanía rusa sobre Georgia, y se establece la frontera entre los dos imperios en las riberas del río Dniéper. Rusia sigue manteniendo las ciudades marítimas en el mar Negro, siendo Odessa su principal arsenal en la zona, así como una posición de dominio sobre los principados de la región. Aunque la Puerta vuelve a sufrir pérdidas territoriales, mantiene el Imperio, gana tiempo para acomodarse a los nuevos tiempos, e inicia una época de reformas que se extienden hasta 1802.

Selim III, hijo de Mustafá III, tiene ahora la posibilidad de emprender un nuevo orden (*nizam-i cedid*), como se denominan en su tiempo los cambios que piensa introducir en un sistema político, militar y económico, ya que parte de ellos se consideran caducos y anquilosados. Manda embajadores permanentes a las principales capitales europeas, se cartea personalmente con el rey Luis XVI, si bien el monarca galo no está en su mejor momento después del triunfo de los revolucionarios parisinos. El Imperio otomano sigue siendo una estructura política que se fundamente en el dominio militar de los territorios que controla, por lo que la primera reforma que se debe emprender es arreglar la desastrosa situación de los cuerpos militares estables. Estos cambios introducen un mayor rigor en el reclutamiento de sus miembros, las formas de organización, el entrenamiento que deben realizar, se les asegura la regularidad de sus pagas mensuales y se controla que cumplan con las obligaciones que tienen asignadas. Además, se les dota de rifles y armamento europeo de última generación para que combatan como el resto de los soldados de la época. Un sistema semejante se establece para los sipahi, se vigila que estén presentes cuando se les reclama, para impedir el frecuente absentismo de estos hombres de caballería, y se establecen normas para la concesión de los nuevos timar por los méritos que demuestran, no por cuestiones caciquiles y de cohecho, como en periodos anteriores. Se dan órdenes a los gobernadores de las provincias para que sigan estrictamente las mismas normas que se están estableciendo en Estambul, incidiendo en que es imprescindible realizar un control sistemático de estos hombres, a los que hay que retribuirlos según sus grados y méritos, sin caer en la corrupción de momentos anteriores. Estas medidas no fueron bien recibidas por unos cuerpos que encarnan el espíritu tradicional de la Puerta, por lo que no son demasiado bien recibidas, aunque se les pretende contentar construyendo nuevos

edificios, más dignos y cómodos, para acomodarlos.

Para mitigar su fuerza en el estamento militar y en la sociedad, se creará un nuevo cuerpo de infantería, denominado *nizam-i cedid*, compuesto por hombres reclutados en Anatolia y entrenados por instructores militares franceses, ingleses y alemanes, que cuentan con recursos económicos propios e independientes de los otros cuerpos militares estables dependientes del sultán. Se construyen sus cuarteles fuera de la ciudad, tanto en el Bósforo como en Üsküdar, y se intentará que existan también cuerpos parecidos en Rumelia y en Anatolia. Su aumento de efectivos nos pone de manifiesto que se está realizando una labor titánica para lograr renovar íntegramente la estructura militar del Imperio. En 1797, cuando se instauran estas nuevas tropas, se logra reclutar a 2.536 hombres mandados por 27 oficiales, la mayor parte de origen europeo. Dos años después, su número había ascendido a 9263 hombres, y en 1806 se alcanza la cifra de 22685 soldados mandados por 1590 oficiales. En las provincias dependientes de Estambul no se logró tener éxito en la introducción de la *nizan*, como consecuencia de que las élites no veían con buenos ojos a unos hombres que podrían limitar su poder.

Además de estos soldados, reforma los antiguos cuerpos que han sido creados en los diferentes momentos de renovación del ejército otomano de sultanatos anteriores, como los artilleros tradicionales (*topçu*), los encargados de los morteros (*humbaraci*), los minadores (*lagimci*), la infantería móvil (*top arabaci*) y los otros cuerpos fundados por Tott y demás expertos europeos que introducen las innovaciones técnicas europeas. Se manda construir una Escuela de Ciencia Militar (*Mühendishane-i Sultani*) para formar a los nuevos oficiales de los diferentes cuerpos del ejército. Junto a ella se creará una escuela de artillería en 1795, donde además de los oficiales de artillería debían pasar los minadores y los otros oficiales de los cuerpos técnicos para aprender cálculo, teoría de las fortificaciones y las otras materias necesarias para realizar sus cometidos.

La marina ya había sido modernizada por Gazi Hasan Pachá, labor que sigue realizando su sucesor, Küçük Hüseyn Pacha (1792-1803). Promueve una carrera militar basada en la demostración de las cualidades de los oficiales, además de perfeccionar la formación de la oficialidad y la marinería renovando la Escuela Naval. Esta escuela, situada en el barrio de Hasköy, introduce la enseñanza de geometría y aritmética, además de importar los

nuevos descubrimientos en el campo de la geografía y la cartografía. La dirección de Arsenal Imperial (Tersane) se da a ingenieros franceses para que sigan botando los nuevos navíos modernos de la marina otomana.

Las nuevas reformas en el ejército y la marina de Selim III tienen una diferencia sustancial con respecto a las introducidas a lo largo del siglo XVIII; ya que se distingue entre las funciones administrativas de las militares, y se separan la gestión económica y la dirección estrictamente militar. El problema que generan estos cambios, completamente exitosos en casi todos los niveles, es que para lograrlos se devalúa la moneda, se aumentan los impuestos, y se confiscan fortunas a algunos de los elementos más enriquecidos de la sociedad. Aunque está introduciendo innovaciones necesarias y evidentes en algunos campos, sin embargo está recurriendo a antiguos errores en las maneras del ejercicio del gobierno, lo que a la larga provoca el descontento social, que, bien canalizado, puede hacer daño a su propia persona. La preocupación de Selim III es la defensa del Imperio, por lo que las reformas de la sociedad son de mucho menor calado, y bastante insignificantes si establecemos un balance global de todo su sultanato. Al igual que en el ejército, se dan disposiciones para que los campesinos huidos de sus lugares de residencia sean obligados a volver para que no se produzca la despoblación de la campiña y el abandono de la producción agrícola. Para evitar el descontento de las masas ciudadanas, sobre todo después de la subida de impuestos, se organizan mejor los sistemas de abastecimiento de productos básicos, y se tasan los precios, para evitar revueltas, sublevaciones y el descontento entre las clases populares. Se mejoran los sistemas de finanzas, aunque esta mejora hay que relacionarla con la necesidad de dinero para modernizar el ejército, y no impide que se produzca en un periodo claramente inflacionista que irá empobreciendo a amplios sectores de la sociedad.

Selim III recurre nuevamente a intentar abrir sus dominios a las influencias de Europa, otra vieja tradición de los sultanes reformadores del Imperio otomano, por lo que envía embajadores permanentes a Londres, Berlín, París y Viena entre los años 1793 y 1796; se compara este proceso de apertura con el que se produce en la época de los Tulipanes. De cualquier manera, la visión que se tiene en Europa sobre el Imperio otomano es que es una sociedad anclada en el pasado que mantiene sus formas de vida tradicionales, un mundo regido por las costumbres y las prácticas religiosas, lo que es un lastre que se

aprecia perfectamente en la mayor parte de los escritores y pensadores europeos que se refieren al mundo de Levante. Este proceso de apertura pone de manifiesto que la dirección de la Puerta es consciente de que se está gobernando un mundo atrasado con respecto a los esquemas imperantes en el resto del Occidente, por lo que es necesario importar todos los medios que puedan cambiar esta situación. Se desea que las innovaciones que aparecen en aquellas ciudades que están acostumbradas al trato con los extranjeros se extiendan por todos los dominios del sultán. Incluso Selim III muestra una gran admiración por Francia, incluida su Revolución, país por el que se siente profundamente atraído a lo largo de toda su vida.

Las ideas revolucionarias también llegan a Estambul al instalarse en la embajada de Francia de la capital turca una imprenta que difunde noticias y pasquines. En cualquier caso, no son comprendidas las informaciones de estas hojas volanderas por los lectores de la capital al desconocer la lengua francesa y el modo en el que estaban redactadas. El propio Selim se negará a enviar un embajador permanente a París cuando llega la noticia de la ejecución de Luis XVI, rey con el que se había carteado en varias ocasiones desde su subida al poder, y condena abiertamente la crueldad de sus súbditos.

Aunque se establecen las relaciones con Francia en 1797, la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto, provincia del Imperio otomano, supondrá que se rompan categóricamente los tratos en 1798. Este impulso de apertura tampoco será un comportamiento continuo por parte de la Puerta, ya que, después de los diferentes nombramientos, los embajadores no serán reemplazados cuando regresan a Estambul en los años cercanos a 1800. De otro lado, las personas a las que se designan para realizar estas misiones diplomáticas son altos funcionarios que no tienen la preparación política adecuada, como tampoco cuentan con poderes para poder actuar en los lugares donde son enviados. De otro lado, tampoco conocen las lenguas de sus países de acogida y no se relacionan con los estamentos políticos de las ciudades donde realizan sus misiones, por lo que su importancia para el cambio de la mentalidad otomana es relativamente muy pequeña. La pregunta que nos podemos hacer, que también se puede realizar a lo largo de los diferentes capítulos de este libro, es el conocimiento real de los sistemas políticos, culturales y sociales de Occidente por los diferentes gobernantes de la Puerta. En el caso de Selim III la respuesta resulta sencilla: los embajadores vuelven a Estambul

sin haber aprendido demasiadas cosas, aunque los funcionarios jóvenes que los acompañan logran conocer las lenguas de los países de destino y son capaces de entender las maneras de hacer política de los europeos.

Aunque las acciones que emprende Selim III son encomiables en muchos de sus aspectos, el Imperio se encontraba en un momento de clara desintegración, tanto por elementos exteriores como interiores, que ponen en peligro los intentos claros de reconducir la situación. De las diferentes revueltas y sublevaciones que se generalizan por las distintas partes de sus dominios, resultan especialmente peligrosas la independencia casi total que Ali Pacha de Janina en el norte de Grecia y en partes de Albania, o el obstruccionismo que muestra a casi todos los intentos de reforma Pazvanoglu Osmán en Bulgaria. Además de estas cuestiones, el mantenimiento del sistema del *milliet* (naciones) había generado que pervivieran perfectamente elementos culturales-religiosos que serán rápidamente contaminados por las ideas de la Revolución francesa sobre la libertad de los pueblos, lo que deparará problemas al Imperio en un tiempo muy corto. Muchos de estos grupos ocupan un papel muy destacado en la vida económica, mercantil y social de Estambul y sus dominios en Europa, por lo que cada vez son más conscientes de su fuerza dentro del Estado otomano. Las grandes familias griegas de la capital, los *phanariotas*, comienzan a ser muy conscientes de esta fuerza, por lo que se inicia la creación de sociedades patrióticas que promueven la independencia para alcanzar la libertad, como las que crea Constantino Rhigas. En alguna manera se está pagando un alto precio por la imposición de la primacía de los grupos musulmanes sobre los cristianos en algunas regiones de Rumelia en el siglo XVIII, lo que pasará factura en los primeros años del siglo siguiente. Los intentos sediciosos de Rhigas, que son comunicados a Viena para que apoye la independencia del los griegos, llegan a los oídos del sultán, por lo que será detenido y ajusticiado en 1798. Lejos de atajar el problema, se ha creado un nuevo peligro para la Puerta que pone en evidencia que se está a punto de romper uno de los elementos que estructuran el propio Imperio, como es que dentro del mismo pueden vivir las diferentes confesiones religiosas sin tener que sentirse sojuzgadas por el poder, idea que existía desde la época de la Bitinia de Osmán y Orjan Gazi. Se comienza a difundir el bulo de que los nuevos cuerpos militares, constituidos mayoritariamente por soldados anatólicos, se crean para someter a los súbditos cristianos, una fuerza

de control interior, por lo que la más importante de las reformas es analizada con sospecha por la población no musulmana.

El aumento de los problemas interiores, que no habían desparecido a lo largo de toda la centuria, aunque ahora están auspiciados por las nuevas ideas que nacen de la caída de la Bastilla y las ansias de libertad de los grupos gobernados desde el palacio, se contrarresta con una serie de años de paz exterior que permite materializar las reformas que hemos esbozado en las páginas anteriores. Selim III sigue siendo un gobernante eminentemente francófono, aunque no llega a conocer el verdadero alcance de lo que está ocurriendo en el país que tanto admira, y exclusivamente muestra su disgusto cuando muere guillotinado su rey, al que considera un igual y un camarada. La invasión que realiza Napoleón Bonaparte a Egipto desde 1798 hasta 18011 le obliga a cambiar radicalmente su sistema de alianzas internacionales. La muerte de la zarina Catalina II, a la que sucede Pablo I, supone que Rusia se convierta en un aliado, al igual que Gran Bretaña, para intentar limitar las nuevas ansias expansionistas galas. Selim III declara la guerra a París en septiembre de 1978, apoyado por sus dos nuevos aliados, que temen que Francia adquiera un mayor poder y que impida la comunicación de Londres con sus dominios en la India. Por primera vez desde la época de Solimán el Magnífico y Francisco I estos dos Estados, aliados contra enemigos comunes, se enfrentan abiertamente, lo que reportará enormes pérdidas para los intereses comerciales franceses en Levante. Son arrestados todos los comerciantes de esta nacionalidad en territorios otomanos, confiscados sus bienes, y recuperadas las islas Jónicas, que habían sido concedidas a París en el tratado de Küçük Kaynarca. La renovada armada del sultán se enfrenta a Bonaparte en la primavera de 1799, tiene que levantar este el sitio de San Juan de Acre, y una escuadra otomana-británica entra en combate en Abukir en julio de ese mismo año, de donde salen victoriosas las naves del almirante Nelson. El sucesor de Bonaparte, Menou, ya que el general Kléber fue asesinado en El Cairo en junio de 1800, decide evacuar al cuerpo expedicionario francés de Egipto el 1 de septiembre de 1801. La paz se firma en Amiens en junio de 1802, por la que Francia logra recuperar su privilegiada posición en el comercio de Levante, volviéndose a las buenas relaciones al restaurarse el tratado de ayuda mutua y de libre comercio, aunque intentan ser impedidas por Rusia e Inglaterra.

Más preocupante para el Imperio son los privilegios que adquiere Gran

Bretaña por su ayuda en la guerra. Deja en Egipto un elevado número de fuerzas militares que, en la práctica, casi ocupan militarmente el territorio, y el gobernador de El Cairo, Mehmet Ali, se aprovechará de su presencia para recuperar el poder y mantenerse en su cargo al ser ayudado por las diferentes potencias interesadas en el territorio. La ocupación militar inglesa de Egipto condicionará su historia futura cuando se cree un Estado mameluco, pero esto sale fuera del límite cronológico marcado en estas páginas. La victoria sobre Francia es el momento más glorioso de este sultanato, al considerar que las reformas introducidas en la marina y el ejército han contribuido a la expulsión del invasor, además de volver a entrar en el complicado juego de las grandes alianzas de las potencias europeas del momento.

El Imperio otomano había entrado en un proceso de desintegración que la alta política internacional no era capaz de detener, ya que afectaba a las propias bases del poder de los sultanes sobre sus territorios. En los últimos años de vida de Selim III se irán sucediendo una larga serie de revueltas, rebeliones, sediciones e intentos de independencia que lastrarán la buena fama que había logrado al impedir la ejecución del romántico y científico, además de político y militar, intento de conquista de Egipto por Napoleón Bonaparte. Aprovechándose de la guerra se suceden movimientos de desintegración por todos los dominios de la Puerta que serán sometidos paulatinamente. No se puede realizar una tipología de estos procesos ya que cada uno de ellos responde a características completamente diferentes. Además de los procesos de independencia europeos, inspirados muchos de ellos en razones históricas y religiosas, de un carácter claramente nacionalista, existen simples revueltas inspiradas en culto al ego de alguno de sus inspiradores, razones de tipo político o como consecuencia de la inspiración de personajes religiosos. Este último caso se produce en Arabia cuando una de las tribus que vive en el territorio, los Wahhabitas, seguidores de la doctrina de M. Ibn Abd al-Wahhab, proclaman la vuelta al islam primitivo, y despojan a la religión de las impurezas que se han ido añadiendo por causa de los malos usos del califato, por lo que predican la vuelta a las enseñanzas originarias del profeta. El apoyo a esta teoría por alguna de las autoridades locales (Ibn Sa ud) genera una guerra que se prolongará a lo largo de siete años, que será comandada por el gobernador de Egipto (Mehmet Ali-Muhammad Ali) como delegado en la zona de la Puerta. Logran hacerse con el control de las

dos ciudades santas, Medina y La Meca, lo que genera que aumente su peligrosidad, por lo menos en el plano simbólico. En Anatolia central, Tayyar Pachá, miembro de la poderosa familia local de los Canikli, desea la independencia de la región que se extiende desde la antigua Trebisonda (Trapsom) hasta Bursa, pretensión que es apoyada e instigada por Rusia para desestabilizar a la Puerta. En este movimiento influye decisivamente, además del vecino del norte, el descontento generalizado en las clases dirigentes anatólicas por la subida de impuestos para poder hacer afectivas las reformas de Selim III. En Siria, el gobernador de Damasco, Ahmet Cezzar Pachá, hombre que había adquirido una gran fama al ser la persona que defiende Acre de las pretensiones de Napoleón, quiere restaurar el viejo Estado de los mamelucos en Siria y Palestina, aunque esta insurrección se acaba cuando muere en 1804.

Mucho más peligrosos son los procesos que se producen en los dominios europeos de Estambul. En Grecia, desde la guerra con la Triple Alianza, Ali Pachá de Janina gobierna un Estado que se extiende desde el norte de Albania, el Golfo de Corinto y alcanza hasta la ciudad de Ohrid. Este personaje funciona como un soberano independiente, firma acuerdos y es interlocutor de las potencias europeas de la región, sin que Estambul sea capaz de limitar sus funciones. Los serbios, siguiendo el modelo propuesto por el poeta Rhigas en Grecia, se sublevan comandados por Georges Pétrovitç, que coge el sobrenombre de Kara Georges. Este movimiento es respaldado por Austria y Rusia, aunque manteniendo su participación de una manera muy discreta. La guerra durará hasta la firma del tratado de Bucarest en 1812, mediante el que se reconoce a los serbios una enorme autonomía en sus dominios.

El principio del fin de Selim III se produce en lo que se conoce como el "Incidente de Edirne". Estamos en los primeros momentos de la Cuestión de Oriente, por lo que todas las potencias están recopilando sus bazas para posicionarse ante un seguro reparto de las posesiones europeas de Estambul, aunque ninguna de ellas quiere iniciar el proceso por el temor a la reacción de sus adversarios, que no de la fuerza y capacidad de acción de la Puerta. Las víctimas de este complicado juego serán los habitantes de la región, incluidos los otomanos, manejados por los complicados procesos diplomáticos de las potencias. El "Incidente de Edirne", sin embargo, se debe a la falta de prudencia del sultán, al no ser capaz de calibrar sus fuerzas de manera lógica.

Ante el peligro de las sublevaciones de todo tipo que aparecen en los dominios europeos, se plantea instalar en Edirne un cuartel de sus nuevos efectivos militares, conformado por hombres reclutados en los Balcanes. Esta medida despierta los recelos generales de todos los sectores de la población. Los búlgaros y otros pueblos temen que sean soldados que se empleen contra ellos, los autonomistas e independentistas están convencidos de que será un arma del poder central para impedir sus aspiraciones, los notables y las clases dirigentes no desean pagar el elevado coste de este reclutamiento y los griegos ven un excesivo dominio de los elementos musulmanes sobre el territorio. El boicot de los notables a esta *nizam-i cedit* se hace más fuerte cuando amenazan con sublevarse y Tirsinikli Ismail Pachá entra en contactos con los sectores más conservadores de Estambul y del palacio, bastante descontentos con la política de Selim III, para intentar parar esta reforma. Incluso se prepara una marcha hacia Estambul para protestar, lo que es parecido a una nueva sublevación, por lo que el sultán rectifica y renuncia a sus pretensiones de extender su reforma militar a Rumelia. Este suceso adelantará el dramático final de Selim III. En estos meses muere el gran visir, Ismail Pachá, por lo que el gobernante pierde su mayor apoyo y la mano ejecutora de su política. En su puesto nombra a Mustafá Bayraktar, hombre sin la energía y la capacidad de su antecesor. De otra parte, los elementos conservadores van ganando posiciones dentro de la Puerta, y su postura quedará reafirmada cuando se conceda a alguno de ellos la dirección de alguna de las unidades de las *nizam-i cedit*, lo que hay que entenderlo exclusivamente desde la claudicación de su política por parte de Selim III. El espíritu que promovió los cambios, que eran necesarios para arreglar muchos de los problemas del Imperio, va desapareciendo paulatinamente del gobierno. Este espacio, que es ocupado por los grupos que persiguen volver a las estructuras anteriores, además de primar la importancia del elemento religioso dentro de la sociedad otomana, es una senda muy peligrosa para la pervivencia de la unidad de los dominios de la Puerta.

En el último año de vida de Selim III se produce una nueva guerra contra Rusia y Gran Bretaña por las simpatías que demuestra el gobernante hacia Francia. La agresiva política de Napoleón Bonaparte en los Balcanes está detrás de todo este proceso, por lo que debemos imputar la autoría de estos últimos acontecimientos a la falta de mesura de los aliados en los que se apoya

el gobernante. El permiso dado a la flota francesa para que pueda pasar por los estrechos, una de las materias más sensibles promovida por la posición estratégica de los dominios otomanos, supone que el embajador británico se queje del enorme privilegio concedido a París, lo que altera todo el equilibrio de la zona, alterado ya por la salida de la flota rusa de sus bases en el mar Negro. La victoria de Napoleón en la batalla de Jena, en otoño de 1806, lleva a Rusia a declarar la guerra, y ocupa Moldavia. En los meses siguientes continúa su avance, derrota a los ejércitos que proceden de Estambul, y conquista Valaquia y Besarabia en el invierno de 1806. Los británicos, que habían entrado en guerra por la violenta reacción rusa, pasan con la flota al Mediterráneo, atraviesan los Dardanelos y se presentan delante de Estambul para demostrar al sultán su poderío naval. A su vuelta, desembarcan en Egipto para apoyar la revuelta de los mamelucos contra los otomanos, lo que muestra sus intenciones en un futuro cercano. La reacción de Muhammad Ali, que había perdido el poder, lleva al contingente inglés a embarcarse y acabar con su primera aventura egipcia en septiembre de 1807; abandona la guerra en estos meses.

Francia sigue imponiendo la política al sultán, al que convence de que se enfrente a los rusos y los serbios. El embajador francés en Estambul, Horace Sébastiani, también está detrás de las presiones a los búlgaros, que temen la expansión rusa por sus fronteras, en especial por su relación con Mustafá Bayraktar, el hombre que había logrado parar las reformas del palacio, al impedir la introducción del *nizm-i cedit* en el territorio. Selim III había modernizado el ejército, al crear cuerpos profesionales, bien formados y dirigidos, pero no había creado los sistemas económicos indispensables para poner en marcha estas nuevas tropas sin que se resintiera el resto de la sociedad. Ante el inicio de la guerra recurre, como sus antecesores, a establecer impuestos especiales para financiar la contienda, lo que genera el descontento generalizado de la población, ya bastante decepcionada por el aumento de la presión fiscal del reinado. A esta situación de insatisfacción hay que sumar el sentimiento de traición que sienten los elementos más conservadores de la sociedad, que ven peligrar sus formas de vida tradicionales por la implantación sistemática de las modas europeas, en especial francesas, dentro del Imperio. El gusto por lo francés de Selim ha intentado ser justificado por la importancia que tienen en el harén mujeres de esta nacionalidad, como es el

caso de Nakçidil, la favorita de Abdül Hamit I, que introducirá el gusto por todo lo proveniente de la Galia en el pequeño gran mundo de los patios interiores de los sultanes. Sin entrar a referir la influencia de las mujeres en el gobierno de este sultán, los jenízaros asentados en el fuerte de Büyükdere, en la mitad del Bósforo, comandados por Kabalçi Mustafá, asesinan a varios de los oficiales de de *nizam-i cadet.* El sultán intenta negociar con los rebeldes, se niega a aceptar las cláusulas pactadas y se marcha hacia el palacio. En su camino se les van a unir los sectores más tradicionales de la ciudad, además del gran número de descontentos por el ejercicio del poder y los arruinados por las medidas fiscales impuestas por el gobernante. Los jenízaros de los cuerpos auxiliares llegan hasta el palacio reclamando que se produzca la abolición de todas las reformas realizadas a lo largo del reinado, la destitución del sultán y que la máxima autoridad religiosa de la ciudad (*syyhulislam*), el reaccionario Ataullah Efendi, redacte una *fetva* en la que se declare que todas las reformas realizadas son ilegales por atacar directamente a la tradición y ser una violación de los principios religiosos. Selim III está cansado de luchar contra una sociedad que no desea evolucionar, por lo que renuncia a defender su posición y deja el poder. Al trono asciende el candidato elegido por el elemento más conservador e inmovilista de la sociedad, Mustafá IV, sobrino del anterior. La caída de Selim III pone de manifiesto lo difícil que resultaba modernizar un Imperio en sus dos pilares más importantes en un momento de amenaza generalizada contra la Sublime Puerta, como es el ejército y los individuos que establecen el marco jurídico-religioso del Imperio. Exclusivamente contando con una voluntad férrea por parte del sultán, siendo ayudado por grandes visires decididos y valientes, se pueden realizar estos cambios, cuestión que no ocurre al final de este reinado. Selim III era un hombre de espíritu muy pacífico que no deseaba entrar en grandes conflictos, ni interiores ni exteriores. En el año en que gobierna su sucesor, Mustafá IV, desaparecen todas las reformas del reinado, y da comienzo a un siglo XIX convulso y peligroso.

Parte IV

La evolución de las provincias otomanas en los siglos XVII y XVIII

8

La evolución interior del Imperio otomano

El siglo XVI, en especial las distintas campañas realizadas por Solimán el Magnífico, había logrado que las fronteras del Imperio otomano alcanzaran las mismas puertas de la ciudad de Viena, lo que suponía un dominio absoluto del mundo balcánico. Desde la perspectiva militar estas conquistas demuestran el genio militar de los soldados que parten de la ciudad de Estambul, que han logrado dominar un territorio de difícil conquista (muy montañoso, sin grandes rutas de comunicación y atravesado por abundantes y caudalosos ríos). Desde la política, la ocupación de este territorio supone afrontar un reto de una gran complejidad, como es ser capaz de controlar e introducir dentro del Imperio a un intrincado entramado humano, tanto desde el punto de vista del origen como por las religiones que profesan sus habitantes, mundo que aún se complica más en la época otomana al provocar desplazamientos generales de determinados grupos humanos para evitar sediciones. Durante estos dos siglos el territorio es unificado, por lo menos al contar con una sola dirección política, pero debajo de este control sigue existiendo un espacio habitado por húngaros, albaneses, rumanos, valacos, eslavos del sur (serbios, búlgaros y croatas) y griegos, además de judíos sefarditas y askenazíes. Varios de estos grupos fueron independientes en los siglos anteriores a la ocupación otomana, por lo que siempre consideraron su

presencia como una época de dominio extranjero, además de religión musulmana, sobre un espacio de cristianos, de diferentes confesiones, lo que provocó continuas sublevaciones y revueltas a lo largo de los siglos. En el siglo XVI y principios del XVII muchas de ellas fueron promovidas por la monarquía hispánica o por Venecia, situación que se complica mucho más en las décadas siguientes al entrar en litigio las nuevas potencias europeas, como es el caso de Rusia. La degradación de las maneras de gobierno de la Puerta se siente especialmente en esta región, proceso que acrecienta los sentimientos de independencia o de búsqueda de autonomía de muchos de estos territorios, que recurren a su lejano pasado medieval, real o mítico, para intentar sacudirse el pesado y asfixiante "yugo turco" al que se ven sometidos.

La situación en los países musulmanes tiene unas características completamente diferentes. Mientras que la conquista de los Balcanes había supuesto un esfuerzo militar que se desarrolla a lo largo del mandato de la mayor parte de los primeros sultanes de la dinastía, la conquista del mundo árabe fue una empresa relativamente rápida, si excluimos la zona de frontera entre otomanos y safawíes. Incluso el Magreb, la Berbería de la documentación española, había pasado a manos de Estambul sin haber tenido que mandar ningún soldado a conquistarla, ya que fue entregada a Selim I por Hayreddin Barbarroja en 1518, el mismo año en que había acabado con el Egipto mameluco. Los dominios árabes de la Puerta ocupan un espacio muy extenso que va desde la ciudad de Tremecén hasta Tabriz, pasando por Argel, Túnez, Trípoli, El Cairo, Alejandría, Medina, La Meca, Damasco, Alepo, Mosul, Bagdad y Basra, y que estaba bastante poblado, sobre todo en las zonas cercanas al Mediterráneo y al mar Rojo. Las guarniciones de jenízaros, dependientes de los diferentes gobernadores provinciales, serán las encargadas de mantener el orden interior, y en las zonas más alejadas de Estambul, como son Argel-Túnez y el norte de Irak, también estarán encargadas de defender estas regiones de las agresiones externas. La organización de este espacio resulta muy sencilla: 32 provincias (*eyalet*), que se subdividen en 279 *sancak* (regiones-comarcas), aunque si analizamos en profundidad estos territorios se aprecia que este sencillo esquema se complica enormemente por los diferentes cambios que se producen dentro de ellos. De cualquier manera, la forma de división del territorio por Estambul es bastante coherente, salvo disfunciones claras en la zonas de Siria, que van a ir configurando divisiones administra-

tivas que, con el tiempo, darán lugar a realidades nacionales, como es el caso de la actual división del norte de África, incluyendo Marruecos, único territorio musulmán no dominado por la Sublime.

8.1. *Rumelia. La evolución de los Balcanes*

La gran diferencia que existe entre los Balcanes y los dominios árabes es que, mientras que las segundas de las posesiones de Estambul se mantendrán bajo dominio otomano hasta el siglo XIX, e incluso principios del XX, las regiones cercanas al Danubio estarán siempre en peligro de perderse, además de que algunas comarcas siempre serán muy difíciles de dominar y retener. Tampoco existe una situación semejante en todo el territorio balcánico, ya que Moldavia y Valaquia no eran posesiones directas del sultán, y simplemente eran vasallos que reconocían la soberanía de la Puerta, además de pagar sus impuestos. Los sultanes confirman a los soberanos que son propuestos por las clases dirigentes locales, los vaivodas y boyarlos, y es uno de ellos el que gobierna a los demás después de la aceptación de Estambul. No se tiene, por lo tanto, un control directo sobre la política interior, como tampoco existen guarniciones de soldados otomanos estables en la zona, y simplemente ambas partes están obligadas a ayudarse en situaciones concretas ante los enemigos que comparten. Se pueden referir momentos en que alguno de los dirigentes del territorio busca la alianza de los enemigos del sultán, como pueden ser acuerdos con los Habsburgo, para sacudirse del vasallaje, como hace Miguel el Bravo a finales del siglo XVI, aunque estas situaciones son solucionadas rápidamente para mantener la estabilidad en estas regiones de frontera. Este será el sistema que se emplea para intentar dominar Hungría después de la muerte de Luis II en la segunda batalla de Mohács. Dado que la antigua Hungría se divide entre turcos y austriacos, ya que Estambul nunca llega a dominar todo el territorio, sobre la zona se produce un doble vasallaje, que generará un proceso de inestabilidad evidente que se solventará exclusivamente cuando los austriacos logren recuperar este territorio en el último tercio del siglo XVII.

A lo largo de los siglos XVII y XVIII, en contraposición con lo ocurrido en las dos centurias anteriores, la población de los Balcanes sufre un acusado

descenso que, por desgracia, resulta difícil de calibrar por la pérdida de muchos de los registros demográficos y fiscales de estas zonas. Las razones que explican esta pérdida de población están relacionadas con la misma historia de la región, y en menor medida con cuestiones climáticas y de producción agraria. Las continuas campañas militares, sublevaciones, paso de ejércitos e inestabilidad de toda la zona generan efectos negativos sobre sus habitantes, así como éxodos voluntarios y forzosos, que deparan que el número de sus pobladores sea menor que durante el reinado de Solimán el Magnífico. Tampoco podemos olvidar que el siglo XVII se llama en Europa "la pequeña glaciación", dado a que en este sigo descienden las temperaturas y aumenta la pluviosidad, lo que tiene consecuencias sobre la agricultura y, por lo tanto, sobre la población. La movilidad de los ejércitos sobre todas las regiones balcánicas también depara que epidemias locales se conviertan en pandemias que afectan a grandes espacios, como es la peste, que es llevada de un lado a otro por las unidades militares; se pueden citar las epidemias de 1738 y 1768-1774 como algunas de las más importantes, la primera de ellas causada por los Tártaros y la segunda, por las unidades rusas. La falta de registros también nos hace muy difícil referir los exactos porcentajes de cristianos y musulmanes en los Balcanes. En principio, la población musulmana se suele asentar en las ciudades, mientras que el medio rural queda para los súbditos cristianos. Su número es mucho más reducido que el cristiano, como ha sido siempre, y en los primeros años del siglo XIX se situaría en torno al 34,5 % del total de los habitantes de Rumelia. Las continuas campañas militares del siglo XVII, y en menor medida del siglo XVIII, suponen que se incremente su número en las ciudades que realizan funciones de guarniciones militares al recibir el aporte de soldados, en especial jenízaros y sipahi, además de otros miembros de otros cuerpos especializados que deben mantener el esfuerzo bélico de estas décadas. La situación prebélica y bélica permanente provoca que muchos de los elementos musulmanes de la región se enrolen dentro de los cuerpos militares para poderse beneficiar de los privilegios económicos que disfrutan los hombres de armas, en especial los jenízaros, lo que supone que la natalidad de los musulmanes sea inferior a la de los cristianos como consecuencia de las misiones que tienen que realizar en el territorio. La proporción de musulmanes en Rumelia se mantiene estable, por lo tanto, con la llegada de musulmanes de otras regiones, en especial de Anatolia, y por el proceso de

conversiones de muchos cristianos a la fe islámica buscando la comodidad y los privilegios que representa incluirse directamente en la *ra'ya*, además del gran número de conversiones sinceras que se producen en estos siglos. Estos procesos son especialmente evidentes en Albania y en Bosnia, por motivos completamente diferentes, pero que tienen como consecuencia que sean territorios donde la población de religión musulmana sea cada vez más predominante en algunas comarcas.

En los siglos XVII y XVIII también se produce en Rumelia el abandono masivo de comunidades judías, tanto askenazíes como sefardíes, que se desplazan a Europa occidental, en especial a Inglaterra y Holanda. La reducción de su número nos pone de manifiesto que las autoridades musulmanas son cada día menos permisivas con los miembros de las diferentes *millet*, cuestión que se refleja abiertamente en el creciente aumento de los sentimientos de persecución por parte de ortodoxos y el resto de las confesiones cristianas. Este descenso es especialmente evidente en ciudades como Salónica, que pasa de contar con 40.000 judíos en 1660 a solo 12.000 a final de siglo, mientras que el número de jenízaros y otros soldados va incrementándose paulatinamente. Salónica no es un caso aislado, ya que esto mismo se produce en Sarajevo, Belgrado, Edirne y otras ciudades. Los puestos y los oficios abandonados por los hebreos serán ocupados por la población de la zona, lo que representa que el volumen de serbios, griegos o croatas aumente en los núcleos urbanos, por lo que las ciudades se van haciendo cada vez más balcánicas, lo que influirá decisivamente cuando aparezcan los movimientos de tipo nacionalista a fines del siglos XVIII. En este punto también hay que referir el importante movimiento de los *dönme*, que se generaliza entre los judíos otomanos en el siglo XVII y que se mantiene en los siglos siguientes. Este movimiento nace por las predicaciones de Sabbatai Zebi, hombre que se declara como el nuevo mesías que salvará al pueblo judío, y que realiza sus predicaciones dentro de los límites del Imperio otomano, atrayendo a un gran número de judíos de toda procedencia. Ante el aumento de sus seguidores y la asunción de su misión en la tierra, llega a retar a las propias disposiciones del sultán en la época de Mehmet IV, al considerarse el verdadero mesías. Para huir del seguro castigo que le sería impuesto por la Puerta, decide convertirse al islam, aunque manteniendo sus creencias judaicas, comportamiento que es seguido por muchos de sus seguidores, tanto en Esmirna como en Salónica o Estambul.

Estos cambios en la distribución de los habitantes de las urbes suponen que se alteren las condiciones socioeconómicas de las ciudades, y los cristianos son cada vez más autónomos en las mismas al ir acaparando la mayor parte de las actividades laborales y comerciales, dejando al elemento musulmán las cuestiones administrativas y militares. Todo ello generará procesos de división evidentes entre los diferentes súbditos del sultán en la zona, así como la separación de las comunidades por el credo religioso que practican.

En todo este proceso también influye que el sistema tradicional del dominio de la tierra, por medio de la concesión de lotes a los militares, el timar, entra en decadencia como consecuencia de la crisis de la Puerta de finales del siglo XVI. En la Europa otomana siempre habían existido tierras en manos privadas (*çiflik*), que eran concesiones del sultán a los altos dignatarios de estas regiones. Este tipo de tenencia de la tierra estaba asociada con la colonización y el aumento de la producción al roturar tierras baldías, pero en los siglos XVII y XVIII la apropiación de las mismas por altos dignatarios se hace sin el reconocimiento del poder central y provincial, de manera completamente ilegal. La inestabilidad genera una gran concentración de tierras en manos de estos grupos privilegiados, que aprovechan la inestabilidad de las continuas guerras en la región en la Edad Moderna, las levas continuas del campesinado de la región y la falta de una administración eficaz en el territorio para aumentar su poder. El sistema de apropiación de la tierra también se produce por la transformación de concesiones oficiales del modelo tradicional de donación de lotes de tierra por parte del Estado, como puede ser el timar.

Según la guerra moderna se impone en esta parte de los dominios de la Puerta, los sistemas militares-económicos tradicionales se van mostrando menos adecuados para el reclutamiento y las maneras de enfrentarse al enemigo. El timar tenía sentido para reclutar soldados de caballería ligera comandados por los sipahi, soldados que no tienen cabida en los nuevos ejércitos de los siglos XVII y XVIII. Sin embargo, estas concesiones se van transformando en bienes privativos de sus dueños, que pueden transmitirlos en herencia a sus descendientes, sin que revierta a la muerte del poseedor nuevamente al Estado. En Bosnia, estos malos usos tienen una especial importancia, ya que se considera que la tierra pertenece a la estirpe de su poseedor, por lo que se puede legar a la familia si no tiene hijos o hermanos su dueño.

Ello supone que en el Imperio otomano se comienzan a generar enormes dominios territoriales que tienen una elevada producción agrícola para exportar a otras partes de las posesiones del sultán, con lo que pierden una enorme calidad de vida los campesinos sometidos a este sistema de producción, que también es una manera de organización del trabajo. Siguen existiendo las maneras tradicionales de ocupación de la tierra, que coexisten con estos nuevos modos, lo que complica enormemente una descripción general de todo el territorio, aunque también explica la evolución de los comportamientos del campesinado ante las futuras revueltas nacionalistas del siglo XIX.

Aunque la historiografía nacionalista balcánica ha utilizado el término "yugo otomano", utilizando el título (*Pod igoto*) de una novela de Iván Vazov, publicada en 1889, para definir la ocupación otomana de esta región, ello supone un reduccionismo excesivo en la historia de casi cinco siglos de presencia otomana en el sureste de Europa. La Puerta, manteniendo siempre el concepto de teocracia islámica como base de su poder, pretendió siempre la cohabitación de las diferentes comunidades que gobernaba en todos sus Estados, aunque dejando siempre muy claro que eran ciudadanos de segunda categoría, al incluirse dentro del grupo de los *zimmi*, como muestra de que deben pagar un impuesto especial, como es el *karac*. Incluso sobre este sistema tradicional del mundo islámico, la Puerta genera una innovación que permite la pervivencia de los caracteres distintivos de estos súbditos ajenos a la *ra'ya* islámica, como es el caso del *millet* (nación). La gran preocupación del poder central del Imperio, por la que se elaboran los excelentes censos de población (*defter*) y otros instrumentos de control, es perfeccionar los sistemas de la recaudación fiscal, mucho más elevada sobre el campesino cristiano que la que satisface el musulmán. El antagonismo entre dominados y dominadores en la vida cotidiana era lógico al ponerse en contacto dos mundos que no se comprendían en absoluto, ya que ambos estaban fundados en un antagonismo cultural evidente, como es el que marca una visión teocrática de la vida y del mundo.

En los siglos XVII y XVIII, como consecuencia del anquilosamiento del sistema de dominio otomano, se agravan las relaciones entre las diferentes comunidades por el aumento de las cargas fiscales, la aparición de una administración venal y corrupta, el aumento de las grandes propiedades agrarias (*çiftlik*), la decadencia del timar, la ruina de los sistemas militares, el aumento

de las arbitrariedades de los gobernadores provinciales y, en resumidas cuentas, la degradación del Estado otomano. Como hemos ido refiriendo en estos últimos capítulos, muchos de los sultanes de estas centurias, así como sus grandes visires, son conscientes de la necesidad de emprender reformas para volver a la época dorada, aquella en la que gobierna Solimán el Magnífico, aunque es una solución que no se acomoda a la propia evolución de los tiempos. En el nacimiento del nacionalismo balcánico influyen los abusos de gobernadores que buscan enriquecerse rápidamente para recuperar el dinero invertido en comprar su cargo o el entregado a sus superiores para que se lo concedan, cuerpos militares que cometen tropelías continuas donde son destinados, jefes religiosos musulmanes que imponen interpretaciones rigurosas de los preceptos islámicos, un clima de inseguridad creciente y la opresión de los dueños de la tierra. Frente al mundo del Estado teocrático islámico aparecen en el horizonte mental de los balcánicos las nuevas potencias cristianas del siglo XVIII, en las que el racionalismo y un cierto laicismo son la base de su organización, lo que es la antítesis de lo que están padeciendo ellos. De cualquier manera, los modos y las formas de vida de los otomanos se han ido introduciendo poco a poco en la idiosincrasia de todos los habitantes de este espacio, y se ha creado una nueva cultura en la que se han ido amalgamando formas de entender la sociedad y la vida cotidiana, como consecuencia de la coexistencia durante siglos. Los viajeros europeos que recorren la región en el siglo XIX describen las ciudades balcánicas como parte del mundo turco, lo que llama la atención al lector contemporáneo.

También resulta muy difícil fijar las maneras de organización de todos los territorios balcánicos ya que, además de que sobre cada uno de ellos existían formas de dominio diferentes, al respetarse los códigos legislativos anteriores, tampoco van a tener una evolución semejante a lo largo de la Edad Moderna. Se pueden referir territorios que mantienen sus anteriores sistemas, como es el caso de Transilvania, donde se respeta la pluralidad étnica y religiosa del territorio, mientras que la Hungría dominada directamente por Estambul asumirá el sistema tradicional turco, con divisiones en *sancak*, y repartirá el territorio en los diferentes tipos de timar (que dependen de la renta que dan a su propietario por el tamaño del lote de tierra entregado). En esta región lo que se produce es un despoblamiento general de la gran llanura que se localiza entre el Danubio y el río Tisza, como consecuencia de

convertirse en un campo de batalla permanente, por la huida de los elementos cristianos hacia la parte dominada directamente por los Habsburgo. Su lejanía de Estambul supone que la penetración de elementos de origen turco sea muy reducida, además de que se encuentran asentados en las principales ciudades del territorio (Buda, Pécs…), y ocupan los oficios y las zonas que había abandonado la población de origen húngaro y alemán que anteriormente las ocupaban. El espacio rural está habitado casi íntegramente por un campesinado húngaro que no debe soportar demasiados elementos otomanos, por lo que se siguen rigiendo según sus normas y costumbres, sin recibir el influjo de los grupos turcos musulmanes. Los que se instalan en este territorio son antiguos cristianos convertidos al islam, en especial rumanos, búlgaros, serbios y bosnios, lo que marca diferencias con las tierras que son dominadas directamente por Estambul, asumiendo el modelo tradicional del Imperio (Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Serbia, Albania y Grecia). De cualquier manera, las zonas exteriores de los dominios de la Puerta en los Balcanes estarán condicionadas a la situación de guerra casi permanente en la que viven estas regiones, lo que conlleva excepcionalidades y variaciones evidentes.

Aunque en estas páginas nos hemos referido al mundo balcánico como un dominio de la Puerta, las especiales características geográficas del territorio suponen que el control otomano sobre la región habría que reseñarlo de manera muy pormenorizada. Ragusa, la república comercial de Dubrovnik, simplemente paga un tributo al sultán y reconoce su soberanía, por lo que recibe los privilegios de poder comerciar de manera muy ventajosa en el Adriático, solventando la exclusión de toda actividad económica que impone Venecia al resto de las naciones y territorios cercanos. Sus tasas aduaneras son inferiores a las de otros grupos cristianos, además de tener una libertad de comercio casi total a lo largo de todo el Imperio. La aceptación de estas condiciones, a la vez que la subordinación a las órdenes de Estambul, les posibilita tener una posición intermedia entre los dominios directos que dependen del Topkapi y las repúblicas comerciales cristianas, como pueden ser Venecia o Génova. A lo largo del siglo XVII la independencia de Ragusa también será mantenida por la monarquía hispánica, en especial en los años en los que son virreyes de Nápoles los duques de Osuna y de Lemos, que envían dinero y pertrechos militares a Ragusa para asegurar las vías de información

y espionaje que son necesarias para preparar la política de contención a las armadas turcas en el Mediterráneo occidental.

Otros enclaves comerciales otomanos de Grecia y las islas del Egeo tendrán un régimen parecido al raguseo, lo que establece variaciones considerables a otros territorios poblados por grupos de origen mayoritario helénico. En Montenegro y Albania, sobre todo en su parte norte, el dominio otomano era más hipotético que real, dado que la geografía hacía muy difícil que existiera un control total del territorio y la sumisión absoluta de sus levantiscos habitantes. Aunque se introduce la forma de organización otomana de los sancak y los bayrak, además del timar, mantienen muchos de los caracteres de la organización tribal tradicional, al ser imposible controlar zonas tan alejadas e inhóspitas como las que estamos describiendo. Para solventar estos problemas se les permite mantener un régimen semiautónomo, aceptando la pervivencia de sus formas de gobierno tradicional, y no se es demasiado exigente con los tributos y rentas que entregan a Estambul, dada la dificultad de fiscalización. En el caso albanés, la peligrosísima revuelta de Jorge Castrioto (Skanderbey) les había puesto sobre aviso de la dificultad de integrar plenamente estos espacios dentro del contexto general del Imperio. Sin embargo, y por reconocer las excepcionales características de estos lugares, entregarán a la Puerta un gran número de tropas auxiliares, que serán muy importantes para realizar asedios a las fortalezas enemigas en época de guerra en los siglos XVII y XVIII. Procesos similares acaecen en algunas islas griegas, como es el caso de Rodas y Chio, por referir exclusivamente dos ejemplos, donde se les concede una gran autonomía fijando la permanencia de sus maneras de autogobierno. El caso más significativo del mantenimiento de los diferentes modelos jurídicos imperantes en esta región es el respeto a la república teocrática del Monte Athos, que reconoce la autoridad del sultán, y se respetan sus especiales normas sin molestar en exceso a sus moradores. Otras zonas, como es el caso de la península de Morea, y algunos lugares cercanos al Adriático, nunca fueron sometidas de una manera directa por Estambul, lo que explica que resultan relativamente frecuentes los movimientos sediciosos que buscan el apoyo de los príncipes católicos para sublevarse contra el sultán de la Sublime Puerta.

Además de estos casos, muchos de ellos mantenidos por las dificultades humanas y técnicas de someter íntegramente a sus moradores, existirán enor-

mes diferencias entre unas zonas y otras como consecuencia de la manera en la que se integran dentro del Imperio. Los territorios que se someten voluntariamente, sin oponer resistencia, tienen un trato más benigno que aquellas que son conquistadas por la fuerza de las armas. El caso más significativo es el de la ciudad de Sarajevo, enclave habitado casi exclusivamente por musulmanes después de la conversión en masa al islam de la nobleza Bosnia y el cambio de religión de los practicantes de la herejía bogomila, grupo religioso que se sentía más amenazado por los ortodoxos y los católicos venecianos que por los musulmanes otomanos, que están exentos de aposentar ejércitos en su interior. Janina, en el Épiro, será otro de estos casos que gozará, también, de su capacidad de autoadministrarse, lo que desencadenará sus peculiaridades en los siglos XVIII y XIX. Con todo ello, y sin extendernos más, ya que la definición del mundo balcánico podría dar lugar a un libro tan extenso como el presente, vemos que Rumelia es una serie de situaciones completamente diferentes que dependen de la lejanía del poder central del Imperio, las maneras en las que fueron conquistados estos territorios, el volumen de población musulmana que vive dentro de estas regiones y el origen de los mismos, y las capacidades de las autoridades de la zona de pactar con los gobernantes de la Puerta.

Las especiales características que tienen cada uno de estos territorios, desde los grupos humanos que las habitan hasta las actividades económicas que se desarrollan en ellos, generan que los nuevos dueños del territorio se vayan acomodando a cada una de estas peculiaridades y características. Una vez terminada la fase de conquista, se permite y, en gran medida, se estimula la creación de una extensa paz interior para que estas zonas prosperen. Para ello se perpetuarán las diferencias étnicas en las zonas sometidas y se permitirá el mantenimiento de la organización religiosa preexistente. Aunque el sultán es el defensor de la Iglesia ortodoxa, mantiene el patriarcado en la ciudad de Estambul, y elige a sus primeros representantes después de la conquista de la ciudad en 1453, no acabará con las diferentes iglesias nacionales que habían nacido en los territorios balcánicos, lo que suponía contar con el relativo apoyo de las comunidades sometidas. Los antiguos patriarcados nacionales (serbio y búlgaro), que habían nacido en época medieval cuando estos territorios se independizan de Bizancio, serán restituidos a mediados del siglo XVI en Ohrid para Bulgaria y en Pec para Serbia, este reinstaurado

por la implicación directa del gran visir Sokollu Mehmet Pachá, musulmán que procede del *devsirme* y que reestablece la Iglesia autocéfala al nombrar patriarca a un miembro de su familia cristiana. Los súbditos cristianos tienen la catgoría de *zimmi*, "gentes del Libro", supeditados al dominio de los musulmanes, aunque tienen el privilegio de conservar sus lugares de culto, aunque se les impide construir nuevos templos, y practicar libremente su religión. De esta manera, el sultán resulta mucho más tolerante y respetuoso con los balcánicos que las potencias católicas que tienen dominios en esta zona, que imponen condiciones peores a sus gobernados ortodoxos, como es el caso de Venecia. Los Balcanes fue una zona donde el proceso de islamización fue muy escaso y lento, salvo en Albania y Bosnia, por lo que se mantiene una proporción muy baja de elementos musulmanes en el territorio, y muchos de ellos proceden de emigraciones anatólicas y del asentamiento permanente de unidades militares para defender las fronteras. La pervivencia del clero religioso y la revitalización de los diferentes patriarcados son elementos que permitirán la pervivencia de la cultura y los sentimientos nacionales de la mayor parte de los pueblos balcánicos. Además, aunque es indiscutible la tolerancia otomana sobre sus gobernados, no se puede olvidar que los no musulmanes ocupaban un papel secundario en la sociedad de la Puerta: debían pagar más impuestos (*cizya*, *ispence*), tenían menos libertad de movimientos, no podían montar a caballo ni llevar armas, debían vestir trajes que les identificaran como no musulmanes, o distintivos para ser reconocidos, y no podían utilizar determinados colores. Son un grupo inferior, supeditado a los conquistadores musulmanes, a los que tienen que pedir permiso para celebrar sus fiestas, reparar sus edificios de culto y que no pueden demostrar de manera demasiado palpable su no pertenencia al islam. A la postre, su situación depende del buen funcionamiento del propio Imperio, por lo que el deterioro de las estructuras en las que se basa la Puerta tendrá sus primeros damnificados en estos *zimmi*.

La degradación de las instituciones, la crisis económica, la ruptura del orden social tradicional, el final del proceso de expansión territorial del Imperio o la superioridad técnica y militar del mundo occidental sobre el oriental cambiarán sustancialmente la situación de los balcánicos no musulmanes con respecto a la época clásica del Imperio, proceso que hay que situar a finales del siglo XVI. En los dos siglos siguientes, hasta la firma del tratado de

Küçük-Kaynarca de 1774, Rumelia se convierte en un enorme campo de batalla que cambia el orden tradicional establecido desde mediados del siglo XIV, y es el germen de los movimientos nacionalistas que se irán dirimiendo en la Cuestión de Oriente y por la introducción de Rusia como gran potencia en los disputas de esta parte de Europa. En el siglo XVIII todo el territorio balcánico vuelve a ser un frente bélico, cosa que no había ocurrido desde la época de la conquista, ya que los austriacos entran desde el oeste hasta llegar a Kosovo y los rusos desde el este y ocupan parte de Bulgaria y el Peloponeso desde el mar. La guerra trae consigo grandes movimientos de población que alteran el inestable reparto de grupos humanos en este espacio, movimientos que son propiciados por las autoridades religiosas balcánicas. Este siglo fue también la gran época de la islamización del territorio, lo que será otro de los gérmenes del nacionalismo balcánico. La guerra también supone que muchas de las ciudades sean abandonadas, con los enormes prejuicios que genera ya que serán ocupadas por elementos humanos procedentes de zonas montañosas, con una cultura diferente a la de los antiguos moradores. También es el momento en el que aparecen, además de los grandes cambios en los sistemas de propiedad de la tierra, la creación de los extensos *paçhalik*, territorios feudales dentro de las posesiones de la Puerta que llevarán una existencia casi independiente de Estambul.

Este será el caso del dominio de los Dagdeviren Oglu en la región de Edirne, los Tirsanikli Oglu en las riberas del Danubio o de los Rustçuk en Sistova. Los casos más conocidos, además de los más importantes, fueron los de los Pasvan Oglu de Vidin y los Bushati de Escutari, Ali de Janina. El primero de esta saga, Mehmet, logra que el sultán le mande un *firman* nombrándole *mutassarif* (gobernador). Al recibir el nombramiento logra convertir sus dominios en un sancak y se proclama pachá. Logra que el siguiente sultán, Mustafá III, le conceda la gobernación de los sancak vecinos, Ohrid y Dukagjin, otorgándole el título de visir. También consigue que su hijo sea el gobernador del sancak de Elbasan, por lo que la familia controla casi todo el norte de Albania. Estambul intenta reconducir la situación a la muerte de Mehmet, pero sus hijos lucharán para preservar lo conseguido por su ancestro, por lo que recurrirán al concurso de Rusia, Austria y Francia, y Napoleón Bonaparte mandará instructores militares para que mejore sus fuerzas militares. La autonomía de este *pachalik* se mantendrá hasta la muerte de Kara

Mahmut en 1796, que designará a su hermano Ibrahim, persona más fiel a la voluntad de la Puerta. Una situación parecida protagonizará unos años más tarde Ali, de origen albanés, que se hará con el control de parte de Albania, Tesalia y el Épiro. En teoría, todos estos personajes, junto a otros que no mencionamos, son súbditos de Estambul, pero en la práctica realizan sus propias acciones políticas con independencia de las disposiciones del Diván. Llegan a firmar acuerdos con las potencias, e incluso, en Janina, llegan a instalarse cónsules franceses, por lo que desde fuera se les ve como representantes políticos con un poder efectivo. Todos estos acontecimientos suponen que el sultán tenga más una autoridad nominal que real sobre el territorio, lo que queda manifiestamente claro cuando estos *pachalik* son capaces de cambiar los sistemas de tenencia de la tierra para lograr crear auténticos feudos, primando sus intereses económicos sobre los del resto de la población.

En esencia, las instituciones que existían se mantienen, aunque cambian radicalmente sus contenidos. La banalización de muchos de los cargos, el enriquecimiento de ciertos sectores de la sociedad, el cambio de los sistemas de la propiedad de la tierra, la creación de grandes fortunas y la aparición de individuos que se aprovechan de los errores del Estado influirán directamente en las condiciones de vida y las emociones de muchos de estos súbditos cristianos de la Puerta. De otro lado, el avance de los dominios cristianos sobre las tierras del sultán, primero protagonizado por los austriacos y los venecianos y luego, en el siglo XVIII, por los rusos, fue cambiando la situación de una manera bastante rápida. A un proceso de degradación interior se suma la presión exterior, y son los habitantes originarios de estas regiones los mayores perjudicados. Las zonas menos afectadas son aquellas sobre las que el dominio otomano había sido muy escaso, como es el caso de Ucrania y algunas regiones de Polonia, conquistadas en la época del sultán Murat IV por el gran visir Köpröllu, el dominio de la Puerta desaparece en el tratado de Karlowitz, firmado en 1699.

Las últimas conquistas otomanas en Rumelia, Creta y el Peloponeso, arrebatadas a Venecia en los primeros años del siglo XVII, se basan en principios diferentes a los referidos hasta el momento presente, lo que supone que se mantengan durante más tiempo que otras regiones. No se privatiza la propiedad de la tierra, por lo que el campesinado cretense sigue siendo propietario de sus bienes, aunque debe satisfacer una mayor fiscalidad, no introduciéndose

tampoco los derechos sucesorios propios de la legislación islámica sobre estas zonas. Muchas de estas innovaciones desaparecerán cuando los sectores más tradicionales de la sociedad islámica, representados por los grupos más religiosos y el *muftí* de Estambul, vuelvan a imponer impuestos musulmanes tradicionales sobre los *zimmi*, como son el *tapu*, *ispence*, los derechos sobre el matrimonio o el abandono de las tierras cultivables, al considerar que son novedades blasfemas, y exijan la vuelta a la fiscalidad tradicional del Imperio. En alguna manera estamos reseñando una reislamización de la propia sociedad otomana, lo que dejará sus consecuencias en todo el Imperio. Todo este sistema, y el odio que había despertado el dominio veneciano sobre Creta, de mayor dureza que el impuesto por los jenízaros, supondrá que esta isla sufra uno de los procesos de islamización de la población más radical, además de la instalación de comunidades judías para asegurar la fidelidad del territorio, por lo que en poco más de un siglo casi la mitad de los cretenses eran de confesión musulmana. En Morea, territorio que siempre había protagonizado uno de los grandes focos de resistencia al dominio otomano, la presencia de los venecianos en los años de la Liga Santa generará el efecto contrario al deseado. La serenísima vuelve a imponer los sistemas impositivos que habían regido en el territorio hasta el siglo XVI, además de introducir los elementos discriminatorios a los ortodoxos por parte de los católicos, mucho menos respetuosos con el culto y las tradiciones propias del territorio que los musulmanes. Y todo ello cuando vuelvan a formar parte del Imperio, al recuperar la Sublime Puerta estas tierras, Morea será una de las zonas más estables y que mantenga una mayor fidelidad a Estambul.

En los dos siglos de la Edad Moderna, Hungría y Transilvania, zonas en las que se habían utilizado ingentes recursos económicos y humanos para su conquista, se pierden definitivamente por el avance de Austria en el territorio. El tratado de Karlowitz supone la renuncia definitiva a la posesión de esta frontera del Danubio. La recuperación de Transilvania resultó más compleja y prolongada en el tiempo, ya que era un Estado que se había declarado vasallo de forma voluntaria. El expansionismo austriaco irá quitando paulatinamente estos territorios a Estambul, e incluso le arrebatará el Banato de Temesvár (1718), aunque la permanencia de los centroeuropeos en este territorio será efímera. Más compleja es la historia de las relaciones de Estambul con sus dos grandes aliados al norte del Danubio: Moldavia y Valaquia. Su

posición estratégica supondrá que se conviertan en el frente de batalla donde se dirimen los problemas entre otomanos, rusos, polacos y austriacos. Después del mandato de Miguel el Bravo (1593-1601), que logra unificar durante su reinado ambos territorios en una sola corona, los boyardos dominarán la vida de Moldavia y Valaquia a lo largo de todo el siglo XVII. Esta nobleza es la dueña de la tierra, que logra unos enormes beneficios aumentando la producción agrícola que manda a Estambul, y obligando al campesino a realizar prestaciones personales cada vez más duras. Este enriquecimiento se traduce en una apropiación de la mayor parte de los cargos del Estado, que son comprados sistemáticamente, y se intenta influir en la elección del vaivoda, que luego será ratificado por el sultán. En toda la centuria se producen continuos enfrentamientos de las grandes familias por ganar posiciones en el gobierno de los dos territorios, por lo que se generan guerras civiles de carácter nobiliario, así como revueltas.

Este momento se conoce en la historia rumana como la época de los fanariotas, griegos que proceden de Estambul del círculo de poder del patriarcado de Constantinopla, que serán llamados por la nobleza rumana para ocupar puestos importantes, y se rumanizarán en la medida de sus posibilidades. Este nuevo grupo entra en rivalidad con los boyardos, por lo que se le intentará expulsar del territorio, además de anular las donaciones realizadas al Fanar estambuliota y a los grandes monasterios ortodoxos de exterior. Esta situación se mantiene hasta 1821. El principio de este fenómeno hay que situarlo en el siglo XVII y es una consecuencia de la alianza del vaivoda moldavo Dimitri Cantemir con Pedro el Grande de Rusia, ya que tiene que huir este personaje a este país en 1711. Para lograr la fidelidad del territorio, el sultán nombra como vaivoda a un hombre de su confianza, al griego de Fanar Nicolás Mavrocordato, hijo de uno de los dragomanes (traductores) de la Puerta. Desde este momento hasta 1821 se irán sucediendo príncipes de origen griego naturales de Estambul, sin que intervenga en ningún momento la asamblea de notables del país, el método tradicional que se había seguido hasta ese momento. El sistema genera una inestabilidad evidente, ya que los ochenta gobernantes de Valaquia y Moldavia de este siglo pertenecen a doce familias (dos rumanas, una albanesa y el resto griegas) que ostentan el cargo una media de dos o tres años, y se cambian de una región a la otra para mantenerse en el poder. Por ejemplificar estas afirmaciones el caso de Constantin Mavro-

cordato resulta muy ilustrativo. Entre 1730 y 1769 es diez veces vaivoda, cuatro en Moldavia y seis en Valaquia. El nombramiento lo redacta el sultán por medio de un firmán, y debe entregar el elegido regalos al gran visir y a los miembros del Diván que han intercedido por su nombramiento. Su primera obligación es mandar a la Puerta el tributo establecido por cada territorio (de 65.000 a 260.000 talers por Moldavia y entre 260.000 y 300.000 por Valaquia). Además, tendrá que hacer frente al abastecimiento de materias primas de Estambul, especialmente preocupante en relación con el trigo después de la pérdida de Crimea por el Imperio. En su condición de principados vasallos, pierden toda su política exterior, e incluso el ejército de estos territorios queda reducido a pequeñas unidades que vigilan las fronteras y ejercen la seguridad interior. La mayor parte de la población vive en el campo, ya que las ciudades son muy pequeñas, y es el núcleo urbano más importante Bucarest, con unos 40.000 habitantes, en el que habitan rumanos, judíos, raguseos, armenios y griegos, y donde el comercio está controlado por estos elementos de origen no rumano. El campesinado suele estar vinculado a la tierra, tanto de boyardos como del *hospodar* o de los monasterios, los dueños mayoritarios de la mayor parte del espacio cultivable. Existen también campesinos libres, aunque la mayor parte del mundo agrario está adscrito a la tierra, heredando a los cultivadores cuando cambia de manos la propiedad. La huida del campesinado de sus lugares de nacimiento será una constante a lo largo del siglo XVIII, tanto en los países rumanos como en el resto de los Balcanes.

El mundo rumano será durante buena parte de la centuria un continuo campo de batalla, primero para los austriacos y luego para los rusos, y su situación viene reseñada entre las cláusulas del tratado de Küçük Kaynarca de 1774. El sultán legará a Austria un pedazo de Moldavia, la región de la Bucovina, cederá este espacio como si perteneciera a sus propios dominios, y no a los territorios de un principado vasallo. Después de este tratado, y del establecimiento de un cónsul permanente en Bucarest y en Iasi desde 1782, Estambul ya no es el único elemento que controla la evolución del mundo rumano. Moldavia y Valaquia seguirán siendo otomanas hasta los primeros años del siglo XIX, ya dentro de los procesos que genera la Cuestión de Oriente a lo largo de la centuria siguiente.

El siglo XVIII fue una época especialmente dura para toda Rumelia ya que sufrió las consecuencias de las repetidas guerras entre la Puerta y las po-

tencias, por lo que se aniquilaron poblaciones completas, se produjeron movimientos de población y se arruinó la economía de la región. Las zonas que no sufren directamente el conflicto, como es el caso de Bulgaria, Tracia o Macedonia, también padecen las consecuencias de la guerra al soportar una mayor presión fiscal. Todo ello trae consecuencias negativas sobre todo el territorio, con un reducción drástica de la población, cambios en la organización interior de las regiones, la alteración de los repartos étnicos en el territorio, una sobreexplotación de los recursos de la zona por las necesidades de los contendientes y la aparición de una amplia masa de mercaderes y transportistas griegos que monopolizan gran parte del comercio balcánico. La mayor permeabilidad de las fronteras del Imperio otomano también supondrá que se tenga una mayor conocimiento del mundo exterior, por lo que los habitantes de los Balcanes tendrán diferentes modelos con los que compararse, lo que supondrá la entrada de ideas nuevas que condicionarán su futuro en los años siguientes.

9

LAS PROVINCIAS ÁRABES

9.1. *El inicio del largo proceso para alcanzar la independencia*

A principios del siglo XVII los dominios otomanos se extienden por toda la línea de la costa del Mediterráneo, desde la frontera con Marruecos hasta Anatolia, además de las posesiones en Asia, que van desde las orillas del mar Rojo hasta las del golfo Pérsico en la frontera con Persia, además de la península de Anatolia. Son unos dos millones y medio de kilómetros cuadrados habitados por unos 12 millones de habitantes, de los 23 que tenían en total todas las posesiones que se gobiernan desde Estambul. Los extremos de estos dominios, Argelia e Irak, deben de sufrir una fuerte presión exterior, como consecuencia de ser territorios de frontera con enemigos poderosos, como es la Persia safawí en el este y la monarquía hispánica en el oeste. Al igual que ocurre en Rumelia, la Puerta realizará registros continuos y minuciosos sobre los recursos con los que cuentan todos estos territorios, preocupación que tiene un interés esencialmente fiscal, pero que gracias a ella podemos entender mejor cómo se articula este complejo y variado mundo de musulmanes. El reciente colonialismo que han sufrido los actuales países

que pertenecían a los otomanos se ha llevado, entre otras cosas, muchos de estos archivos, por lo que reconstruir su historia para algunos momentos es complejo, como es el caso de Argelia y Túnez.

Sobre los sistemas tradicionales de la administración otomana de la época clásica en los dominios árabes de Estambul se va a producir una evolución muy rápida y compleja, con independencia de que estos territorios permanecerán en manos de los sultanes hasta mediados del siglo XIX y, algunos de ellos, hasta la desaparición del Imperio después de la Primera Guerra Mundial. Por lo general, se suele considerar que estas regiones no siguen las directrices que les llegan de Estambul como consecuencia de la corrupción, la indisciplina de los administradores de estos territorios, la baja calidad de muchos de los gobernadores y un cierto descuido de Estambul. Al repasar y pensar este tipo de reflexiones, válidas en sus caracteres generales, se podría pensar que existe una despreocupación de parte de la administración central sobre el mundo árabe, cuestión que no se ajusta a la realidad, ya que el volumen de personas que se encargan de estos asuntos y la cantidad de disposiciones que parten de la capital para estos territorios son semejantes a los que se redactan para el resto de las posesiones del sultán. No podemos olvidar que en todos los escenarios que describamos la preocupación por los temas fiscales sigue siendo la principal inquietud del gobernante estambuliota. Como en otros territorios la administración de estas provincias recae en los gobernadores (pachá, *beylerbey*…), los jueces (*kadi*) y la milicia de los jenízaros, la encargada de guardar el orden interior y defenderse del exterior. El gobernador (*wali*) tiene el rango de visir y suele poseer el título de pachá. Como resulta lógico, la importancia de cada una de las posesiones condicionará a las personas a las que se nombran para ocupar estos puestos, que para el caso del Magreb resulta especialmente evidente por la diferencia que existe entre los personajes elegidos para regir Argelia, Túnez y Trípoli.

La posesión más importante, tanto desde el punto de vista político como desde el económico y demográfico, es Egipto, donde se nombra en varias ocasiones a personas que han ocupado el puesto de gran visir para regir sus destinos (Ayyub Pachá, 1644-1646, Ali Pachá, 1740-1741, y Kur Ahmat Pachá, 1749-1750). Se podrían seguir reseñando personajes de una gran importancia en el gobierno central que ocupan el cargo de gobernador de este territorio, lo que nos pone en evidencia la importancia que tiene el control

de Egipto para Estambul. Algunos de los gobernadores de la provincia también serán premiados con altos puestos en el palacio después de su gestión. Después de El Cairo se encuentran, por orden de importancia, Alepo y Damasco. El resto de las posesiones tendrá una trascendencia menor para Estambul, lo que se refleja en la importancia jerárquica de los hombres elegidos para marcar sus destinos. A lo largo del siglo XVI el cargo de gobernador solía tener una duración de tres años, plazo de tiempo que es respetado con bastante fidelidad. En los siglos XVII y XVIII este plazo se acorta en todo el mundo árabe, salvo alguna excepción, lo que genera una cierta inestabilidad al cambiar con demasiada celeridad los encargados de dirigir estos territorios, una muestra más de la rápida evolución de los modelos administrativos. En Alepo entre 1601 y 1750 se suceden 127 gobernadores, y en Damasco debemos referir 75 gobernadores diferentes para todo el siglo XVIII. Según los problemas locales se acrecientan, y el poder de determinados grupos locales de estas zonas, el número de gobernadores crece, como pone de manifiesto que en El Cairo entre 1760 y 1765 el cargo recae en ocho personas diferentes. El primer problema que genera la excesiva mutabilidad de las cabezas de la administración es que no se emprenden políticas de larga duración, además de que estos hombres buscan enriquecerse rápidamente para rentabilizar el nombramiento que han recibido del poder. Ello es factible ya que cuentan con un dominio que abarca desde el mando militar de los destacamentos allí acantonados hasta el control de la administración, la recaudación de los impuestos y la fijación del tributo que se debe mandar anualmente a Estambul.

El resto de los cargos que deben ayudar al gobernador también son nombrados por la Puerta, tanto el encargado de las finanzas (*defterdar, Jasnadal*) como el *kadi* y el comandante de la *ocak* jenízara (*aga*). Además, en el Diván, el órgano que debe asesorar al gobernador, están representados los grupos más importantes del territorio, los ulemas, los altos funcionarios de la administración, por lo que se considera que todos estos cargos e instituciones tienen la principal función de impedir que el poder de la cabeza de la provincia haga su voluntad en contra de los intereses de la población y de los grupos de notables que existen en el territorio. Para ello en algunas zonas, como es el caso de Egipto, se mantiene en el Diván a la antigua aristocracia mameluca, para impedir la aparición de déspotas que puedan utilizar el cargo para realizar una política completamente independiente a la de Estambul. A la postre,

esto supondrá que el gobernador esté mermado en sus atribuciones, situación que es especialmente evidente en Túnez cuando el *dey*, el jefe militar de la guarnición jenízara y las milicias locales, tenga más poder y funciones que la persona que ha venido por barco desde Estambul a la bahía de Cartago. La situación en Túnez seguirá evolucionando y el hombre fuerte de esta provincia del Imperio recaerá en el siglo XVII en el *bey*, la persona que controla la *mahalla*, una institución que existía con anterioridad a la llegada de los otomanos, en la época Hafsí, y cuya función es controlar los grupos humanos situados en el interior del país, lo que nos pone de manifiesto los cambios que se han producido en la regencia tunecina desde la conquista de La Goleta por Euldj Ali (el Ochalí cervantino).

André Raymon explica la organización de la institución judicial otomana según una jerarquía que subordina a todos sus representantes a su cabeza, el *çeyk ül-islam*, persona, como hemos referido, que es nombrada por el sultán y que va a delimitar su propio dominio al tener que hacer coincidir sus órdenes con sus dictámenes. Cuando se nombra a la persona que ocupará este cargo, también se eligen al rango directamente inferior los dos *kadiasker*, uno para Rumelia y otro para Anatolia, que participan en el reducido grupo de personas que asisten de forma sistemática a las reuniones del Diván en Estambul. Estos dos serán los encargados de nombrar a los *molla*, que realizan las funciones semejantes al gran kadi de Estambul. Dentro de las diferentes provincias no todos los molla son exactamente iguales, ya que los de El Cairo, Damasco, Medina y La Meca son los que tienen un rango superior, y se sitúa por debajo el de Damasco, por lo que se respeta la importancia de todas estas ciudades dentro de la historia del islam. En el caso de las posesiones del norte de África, su nombramiento corresponde al *kadiasker* de Rumelia. En el siglo XVI estos cargos eran vitalicios, pero rápidamente se aprecia que este tipo de nombramientos de tan larga duración generan muchos problemas, por lo que los jueces en el siglo XVII suelen ser nombrados por un año, en casos excepcionales su mandato se prolonga a lo largo de varios ejercicios. A lo largo del Imperio los jueces son de origen turco, o musulmanes completamente asimilados a los descendientes de Osmán Gazi, que han estudiado leyes dentro de la escuela hanefí, la preponderante dentro del mundo cultural otomano. Incluso en los países que toman rápidamente los procesos de autonomía con respecto a Estambul, como es el caso de Ar-

PROVINCIAS EUROPEAS DEL IMPERIO OTOMANO

gelia y Túnez, se respeta la elección de estas personas entre la minoría turca que vive en estos territorios.

Los tribunales en las provincias se suelen dividir en asuntos locales, militares y árabes, además del que entiende en los temas que conciernen a la provincia. Estos jueces de segundo rango, ya que el número de juzgados aumenta según la población de las ciudades donde se asientan crece, suelen ser de origen local, aunque supervisados siempre por el *kadiasker*. Este control sobre la justicia, dado el origen y procedencia de las personas que se nombran, es uno de los elementos esenciales para el mantenimiento y la cohesión de la unidad de las posesiones árabes de la Puerta. En los juzgados de estos territorios pasan la mayor parte de los asuntos de la vida cotidiana que se dilucidan en una sociedad árabe, desde las herencias, las transacciones comerciales, las fundaciones piadosas (*vakf*) y cualquier otro aspecto de las relaciones entre los miembros de estas comunidades.

El control de la elección de los jueces representa la existencia de ritmos semejantes a lo largo de todo el Imperio, lo que establece modelos de unificación en este extenso y dilatado espacio que tienen diferencias evidentes de un extremo a otro. La influencia de los altos jueces en la dirección política de los territorios, ya que todos ellos pertenecen a los consejos que ayudan a los gobernadores en la administración de las provincias, además de los mandos militares, los *mutfíes*, el *kadiasker* y la persona encargada de las finanzas, que en el Magreb es nombrado *jasnadal* (en vez de *defterder*). Ese organismo tiene una doble función: organizar la vida del territorio, tanto en asuntos locales como en los que afectan a toda la región, a la vez que vigilar las maneras del ejercicio del poder del gobernador de la provincia. Los jueces y autoridades, recordemos, nombradas directamente por Estambul, remiten informes a la capital en los que reseñan los acontecimientos que acaecen en el territorio, lo que resulta una vía de comunicación de la periferia con el centro.

La otra gran institución que controla la fidelidad de los territorios con Estambul son las milicias, el estamento militar. Por referir un ejemplo, cuando Hayreddin Barbarroja entrega sus conquistas en el Magreb central al sultán Selim, este lo acepta y permite que se acuñe moneda con su nombre, y que se le cite en las invocaciones del viernes en la mezquita, y le da 2.000 jenízaros para que defiendan el territorio y le ayuden en su lucha contra los españoles y para someter a las tribus y grupos tribales de la región. La com-

posición de las milicias provinciales cambiará rápidamente en los dominios musulmanes de la Puerta como consecuencia de las limitaciones evidentes que tiene el sistema de reclutamiento por medio del *devsirme*. El número de cristianos que son convertidos al islam para formar parte de las tropas permanentes del palacio es limitado en su número, aunque vaya aumentando según pasan los años, por lo que la ampliación de los dominios de los otomanos genera el problema de que es necesario ampliar la forma de reclutamiento. A mediados del siglo XVI se permite que en algunos territorios se integren dentro del cuerpo de jenízaros estantes en estas regiones musulmanes de nacimiento, así como conversos de otras religiones, para poder completar el número de soldados para defender la gobernación. Estos cuerpos militares tienen que ejercer dos funciones esenciales: la defensa exterior ante enemigos que no reconocen la soberanía del sultán, además de las funciones de orden público, que también desarrollan en la ciudad de Estambul.

El reclutamiento de soldados de origen musulmán, hombres libres que no pertenecen a la categoría de *kapi kulari* (esclavos de la Puerta), generará problemas en la organización interior de la milicia, así como la relajación de la disciplina. El número de efectivos jenízaros era relativamente pequeño en la organización militar de las provincias, y solía oscilar de 2.000 a 5.000 efectivos (números que se refieren a los soldados destinados en Túnez y en El Cairo a finales del siglo XVI, respectivamente). Sus denominaciones cambian al ser conocidos en algunas regiones, como es el caso de Egipto, con nombres árabes, y son apellidados los jenízaros de El Cairo como "los guardianes" (*mustahfizan*). El resto de las fuerzas militares provinciales tenían un origen local, y sus funciones eran diferentes a las del pequeño número de jenízaros, que tienen que asegurar la estabilidad interior de estos extensos territorios. Se puede calcular que a finales del siglo XVII el número de jenízaros destinados en las provincias árabes era de unos 14.000 efectivos, variaba su reparto en función de la peligrosidad exterior y la política de cada uno de los gobernadores provinciales. Estambul, dadas las variaciones que tienen estos cuerpos con respecto a los asentados en las cercanías del palacio, elegirá a sus jefes entre los jenízaros tradicionales, y nombrará al *aga* (jefe militar), que se trasladan a sus futuras gobernaciones desde la metrópoli. Este nombramiento es, nuevamente, una manera de control por parte del centro a la periferia, ya que este hombre entra a formar parte del Diván e influye en las decisiones

que se toman en la mayor parte de los temas. Como se ha referido, el caso de Túnez es el primero en el que se muestra que el poder de la persona que domina los asuntos y a las fuerzas militares se convierte en el verdadero gobernador de la provincia.

Como ocurre en el mismo centro del poder de la Puerta, la ciudad de Estambul, las milicias provinciales comienzan a adquirir un enorme poder según la disciplina se va relajando y se hacen con más número de prerrogativas. Estos cuerpos militares llegan a rechazar a los gobernadores mandados desde Estambul, como ocurre en Argel o en Damasco, en varias ocasiones. Ante la revuelta del gobernador de Alepo, el sultán tiene que mandar jenízaros de la guarnición del palacio para poder vencer a los jenízaros provinciales que apoyan la sublevación, lo que indica las diferencias que cada vez son más evidentes entre el centro y la periferia en el estamento militar. En Damasco los jenízaros foráneos generarán una lucha enconada con los cuerpos de jenízaros mandados por el Diván central por controlar el poder de la provincia, lo que supondrá una inestabilidad creciente. Incluso los cuarteles de los diferentes grupos jenízaros se instalan en lugares completamente diferentes, con una implicación en la vida urbana distinta para cada uno de los grupos. Los militares que proceden de los musulmanes del país donde realizan su servicio de armas se integran en el complejo sistema de solidaridades ciudadanas, mientras que los que vienen de la capital se edifican en las cercanías al centro del poder provincial. Ello resulta, nuevamente, más evidente en el Magreb que en otras provincias árabes, como consecuencia de que entran en un proceso de mayor autonomía antes que otras partes del Imperio, consecuencia lógica por situarse en uno de los extremos de las posesiones del sultán, además de estar más amenazadas por las potencias cristianas. La regencia de Túnez cada vez opta más por tener a todos los miembros de la milicia de procedencia tunecina, o bien enrolar a los kuluogli, hijos de turcos y de mujeres indígenas, que acaparan estos puestos. Argel, por el contrario, al ser la cabeza de esta región y la ciudad más importante de la zona, mantendrá el reclutamiento de jenízaros en Anatolia, por lo que no se producirá la contaminación total del estamento militar. De hecho, se prohibirá la entrada en la milicia a los kuluogli, lo que supondrá enormes tensiones sociales y disturbios a finales del siglo XVII y en el siglo XVIII. Para poder reclutar a militares de Asia Menor será necesaria la autorización del Diván, lo que explica que

Argel se mantenga mucho más fiel a Estambul que Túnez, así como que su evolución sea menos drástica al mantener unas similitudes mayores con la capital, con independencia de que en las decisiones políticas tenga una evolución diferente. Ello es especialmente evidente en su política con España, ya que después de la firma del tratado de paz entre España y la Puerta en 1782, Argel y Túnez mantendrán el antagonismo con la península ibérica al acogerse a la idea de que la guerra (*gaza*) que se realiza con los españoles está fuera del tratado que ha firmado el sultán. De cualquier manera, en todas las provincias árabes los soldados de procedencia indígena son cada vez más importantes, y es su número mayor que los jenízaros, por lo que este factor va relegando a las tropas de élite otomanas a un segundo lugar, lo que explica su paulatina pérdida de importancia. Para poner nuevamente un ejemplo magrebí, cuando el *beylerbey* de Argel decide recoger los impuestos sobre el territorio que gobierna es necesario organizar una verdadera expedición militar que recorre el país para granjearse la fidelidad de los grupos nómadas y beréberes del territorio, compañía militar conformada por soldados locales en la mayor parte de los casos; los jenízaros se quedan en la defensa de las ciudades fortificadas edificadas en las costas de la regencia.

La penetración de los otomanos en las provincias árabes tiene unas características completamente diferentes que las conquistas que realizan en el mundo balcánico, lo que supondrá una manera de implantación en el territorio completamente distinta. En principio, aunque se produce una introducción de los sistemas de gobierno otomano, se intentarán respetar algunas de las instituciones anteriores para implicar en la gobernabilidad a los habitantes del país. El caso más evidente se encuentra en Siria y en Egipto, donde se mantienen muchas de las instituciones, además de bastantes de las clases dirigentes, del antiguo Estado mameluco para lograr que los otomanos sean aceptados y no tengan el rechazo de sus antiguos enemigos. Bastantes de los antiguos administradores serán mantenidos en sus cargos, e incluso son invitados a integrarse en los cuerpos militares de la provincia (*mutafarrika, çarakisa*). Asimismo se mantendrán unas excelentes relaciones con las antiguas clases nobiliarias mamelucas, que llegarán a retomar el poder aceptando la soberanía del sultán, como muestra, Ridwan Bey, noble de origen mameluco que gobierna Egipto desde 1631 hasta 1656. Nuevamente el Magreb es el mejor ejemplo de este tipo de comportamientos. La ascensión del régimen

de los beys se produce por la importancia que tienen las personas que son capaces de ser respetadas por los habitantes del país, en el momento en que se debe salir a recoger los impuestos pedidos a los moradores del interior. Su papel se fue haciendo cada vez más importante, y se diferenció entre el gobernador, que sale escasamente de la capital, y este personaje, que controla a las autoridades locales del interior de la provincia. Ello permitirá que Murat Bey en 1613 cree una dinastía hereditaria que durará hasta mediados del siglo XVIII, situación que es consentida por el poder central para no perder el vasallaje de esta región. La implicación de estas autoridades con los habitantes del territorio permitirá que se produzca un entendimiento mayor con la población, al no considerar a estos hombres como elementos externos que están sojuzgando el territorio, por lo que el reclutamiento de soldados de la Kabilia y otras zonas será una tarea sencilla, lo que le permite a los beys contar con un poderoso ejército, mucho mayor que el que puede reclutar Argel, ciudad que mantiene unas normas más cercanas a los dictados de Estambul. El respeto a las tradiciones e instituciones locales es una manera de perpetuarse en el dominio de este espacio, lo que explica la larga duración de las conquistas en territorios musulmanes que se mantienen en manos de Estambul hasta finales del siglo XIX y principios del XX.

La conquista otomana de las provincias árabes unifica en los primeros años del siglo XVI un espacio que llevaba varios siglos evolucionando de manera diferente en cada uno de los territorios. El sultán, como cabeza del islam y protector de las ciudades santas, vuelve a dar unidad a un espacio que se identifica por la práctica de una religión, pero que no tenía un único representante político y que tampoco había tenido una evolución interior armónica. Desde esta perspectiva, el sultán se trasforma en el defensor de una religión amenazada por el expansionismo europeo, tanto territorial como cultural, además del restaurador de la propia vida política de una región que estuvo unida en los siglos pretéritos. Nuevamente un ejemplo hispano nos pone de manifiesto la importancia de Estambul en la mentalidad musulmana de estos siglos. Ante la eminente conquista de la ciudad de Granada por los Reyes Católicos, los nazaríes mandarán emisarios a mamelucos y otomanos para que les ayudasen ante el acoso cristiano. Esta petición de ayuda se volverá a repetir por parte de los moriscos a lo largo del siglo en que siguen residiendo en el territorio de la península ibérica, ya que se han trocado de religión de

una manera forzosa al ser convertidos contra su voluntad por las autoridades cristianas. El lejano sultán es identificado por estos cientos de miles de criptomusulmanes como su autoridad legítima, el hombre que les defenderá en caso de ser extinguidos completamente, el poder que representa el contrapeso a la monarquía de los Austrias españoles. Desde Estambul se mandan disposiciones a los *beylerbey* de Argel para que ayuden a escapar a estos musulmanes caídos en desgracia de las costas españolas, misión que realiza de manera bastante concienzuda Hayreddin Barbarroja y sus sucesores durante el reinado de Carlos V, de la misma manera que se mandarán armas y asesores militares cuando se rebelan en las Alpujarras granadinas en 1570, durante el gobierno de Felipe II. Por desgracia, el apoyo a esta minoría, que se encontraba demasiado lejos de Estambul para poder enviar un apoyo directo, fue la excusa perfecta para organizar la conquista de Chipre en ese mismo año. La Puerta, o por lo menos un sector de ella, considera que hay que aprovecharse de que las armadas del enemigo no pueden desplazarse a Levante para impedir los deseos de gloria por la emulación de una conquista de un territorio insular de Selim II, imitando lo que habían realizado Selim I y Solimán el Magnífico. En los años de la expulsión, 1609-1614, los territorios otomanos, desde Argelia hasta Anatolia, recibirán a miles de refugiados, que son bien aceptados por los habitantes otomanos de estos territorios, ya que se deben cumplir los preceptos islámicos de ayudar a estos desheredados por la intransigencia cristiana de estos siglos.

El sultán, así como el *beylerbey* de Argel, se presentan a la opinión pública musulmana, empezando por la de los propios moriscos, como su garante de sus creencias, con independencia de que la geopolítica concreta de los años en los que se producen los acontecimientos genere que la *real politic* obligue a los gobernantes de Estambul a tomar unos derroteros distintos a los sentimientos que pueden tener con respecto a este colectivo. El sultán de la Sublime Puerta es la cabeza del bando contrario al de los cristianos, por lo que la fidelidad, tanto emocional como real, que le profesan los moriscos será uno de los factores que influyan en su trágico destino en los primeros años del siglo XVII. Es decir, que la minoría debe sufrir la paradoja de que su fidelidad emocional y religiosa, que les lleva a mostrar enormes muestras de alegría cuando se ocupa Chipre o se vence a los cristianos en las batallas terrestres y marítimas, será la razón esgrimida para expulsarles de los domi-

nios de la monarquía hispánica, al extirpar a un colaborador interior del antagonista religioso y político en el Mediterráneo

El dominio otomano de los países musulmanes y su evolución en los siglos XVII y XVIII resultan muy difíciles de hacer de una manera global por las divergentes situaciones que se viven en este extenso territorio. De otro lado, mientras que los países balcánicos han revisado en los últimos años su pasado otomano, bien sea desde visiones nacionalistas o para situar en su justa medida la presencia musulmana en su territorio, muchos de los países árabes se han despreocupado de esta parte de su historia, bien sea por un desinterés general o por falta de fuentes archivísticas para afrontarlo. El dominio de la Puerta tampoco fue exactamente igual en todos los territorios y, como en Rumelia, según nos alejamos de Estambul el control de estos espacios comienza a tener peculiaridades que explican las divergentes evoluciones en el siglo XVIII. El punto de partida tampoco es semejante para los diferentes dominios, ya que los otomanos se asientan sobre zonas que fueron conquistadas a dinastías muy antiguas y perfectamente consolidadas, como es el caso de los mamelucos de Egipto, los hafsí de Túnez o los zayaní de Tremecén, donde se mantuvieron algunas de sus antiguas instituciones para contentar a la población después de la conquista otomana. Siria, Palestina y parte de Irak eran provincias que dependían de los gobernantes mamelucos cairotas, por lo que su implicación con una dinastía que había dado un enorme desarrollo a su capital era mucho menor, ya que era un sistema de gobierno también impuesto por procesos de expansión anteriores. Otras, por el contrario, son zonas donde se desarrollan grupos de poder muy recientes, como es el caso de los Estados mogoles y safawíes en Irak o las pequeñas monarquías locales que existían en Argelia y Libia, no identificadas especialmente con el territorio donde gobiernan, y que tienen que hacer frente a los deseos expansionistas de Túnez y Marruecos, territorios donde existe un poder perfectamente consolidado. La cercanía a Estambul también genera que las disposiciones que proceden del centro del poder del Imperio tengan una mayor relevancia que sobre los territorios más alejados, donde las órdenes tardan mucho tiempo en ser recibidas y, en muchas ocasiones, han perdido su significado al ser abiertas por gobernadores y beys. Tampoco se puede decir, por lo menos con los datos que tenemos en la actualidad, que exista una política continua con respecto a los países musulmanes a lo largo de estos dos siglos, debido a

los continuos cambios en los círculos de poder cercanos al sultán, y la supeditación de los intereses provinciales a los arbitrios del Diván y de los visires de Estambul. De cualquier manera, la comprensión de este proceso está condicionada por el nivel de conocimiento que tenemos sobe cada una de las regiones, por lo que es muy limitado en espacios concretos, y es imposible realizar un panorama general de todos los cambios que se producen en el siglo XVIII. Las zonas más próximas a Estambul, como es el caso de Alepo, Palestina y Egipto, son las mejor estudiadas, mientras que las más lejanas cuentan con un volumen de trabajos mucho menor. El caso más significativo y sorprendente, como ya se ha referido en varias ocasiones, es el caso de la regencia de Túnez, que realiza una evolución hacia la creación de un territorio casi autónomo de una manera muy rápida. La falta de documentación otomana de Argel, o que no haya sido estudiada hasta el momento presente, nos impide realizar una comparación exhaustiva entre los dos dominios magrebíes, aunque existen diferencias entre estos dos enclaves, que son las grandes potencias corsarias otomanas en el Mediterráneo occidental.

9.2. *Las provincias árabes del Oriente*

La conquista de Siria por Selim I supone que esta región es el paso obligado de las vías de comunicación con las posesiones árabes de Estambul, por lo que el control de esta ciudad y la zona que gobierna se convierte desde los primeros años del siglo XVI en una de las prioridades del Diván. Sus gobernadores siempre fueron elegidos directamente por la Puerta para impedir que se produjeran los movimientos sediciosos o la creación de estructuras autónomas que se empiezan a atisbar en otros lugares del Imperio. La duración de los mandatos de los gobernadores de Alepo suele ser relativamente corta, y siempre fue ocupada esta plaza por personas muy cercanas a los círculos de poder e influencia que rodean al sultán, lo que explica los sucesivos cambios que se producen.

Alepo era uno de los destinos más deseados por lo hombres cercanos al poder, ya que estamos refiriendo una de las ciudades más populosas del Imperio, además de las más ricas, ya que concentra gran parte del comercio del Oriente antes de entrar en Anatolia, por lo que el sueldo que se puede alcanzar por disfrutar este cargo es muy alto. La degradación de los funciona-

rios imperiales también se aprecia perfectamente entre las personas que son designadas, ya que pretenden recuperar lo más rápidamente posible el coste que le ha supuesto la consecución de esta designación, por lo que intentarán sacar el mayor provecho económico posible de su corta gobernación. La decadencia y ruina de las instituciones tradicionales del sistema de dominio otomano, timar, *devsirme*, son especialmente sensibles en esta región, ya que la milicia no está compuesta por los sipahi de los feudos ni por los antiguos cristianos islamizados. Las fuerzas militares situadas en la ciudadela vieja de Alepo están formadas por varias *ocak* jenízaras reclutadas entre población civil musulmana de la zona, con una escasa preparación militar, dado que no es un lugar donde se debe temer la llegada de un enemigo exterior. La importancia de la actividad mercantil de la ciudad mueve a muchos de estos soldados a completar sus pagas con el ejercicio del comercio.

En las pequeñas ciudades y grandes pueblos de Siria existen un gran número de milicias locales para defender estos enclaves, reclutadas entre los diferentes grupos étnicos de la región (turcomanos, kurdos, karamanlíes…). Estas fuerzas locales, como ocurre en otras partes de los dominios de Estambul, dependen de los grupos humanos de estas localidades, por lo que la defensa del territorio exclusivamente se puede realizar con los soldados pagados directamente por el gobernador.

El oficial que representa al gobernador, el *mutasallim*, que asiste en los asuntos de la gobernación de la provincia y manda las fuerzas militares en ausencia del enviado del palacio, va adquiriendo cada día más poder por la ausencia reiterada del gobernador, motivada tanto por los continuos cambios como por sus obligaciones en el mando de los destacamentos militares para defender al sultán de sus enemigos. Este cargo es designado entre las grandes familias locales del territorio, por lo que estos grupos privilegiados limitan las funciones de la más alta autoridad. Ello resulta aún más evidente en los últimos decenios del siglo XVIII cuando este personaje también realiza las funciones de la recaudación de impuestos y los otros temas financieros (*muhassil*), por lo que estos privilegiados a la postre dominan tanto los temas económicos como los militares. Ello también lo realizan por la integración de los miembros de estas poderosas familias dentro del Diván, que, aunque es un órgano simplemente consultivo, representa que el gobernador mandado por Estambul tiene que hacer compatible su cargo con estos poderes locales fuertemente arraigados.

De otro lado, Siria, como otros países musulmanes, tiene una estructura de reparto de la población que complica enormemente el gobierno de los *beylerbey* y los gobernadores. La red urbana no es tan tupida como en los Balcanes, por lo que, además de a ciudadanos, tiene que gobernar a grupos nómadas y seminómadas que existen a lo largo de todo el territorio (mawali, hadidi, etc.), tribus beduinas que pactan con el gobernador lo que cuestan sus servicios cuando colaboran en la gobernación. Además, en todo este espacio existen problemas entre el mundo rural y el urbano, con frecuentes ataques a los intereses del segundo sobre el primero, por lo que es necesario contar con grupos que defiendan las ciudades, sobre todo Alepo, los núcleos comerciales y la importación de productos que traen las caravanas para abastecer los zocos.

En alguna medida, el dominio otomano es como una cúpula de poder que se asienta sobre la sociedad preexistente, con la que tiene que convivir y pactar su propia permanencia en la región. Los habitantes originarios, a través de estas importantes familias y los grupos tribales, controlan, como se ha referido con anterioridad, los puestos más efectivos para el dominio del país, lo que supone una fuerte subordinación a estos grupos. Ellos son los que tienen el reconocimiento de la sociedad indígena, además de que acaparan los puestos más importantes, además del control de la población al ser los ulemas, los miembros del Diván y la representación moral de los núcleos urbanos. En Siria son especialmente importantes las fundaciones piadosas (*vakfs*), que ayudan al resto de la sociedad por medio de pósitos de trigo para las malas cosechas o a la asistencia a desheredados de cualquier tipo, fundaciones que son creadas y controladas por estos sectores, lo que también es un sistema de dominio de la población.

La propiedad de la tierra es el otro mecanismo que tienen para asegurar su posición, sobre todo con la tenencia vitalicia de las propiedades, práctica que se desarrolla a mediados del siglo XVII (*malikane*), concentrando el dominio sobre el territorio en tres grandes familias de Alepo (Hankarlizade, Tahazade y Çhibandarzade). Para entender cómo se crea este sistema, muchas de estas propiedades salen fuera del mercado de la tierra al incluirse como posesiones de las fundaciones piadosas, por lo que cada vez más se produce una concentración de la propiedad en muy pocas manos, lo que impide el acceso a la misma por medio de estos *vakfs*, que generarán una situación semejante a las tenencias en manos muertas de los países cristianos. Esta con-

centración de poder generará problemas, como es el caso de revueltas directas de las guarniciones jenízaras contra alguno de los gobernadores, como la de 1657, que serán sofocadas tanto por las autoridades de Estambul como por estos grupos que se encuentran muy a gusto dentro de la organización política que mantiene el Imperio. El comercio y la tenencia de la propiedad de la tierra, junto al control religioso de la población, son los tres pilares de los sectores más poderosos y enriquecidos de la sociedad de Alepo, lo que se traduce en que durante esta época la ciudad se llena de hermosas mezquitas, *hamman*, *han* y otras edificaciones financiadas con el dinero de estos grupos, además del sello personal que dejan algunos de los gobernadores. El excesivo poder que van adquiriendo estos colectivos también genera que las autoridades otomanas limiten su importancia e impidan que otras familias alcancen un estatus semejante para impedir el progreso de la autonomía en una provincia que era el centro de comunicación de Estambul con la mayor parte de sus posesiones en los países musulmanes que controla.

El mayor problema que tiene que afrontar el dominio otomano en la región es, además de las revueltas de los jenízaros a mediados del siglo XVII, que la vida urbana se divide en dos grupos de presión, perfectamente bien organizados y relativamente limitados, que desean hacerse con la primogenitura de la representación de la sociedad. Uno de ellos, el de los jenízaros, controla el estamento militar ciudadano, y se asienta en la ciudadela y en algunos barrios extramuros de la ciudad vieja, donde controla las actividades económicas, además de que tiene el privilegio de ser el que administra el orden público y la vida interior de la urbe. Es un grupo relativamente muy cohesionado, que incluso pertenece a cofradías religiosas muy concretas que aumentan los lazos entre sus diferentes miembros. Las prerrogativas que disfruta por su privilegiada situación y la protección que ofrece a los ciudadanos lo van consolidando en el control de la sociedad de Alepo. Opuestos a los jenízaros se encuentran los jerifes, personas que se consideran descendientes directos del profeta, a los que los otomanos habían beneficiado desde la época de la conquista. Era un grupo cerrado, controlado por un síndico (*nakib*) que llevaba el registro de los nombres de los individuos, con sus respectivas genealogías, que se podían titular exclusivamente como jerifes. Su número fue ascendiendo paulatinamente desde el siglo XVI, incorporándose nuevos nombres a los registros por la negligencia de las personas que debían velar

por la pureza del grupo. Ocupan importantes puestos entre los gremios y cofradías de oficios de la ciudad, especialmente importantes entre los artesanos textiles, y comienzan a tener una mayor preeminencia, en cuanto a privilegios y de consideración social, que los jenízaros. El enfrentamiento entre los dos grupos será una constante en la historia de la ciudad por lograr la primogenitura sobre el resto de la sociedad, es también la lucha entre la ciudad vieja y los nuevos barrios; los dos bandos son clases privilegiadas y altas de la vida de Alepo que se enfrentan por controlar al resto de la población. En 1770 y en 1798 se pueden referir auténticos enfrentamientos entre los dos grupos, por lo que las tensiones ciudadanas se trasforman en pequeñas guerras civiles, y donde los jenízaros llegan a asesinar a varias decenas de jerifes en una mezquita en la última de las fechas mencionadas. Los jenízaros, a la postre, serán los vencedores de esta larga y dura contienda, y a principios del siglo XIX los jerifes son desbancados como un grupo preeminente dentro de la sociedad urbana de Alepo. Resultó una victoria pírrica, pues pocos años después el nuevo gobernador manda ejecutar a los principales jefes jenízaros, por lo que descabeza el movimiento. Este grupo militar, tanto en las provincias como en la capital, estaba condenado a la extinción ya que impedía que se pudieran realizar reformas para modernizar el Estado y sus estructuras, por lo que los sucesos de Alepo de 1813 son una premonición de lo que ocurriría en Estambul dos decenios después.

Aunque Alepo es la cabeza de una provincia que mantiene el sistema del dominio de la Sublime desde la época de la conquista, realmente fiel a los designios de Estambul, los nombramientos de algunos de los gobernadores a lo largo de los siglos XVII y XVIII se saldaron con revueltas y quejas por parte de los habitantes de la capital, como ocurre con Ahmet Pachá en 1665 o Kusa Mustafá en 1795, por referir solo dos ejemplos de los muchos que se podrían mencionar. Estambul suele aceptar las peticiones de los ciudadanos, aunque estas crisis se tardan en resolver meses, periodos en los que la ciudad es gobernada por autoridades locales, situaciones que son validadas y reconocidas por el sultán para asegurar el dominio de esta estratégica provincia. La mala situación en la que se encuentra el Imperio a principios del siglo XIX impide que desde el poder central se mire con buenos ojos procesos sediciosos en territorios que se consideran claves para la propia pervivencia de la Sublime Puerta. Por ello, la revuelta de 1819 por el nombramiento como go-

bernador de Kurçit Pachá será reprimida después de una largo asedio por parte de las tropas del poder central contra la resistencia interior de la ciudad, encabezada por los dos grupos que tradicionalmente se habían enfrentado durante siglos. El Imperio otomano necesitaba estabilidad para emprender reformas y renovaciones, por lo que no se podían tolerar situaciones como las vividas hasta ese momento.

Palestina, algunas zonas del Líbano, Mosul, Damasco y Bagdad, además del especial mundo de El Cairo, tendrán evoluciones completamente diferentes a la reseñada para Alepo. La mayor diferencia es que mientras que en esta última provincia, con independencia de las tensiones internas que se producen en la capital, el sistema de dominio otomano desde el poder central se impuso a lo largo de toda su historia, en las regiones referidas podemos anotar la aparición de potentados o de dinastías semiautónomas, que deben de ser respetadas por los gobernadores de las referidas provincias a lo largo del siglo XVIII, que hacen de contrapeso a los gobernadores. Ello es una consecuencia de la propia debilidad del Estado central, que en estas regiones, como en el resto del Imperio, cambia de forma sistemática a los gobernadores por la venalidad y la relativa decadencia en la que se está inmerso, por lo que impide que se pueda fijar una política estable y duradera en el tiempo. Dado que muchos de estos cargos casi se habían comprado en almoneda, los detentadores del nombramiento de gobernador deseaban lograr rápidos beneficios para rentabilizar su inversión, por lo que se muestran más atentos a aumentar su capital que a las tareas de la administración del territorio. Ante esta situación, que provoca desgobierno e inseguridad, algunas autoridades locales impondrán sistemas de gobierno sobre los territorios que controlan. Estos poderes locales dan la estabilidad a determinadas regiones, por lo que serán tolerados en el tiempo, aunque reportarán un enorme recelo a las autoridades otomanas.

En Palestina, en el eyalet de Sidón (Sayda), la familia de los Zaydani dominará esta región hasta finales del siglo XVIII. Habían adquirido su poder controlando la recaudación de los impuestos (*multazim*), lo que les supone el reconocimiento de su autoridad sobre los habitantes de la zona, además de tener alianzas con las facciones locales más importantes. El *cheih* (hombre de reconocido prestigio por su conocimiento de la sunna y el Corán), Dahir al-Umar, se convierte en la persona que domina todos los resortes de la región por su alianza con los diferentes poderes locales y, sobre todo, por el dominio

de la exportación del algodón desde el puerto de Acre. Su poder se consolida definitivamente cuando el 1745 el gobernador de Sidón reconoce oficialmente su control sobre la recaudación (*iltizam*) de las aduanas del puerto de Acre, que lo extiende al control total de la vida de la ciudad.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII esta ciudad portuaria será el núcleo económico más importante de Palestina, por lo que toda la vida económica y política se desplaza de Sidón a Acre. Desde esta ciudad va logrando crear un territorio semiautónomo que va extendiendo sus dominios hacia el interior. Para contrarrestar la cada día mayor fuerza de Dahir, en 1762 la Puerta concede la región de Haifa al gobernador de Damasco, uno de sus mayores rivales en la zona. Para zafarse de la presión, Dahir se aproxima a Ali Bey, el gobernador de Egipto, que se ha declarado casi completamente independiente, y colaboran ambos en el dominio de Siria, a la vez que presiona Dahir a la Puerta para que se le conceda el control total de Palestina. Todos estos procesos coinciden con el enfrentamiento de Estambul con Rusia, por lo que la Puerta se encuentra en un momento de extremada debilidad, por lo que debe realizar concesiones para no tener que hacer frente a diversos focos de tensión al mismo tiempo. En 1774, en Damasco, se perdona a Dahir su sedición y se le da el título de gobernador de Acre, territorio que engloba Nablus, Sidón, Ramala y Jaffa, además de reconocerle su dominio sobre las aduanas marítimas de la zona. Después de la firma del tratado de Küçük Kaynarca, en 1774, el Diván otomano puede afrontar este problema desde otras perspectivas al haber acabado con la peligrosa guerra en Rumelia. El nuevo gobernador de Egipto, después de haber derrotado a Ali Bey, prepara una expedición para someter Palestina a la obediencia de la metrópoli, y sitia Acre, de donde tiene que huir Dahir, que es asesinado por uno de sus mercenarios.

Pocos años después el territorio ve nacer otro hombre que desea seguir los pasos de Dahir, como es el mameluco de origen bosnio Ahmet Djazzar (el carnicero). Había adquirido su cruenta fama colaborando con Ali Bey en Egipto, al que abandona para volver a la fidelidad con la Puerta. Interviene en las campañas que se montan para restaurar la situación en Palestina, y es nombrado gobernado de Sidón en 1775, aunque instala su residencia en Acre. Como el anterior, desea extender su dominio a Palestina y a Siria, por lo que empieza a ganarse a las milicias provinciales de la zona y a las familias más

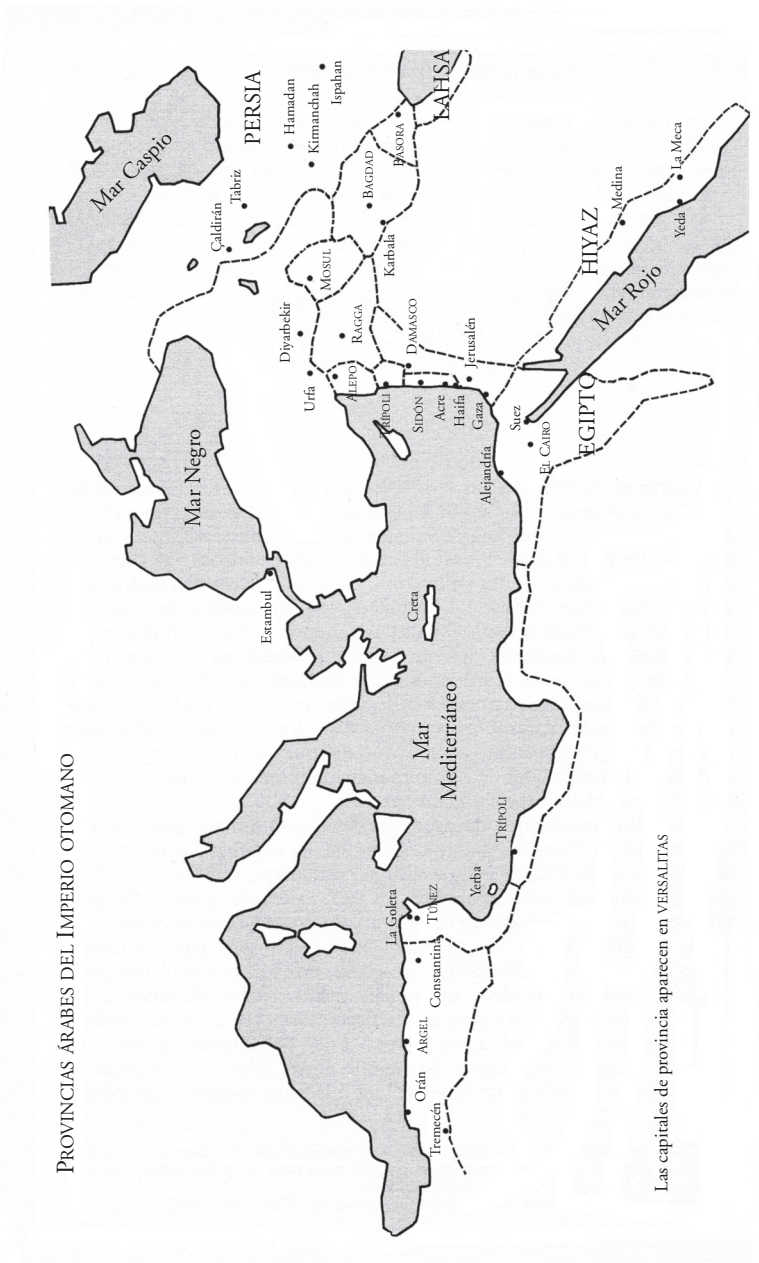
importantes. Acaba con el poder de los Zaydani, así como con los grupos chiitas que existían en Tiro y otros valles libaneses. En los primeros años de la década de 1780 va imponiéndose paulatinamente a los grupos que le pueden hacer sombra, controla a los nómadas de la región, se hace fuerte en las ciudades costeras de Palestina y el Líbano, limita el poder de los señores de las montañas libanesas y se superpone al dominio de Damasco, al que convierte en un una provincia dependiente de Sidón, cuando siempre había sido al contrario. Su poder se extiende hasta 1804, año en que muere, y tiene la habilidad de nunca ser considerado un rebelde por Estambul, aunque a muchos de los altos cargos del palacio no contenta nada su persona y las maneras de ejercicio del poder. Este hombre logra una gran estabilidad en la región, y asegura que la caravana de peregrinos (*haci*), que va cada año hacia La Meca y Medina, llegue sin contratiempos, lo que resulta de especial importancia para el sultán.

El control de los derechos aduaneros de los puertos de su gobernación, y la creación de un monopolio sobre la exportación del algodón, y en general de toda la economía de Palestina y su región de influencia, le permiten tener el dinero suficiente para fortificar las ciudades más importantes de su gobernación. Cuenta con una fuerza militar compuesta por mercenarios y mamelucos con la que enfrentarse a sus enemigos y posibles revueltas instigadas por Estambul, como es el caso de la sedición protagonizada por su lugarteniente Salim en 1789. Sus excesivos poder y riqueza son tolerados por la Sublime Puerta ya que logra la estabilidad de una zona muy compleja, a la vez que presta servicios evidentes a la metrópoli, como muestra que sea capaz de mantener Acre en manos otomanas ante el asedio marítimo al que somete a la ciudad la armada de Napoleón Bonaparte. La situación de Palestina durante los 25 años que controla la vida de esta región de Djazzar no satisface a Estambul, pero prefiere mantener la ficción de la supuesta fidelidad de este hombre que imponer una solución por la fuerza. Manda, más o menos, los impuestos y la tributación anual a la metrópoli, acepta de alguna manera las órdenes que recibe y se mantiene siempre en una imaginaria subordinación al sultán, situaciones que son admitidas como buenas para que exista un orden y una disciplina que resultan muy importantes por las exportaciones que realiza y para mantener el paso libre y seguro a la peregrinación anual de los musulmanes.

La historia de Damasco en los siglos XVII y XVIII va a estar marcada por los mismos procesos que hemos referido en las regiones vecinas. La corrupción

de la administración del Imperio a lo largo del siglo XVII es el origen del problema, agravado en esta región por ser el lugar por donde pasa la caravana de los peregrinos que van a las ciudades santas. Para asegurar esta situación, Estambul manda un elevado contingente de jenízaros para que ayuden a los militares de procedencia local en la seguridad de los musulmanes, por lo que nacen disputas entre los dos grupos militares por el dominio del territorio y el control de la sociedad. Esto se intenta solucionar cuando se nombra en 1708 a Nasuh Pachá gobernador de Damasco, cargo que se complementa con el de comandante de la caravana de peregrinos, concentrando en la figura del gobernador el control directo de todas las milicias de su gobernación. Además, en el siglo XVIII va aumentando la duración de los mandatos de estos gobernadores, muestra de una mayor estabilidad en el poder. Desde 1725 hasta 1783 la provincia de Damasco será gobernada por miembros de la familia de los Azm, cuyos integrantes también ocuparán los puestos de gobernador de las cercanas provincias de Trípoli y Sayda (Sidón). Aunque se crea una especie de dinastía en el gobierno de la región, el poder otomano sale beneficiado de la preponderancia de esta familia en estos puestos al lograr una administración más eficaz, el control del territorio por la disparidad que existe entre la población sedentaria y las tribus nómadas del entorno y una gobernabilidad de un espacio muy complejo al ser regido por gobernantes originarios de la zona. Todo ello se traduce en una relativa tranquilidad en los meses de la peregrinación a las ciudades santas de los musulmanes, aunque se pueden referir años en que las poblaciones beduinas son capaces de infringir daños a los peregrinos. Sin embargo, Damasco en este periodo fue perdiendo importancia, como se ha referido al hablar de Palestina, ya que la economía y la riqueza de la región basculan del interior a la costa, dada la importancia que adquiere el gran tráfico mercantil sobre la economía tradicional del territorio.

Las provincias árabes más alejadas de Anatolia resultan mucho más difíciles de controlar que las cercanas zonas de Siria y Palestina. Ello es especialmente evidente en las tierras que hacen frontera con las posesiones de los safawíes persas. Aunque la organización de estos lugares, conquistados mayoritariamente durante el largo gobierno de Solimán el Magnífico, es semejante a otras partes del Imperio, también sufren la decadencia de la administración otomana del siglo XVII, así como las luchas entre los estamentos militares locales con los cuerpos que proceden de la capital otomana, que


PROVINCIAS ÁRABES DEL IMPERIO OTOMANO
Mar Caspio
PERSIA
Hamadan
Kirmanchah
Ispahan
Caldirán
Tabriz
BAGDAD
BASORA
LAHSA
Karbalá
Mosul
Diyarbekir
Urfa
RAGGA
ALEPO
DAMASCO
Jerusalén
TRIPOLI
SIDÓN
Acre
Haifa
Gaza
Suez
El Cairo
EGIPTO
HIYAZ
Medina
La Meca
Yeda
Mar Rojo
Mar Negro
Estambul
Creta
Alejandría
Mar Mediterráneo
Trípoli
Yerba
La Goleta
TÚNEZ
Constantina
ARGEL
Orán
Tremecén
Las capitales de provincia aparecen en VERSALITAS

en el caso de Bagdad queda perfectamente claro en la sublevación de Muhammad al-Tawil entre 1603 y 1607. Durante buena parte del siglo XVII estas zonas serán disputadas entre persas y otomanos, y se cambiará la titularidad de las mismas en varias ocasiones. Esta situación cambia cuando Persia es conquistada en 1722 por Mahmut Kan. Las sucesivas guerras entre otomanos y persas, bien sea contra la nueva dinastía o contra la restituida de los safawíes, se mantienen durante todo el siglo XVIII en unas contiendas de desgaste por intentar volver a las fronteras que existían en 1639. En realidad, las diferentes contiendas de los siglos XVII y XVIII no logran nada más que victorias parciales entre los dos contendientes, ya que, en esencia, las fronteras no cambiarán demasiado en estas dos centurias, salvo el caso de la ciudad de Basora (Basra), que estará casi todo el siglo XVII en manos chiitas. Es una guerra de auténtico desgaste para todos los contendientes que logra muy pocos beneficios para los militares y los políticos que intervienen en ella, como se ha referido en otros apartados.

La lejanía de estas regiones de Estambul y la difícil situación en la que se encuentran son las razones que provocan que las grandes familias de las diferentes ciudades se hagan con el poder político de estas gobernaciones otomanas, además de ser los grupos que dominan la economía del territorio, con el consiguiente prestigio que les atribuye el resto de la sociedad. La negativa a reconocer la preeminencia de estos grupos podía tener consecuencias funestas para los otomanos, como ocurre cuando el jenízaro que ejerce las funciones del cargo de jefe de la policía (*subaçi*) en Bagdad en 1619 pide el cargo de gobernador, y ante la negativa a dárselo ofrece la ciudad al sha Abbas, con lo que se inicia una guerra entre los dos imperios por la ambición de este personaje. La incapacidad de poder mandar guarniciones numerosas a todas estas localidades posibilita que lo adquieran familias locales que se suceden en el poder, que, aunque no logran crear verdaderas dinastías, controlan la vida política de algunas de las ciudades más importantes del espacio.

En Basora (Basra) un notable local, de nombre Afrasiyab, logra crear una verdadera dinastía en 1615. Le sucede su hijo Husein Pachá, que da una gran estabilidad a la ciudad durante toda su vida, incluso firma acuerdos con autoridades limítrofes para garantizar la independencia y la paz en sus dominios. Esta situación se mantiene hasta el nombramiento como gobernador de Yaya Pachá en 1668, que acaba con la autonomía ciudadana referida. De

cualquier manera, en todos los territorios que en la actualidad pertenecen a Irak se generaliza el problema entre las milicias jenízaras autóctonas, reclutadas entre la población local que se instala en zonas concretas de las ciudades, donde logran crear auténticos núcleos de influencia, y las milicias imperiales, como ya se ha referido en otras provincias, por lo que los gobernadores que vienen de Estambul tienen que pactar con las familias notables locales para poder mantenerse en su gobernación y poder realizar algunas de las funciones que se les designaron cuando fueron elegidos.

En Mosul se conforma una dinastía local, más bien un grupo de poder asociado a una familia, conocida como los Calili. Controlan el comercio con Diyarbakir y ennoblecen con edificios religiosos y otras fundaciones los barrios en los que habitan, localizados muy cerca de la ciudadela. Su ayuda para mantener la guerra contra los persas, entregando fuertes sumas de dinero a los gobernadores otomanos, es recompensada al ser nombrados ellos mismos gobernadores en 1726. Intervienen también en el ejército al mandar a sus hijos a las campañas, y se distinguen por la defensa de la ciudad en 1743, cuando es atacada por los soldados de Nadir Sha. Miembros de esta familia gobernarán la ciudad para el sultán desde 1758 (desde Husein Pachá hasta Yahya Pachá), y se sucederán miembros de la familia Calili unos tras otros, salvo alguna excepción. Se rodean de sus hijos y familiares en los cargos principales de la provincia, y solo los cadis son mandados por Estambul. Además de las milicias financiadas por el sultán, ellos son capaces de reclutar sus propios ejércitos, que colaboran activamente en la defensa de la región de persas y de sediciones interiores, por lo que controlan todos los mecanismos del poder, siempre reconociendo la soberanía del lejano sultán de Estambul. Cuando el Diván otomano intenta acabar con esta situación, mandando a un gobernador que no pertenece a la familia, o eligiendo a un personaje local independiente de la familia, los jenízaros locales se sublevan, por lo que se tendrá que volver a dar el cargo a uno de los miembros del linaje de los Calili. Se intenta acabar con el predomino de esta familia promoviendo a sectores enfrentados de este linaje con la persona que ocupa el poder, lo que muestra lo que preocupa la situación en el centro de poder otomano, pero estas maniobras vuelven a generar inestabilidad y revueltas que son solventadas cediendo a las apetencias de los verdaderos gobernantes de la ciudad.

En Bagdad se instaura un sistema parecido al que existía en Egipto antes de la conquista de Selim I en 1517, como es el de esclavos mamelucos comprados en las regiones del Cáucaso e islamizados para servir a los gobernadores de la ciudad. Durante buena parte del siglo XVII, la ciudad de Bagdad fue gobernada por Hasan Pachá (1704-1724) y su hijo Ahmet Pachá (1724-1747). Los éxitos militares de estos dos personajes, así como la defensa que hacen de la región de los intentos de conquista de Nadir Sha, suponen que sea imposible encontrar mejores gobernantes para esta zona, una frontera difícil y compleja ante la crítica situación de un territorio tan alejado de Estambul. Ahmet Pachá utiliza para ejercer su gobierno esclavos cristianos comprados en el Cáucaso, que se convierten en sus hombres de confianza, de una fidelidad probada. Como hicieron los mamelucos, y luego los otomanos con los niños reclutados por el *devsirme*, educan a estos esclavos en el islam, les enseñan a leer y escribir y los entrenan en el ejercicio de las armas y otras actividades relacionadas con el palacio del gobernador y la administración de la provincia. Como ocurre en Estambul, se les divide en diferentes actividades, generando una minoría que sirve en la administración de la provincia, y otros en la guardia personal del gobernador y en otras funciones. Algunos logran promocionarse al casarse con hijas de grandes familias, e incluso con la hija del propio gobernador Ahmet Pachá, como es el caso de Solimán Aga Abu Pachá, que sucede a su suegro en el gobierno. Este es el inicio de una serie de gobernadores de origen mameluco que controlarán la región hasta 1831, por lo que se logra privar a la población aborigen del acceso al poder, sin que se pueda quejar de que es ocupado por elementos de origen turco, ya que estos mamelucos se encargan de lograr una situación intermedia entre los otomanos y la mayoría de la población local. Bagdad se encuentra siempre en peligro de ser atacada por las cercanas fuerzas persas, por lo que tienen que destacar como buenos organizadores militares, además de asegurar la estabilidad de las regiones urbanas de los ataques de los grupos beduinos, árabes, kurdos y turcomanos. Los mamelucos generarán una especie de dinastía en la que se suceden estos esclavos que sirven a los anteriores gobernadores, ya que Estambul tiene muy difícil poner personas propias en el gobierno de la zona, dado el desconocimiento de las situaciones concretas que se viven en la región. Estos hombres logran mantener una gran estabilidad interior, envían cada año el tributo de la provincia, que es de unas

100.000 libras anuales, y defienden las fronteras otomanas de los ataques persas, por lo que el sultán no puede prescindir de ellos ya que cumplen sus funciones. Los intentos de tener el control directo sobre la provincia son impedidos por los mamelucos, que dominan todos los resortes del poder, por lo que los nuevos gobernadores no pueden ejercer sus funciones, y tienen que volver a recurrir a los mamelucos para que rijan los destinos de Bagdad. Utilizan el título de Pachá para demostrar que están realizando estas funciones, por lo que no es necesario que se destinen a la región personas ajenas. Como resulta lógico, al ser un territorio exterior de los dominios del sultán y relativamente amenazado por fuerzas externas, la situación tendrá que ser tolerada para asegurar la gobernabilidad y, sobre todo, la defensa de las fronteras del Imperio.

Aún más compleja es la evolución de Egipto a lo largo de los siglos XVII y XVIII, aunque coincide con Irak por la aparición de los mamelucos dentro de su ritmo histórico. La organización de la administración de la provincia fue fijada por Solimán el Magnífico en un kanunname de 1524, y era semejante al resto de las divisiones provinciales de los dominios de Estambul. Las fuerzas militares de la región se organizan entre los cuerpos de infantería reclutados en el territorio y los jenízaros que manda el poder central. Este era el grupo más numeroso, compuesto por unos 5.000 hombres, los mejor pagados, que se encargan de las funciones de orden público y, como ocurre en todos los sitios donde se instalan, intentan controlar el poder y las principales actividades económicas de la población. La autoridad judicial la representa el *kadi asker*, elegido en Estambul, y los delegados (*na ib*), originarios del territorio. Lo que confiere una peculiaridad especial a Egipto es que se mantienen los mamelucos, esclavos de origen mayoritariamente circasiano y caucásico, que se dividen en dos cuerpos diferentes: los çawiçiyya y los çarakisa. Los gobernadores de las regiones egipcias (bey) y los cargos más importantes del territorio: tesorero (*defterdar*), jefe de la caravana de peregrinos (*amir al-haci*) y comandante que lleva el tributo anual a Estambul y organiza la salida de las fuerzas militares (*sirdar*). Sobre este sistema, se empiezan a producir problemas ya en el siglo XVI como consecuencia del proceso de inflación y devaluación de la moneda, por lo que el grupo militar protagoniza sublevaciones y revueltas que deben ser reducidas violentamente, revueltas que llegan hasta matar al gobernador, como ocurre en 1604 con Ibrahim

Pachá, por lo que se manda a Muhammad Pachá para restaurar el orden, y dicta la muerte de varios beys como responsables de la revuelta. Los problemas por el empobrecimiento de la clase militar no terminarán con esta represión y se repetirán a lo largo del siglo XVII, aunque hay que anotar que el enfrentamiento entre los gobernadores de las regiones (beys) y el pachá esconde una lucha directa por el poder sobre Egipto. La dependencia que tiene Estambul de los mamelucos les va haciendo cada vez más poderosos, por lo que influirán directamente en el propio nombramiento de los gobernadores, así como pueden arruinar completamente su mandato en El Cairo al no colaborar en la gobernabilidad del territorio. Su victoria sobre el gobierno central se produce cuando se permiten no reconocer al pachá mandado por Estambul, como ocurre en 1623, cuando logran que se renueve el mandato de Mustafá Pachá. Desde esta fecha su arrogancia irá en aumento, como muestra que Riwan Bey, que tiene el título de *emir al-haci*, controle toda la vida política de la región hasta su muerte, acaecida en 1656, y se niegue a cumplir las órdenes que provienen de la metrópoli.

Su desaparición es aprovechada por Estambul para poner orden en la provincia, como consecuencia de las disputas entre los sectores en los que se dividía la milicia mameluca, referidos anteriormente. El aumento de poder del pachá se traduce en persecuciones a los beys, con su eliminación física, apoyándose en los fiqariyya, que habían aupado a Ridwan, o en los qasimiyya. Ello supone que los mamelucos más sobresalientes no quieren ocupar los puestos de oficiales en la segunda mitad del siglo XVII por el peligro que reporta para su persona el ascenso en la escala militar. Los pachá aprovechan la ocasión para aumentar el tributo anual que se manda al palacio (*kazina*), que sube de 15 a 31 millones de parias al año, hasta fijarse definitivamente en 23 millones al final de la centuria. El ascenso del pachá trae implícita, como resulta lógico, la mayor importancia de la *ocak* jenízara, el grupo armado que respalda al gobernador. Ello provoca nuevamente enfrentamientos internos que llegan a desembocar en nuevas revueltas, parecidas a guerras civiles, como la que acaece en 1711.

Esta situación de inestabilidad será utilizada nuevamente por los beys para retomar el control de la situación. Se aprovechan abiertamente de que se opte por el sistema de reclutamiento militar de las fuerzas egipcias por medio del recurso sistemático de la compra de esclavos de origen circasiano,

por lo que se vuelve a instaurar el sistema existente en la época de los mamelucos, la anterior a la conquista de Selim I. De entre ellos se eligen a los miembros de la clase dirigente que gobierna todo el país. El control del territorio lo van a tener estos emires, que proceden todos ellos de una de las casas donde se agrupan estos militares; la más importante a lo largo del siglo XVII es la de Qazdughiliyya, de donde proceden todos los grandes beys y emires que dominan la situación a lo largo del siglo siguiente, demostración de su perpetuación en el poder. La Puerta está disgustada con este sistema e intenta poner coto al excesivo poder de los beys, por lo que manda como gobernador a Ali Pachá, hombre que había servido al sultán en el puesto de gran visir, para poner en orden esta provincia; logra que se vuelva a enviar la contribución anual previa amenaza de que Estambul mandaría soldados para revertir la situación.

Pero la situación era muy difícil de revertir, ya que los beys cada día tenían más claro su poder sobre el territorio. El caso más significativo se produce cuando llega a la cabeza de la casa de Qazdughiliyya el mameluco Ali Bey al-Kabir, en 1754. Desde esta privilegiada posición manda eliminar, bien sea por el exilio o por el asesinato, a todos sus hipotéticos rivales, tanto mamelucos como jenízaros, y se aprovecha de que no se nombre sucesor después de deponer al gobernador en 1768, para autoproclamarse *ka im makan*. Para mostrar al resto de los musulmanes que ha formado un gobierno independiente de Estambul, se atreve a acuñar moneda con su efigie y su nombre, así como ser citado en las mezquitas de la capital, junto al nombre del sultán, en la plegaria anterior al principio del ramadán. Estos dos gestos suponen que se declare independiente o, en el mejor de los casos, con la misma categoría y rango que el sultán. Como ocurre en el caso de Bagdad, el bey aprovecha la mala situación que atraviesa el Imperio, en guerra con Rusia, para realizar esta maniobra, sabiendo que la capacidad de reacción de la Puerta es completamente nula. La falta de actuación de la Puerta posibilita que Ali Bey intente reconstruir el antiguo imperio egipcio-mameluco, por lo que facilita la ayuda militar pedida por Estambul para mediar en el conflicto entre los dos gobernadores que se disputan el control de las ciudades santas en 1770, aunque el mameluco lo que busca es controlar las dos orillas del mar Rojo. Su siguiente paso fue hacerse con el control de Siria y Palestina, con lo que reunificarían las posesiones an-

teriores a 1517, aunque la muerte del personaje en mayo de 1773 acaba con este sueño de independencia y de restitución a la situación precedente a la conquista de Selim. Su sucesor, Muhammad Bey Abu Dhahab, normaliza las relaciones, aunque sigue manteniendo su gran grado de autonomía, en esta ocasión reconocida desde la Puerta el recibir el título de *chayb al-balad* y el rango de visir, e interviene en los asuntos de Siria por petición de Estambul.

Los sucesores de finales del siglo XVIII (Ibrahim Bey y Murat Bey) seguirán mostrando su gran autonomía, ya que no envían el tributo anual, o remiten pequeñas cantidades que irritan a los hombres encargados de la hacienda del Imperio, al ser necesario este dinero para emprender las ansiadas reformas militares, por lo que se decide intervenir en Egipto para acabar con esta situación de casi independencia de una de las posesiones más importantes del Imperio otomano. Hasan Pachá desembarca en Alejandría con 4.000 soldados para acabar con el problema en 1786. Es muy bien recibido por la población, cansada de la tiranía de los beys. El éxito de este intento es atajado por la propia Sublime Puerta, cuando en octubre de 1791 este destacamento militar y su comandante deben regresar con urgencia para pasar a luchar contra los rusos. No se ha conseguido retrotraer a la provincia a las condiciones normales de las gobernaciones en las posesiones árabes, por lo que a la salida del ejército se vuelve a una situación semejante a la anterior. El golpe de gracia al sistema de dominio en Egipto por los otomanos mamelucos lo dará un extranjero, como es Napoleón Bonaparte, cuando invade el país en 1798. Después de esta aventura del general revolucionario francés la historia de Egipto tomará otros derroteros, ya fuera del Imperio otomano, pero ese es un episodio que no se debe reseñar resumidamente en estas páginas.

9.3. *Evolución de las provincias árabes del Occidente*

El Magreb, Berbería para los españoles, va a tener una evolución completamente diferente a la de las provincias musulmanas orientales de la Sublime Puerta, y desembocará en casi una completa independencia con anterioridad a la conquista francesa de Argelia de 1830. Hay que volver a referir que nos encontramos en un territorio exterior de los dominios del sultán, un espacio

que nunca se planificó su conquista por parte de los consejeros del Diván, con independencia de que se integre parcialmente entre las posesiones de Estambul el mismo año en que se somete a los mamelucos egipcios por Selim I. En principio, esta zona estaba reservada a las ansias expansionistas de los cristianos occidentales, como muestra que Portugal ocupara Ceuta en 1415 y emprendiera una serie de campañas para dominar la mayor parte de las ciudades costeras del actual reino de Marruecos en el resto de los años del siglo XV y principios del XVI. Naves portuguesas intentan conquistar el mejor puerto musulmán de esta parte del Mediterráneo, como es el de Mazalquivir, en los primeros años del siglo XVI, aunque no tienen éxito en su intentona, además de que se adentran en el espacio que los españoles consideran como propio de su expansión en el continente vecino. El dominio de esta región corresponde a los españoles y se desarrolla desde 1497 (ocupación de Melilla) hasta 1510, en una primera fase. Como consecuencia del dominio de la mayor parte de las ciudades y los peñones costeros de esta difícil costa, la población musulmana originaria de la región ve con alivio la llegada de navegantes de origen turco, aunque sin patria en estos años, que se enfrentan a los soldados cristianos.

Unos apátridas que huyen de Anatolia y el Egeo por haber intervenido en una de las frecuentes guerras sucesorias entre los pretendientes a la Puerta de estos años, que atracan en la isla de Djerba (Gelves según la terminología española contemporánea) para escapar de la venganza de Selim I por dar apoyo a Kurkut. Aunque la historiografía turca describe a Oruç y a Hayreddin Barbarroja como unos navegantes otomanos que practican la *gaza* (guerra santa) por mar, hasta 1519 hay que considerarlos más como unos antiguos súbditos del sultán que están buscando un territorio donde instalarse de forma autónoma. Lo han intentado en las tierras controladas por los hafsíes tunecinos, pero el relativo poder que mantiene esta dinastía sobre las ciudades costeras de Túnez les hace elegir un nuevo escenario para buscarse su destino. En Marruecos en estos años está naciendo otra dinastía que unifica el territorio, como son los sa díes, por lo que la región más fácil de controlar se encuentra en la Bebería central, gobernada por débiles príncipes locales con muy escaso poder. Oruç es reclamado por el sultán de Argel, hombre cansado de soportar el control que ejercen los españoles en el pequeño peñón que se levanta delante del puerto de la ciudad y que impide que las naves de sus go-

bernados puedan realizar libremente el corso de subsistencia. Ante la petición de ayuda a estos navegantes, afamados en la zona por haber sido capaces de capturar una galera pontificia repleta de caballeros y nobles, Oruç se instala en la ciudad, sin expulsar a los españoles de su pequeño castillo roquero, y da un golpe de Estado por el que se hace con el dominio de la urbe. Obviando a los cristianos, busca un mejor puerto para instalar sus naves, y conquistando Gigel y Xerxel, después de fracasar ante las murallas de Bugía defendidas por los españoles. Oruç será matado por los soldados españoles de Orán, ciudad que se mantiene bajo dominio español desde 1509 hasta 1792, cuando desea expandir sus posesiones hacia el interior, al intentar someter a la dinastía Zayaní de Tremecén, protegida por el gobernador de la plaza cristiana.

Hasta ese momento, las conquistas de los hermanos Barbarroja, tanto por tierra como por mar, eran una cuestión estrictamente personal, al ser hombres que estaban luchando para su propio interés. Ante el peligro de un previsible ataque español, como ya había ocurrido cuando se hacen con el control de la ciudad de Argel, Hayreddin Barbarroja manda una embajada a Selim I con un rico presente, tanto en dinero como en hombres, para que acepte al navegante y a sus conquistas dentro del Imperio otomano, lo que el sultán acepta gustosamente. Además de asegurar el perdón del navegante y de sus hombres, reconociendo su vasallaje, le nombra *beylerbey* (gobernador), con el título de pachá, y le remite 2.000 hombres armados pagados por el palacio y permite que se enrolen en las naves 4.000 voluntarios musulmanes para que combatan en este nuevo beylik (principado de frontera del Imperio). A cambio de estas concesiones, se deberá acuñar moneda con el nombre y la firma (*tugra*) del sultán y mencionarle en las predicaciones de la mezquita mayor, además de remitir anualmente un presente que simbolice la sumisión del territorio a Estambul. La victoria sobre las naves españolas y las ansias de venganza por la muerte del hermano, además de los deseos de crear un Estado con todos sus caracteres, le lleva a realizar continuas empresas desde sus primitivas posesiones al resto de las ciudades costeras de Argelia, y expulsa a los españoles de la fortaleza del Peñón, que desmocha para construir un puerto para albergar a la cada vez más numerosa flota que practica el corso bajo su amparo y protección.

Argelia se organiza igual que el resto de las posesiones otomanas, con un gobernador, un consejo que le asesora (Diván), donde están representados

algunos sectores ciudadanos, el *defterdar* (que rápidamente en la documentación argelina se llamará *jasnadal*, la persona encargada de la hacienda) y los jefes militares. La única diferencia con otros lugares viene de la mano del tipo de guerra que se practica desde Argel. De un lado, los soldados enviados por Estambul o los voluntarios van a luchar por expandir los dominios de Hayreddin por tierra, conquistando ciudades costeras o enfrentándose a grupos beréberes y tribus nómadas de la región. De otro, la actividad económica y militar de Argel es la práctica del corso marítimo contra los cristianos, una guerra justa y santa, por lo que es de especial importancia la concurrencia de los capitanes de navío, o arráeces (reis), en la gobernación de los asuntos de la provincia. Estos marinos se reúnen en una corporación (taifa), donde están representados los navegantes dependientes del *beylerbey*. Un elemento que diferencia a Argel de otros muchos principados fronterizos es el gran número de nuevos convertidos, llamados renegados por los textos cristianos, que ocupan puestos dentro de la provincia y, sobre todo, en la taifa de los reis.

En principio, como ocurre en otras regiones árabes descritas en estas páginas, se podría presuponer una lucha entre los cuerpos jenízaros, el estamento militar privilegiado y con funciones semejantes a las que realizan en otras zonas, y los navegantes que practican el corso. Ello se soluciona cuando los militares profesionales son autorizados a participar en las empresas corsarias como soldados en 1568, por lo que se produce una confluencia de intereses de todos los elementos armados de Argel con gran celeridad, por lo que no se pueden referir demasiadas tensiones en este tema.

La base económica de la riqueza de Argel era el ejercicio del corso, tanto por las mercancías que se capturan como por el comercio de hombres que se practica por todos los elementos de la ciudad. Esto hace que el gran anhelo de los militares asentados en la ciudad sea formar parte de las naves en corso, actividad peligrosa pero de una elevada rentabilidad para sus actores. Las naves corsarias pertenecen a particulares, y se fijan contratos mercantiles que estipulan las cantidades desembolsadas por cada uno de los socios, los costos en alimentos, el alquiler de cautivos para mover los remos o el dinero empleado en comprar pertrechos militares, y luego los beneficios se reparten entre los participantes y los socios que han armado el barco o los barcos. La llegada de los hermanos Barbarroja a Argel, o el paso de sus conquistas a la órbita otomana, lo que supone es que se cambie la manera de ejercicio de

esta actividad al utilizarse flotas completas para atacar a los cristianos, por lo que se convierte en un arma terrible para los enemigos que reporta grandes beneficios a sus practicantes y, en general, a todo el reino. El corso de Argel, como luego será el de Túnez y el Trípoli, se diferencia del de subsistencia, el tradicional que existía en la época medieval, al generar todo un entramado económico muy complejo que es al que desea optar el cuerpo de jenízaros y que explica la importancia de Argel en los siglos XVI y XVII.

El mayor problema interior que se genera en Argel es el de los *kuluogli*, los hijos de turco y mujer indígena, personas que son apartadas de los puestos importantes de la regencia, lo que genera enormes tensiones sociales a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Se produce el contrasentido de que los renegados, los cristianos recién convertidos, pueden alcanzar los más altos puestos del gobierno y de la sociedad, mientras que estos musulmanes de nacimiento son apartados por su origen mixto. Ello también nos informa de la importancia que tiene el grupo de origen tuco, ya que se considera a los renegados como turcos nuevos, como los llaman algunos autores cristianos que describen Argel. Desde época muy temprana, que coincide con la desaparición de los *beylerbey* que han estado asociados directamente con el núcleo de los navegantes formados en el círculo de Hayreddin Barbarroja, considerando que el último de ellos es Euldj Ali (el Ochalí cervantino), hombre que es llamado a ser Kapudan Pachá al final de su vida, el poder se reparte entre el gobernador y la milicia, tanto los jenízaros como los reis. Ello explica que toda la documentación argelina comience con el siguiente encabezamiento: "Nosotros, Pachá y Diván de la Invencible Milicia de Argel", título que se debe al reparto del poder entre el gobernador y los soldados, además de mostrar el orgullo de haber derrotado a todos los cristianos que han intentado conquistar la ciudad, empezando por el propio Carlos V en 1541.

El nombramiento de los *beylerbey* lo hacía Estambul, y solía tener una duración de dos a tres años, aunque entre el largo desplazamiento que deben realizar y los problemas internos de la vida de la provincia, este tiempo podía reducirse. La situación, descrita en el párrafo anterior, se mantiene hasta 1659, año en que los militares, tanto jenízaros como reis, deciden eliminar del poder al gobernador, y entregan al mando del *beylik* al jefe militar (*aga*), al que se le nombra presidente del Diván por dos meses. Se ha constituido

una república militar, más bien una regencia, controlada por el sector militar sobre el resto de la población, tanto turca como árabe o beréber, por lo que comienzan a generarse revueltas y disensiones internas. El modelo fue cayendo en una serie de alteraciones, con continuos cambios en la persona que detenta el poder, lo que muestra la inviabilidad del modelo. En 1671 se decide dar el poder al dey, cargo militar perpetuo que asumirá íntegramente el control de la regencia. Aunque la metrópoli en el siglo XVII sigue mandando gobernadores con el título de pachá, su poder es nulo, ya que el mando efectivo de todas las funciones de gobierno, tanto civil como militar, así como financiero, recaen en el dey. Esta nueva situación se mantiene hasta 1711, época en la que vuelven a producirse alteraciones en el gobierno, y varios de los deys son asesinados y destituidos. El dey Ali Çavuç logra que el sultán Ahmet III deje de nombrar al pachá regularmente, al concederse este título a él. De esta manera, el Diván estambuliota lo único que hace es ratificar el nombramiento que procede del Diván argelino, institución controlada íntegramente por la milicia de la regencia. Todo ello es una demostración de que estamos refiriendo un territorio demasiado alejado de Estambul, al mismo tiempo que estamos describiendo una zona que vive del ejercicio de la guerra, por medio del corso marítimo en el Mediterráneo y en el Atlántico, a la vez que somete a las grupos nómadas y a los beréberes de Kabilia por tierra.

En 1729 Estambul intentará volver al sistema tradicional al elegir a Azlan Muhammad Pacha para la gobernación de Argel, pero al tener noticia de tal decisión, el Diván argelino se prepara para su llegada y le conmina a que no se aproxime al puerto de la ciudad, recomendándole que vuelva con su séquito a Estambul En el siglo XVIII se consolida esta forma de gobierno, además de que se logra una gran estabilidad al ser elegido los deys con cierta regularidad, y no se suceden alteraciones significativas en el mandato de estas personas. Entre 1710 y 1798 se suceden nueve deys, de los que solo dos mueren asesinados como consecuencia de revueltas; la más importante es la de 1754. Los elegidos son altos cargos de los diferentes grupos en los que se divide la milicia argelina, lo que produce una tendencia de seleccionar miembros de una misma familia, o que tienen relación sanguínea directa (Kur Abdi, 1724-1732; Baba Ibrahim, 1732-1757; Ibrahim Küçük, 1745-1748).

Esta situación se consolida perfectamente en el siglo XVIII, por lo que recuerda a los primeros años del dominio otomano sobre Argel, en los que

se suceden los compañeros directos o el hijo de Hayreddin Barbarroja. A lo largo del siglo XVIII se estabiliza perfectamente el sistema, y se perfeccionan las maneras organizativas, que parten de que el poder del dey es casi absoluto. Gobierna ayudado por el Diván, formado por los diferentes grupos militares, los reis y varios notables (ulemas). Las personas más importantes son el tesorero, elegido directamente por el dey y hombre que le suele suceder tras su desaparición, el aga de los sipahi, el jefe de la milicia, que sale todos los años a recaudar los impuestos y mantener la seguridad en el interior del país (mahalla), y otros cargos administrativos que controlan los diferentes apartados del Estado. El territorio se divide en tres regiones diferentes: Orán, Titeri y Constantina, que son gobernadas cada una por un bey. Ellos son los encargados de mantener el orden, y recaudar los impuestos entre los grupos nómadas y ciudadanos de su territorio. El gobierno de Muhammad Bin Utman Dey (1766-1791) es la época dorada de este sistema, momento que coincide con la firma de una gran número de tratados de libre comercio con las diferentes potencias europeas, lo que supone dejar atrás la época en la que la economía argelina se basaba esencialmente en la práctica del corsarismo. El alejamiento de Argelia de la órbita otomana se traduce en un cambio profundo de las bases económicas de la propia Regencia, por lo que se termina con una anormalidad evidente, propia de los siglos XVI y XVII, pero absurda en el siglo XVIII. La firma del tratado de paz y libre comercio a final de siglo con España pone de manifiesto la adecuación a las nuevas realidades políticas del momento.

Para el caso español, el gobierno del bey al-Kabir (1779-1796) resulta especialmente importante ya que se logra recuperar las ciudades de Orán y Mazalquivir, por lo que se pone fin a la presencia de una potencia extranjera en el suelo argelino. La política de Madrid con respecto a Argel lleva unas directrices completamente trasnochadas durante buena parte del siglo XVIII. Las plazas de Orán y Mazalquivir son conquistadas en 1708, como consecuencia de su aislamiento de la península por la guerra de sucesión. El nuevo rey, Felipe V, decide reconquistar estas posesiones en 1732, con lo que se inicia un nuevo dominio español sobre estas dos localidades en los primeros años del siglo XVIII hasta su conquista definitiva de 1792, tras haber sufrido un gran terremoto que acaba con la mayor parte de las defensas de las dos urbes. En 1775 el general O Reilly realizará el último intento de dominio

de esta parte de Argelia, justificado en la necesidad de acabar con el corso argelino, en vez de pactar tratados de comercio como estaban haciendo otras naciones europeas. El fracaso fue nuevamente el resultado de la expedición, que provoca un gran número de muertes de soldados y el cautiverio de varios cientos de ellos, lo que retrotrae la historia de las relaciones bilaterales entre Madrid y Argel a principios del siglo XVI. Además de la victoria moral de los argelinos, como la habían tenido desde 1509, fecha en la que se manda la primera expedición de conquista, refuerza la leyenda de que la ciudad era inconquistable por parte de los europeos. España había mantenido un sistema semicolonial de dominio en Argelia en el siglo XVI que perdura desde Orán-Mazalquivir hasta finales del siglo XVIII. La presencia de soldados españoles en estas dos ciudades había condicionado la evolución del territorio al ser un elemento extraño al sistema que genera inestabilidad en el entorno que controla, por lo que después de 1792 el oeste argelino retomará el ritmo de otras regiones gobernadas desde Argel.

A finales del siglo XVIII Argelia lleva una vida casi completamente independiente a Estambul. Recurriendo nuevamente al ejemplo español, en 1782 se firma el tratado de libre comercio y amistad con el sultán Abdül-Mamit I, pero esta paz no afecta en ningún caso a las tres regencias berberiscas. Los diplomáticos españoles pedirán al *padisha* que interceda sobre las autoridades de Argel, Túnez y Trípoli, en su calidad de califa y por el prestigio de ser el sultán reconocido por las tres, para que convenza a los deys y beys para que acepten poner fin al litigio que está abierto desde 1505. Después de largas y complejas negociaciones, se logra firmar la paz en 1786, lo que muestra que la política exterior de la regencia es completamente independiente de Estambul. En los últimos años del siglo XVIII y principios del siglo XIX, el sistema argelino entra en decadencia por cuestiones esencialmente económicas, que están directamente relacionadas con la desaparición de la práctica del corsarismo y por los errores de la política fiscal que se realizan en estas décadas, además de por cambios en las corrientes religiosas que se extienden por el país, la falta de articulación de la sociedad entre el medio urbano y el rural y la indisciplina de las fuerzas militares que tienen que defender la regencia. Clara señal de la entrada en crisis del modelo es que la duración de los gobiernos de los últimos deys es mucho menor que en el siglo anterior, y desaparecen varios de ellos de muerte violenta. Las especiales características que

tienen las relaciones entre Argel y Estambul provocan que la ocupación de este territorio por una potencia extranjera, como puede ser Francia en 1830, sea imposible de impedir por parte de la metrópoli. De otro lado, en estos años se está produciendo el acceso a situaciones autónomas de Grecia, Serbia y Egipto, clara muestra de que los dominios otomanos que conocíamos en la Edad Moderna ya no responden al mismo esquema y que el Diván ya no tiene los recursos necesarios para cohesionar sus posesiones, por lo que Estambul tampoco tiene el poder de acabar con la agresión exterior sobre su territorio. Argelia, como siempre ocurrió en los tres siglos de dominio otomano sobre la región, estaba demasiado lejos de Estambul, tanto para que pasara a formar parte del Imperio otomano como para que dejara de depender del mismo. Cuando los soldados franceses, movidos por las ideas de crear una colonia estable al otro lado del mar, de caracteres diferentes de lo que había sido la posesión de plazas de dominio durante la Edad Media, desembarcan en el Magreb, van reduciendo a su dominio todo el país, hasta conquistar la ciudad de Constantina en 1837. Los beys y los deys piden ayuda a una Sublime Puerta que habían ignorado y obviado a lo largo de casi un siglo, lo que muestra que su suerte estaba ya decidida desde esa misma centuria.

Túnez evolucionó de una manera completamente diferentes desde 1574, fecha en la que fue conquistada por las fuerzas argelinas, que logran expulsar a los españoles del fuerte de La Goleta en el golfo de Cartago. Desde 1535 hasta 1569 el reino hafsí, que incluía también la ciudad de Constantina y las tierras cercanas a Trípoli, había sido tutelado por los españoles que se habían asentado en algunas de las ciudades costeras más importantes para impedir que fueran conquistadas por los corsarios dependientes de la Sublime Puerta. Cuando las tropas de Argel, al mando del *beylerbey* Euldj Alí, acaban con la presencia extranjera, los últimos descendientes de los sultanes hafsíes morirán en el exilio en España y, sobre todo, en la ciudad de Nápoles. El Túnez otomano, como Trípoli, se organiza de la misma manera que las otras provincias árabes, aunque hasta la marcha a Estambul de Ochalí se desarrolla una tutela evidente de Argel sobre estos territorios. Túnez vuelve a practicar la actividad económica-militar tradicional de la época medieval, como es el corso, como también hará Trípoli, aunque su importancia sea mucho menor que en Argel. Se mandan jenízaros de Argel para controlar el territorio y sus principales ciudades (Bona, Bugía, Bizerta, Mahdía…), que reciben órdenes

de un Diván dominado por los sectores militares, encarnados en el *aga*. También se crea, como consecuencia del desarrollo e importancia de los navegantes corsarios, la mayor parte de ellos de origen renegado, una taifa de reis que ayuda a la gobernación del territorio. La influencia de la ciudad de Túnez era mucho mayor que la de Argel con respecto a sus dominios, ya que históricamente la urbe era la propia encarnación de la dinastía hafsí. El problema de las excesivas diferencias entre la población urbana, los nómadas y los grupos tribales era, también, mucho mayor que en Argelia, por lo que las autoridades otomanas de Túnez vieron con agrado el asentamiento de miles de moriscos expulsados de España en 1609 para crear un grupo humano fiel a la presencia otomana en el territorio. Además de que sirvieron para crear nuevos enclaves urbanos en el país, aprovechando los cauces fluviales para desarrollar nuevos cultivos agrícolas y poblar zonas que estaban antes deshabitadas. La conquista otomana de Túnez y Trípoli también será esencial para fijar unas fronteras estables entre las tres gobernaciones, inexistentes hasta ese momento, por lo que la ciudad de Constantina y el antiguo reino zayaní de Tremecén pasan a depender de Argel, la isla de Djerba (los Gelves) a Túnez. Ello supone que a principios del siglo XVII se constituyen perfectamente las fronteras de los diferentes países que en la actualidad existen en el norte de África (Marruecos, Argelia, Túnez, Libia), por lo que el mundo magrebí que conocemos en la actualidad es una consecuencia directa del dominio de Estambul de esta parte de África.

Como en Argel, el gobernador era elegido por Estambul, que solía cambiarlo cada dos o tres años, aunque el poder real lo tenían los diferentes cuerpos militares que eran mandados por el dey. Las revueltas de los jenízaros y la mayor pujanza del estamento militar suponen que el poder lo adquiera el dey, y es el *beylerbey* una figura representativa, aunque con un poder muy limitado por el grupo militar y la importancia que tienen los elementos religiosos (ulemas) en la zona. Es necesario un único poder para poder controlar el complejo mundo tunecino, lo que da paso a deys de carácter muy enérgico, y con enorme carisma, que logran crear un territorio muy estable que progresa económica y demográficamente, como son Otman Dey (1598-1610), Yusuf Dey (1610-1637) y Usta Murat (1637-1640). Además de un activo corso, que ataca esencialmente el sur de Italia, Sicilia y Cerdeña, mientras que Argel se especializa más en otras regiones italianas y el oriente español;

pasa a realizar navegaciones atlánticas a partir de 1600 por el aporte técnico que traen consigo los renegados procedentes del norte de Europa. En Túnez los moriscos logran crear una agricultura muy desarrollada y un artesanado urbano, asentado esencialmente en Túnez capital, que permite exportaciones de tejidos de lana a todos los dominios de la Sublime Puerta.

Como ocurre en la época hafsí, el mundo otomano mantiene una enorme descompensación entre la capital y el resto del país, por lo que la persona que tiene que controlar esta extensa zona de terreno, el bey, cada día comienza a tener un poder mayor. Su principal misión, además de asegurar la estabilidad interior, es cobrar los impuestos a los grupos nómadas y seminómadas del interior del país, que proceden de la tradición hafsí. Con el tiempo, el poder de este hombre es cada vez mayor, por lo que el segundo bey, Murat Kursu, un renegado originario de Córcega, adquiere tal notoriedad que logra que Estambul le conceda la categoría de pachá, título que cederá a su hijo Hammuda, persona a la que hay considerar fundador de la dinastía de los muratitas. Los deys se van sucediendo y logran salvar los obstáculos que aparecen en su gobierno, que van desde acabar con las sublevaciones de la milicia jenízara hasta controlar a las tribus que atacan tierras de labor y asentamientos estables de población. Logran que desde Estambul se les conceda paulatinamente el título de pachá, por lo que la Sublime Puerta lo único que hace es ratificar una dinastía independiente que ha nacido dentro de sus propias posesiones. A Hammuda, muerto en 1666, le sucede Murat Bey II hasta 1675. A su muerte se generan disturbios por la sucesión, la milicia de Argel apoya a uno de los pretendientes e intenta controlar nuevamente el territorio. Murat Bey III (1699-1702) está a punto de acabar con la dinastía al pretender recuperar la ciudad de Constantina y tomar decisiones muy poco adecuadas a la situación del país, por lo que será asesinado por el *aga* de los sipahi, Ibrahim Jerif, en 1702. Este hombre asciende al poder y es capaz de acaparar todos los cargos de la regencia (bey, dey y pachá), aunque su función de gobierno es simplemente un interregno que representa la transición de la dinastía de los muratitas a la de los huaynitas.

En 1705 Túnez es conquistada por la milicia de Argel, que acaba con la vida de Ibrahim. Se está estableciendo un dominio de una regencia sobre la otra, situación que es inaceptable para una sociedad que lleva gobernándose de forma autónoma los últimos setenta y cinco años. Para el sesgo de los

acontecimientos, los miembros del Diván encomiendan el poder a un kuluoglu (hijo de jenízaro turco y mujer originaria del país) que ejerce el puesto de *aga* de los sipahi, de nombre Husayn Ben Ali. Su persona es respaldada por los elementos religiosos de la provincia, de origen local, dado que el personaje está perfectamente arabizado y es aceptado por la mayoría de los grupos urbanos de la ciudad de Túnez y las otras grandes urbes cercanas al golfo de Cartago. Entre 1705 y 1740 este hombre logra vencer a todos los poderes que pueden impedir su ascenso a la creación de una nueva dinastía, contando siempre con el apoyo de los elementos religiosos y ciudadanos de Túnez. Logra que el gobernador quede reducido a una figura meramente representativa y el dey se encargue de la dirección del Diván. Su principal labor es que va arabizando todas las estructuras del país, incluso las militares, al crear cuerpos de caballería árabe aborigen (*hanba*), que incluyen huestes de caballería tribal (*makhzen*), y permitir que los *kuluoglu* creen cuerpos con el mismo rango que el de los jenízaros, cuestión no lograda en la cercana Argelia. No se espera a que determinados cargos, como el *kadi asker*, sean nombrados por Estambul, ya que se elige entre las familias turcas arraigadas en el territorio que forman parte de la cultura del país.

En 1708 Ahmet III manda una flota a Cartago para deponer a Husayn, aunque lo había reconocido por medio de un firmán imperial el año anterior, para poner en el cargo de pachá a Muhammad Ben Mustafá. La llegada de las naves del almirante (*kapudan pachá*) Canim Kuca es recibida con manifiesta hostilidad, y se le comunica al navegante que debería conquistar el territorio a la fuerza, por lo que decide volver a Estambul sin realizar su encargo. Desde este momento la dinastía empieza su andadura, y mantiene la formalidad de que reconoce la soberanía del sultán, del que recibe el nombramiento oficial, y al que se le menciona en las mezquitas, se mantiene su *tugra* en las monedas y se le envía un presente anual, pero sin tener más contacto con Estambul. La dinastía mantiene buenas relaciones con la Sublime Puerta para asegurarse su ayuda si es atacada por una potencia externa, además de recibir los continuos asaltos de los caballeros de la Orden de Malta, pero no se siguen en nada las directrices políticas que proceden del Diván del palacio. Estambul acepta esta situación, ya que tiene claro que no puede ejercer medidas de presión para cambiar esta dinámica, aunque ve con buenos ojos la injerencia de Argel en los asuntos tunecinos, como ocurre con el

apoyo a Ali Pacha, persona que quiere suceder a Husayn, para lo que realiza una revuelta que acaba con la vida de su tío. Esta intromisión se producirá nuevamente en 1756 cuando las milicias argelinas apoyan al bando del heredero legítimo, Muhammad Bey, al que sucederá Ali Bey (1759-1782). Durante el largo gobierno de Hammuda Bey (1782-1814), la dinastía vive su momento de mayor esplendor. Firma acuerdos comerciales con los Estados europeos, incluido España, permitiendo la instalación de agentes consulares y comerciales en su territorio, controla bastante bien los intentos argelinos de cambiar el ritmo de la política de la regencia, logra un gran desarrollo económico por medio del aumento del comercio y de la producción agrícola, e incluso interviene en la política de Trípoli apoyando en varias ocasiones a la dinastía hermana de los Karamanli. Todas estas cuestiones ponen de manifiesto que realiza una política exterior completamente independiente a la que se desarrolla en Estambul, sin romper en ningún momento con Francia cuando se produce la aventura egipcia de Napoleón, dado que una buena parte de la prosperidad económica depende de sus relaciones con Marsella y Livorno, así como con otras partes de Italia.

La organización de Trípoli desde 1551, año en que es conquistada a los caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén, territorio que les había concedido, junto con las islas de Malta y Gozo, Carlos V después de su expulsión de la isla de Rodas por Solimán el Magnífico, es semejante a la del resto de las posesiones de la Puerta. El cambio del sistema tradicional de organización del poder del Imperio otomano a un modelo propio se produce en 1609, fecha de la expulsión de los moriscos de España, cuando una revuelta de los jenízaros logra que el jefe de la ocak sea designado dey, acaparando todo el poder militar y político de la regencia. Estambul seguirá mandando gobernadores con el título de pachá, pero su poder será simplemente simbólico, como en Túnez, ya que la acción de gobierno y el control de los órganos de poder están en manos del dey. En los últimos años del siglo XVII, al final del gobierno de Utman Bey, renegado de origen griego, se producen enfrentamientos entre los jenízaros y los capitanes de navíos dedicados al corso (reis) por el control de la regencia, lo que provoca la inestabilidad y el desgobierno a lo largo de varios años. La situación la arregla un oficial de caballería, Ahmat Karamanli, hijo de un capitán corsario, que cuenta con el apoyo del Diván y de la mayor parte de la población de Trípoli. En 1711

es nombrado dey y pachá. Estos títulos serán reconocidos, como ocurre en otros territorios magrebíes, por Estambul, por lo que se inicia la dinastía de los Karamanli hasta 1835. La vida económica de la regencia es mucho más precaria que en Argelia y Túnez, como consecuencia de la menor importancia que tiene el ejercicio del corso desde su capital, el reducido peso agrícola de la región, además de las dificultades en el control de las tribus que habitan en el interior del país, así como por la aparición de frecuentes hambrunas y epidemias que diezman la población urbana de la actual Libia. Hasta 1786 la dinastía había logrado unificar las dos regiones del país, la tripolitana y la cirenaica, en un solo Estado, pero desde finales del siglo XVIII comienza su complejo proceso de separación, que aún persiste en la actualidad, con independencia de que están unidas bajo una única administración, tanto en la época actual como en el momento de la colonización italiana. Ali Yusuf, que gobierna a partir de 1796, se permite llevar una política exterior completamente diferente, por no decir contraria, a la de Estambul, lo que enfurece a los diferentes gobernantes estambuliotas. Firma un tratado con Napoleón Bonaparte cuando está ocupando Egipto, e incluso alquila sus naves para que combatan contra los griegos, lo que se considera una deslealtad y una traición a la Sublime Puerta. Una revuelta logrará su abdicación, aunque Trípoli, como consecuencia de la inestabilidad creada por el mal gobierno de este personaje, entra en el juego colonial de Francia e Inglaterra, además de que la dinastía de la regencia de Túnez es otro factor de inestabilidad al pretender anexionar parte de las tierras de la región tripolitana. En 1835 un desembarco de la armada oficial del sultán otomano devuelve la regencia a la obediencia y a la sumisión de los designios de la metrópoli, así como a la administración directa de Estambul, siguiendo los cánones clásicos, acabando con esta dinastía.

El dominio otomano del Magreb, salvo el actual reino de Marruecos que mantiene siempre su independencia de las apetencias expansionistas del sultán de Estambul, príncipe que considera que debe poseer todos los territorios islámicos para ser regidos por su persona, tiene una de las evoluciones más interesantes que se dan en el vasto y complejo Imperio otomano. Sin entrar a hacer valoraciones sobre lo que supone este dominio, sobre el que los diferentes nacionalismos magrebíes actuales han vertido opiniones muy variadas, lo que resulta evidente es que la administración otomana crea fronteras es-

tables en el territorio desde los primeros años del siglo XVII. Estas divisiones territoriales y administrativas se siguen manteniendo en la actualidad, lo que no deja de ser una demostración evidente de la impronta del paso de los otomanos por este espacio. El Magreb siempre tuvo unas especiales características, como se aprecia por la importancia que tiene la guerra por mar, que se practica desde las radas de los puertos de las ciudades costeras, y la escasa presencia de los otomanos en el interior del espacio magrebí, ya que se asientan esencialmente en la zona costera, donde revitalizan el entramado urbano preexistente o la importancia de los elementos de origen cristianos, renegados, en su desarrollo político y humano. Se puede considerar que su presencia es la de un dominio exterior ajeno a la población originaria de la región, en alguna medida semejante al de los españoles y portuguesas cuando conquistan ciudades en el norte de África, pero en ningún caso se puede obviar que fueron capaces de crear una estructura administrativa y humana que está viva, en alguna manera, en la actualidad.

Lista de sultanes otomanos

Osmán I	1280-1324
Orján, Gazi	1324-1362
Murat I	1362-1389
Bayecit I, Yildirim (el Rayo)	1389-1402
Süleyman, Çelebi	1403-1411
Mehmet I, Çelebi	1413-1421
Murat II	1421-1444, 1446-1451
Mehmet II, Fatih (el Conquistador)	1444-1446, 1451-1481
Bayecit II, Veli (el Santo)	1481-1512
Selim I, Yavuz (el Terrible)	1512-1520
Süleyman I, Kanuni (el Legislador) (Solimán el Magnífico)	1520-1566
Selim II, Sarhos (el Borracho)	1566-1574
Murat III	1574-1595
Mehmet III, Adli (el Justo)	1595-1603
Ahmet I,	1603-1617
Mustafa I	1617-1618, 1622-1623
Osman II, Genç (el Joven)	1618-1622
Murat IV, Gazi	1623-1640
Ibrahim I, Deli (el Loco)	1640-1648
Mehmet IV, Avci (el Cazador)	1648-1687
Süleyman II	1687-1691
Ahmet II	1691-1695
Mustafa II, Gazi	1695-1703
Ahmet III	1703-1730
Mahmut I, Kambur	1730-1754
Osmán III	1754-1757
Mustafa III	1757-1773
Abdül-Hamit I	1773-1789
Selim III	1789-1807
Mustafa IV	1807-1808

Mahmut II, Adli (el Justo)	1808-1839
Abdül-Mecit I, Gazi	1839-1861
Abdül-Aziz	1861-1876
Murat V	1876
Abdül-Hamit II	1876-1909
Mehmet V	1909-1918
Mehmet VI, Vahiduddin	1918-1922
Abdül-Mecit II (solo califa)	1922-1924

Bibliografía

Con el propósito de poner en práctica unos principios ecológicos, económicos y prácticos, el listado completo y actualizado de las fuentes bibliográficas empleadas por los autores en este libro se encuentra disponible en la página web de la editorial: **www.sintesis.com.**

Las personas interesadas se lo pueden descargar y utilizar como más les convenga: conservar, imprimir, utilizar en sus trabajos, etc.

Abou-Al-Haj, Rıfa'at. Formation of the Modern State: The Ottoman Empire Sixteenth to Eighteenth Centuries. Albany: Suny Press, 1991.

Ágoston, Gábor. Guns for the Sultan: Military Power and the Weapons Industry in the Ottoman Empire. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Ahsan, Virginia H. Ottomans and Europeans: Contacts and Conflicts, Es-tambul, Isis, 2004

Alderson, Anthony D. The Structure of the Ottoman Dynasty. Nueva York: Oxford University Press, 1956.

Allen, William. Problems of Turkish Power in the Sixteenth Century. Londres: Central Asian Research Centre, 1963

Allouche, Adel. The Origins and Development of the Ottoman-Safavid Conflict (906-962/1500-1555), Berlin: Klaus Schwarz Verlag, 1983.

Babinger, Franz. Mehmet the Conqueror and His Time. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1992

Barkan, Ömer Lutfi. "The Price Revolution of the Sixteenth Century: A Turning Point in the Economic History of the Near East." International Journal of Middle East Studies 6 (1975): 3-28.

Barkey, Karen. Bandits and Bureaucrats: The Ottoman Route to State Centralization. Ithaca: Cornell University Press, 1994.

Beldiceanu, Nicolau, Le Timar dans l´État ottoman (début XIV-début XVI siècle). Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1980

Bennassar, Bartolomé. Los cristianos de Alá: la Fascinante Aventura de los Renegados, Madrid: Nerea, 1989.
Bono, Salvatore. I corsari barbareschi. Torino: ERI-Edizion RAI Radiotelevisione Italiana, 1964.
Bostan, Idris. Beylikten Imparatorluga Osmanli Denizciligi. Istanbul: Kitap Yayinevi, 2006.
Boyar, Ebru. Ottomans, Turks and the Balkans. Empire Lost, Relations Al-tered, Londres, Tauris, 2007
Boyar, Ebru, y Fleet, K., A Social History of Ottoman Istanbul, Cambridge, Cambridge University Press, 2010
Braude, Benjamin y Bernard Lewis. Christians and Jews in the Ottoman Empire: The Functioning of a Plural Society. Nueva York: Holmes y Meier Publishers, 1982.
Braudel, Fernand. El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la Época de Felipe II. México: Fondo de Cultura Económica, 1976, 2 vols.
Brummett, Palmira. Ottoman Seapower and Levantine Diplomacy in the Age of Discovery. Albany: State University of New York Press, 1994
Bulut, Mehmet. Ottoman-Dutch Economic Relations: in the Early Modern Perio, 1571-1699. Hilversum: Verloren, 2001.
Bunes Ibarra, Miguel Ángel de. Los Barbarroja: Corsarios del Mediterráneo. Madrid: Aldebarán, 2004.
Canbakal, Hülya, Society and Politics in an Ottoman Town. ´Ayntab in the 17th Century: Leiden, Brill, 2007
Casale, Giancarlo, The Ottoman Age of Exploration. Oxford: Oxford University Press, 2010.
Castellan, Georges, Histoire des Balkans. XIV-XX siècles, París, Fayard, 1991.
Cavaliero, Roderic, Ottomania. The Romantics and the Myth of the Islamic Crescent, Londres, I. B. Tauris, 2010
Coles, Paul. The Ottoman Impact on Europe. Londres: Thames and Hudson, 1968.
Darling, Linda T. Revenue-Raising and Legitimacy: Tax Collection and Finance Administration in the Ottoman Empire, 1560-1660. Leiden: E.J. Brill, 1996.
De Groot, Alexander H. The Ottoman Empire and the Dutch Republic; a History of the Earliest Diplomatic Relations, 1610–1630. Leiden: Nederlands Historisch-Archaeologisch Instituut, 1978.
Dursteler, Eric R. Renegade Women: Gender, Identity, and Boundaries in the Early Modern Mediterranean. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2011.
Faroqhi, Suraiya. Subject of the Sultan. Culture and Daily Life in the Ottoman Enpire, Londres-Nueva York, I. B. Turis, 2000.
Faroqhi, Suraiya. The Ottoman Empire and the World around It. Londres: I. B. Tauris, 2004.
Faroqhi, Suraiya, Coping with the State. Political Conflict and Crime in the Ottoman Empire, 1550-1720, Estambul, Isis Press, 1995

Fetvacı, Emine. Viziers to Eunuchs: Transitions in Ottoman Manuscript Patronage, 1566-1617. Tesis doctoral no publicada, Harvard University, 2005.
Finkel, Caroline. The Administration of Warfare: The Ottoman Campaigns in Hungary, 1593-1606. Vienna: VWGÖ, 1988.
Fodor, Pal. In Quest for Golden Apple: Imperial Ideology, Politics and Military Administration in the Ottoman Empire. Istanbul: ISIS Press, 2000.
Fontenay, Michel. La Méditerranée entre la Croix et le Croissant. Naviga-tion, commerce, course et piraterie (XVIe-XIXe siècle). Paris: Éditions Classiques Garnier, 2010.
Fortue, B.C., Imperial Classroom. Islam, the State, and Education in the Late Ottoman Empire, Oxford, U. of Oxford, 2003.
Georgeon, François y Hitzel, Frederic, Les Ottomans et le Temps, Leiden, Brill, 2012.
Glete, Jan. Warfare at Sea, 1500-1650: Maritime Conflicts and the Transformation of Europe. Londres: Routledge, 2000.
Grosrichard, A., Structure du Sérail. La fiction du despotism asiatique dans l´Occident classique, París, Seuil, 1979
Goffman, Daniel. The Ottoman Empire and Early Modern Europe. Cam-bridge: Cambridge University Press, 2002.
Goodwin, Jason. Los señores del horizonte- Una historia del Imperio Oto-mano, Madrid, Alianza, 2004
Heyd, H. State, Society and Law in Islam. Ottoman Law in Comparative Perspective, Oxford, 1973.
Hitzel, Frédéric, L´Empire Ottoman. XV-XVIII siècles, París, Les Belles Letres, 2001.
Imber, Colin. El Imperio Otomano, 1300-1650, Barcelona, Vergara, 2004
İnalcık, Halil. "Ottoman Methods of Conquest." Studia Islamica II, (1954): 103-129.
İnalcik, Halil. An Economic and Social History of the Ottoman Empire Vol. 1 (1300-1600). eds. Halil Inalcik with Donald Quataert Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
Inalcik, Halil, The Ottoman Empire. Conquest, Organization and Econo-my,Londres, V. R., 1978.
Islamoglu-Inan, Huri. The Ottoman Empire and the World-economy. Cam-bridge: Cambridge University Press, 2004.
Isom-Verhaaren, Christine. Allies with the Infidel: The Ottoman and French Alliance in the Sixteenth Century. Londres: I.B. Tauris, 2011.
Kafadar, Cemal. Between Two Worlds: The Construction of the Ottoman State. Londres: University of California Press, 1996.
Kapudan Pachá, His Office and His Domain, ed. Elizabeth Zachariadou, Rethymnon: Crete University Press, 2002.

Karpat, Kemal H. The Ottoman State and Its Place in World History. Leiden: Brill, 1974.
Köprülü, M. Fuat. The Origins of the Ottoman Empire. Albany: State University of New York Press, 1992.
Kortepeter, Carl Max. Ottoman Imperialism during the Reformation: Europe and the Caucasus. Nueva York: New York University Press, 1972.
Kunt, Metin. The Sultan's Servants: The Transformation of Ottoman Provincial Government, 1550 – 1650. Nueva York: Columbia University Press, 1983.
Lowry, Heath. The Nature of the Early Ottoman State. Albany: State University of New York Press, 2003.
Mantran, Robert. Istanbul dans la seconde moitié du XVII siècle, essai d´histoire institutionalle, économique et sociale, Estambul-París, Adrien Maisonneuve, 1962.
Murphey, Rhoads. Ottoman Warfare: 1500-1700. Londres: UCL Press, 1999.
Nicolle, David, The Ottomans Empire of Faith: Shropshire, Thalamus, 2008.
Niederkorn, Jan Paul. Die Europäischen Mächte und der "Lange Türken-krieg" Kaiser Rudolfs II. (1593-1606). Wien: Verlag der OsterreichischenAkademie der Wissenschaften, 1993.
Orhonlu, Cengiz. Osmanlı Tarihine Aid Belgeler: Telhîsler (1597 -1606). Istanbul: İstanbul Üniversitesi Edebiyat Fakültesi Yayınları, 1970.
Özbaran, Salih. The Ottoman Response to European Expansion: Studies on Ottoman-Portuguese Relations in the Indian Ocean and Ottoman Administration in the Arab Lands during the Sixteenth Century. Istanbul: Isis Press, 1994.
Panzac, Daniel. Commerce et navigation dans l´Empire ottoman au XVIII siècle, Estambul, Isis Pres, 1996
Pedani, Maria Pia. Dalla Frontiera al Confine. Roma: Herder, 2002.
Peirce, Leslie P. The Imperial Harem: Women and Sovereignty in the Ottoman Empire. Oxford: Oxford University Press, 1993.
Preto, Paolo. Venezia e i Turchi. Firenze: Sansoni, 1975.
Quataert, Donald, The Ottoman Empire, 1700-1922, Cambridge, Cambridge U. Press, 2000.
Repp, R. C. The Müfti of Istanbul: A Study in Development of the Ottoman Learned Hierarchy. Londres: Ithaca Press, 1986.
Rothman, E. Natalie. Brokering Empire: Trans-Imperial Subjects between Venice and Istanbul. Ithaca: Cornell University Press, 2012.
Rowland, Albert Lindsay. England and Turkey: The Rise of Diplomatic and Commercial Relations. Pennsylvania: Press of the University of Pennsylvania, 1924.
Savory, R. Iran under the Safavids, Cambridge, Cambridge U. Press, 1965
Setton, Kenneth M. Western Hostility to Islam and Prophecies of Turkish Doom. Philadelphia: American Philosophical Society, 1992.
Shaw, Stanford. J. History of the Ottoman Empire and Modern Turkey, vol. 1. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.

Skilliter, Susan. William Harborne and the Trade with Turkey, 1578-1582. Londres: Oxford University Press, 1977.
Sola Castaño, Emilio y José Francisco de la Peña. Cervantes y la Berbería. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
Soliman le Magnifique et Son Temps, ed. Gilles Veinstein, Paris: La Docu-mentacion Française, 1992.
Somel, Selcuk Alsin, Historical Dictionary of the Ottoman Empire: Oxford, Scarecrow Pres, 2003.
Stavrianos, Leften Stavros. The Balkans since 1453, Nueva York: New York University Press, 2000.
Stein, Marc L. Guarding the Frontier. Ottoman Border and Garrison in Europe. Londres, I.B. Tauris, 2007
Sugar, Peter F. Southeastern Europe under Ottoman Rule, 1354-1804. Seattle: University of Washington Press, 1977.
Tenenti, Alberto. Venezia e i Corsari: 1580-1615. Bari: Laterza, 1961.
Tezcan, Baki. The Second Ottoman Empire: Political and Social Transformation in the Early Modern World. Nueva York: Cambridge University Press, 2010.
The Cambridge History of Turkey, vol. III: The Later Ottoman Empire, 1603 - 1836, ed. Suraiya N. Faroqhi, Nueva York: Cambridge University Press, 2006.
Turdusev, Nuri, Ottoman Diplomacy. Conventional or Unconventional: Nueva York, Matter, 2004.
Uyar, Mesut, Erikson, Edward J., A military History of the ottomans: From Osman to Atatürk, Santa Bárbara, Greenwood, 2009.
Vatin, Nicolas. L'Ordre de Saint-Jean-de Jerusalem, l'Empire ottoman et la Mediterranee Orientale entre les Deux Sieges de Rhodes, 1480-1522. Paris: Peeters, 1994.
Vatin, Nicolas. Les Ottomans et l'Occident, XVe-XVIe Siècles. Istanbul: Isis, 2001.
Vauhan, Dorothy M. Europe and the Turk: A Pattern of Alliances, 1350-1700. Liverpool: Liverpool University Press, 1954.
Veinstein, Gilles. Soliman le Magnifique et Son Temps. Paris: La Documentation Francaise, 1992.
Veinstein, Gilles, Vatin Nicolas. Insularités Ottomanes. Paris: Maisonneuve y Larose, 2004.
Wheatcroft, Andrew, The Enemy at the Gate. Habsburgs, Ottomans and the Battle for Europe. Nueva York: basic book, 2008.
White, Sam. The Climate of Rebellion in the Early Modern Ottoman Empire. Nueva York: Cambridge University Press, 2011.
Yahya, Dahiru. Morocco in the Sixteenth Century: Problems and Patterns in African Foreign Policy. Harlow, Essex: Longman, 1981.
Yediyildiz, B. Institution du vaqf au XVIII siècle en Turquie. Ankara: Ministerio de Cultura, 1990.

Yerasimos, Stefanos. "Les Relations Franco-Ottomanes et la Prise de Tripoli en 1551." En Soliman le Magnifique et Son Temps, ed. Gilles Veinstein. Paris: La Documentation Française, 1992.

Yıldırım, Onur. "The Battle of Lepanto and its Impact on Ottoman History and Historiography." En Mediterraneo in Armi (secc. XV-XVIII), a cura di Rossella Cancila, Palermo, Associazione Mediterranea, 2007.

Yıldız, Murat. "Osmanlı Devlet Teşkilâtında Bostancı Ocağı." Tesis doctoral no publicada, Universidad de Marmara, 2008.

Yurdusev, A. Nuri "The Ottoman Attitude toward Diplomacy." En Ottoman Diplomacy: Conventional or Unconventional,ed. A. Nuri Yurdusev, 5-35. Londres: Palgrave, 2004.

Zilfi, Madeline C. Women in the Ottoman Empire: Middle Eastern Women in the Early Modern Era. Leiden: Brill, 1997.

Zilfi, Madeline C. "The Kadizadelis: Discordant Revivalism in Seventeenth-Century Istanbul." Journal of Near Eastern Studies 45 (1986): 251-74.

Zilfi, Madeline C. "The Ottoman Ulema." En The Cambridge History of Turkey, vol. III: The Later Ottoman Empire, 1603 -1836, ed. Suraiya Faroqhi. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Zilfi, Madeline C. The Politics of Piety: The Ottoman Ulema in the Postclassical Age (1600-1800). Minneapolis-Chicago, Bibliotheca Islamica, 1988.

Zorlu, Tuncay, Innovation and Empire in Turkey. Sultan Selim III and the Modernization of the Ottoman Navy, Londres, I.B. Tauris, 2008, 2ª ed. 2011.